M. MARKUSEN

Aguacates en el BÚNKER

AGUACATES EN EL BÚNKER

M. MARKUSEN

Derechos de autor © 2022 M. MARKUSEN

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del M. Markusen. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Primera edición 2022

© M. Markusen, 2022

Instagram @marcmarkusenescritor

www.mmarkusen.com

Imagen de portada extraída de la base de datos de Canva.com

SafeCreative 2586325471205 Todos los derechos reservados.

A la risa en estos tiempos locos,
para que mejoren de una vez.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
1 La entrada
2 Zona común
3 Armamento, defensa y exploración
4 Herbolario y sala médica
5 Sala de juegos
6 Sala de juntas
7 Llega la noche
8 El comedor
9 La comunidad del servidor
10 Los Hermanos del Fuego
11 La reina en tendencia
12 Aposentos de la reina Candace, la influyente
13 I'm loving the leader
14 Pasión por la sangre
15 La vuelta a casa
16 El merecido descanso
17 El juicio final
Agradecimientos
Acerca del autor
Libros de este autor

1 La entrada

Al final te acostumbras a todo. Te acostumbras al olor a muerte, te acostumbras al silencio y te acostumbras al hambre. En pocas palabras, te acostumbras a sobrevivir. Estar alerta cada instante de tu vida se vuelve tan instintivo como respirar. El mundo toma sus propias decisiones, sin importar las tuyas, y la única solución es… ¿Me disculpas un momento? Tengo que dejar de hablar contigo porque mi amigo Frank estira otra vez de su entrepierna y he perdido el hilo de lo que te estaba contando.

—¡Por Dios, Frank! ¿Podrías dejar, solo por un minuto, de estirarte la polla? Necesito concentrarme para arreglar este cacharro —le suplico, sentada en el suelo y toqueteando una vieja cámara de vídeo digital de principios de siglo con una pantalla diminuta de unas tres pulgadas, pero con un gran micrófono encima. Es muy ligera y no debe pesar más de un kilo.

Aprieto un diminuto botón rojo que tiene en la parte posterior.

¡Oh, se ha encendido!

El logotipo del fabricante hace su presentación dando un giro como una bailarina de danza artística y me envía al menú. La batería está cargada y, teniendo en cuenta la antigüedad del aparato, creo que durará días.

Trasteo el menú. Aparte de grabar y hacer fotos no tiene ninguna función especial, pero es de alta definición y funciona correctamente.

—La culpa es del traje que me dio esta gente, Phoenix; queda demasiado ajustado. Necesito uno más grande.

Me llamo Asiya Portillo y soy de aquí, de Valencia, pero Frank siempre me ha llamado Phoenix. No fue el primero al que se le ocurrió este apodo, a él se le pegó de una persona muy importante en mi vida con la que se cruzó una vez.

—No me llames así, por favor —le pido—. Cada vez que lo haces me trae recuerdos.

—¡No me digas que no te gusta Phoenix! Me parece un apodo con mucha clase, además, es más fácil de pronunciar que Asiya; tu nombre obliga a silbar sin querer. Asiya, Asiya… —Efectivamente, suena un silbido—. ¿Ves? Phoenix es más bonito. ¿Por qué te molesta?

—Es personal, Frank. No me disgusta, es solo que me trae recuerdos. Me has llamando así durante cinco años y sigo sin acostumbrarme. —Recapacito—. ¿Sabes qué? Da igual. Llámame Phoenix si quieres. No me hagas caso.

Agarra su pantalón por la entrepierna y lo estira hacia fuera para que no apriete sus testículos y su pene respire un poco. El traje es

estrecho, pero no le queda mal, aunque dudo que la ropa le siga quedando bien dentro de un tiempo. En estos cinco años Frank pasó de estar en plena forma a perder masa muscular a un ritmo preocupante. Continúa siendo atractivo, con los dientes blancos alineados al milímetro, los ojos oscuros y profundos, y el pelo negro bien peinado hacia atrás, pero cuidarse en el fin del mundo no es una tarea fácil ni prioritaria, y estoy convencida de que el desgaste continuo de la supervivencia hará estragos en su constitución perfecta, siempre y cuando siga con vida.

Interrumpo la configuración de la vieja cámara de vídeo en esta sala de espera mugrienta y que apesta a carne putrefacta. Me parece que nadie ha hecho una puesta a punto a esta zona en años.

A mi alrededor descansan varios animales muertos, como perros, gatos o ratas, algunos sin ojos y llenos de gusanos que se nutren de sus restos. Aunque la biología no es mi fuerte, supongo que son ellos los culpables de esta peste insoportable.

Tras nosotros hay una puerta pequeña de metal con un candado simple, oxidada, pintada con los colores amarillo y marrón del exterior para permanecer oculta. Para llegar hasta aquí Frank y yo tuvimos que atravesar un sendero estrecho y difícil de encontrar, escondido en el paso de una montaña. Dos habitantes de este lugar con ropa mugrienta, un poncho desgastado y una máscara de gas, nos cazaron mientras atravesábamos dicho paso. Supongo que tenían esta pinta por una de estas dos razones; para tener una apariencia más amenazadora o para ocultar su grotesco aspecto. Me daría igual lo segundo mientras fueran buenas personas.

Hay un esqueleto vestidito de chef y sentado en un rincón, mirándonos sin sus ojos. Apenas le queda piel en sus manos y su uniforme se ha vuelto amarillo por el paso de los años. A ciertas manchas, que en mi opinión son de sangre seca, les ha salido moho. Su mandíbula está justo entre sus piernas, como un pene huesudo y curvado. Debió separarse de su cráneo y salió directa hacia el suelo al llegar a cierto punto de descomposición. El uniforme le queda enorme y eso me hace sospechar que, bajo él, solo quedan un montón de huesos.

Delante de nosotros, una gran puerta de dos metros de alto por dos de ancho espera, de color gris oscuro y con engranajes a sus lados.

Me pongo en pie y Frank, para variar, se queja de la presión que ejerce el pantalón en su miembro.

—¡Pantalón de mierda! —protesta.

—¿Quieres que vayamos al centro comercial a comprarte uno nuevo? —pregunto con sarcasmo—. ¡¿El puto centro comercial que fue destruido, hace cinco jodidos años, por un pepino nuclear?! ¿Te daría tiempo de cambiarte antes de morir por la radiación? —Vuelvo a

centrarme en la cámara—. No te quejes tanto, Frank. Te han dado un traje elegante, sin embargo, yo sigo con la ropa desgarrada y sucia.

—No estás tan mal, tu ropa la encontramos hace dos meses en una oficina. Deportivas rojas del siglo pasado, vaqueros rasgados, camiseta cómoda y chaqueta de piel negra y elegante. ¡Incluso encontré aquel cajón lleno de esos sujetadores deportivos tan cómodos! —recuerda Frank.

Sacudo mi ropa con mis manos. Reconozco que fue un milagro encontrar ese armario rebosante de todo. Frank y yo nos fuimos con lo puesto de ese lugar; en el fin del mundo no es imprescindible oler bien para sobrevivir, por eso dejamos la mochila libre de mudas y con espacio para comida, armas, medicamentos y utensilios, en ese orden de prioridad.

—Hace cinco años que no sujetas una cámara, ¿verdad? —me recuerda Frank con nostalgia.

—Sí, es cierto; desde antes de que todo se perdiese.

Apenas había terminado mis estudios y mi carrera se interrumpió por culpa del fin del mundo.

Frank sonríe y se estira levantando los brazos.

—¡Nos han dado una oportunidad para revivir el pasado! ¡Prepárate, Phoenix! ¡Juntos haremos que la televisión resurja de nuevo y el mundo se deleite con mis noticias y mi peinado perfecto! ¡Mira, qué casualidad! Será como resurgir entre las cenizas, como tu apodo indica, Phoenix. Quizá sea una señal del destino.

Aprieto mi tabique nasal con el dedo pulgar y el índice haciendo pinza, avergonzada.

—Sí, Frank. Ha sido una señal de la fuerza —me burlo con sarcasmo—. La televisión no existe desde hace años, ¡ya no eres periodista, tío! Esto que nos han ordenado, amigo mío, es una grandísima putada. —Bajo el tono—. ¿Sabes lo qué harán con nosotros cuando terminemos de grabar su documental de mierda? ¿Nunca escuchaste los rumores que circulan sobre este lugar? ¿Qué crees que les pasa aquí dentro a los intrusos?

Mis preguntas no pillan a Frank desprevenido y apenas cambia su expresión. ¡Claro que ha escuchado los rumores!, todo el mundo los ha escuchado. En algunos asentamientos se cuentan historias sobre este sector y aquellos que desaparecen, pero este es su momento de gloria y no lo desperdiciará. Hace años que sueña con volver a ser un periodista en auge, la nueva estrella de la televisión, aunque paradójicamente la televisión estaba muriendo poco a poco durante la última década, pisoteada por las retransmisiones en directo en Internet y los servicios de streaming.

—Solo son rumores, Phoenix. Todavía no conocemos a estas personas. No seas prejuiciosa. Solo hemos visto a los dos que nos

capturaron y nos obligaron a grabar este documental con la cámara que nos dieron. ¿Y si resultamos estar equivocados y no son caníbales o depravados que nos quieren utilizar como esclavos sexuales?

—En ninguno de los asentamientos del este escuché, jamás, un rumor sobre esclavitud sexual en bunkers. Dudo que tengas esa suerte, Frank. Sé por qué lo dices, y te diría que tienes un problema en tu cosita y necesitas terapia, pero es improbable que algún psicólogo siga con vida o con ganas de atenderte gratis.

—Ten en cuenta que solo tengo treinta y cinco años, Phoenix, y llevo sin sentir el calor de una mujer desde que empezó el fin del mundo hace un lustro.

Alguien golpea tres veces el gran portón desde el otro lado; es la señal para prepararnos. Ajusto la correa de la cámara en mi mano izquierda, apunto con la diminuta pantalla digital y empiezo a grabar. Sí, soy zurda. Frank coloca bien su traje, ajusta su corbata y tira de nuevo de su entrepierna, nervioso.

—Esto terminará mal, Frank. Los tíos que nos secuestraron no tenían pinta de ser muy amables —opino en voz baja—. Al menos prométeme que no pensarás con la polla; debemos encontrar la forma de escapar de este sitio mugriento y te necesito con la mente despejada.

La gran puerta se abre despacio con un estruendoso crujido. Un sistema de engranajes emite un eco ensordecedor y repetitivo, como las campanas de una iglesia. Al finalizar su desplazamiento una intensa bruma envuelve toda la entrada y se disuelve poco a poco.

—Está bien, te lo prometo —jura Frank.

—Te tomo la palabra. Nada de pensar en sexo —recalco, examinando quién es la persona que se acerca a recibirnos—. ¿Me pregunto qué clase de engendro se aproxima?

Cuanto más horrible sea, mucho mejor, así se regulará el lívido de mi amigo.

Según se disipa la niebla aparece una figura femenina que se acerca contoneándose. Pelo oscuro, liso, largo y brillante; ojos ligeramente rasgados; piel clara; labios carnosos y pintados de rojo carmesí; torso con un traje elegante de chaqueta ajustada gris y camisa interior blanca con varios botones desabrochados en su escote que ofrecen un abultado menú completo muy apetecible; cintura con falda ajustada y corta, del mismo color que la chaqueta, que debe esconder en su parte trasera un juguete antiestrés adictivo; piernas esbeltas, cubiertas con medias oscuras con una línea negra vertical que recorre sus fuertes muslos y desciende por sus gemelos acentuados; tacones negros y altos, con un pie frente al otro, imponiendo seguridad. Destaca su forma física; sin ser excesiva lo tiene todo repartido donde debe tenerlo. Es una atractiva mujer con

un traje caro, elegante y corto, similar al de una empresaria o una directora de escuela privada. Abre los brazos y nos muestra una orgullosa sonrisa con dientes blancos y relucientes. No he visto nada igual en todos estos años en el yermo exterior.

—¡Bienvenidos al búnker de los Aguacates, amigos míos! —nos recibe con un cálido saludo.

—Joder…. Acabo de romper mi promesa, Phoenix —me susurra Frank.

Un hormigueo recorre mi columna vertebral. Creo que yo tampoco habría cumplido una promesa de celibato mental. Muerdo mis labios y devoro a esta mujer en mi cabeza, trozo a trozo de carne, saboreando su suave piel con mi lengua húmeda entre un mar de gritos lascivos. Cruzo un poco mis piernas porque siento que algo se activa, humedece y calienta, junto a una sensación placentera que creí haber olvidado. Me quedo pasmada. No sé qué decir a esta belleza, como cuando conocí a mi cantante favorita en persona durante mi adolescencia.

—Ho… Hola —tartamudeo.

Me regala un guiño de ojo.

—Os estábamos esperando. Me llamo Pilar López, aunque podéis llamarme presidenta y una de los Aguacates de este refugio.

—¿Los Aguacates? —pregunto.

—Así nos llamamos los miembros originales de este búnker. Somos nueve.

La mujer mira a Frank sin perder su gran sonrisa y este no pronuncia ni una palabra. Pasamos un minuto de tenso silencio.

Habla, joder. ¡Di algo, capullo! ¿No eras periodista?

Bajo la cámara y me acerco a la espalda de mi compañero.

—¡Ey, Frank! —Le golpeo con el codo con suavidad—. Espabila, tío —le digo. Levanta un brazo y acerca su manga a sus ojos, frotándolos y sollozando como un niño pequeño que acaba de ver morir a su perro—. No me jodas, Frank. ¿Estás llorando? ¿En serio estás llorando? ¡¿Estás de puta coña?!

—Es que llevo mucho tiempo sin hacer una entrevista —lloriquea —. ¡Eres una insensible, Phoenix!

Me agacho y agarro un panfleto de propaganda de antes de la guerra. “¡Electrodomésticos de oferta por nuestro veinticinco aniversario!” Recuerdo esta tienda, con sus letras blancas grandes y su fondo rojo, y también recuerdo como su veinticinco aniversario, con grandes descuentos, se repetía mes a mes, año tras año, sin que nadie se diera cuenta. Es similar a un truco que hacían las editoriales. Consistía en colocar libros nuevos en las estanterías de los más vendidos. Supongo que no siempre se trata de ser el mejor y el secreto está en hacer creer al público que eres el mejor.

Le doy el panfleto a Frank, que lo utiliza como pañuelo,

gimoteando con pequeños sofocos.

—¿Te encuentras bien, chaval? —pregunta Pilar, riendo por lo bajo.

Me parece que ver a un hombre con esta masa muscular, llorando como un niño y con un traje tan ceñido, le ha hecho gracia. Yo también río un poco, no lo puedo evitar. Lo sé, soy un monstruo.

Frank toma aire y lo suelta.

—Sí, mucho mejor. Gracias, Pilar —agradece Frank.

—Fui yo la que te dio el panfleto que usaste como pañuelo, ¿recuerdas, amigo? —interrumpo—. De nada.

Frank niega con la cabeza para corregirme.

—No es eso. Doy las gracias a Pilar por darme la oportunidad de hacer de nuevo lo que más amo.

—Hacer el qué, ¿lloriquear? —pregunto.

—¡No, Phoenix! Hacer televisión.

A veces me burlo de él, pero me guste o no, forma parte de mi camino. Cuando las bombas llegaron solo nos teníamos el uno al otro, y aprendimos a sobrevivir juntos. Él me salvó a mí y yo le salvé a él muchas veces durante estos cinco años.

—Bien —dice Pilar—. ¿Empezamos de una vez? Seguidme por favor.

Frank carraspea y yo apunto con la cámara de nuevo.

Pilar da unos pasos de espaldas y se gira sin perder su orgullosa sonrisa. La seguimos y atravesamos la gran puerta, tras la que se encuentra un pasillo ancho con las paredes llenas de tuberías de metal. Sus zapatos de tacón hacen un eco que se extiende por el pasadizo, tras la gran puerta, mientras avanzamos despacio. Frank va a mi lado. Cerca, a unos cinco metros, hay otra gran puerta con engranajes.

Mis ojos no pueden evitar conectar con la línea de sus medias y con el espectacular contoneo de su redondeado, tentador y apetecible…

—Joder, qué culo tiene —susurra Frank.

Lo admito, yo pensaba lo mismo.

El pasillo intensifica las palabras de mi colega. Pilar gira la cabeza, mira a Frank, vuelve su orgullosa sonrisa, abre un poco su camisa, cambia a mí, y vuelve a mirar al frente. No dice nada. Lo ha escuchado y me parece que se ha sentido halagada. Frank se ruboriza un poco al saber que ha sido cazado.

Pilar llega a la segunda puerta y se acerca a un panel táctil que hay a la derecha e introduce un código. La segunda puerta hace lo mismo que la primera.

Creo que Pilar podría ser mi salvavidas para terminar con la racha de masturbación de Frank y que se relaje de una vez, suponiendo que

en este lugar no nos asesinen y se coman nuestros cadáveres, que es lo más probable que ocurra.

Mi compañero está desesperado por tener sexo. Lo intentó conmigo al poco de conocernos, pero le dejé claro que no es mi tipo, ni él ni ningún otro Frank del mundo. Somos compinches del apocalipsis, nada más. Le dejé caer que, si tenía una hermana o madre atractiva, sí estaría interesada. Cazó la indirecta a la primera.

¿Cómo nos conocimos? Fue el día que llegó el silencio. Yo era una joven de veinte años con la carrera de audiovisuales fresca y él un periodista en ciernes, con cientos de miles de seguidores en las redes sociales, y con un posible gran futuro. Tenía su minuto de gloria, tres veces por semana, en un programa acerca de pequeños negocios. Hacía entrevistas a mecánicos, panaderos, carniceros y gente normal. Estos programas estaban de moda antes del fin del mundo. Los veías y te hacían pensar que, quizá, no estabas tan mal con tu vida de mierda después de todo.

Los engranajes giran y la segunda gran puerta se abre. Pilar se queda de espaldas a nosotros.

—Quiero hacer una gran presentación. Enfoca bien con la cámara… ¿Cómo te llamabas, chica?

—Llámame Phoenix.

—¡Guau! —exclama—. Tienes un gran nombre. ¿Te lo pusieron porque renaces de tus cenizas o porque eres pelirroja y te tintaste el pelo de negro?

—No es mi nombre, es solo un…¿Cómo podría tintarme el pelo tras la guerra?

No alcanzo a terminar la frase; la gran puerta se abre del todo y tengo que centrarme en mi nuevo trabajo. Es un búnker, otro maldito búnker de mierda. ¿Qué puede haber aquí que nos impresione? He visto decenas y todos son iguales; ratas mutantes gigantes que chillan y te intentan morder, basura mugrienta amontonada y pudriéndose por todas partes, peste horrible a humedad y, en ocasiones, a cadáveres hinchados, con la carne seca y putrefactos, con expresión de vacío por la inanición o de miedo al haber sido asesinados por otros supervivientes para robarles comida, armas, o quién sabe qué.

Con el pasar de los años aprendí que, cuando exploras y buscas suministros, hay dos tipos de bunkers. Primero están los vacíos, como el que acabo de describir, en su mayoría saqueados. En ellos, si tienes suerte, puedes encontrar alguna lata de comida y agua embotellada porque los saqueadores se han matado entre ellos por un trozo de carne de rata. Después están aquellos por los que ves entrar y salir gente armada, siempre armada. A esos es mejor no acercarse. Nunca sabes cuántas personas puede haber dentro, ni cuáles son sus intenciones o su dieta. Con los años aprendes que el hambre puede

transformar a cualquier santo en el peor hijo de puta del mundo.

¿Qué hacemos Frank y yo en este lugar? Creímos que estaba vacío y poco o nada saqueado al estar tan oculto, pero no podíamos estar más equivocados. Nos acercamos demasiado y nos capturaron. Los tipos que nos apresaron reconocieron a Frank y se les ocurrió esta estúpida idea de grabar un documental para, según dijeron, las futuras generaciones. ¿Qué futuras generaciones? Con la radiación de las bombas apostaría mis brazos a que todos somos estériles.

Pensé que los habitantes de este búnker serían grotescos y salvajes, pero Pilar es lo contrario, y eso me confunde.

Ella cruza el marco de la gran puerta.

—¡Bienvenidos a nuestro refugio de los Aguacates! —presenta, sonriente.

Puedo ver el interior de… ¡¿Pero qué cojones?!

2 Zona común

—¡Es enorme! —grito.

Frank estira, otra vez, el pantalón por su entrepierna y sus ojos no apuntan al lugar que se nos presenta.

—¡Gracias, Phoenix! Parte del mérito lo tiene este pantalón tan ajustado.

—¡No me refería a tu ciruelo, idiota! Levanta la cabeza, Frank, y mira este lugar.

Lo hace y casi se salen sus ojos al ver lo mismo que yo.

Estamos en una gran sala de más de… ¿Cien?, ¿doscientos metros cuadrados? No sabría dar las medidas exactas; es grande de narices. Mucha gente cruza de aquí para allá, ajenos a nosotros, con ropa de calidad, moderna y limpia. ¿De dónde coño la han sacado? Mujeres, hombres, adolescentes y algunos niños nacidos antes del fin; todos sonríen y parecen felices. No vi una familia sonriendo desde el día del silencio. Alrededor de una decena de ellos lleva puesto un mono azul claro con líneas amarillas de cuerpo entero, ajustado y de manga larga. Todos van uniformados igual.

La estructura del recinto está hecha de metal, llena de tuberías y rejillas de ventilación. El sonido de los pasos de los habitantes se suaviza con… ¿He perdido el juicio y lo que escucho es música clásica de ambiente? Sí, un violín con un piano, como la banda sonora de un ascensor, suena suave y sugerente.

Unas escaleras dan acceso a una primera planta; no hay una segunda. No son automáticas, como es lógico, para ahorrar energía. Hay ventanas ovaladas y semitransparentes donde se ve la silueta de gente charlando y riendo, y puertas que se abren solas cuando alguien se acerca.

¡Nunca vi un búnker con tanta vida! Quedo maravillada.

En el centro hay un gran sofá de tres plazas, negro y de piel brillante, y en el lado opuesto reposan dos sillones rojos, separados por medio metro, con pinta de ser cómodos.

Pilar se deja caer sobre el sofá, extiende los brazos, se acomoda y cruza sus hermosas piernas. Emite un sonido seductor al frotar sus medias con suavidad. Levanta un brazo, ofreciéndonos asiento con cortesía. Frank y yo nos acomodamos cada uno en un sillón; mi culo no sintió nada tan reconfortante en años.

No dejo de grabar en ningún momento.

—¿Empezamos? —pregunta Pilar.

Frank estira su torso y se acerca a mi oído.

—Ojalá me haga esa pregunta en otro contexto —me susurra—.

¿Has visto qué piernas tan espectaculares tiene?

—Frank, por el amor de Dios, céntrate. Tenemos trabajo —me quejo—. Además, si consigues hacer algo con ella no será gracias a ti. Reconócelo, lo que tienes de guapo, lo tienes de seco y aburrido.

—¿Tienes algún problema conmigo, Phoenix?

—Me caes bien y moriría por ti, pero me pareces un idiota. ¿No te habías dado cuenta en estos cinco años, Frank?

—Algo he notado, sí. Opino lo mismo de ti.

—Me parece justo, y ahora a trabajar.

Frank sigue mirándome. Pero, ¿qué se supone que hace? Pilar espera y mueve un pie; creo que empieza a impacientarse.

—¿Por qué me miras así? —pregunto a Frank, susurrando.

—Estoy bloqueado y no consigo hacer la entrevista. Hace tanto que no veo a una mujer como Pilar…, con una mirada tan autoritaria, medias negras, minifalda y tacones… Olvidé que tenía un fetiche con las maestras. —Él separa un poco sus piernas y me muestra un volcán a punto de explotar—. Mira, Phoenix. La tengo así desde que la vi caminando de espaldas.

Creo que vomitaré.

—¡Joder, Frank! —grito en voz baja. Su cremallera está a punto de ser derrotada—. Mira, haremos una cosa para ver si te relajas un poco. ¿Recuerdas aquella casa, en Benimaclet, donde buscamos suministros? ¿Aquella en la que, mientras buscabas provisiones debajo de una cama en un dormitorio de la primera planta, se abrió un armario a tu espalda y sobre ti cayó una anciana muerta, con la piel podrida y la cabeza abierta? ¿Recuerdas cómo se abrió su estómago y se desparramaron las vísceras sobre tu cabeza, todavía calientes? Me dijiste que te impresionó notar los huesos de su columna vertebral tocando tu frente.

Pone cara de asco, y es normal. Yo vomité por la peste, y eso que estaba en la planta baja.

—Recuerdo a esa anciana, Phoenix, y también el calor de sus entrañas. —Frank cierra los ojos y respira—. Fue algo nauseabundo y traumático.

—Bien, pues déjala rondando sobre tu cabeza hasta que se esfumen las ganas de follarte a este pibonazo —sugiero.

—Dudo que eso ocurra, amiga. Han pasado cinco años y cada vez me cuesta más contener mis instintos.

—Hazlo por mí; relájate un poco. Al menos mientras grabemos este ridículo documental de mierda que nos pidieron.

—Qué cosa más rara, ¿no, Phoenix? Un documental.

Me acostumbré a ver cuerpos mutilados, quemados o podridos tras el día del silencio, pero todavía soy sensible al olor. Tras cinco años la mayoría de los muertos no son más que un montón de huesos, pero

alguna vez encuentras uno reciente, hinchado y apestando a carne en descomposición, sin embargo, ¿qué podemos hacer en este nuevo mundo, aparte de adaptarnos? Si quieres sobrevivir es indispensable aprender a buscar suministros. Agua, comida, medicina y armas, es lo esencial para no morir de hambre o en manos de otros supervivientes. No pienses que todos son monstruos asesinos en el yermo, algunos aceptarán un trueque a cambio de objeto útil o un alimento en buen estado. No intentes pagar con dinero, ya no sirve para nada. Por desgracia, otros supervivientes te matarían sin dudar por un simple vaso de agua potable, líquido más valioso que el oro hoy en día.

Frank y yo hacemos un buen equipo. Él es fuerte y yo inteligente; hemos sobrevivido así durante estos cinco años. Nos ofrecieron quedarnos en un asentamiento, en el este, la única zona más o menos segura que conocemos, pero entre sus residentes surgieron los primeros conflictos de poder, así que, por nuestra propia seguridad, preferimos ir por libre. Nunca hemos atravesado la zona del centro hacia el oeste, más allá del antiguo cauce del río Turia que divide la ciudad. Debes estar muy seguro de cuál es la situación del terreno nuevo al que quieres adentrarte. Jamás escuchamos rumores, ni buenos ni malos, de ese sector, así que para nosotros no es más que un territorio fantasma. De ningún modo debes acercarte a los fantasmas, recuérdalo si no quieres jugártela y morir.

¿Qué pasó para tener que cuidar el uno del otro? Todavía recuerdo aquel día. Estábamos en un estudio de televisión, grabando una entrevista de Frank a un guaperas sin cerebro ni talento que utilizaba un ordenador para componer sus canciones. Imagina que yo hiciese lo mismo para ser escritora; tecleo una palabra y el ordenador redacta el resto, ¿mi éxito sería por mi talento o todo el mérito habría que dárselo al ordenador? En fin, cambio de tema, que me voy por las ramas. Ambos somos fumadores. Sí, aún encontramos tabaco de vez en cuando en alguna casa que exploramos, y es muy útil para relajarse en estos días de muerte y desolación. Bajamos al sótano del edificio para fumar a escondidas, ya que era el único lugar donde no se daban cuenta. Desde que el gobierno aprobó las nuevas leyes contra el tabaco, más estrictas si cabe, dar una simple calada se convirtió en un delito penado con la pérdida de un riñón. No de manera literal, ya me entiendes, pero casi. El lugar estaba tres pisos bajo tierra, por debajo de dos plantas de aparcamiento subterráneo. Era una zona de almacenamiento, llena de trastos, la ostia de profunda. Cuando dimos la segunda calada todo tembló y escuchamos una explosión tan intensa que nos desmayamos. Despertamos a los pocos segundos, cuando los cigarrillos terminaban de quemarse. Creímos que se trataba de un atentado en el edificio, pero lo que produjo el estruendoso y ensordecedor sonido fue algo muchísimo peor. Salimos por un túnel

auxiliar y al alcanzar el exterior… Podría decirse que fue un atentado a nivel global. Los edificios ardían y se derrumbaban, los pocos supervivientes se arrastraban o se desplomaban mientras su piel se fundía, y en el horizonte, un gran champiñón de humo y llamas crecía bajo un cielo rojo. El mundo se había vuelto loco y llegado a su fin. En cierta medida no me extrañó; el ciclo dictador, guerra, paz, dictador y guerra se estaba repitiendo, una y otra vez, y solo hizo falta una diminuta chispa o un diminuto parásito de locura en la cabeza de uno de esos dictadores para que todo se fuese a la mierda en un instante, y así ocurrió.

Frank y yo nos teníamos el uno al otro en un mundo que empezaba desde cero y se iba a quedar en esa cifra para siempre. Supimos adaptarnos bien, sin embargo, hace unos días cometimos el gran error de acercarnos demasiado al paso estrecho de la montaña. Los asentamientos cercanos lo llamaban "El Paso de los Comehuesos". Nos advirtieron que nos mantuviésemos alejados, ya que nadie regresaba de este lugar. No hicimos ni puto caso y nos pasamos las recomendaciones por el culo.

¿Qué es un Comehuesos? Con lo avispado que eres lo habrás entendido a la primera, pero de todas formas lo explicaré, aunque no debería ser necesario.

Verás, cuando la situación internacional se tensó, hasta el punto de volverse insostenible, muchos invirtieron en un refugio antinuclear. Sonaban tambores de una posible catástrofe; algunos estaban convencidos de que llegaría tarde o temprano. Otros como yo, por el contrario, pensamos que era una estupidez sin sentido y un suicidio a nivel geográfico para el enemigo, ya que su propio país sería destruido también. El primero en lanzar una cabeza nuclear sabía que el resto de los países castigarían su esfínter del culo hasta dejarlo como el ojo de una paloma y a la vez sus aliados lanzarían otras cabezas nucleares sobre sus enemigos, creando un efecto en cadena apocalíptico. Uno de ellos, no se sabe con exactitud quién, apretó el maldito botón rojo. En realidad no existe un botón rojo y para activar un arma nuclear es necesario seguir un conjunto de protocolos, órdenes y códigos. ¿Fue una estupidez hacerlo? Sí, obvio, pero el mundo estaba gobernado por imbéciles, y así terminó. ¿Cuál fue la causa del conflicto? No tengo ni puta idea de política, pero es probable que fuera por la misma mierda de siempre y que se repite, una y otra vez, como un ciclo de muerte incesante; combustible, territorio, influencia… ¡Yo qué sé!

¿De qué estábamos hablando? ¡Ah, sí, disculpa! ¡Los Comehuesos! Como decía, debido a esta tensión bélica existen muchos bunkers, unos conocidos y otros ocultos, como el que estoy grabando ahora. Son lugares interesantes de explorar si te preparas como es debido, ya que, con suerte, puedes encontrar algunos suministros en buen estado

u objetos valiosos. Algunos residentes murieron en sus bunkers y, si te adentras, encuentras sus cadáveres en sus respectivos puestos de descanso eterno. Otros los abandonaron, comerciaron con lo que sacaron de dentro, sobrevivieron y se adaptaron en asentamientos del yermo. Me gusta mucho escuchar las historias de los supervivientes de los bunkers, pero sin dudarlo me quedo con las de los veteranos de guerra. A veces encuentras a alguien que estuvo en el frente, ¡esos sí que cuentan anécdotas interesantes de escuchar! Es muy probable que exageren sus relatos, pero no me importa.

Lo extraño es encontrar un búnker con habitantes u ocupas. Frank y yo, por el momento, no hemos encontrado ninguno sellado y habitado, pero se escuchan historias de saqueadores que fueron agredidos al acercarse a alguno de ellos, así que los marcamos en el mapa y no nos acercamos. Si te planteas la idea de utilizar un teléfono con mapa interactivo, debes recordar que los satélites, comunicaciones, y el mundo en general, se fueron a la mierda. Te toca buscar un mapa y marcar con un lápiz o bolígrafo los puntos clave como asentamientos, zonas peligrosas o áreas de suministro. Registrar los cadáveres frescos para comprobar si tienen un mapa es muy útil; puedes actualizar el tuyo con sus marcas. Intenta no perder ese mapa, puede salvarte la vida si te pierdes. No sirve de nada recordar cómo era la ciudad antes del día del silencio. Edificios y barrios enteros se esfumaron, por lo tanto, empiezas desde cero.

Por último están los bunkers de los *C*omehuesos. Solo hemos visto uno y su puerta estaba a reventar de huesos humanos como advertencia, pero si lo que quieres es alimentarte de carne humana, ¿qué sentido tiene asustar a tu presa llenando tu puerta de cadáveres? Nadie se acercaría; no tiene lógica. Puede que tenga una explicación más razonable, por ejemplo, que no sean caníbales y solo intenten asustar a los curiosos. Por si acaso, lo mejor es alejarse de ese lugar.

¿Esta gente será Comehuesos también, como nos advirtieron en los asentamientos del este? Es más, ¿por qué llamar Comehuesos a los Comehuesos? Nadie come huesos, es absurdo. ¡Te quedarías sin dientes en cuestión de días! ¿No sería más correcto llamarlos Comecarne? En fin, solo espero que, si nos van a devorar, al menos sea rápido y sin dolor. Aunque el mundo se haya ido la mierda me acostumbré a él y todavía quiero vivir. No me apetece nada morir siendo alimento.

Tengo que volver a centrarme en Frank y calmar su pene erecto.

—¿Qué más da que quieran un documental? Debemos hacer lo que nos pidan hasta que sepamos qué es lo que quieren hacer con nosotros.

Pilar interrumpe. Sigue sentada sobre el sofá, esperando.

—¿Algún problema? ¿Necesitáis algo para empezar la entrevista?

—¡No! Todo está en orden —dice Frank—. Vamos a empezar.

Carraspea.

Ajusto la cámara y apunto a Pilar.

—Cuando quieras, Frank —le digo.

—Bien, debo reconocer que este lugar es impresionante, igual que usted. ¿Podría presentarse? —pregunta Frank para dar un poco de picardía al montaje.

Eso es lo importante, que en el futuro sepan que nos gustaba ligar. Frank, eres gilipollas.

—Soy Pilar, presidenta electa de este gran refugio. —¿Electa? ¿Habla en serio?—. Nos hacemos llamar los Aguacates. Así nos llamamos y así nos llaman los habitantes a los primeros que llegamos.

—Este búnker es conocido en el exterior por ser uno de los más misteriosos y complicados de localizar debido a su estrecha entrada a través de la montaña. Una vez dentro no parecen ustedes una comunidad muy aterradora ni comedores de carne, como se rumorea en los asentamientos del este —bromea Frank.

—¿Estás seguro de que no tengo intención de comerte? Me está apeteciendo morderte en el cuello, de momento, para empezar. Quizá dentro de un rato me entrarán ganas de morderte en otro lugar que te gustará más —seduce Pilar, hincando los dientes simulando un mordisco—. No pongas esto en el montaje final.

Me da la impresión de que se siente poderosa y le encanta.

Frank está rojo como la carne cruda de un filete de ternera. ¡Joder, me ha entrado hambre al imaginarme un filete recién preparado, con su salsa desparramándose! Hace cinco años que no veo ninguno, al menos en buen estado. Al principio del fin del mundo disfruté comiendo unos pocos trozos de carne que todavía quedaban en algunas casas en ruinas, con gusanos y cosas blancas. ¿Moho? Frank y yo la llamábamos “La Carne de la Fortuna”; con buena suerte la disfrutabas, y con mala te tocaba vomitar o tener diarrea, o ambas cosas a la vez. Al que algo quiere, algo le cuesta, ¿no crees?

—¿Qué es este lugar? —pregunta Frank—. ¿Podrías contarnos algo, Pilar?

Ella cambia de posición sus definidas piernas y las cruza.

¡No hagas eso, por el amor de Dios, que Frank se desconcentra!

—Hace más de cinco años, cuando apenas acababa de iniciarse la guerra, yo estaba metida en un foro opinando sobre el conflicto. Había usuarios de ambos bandos y, como es lógico, el foro se partió en dos. Algunos entraban, otros salían, y al final quedamos asentados los que nos llevábamos mejor. Decidimos crear un grupo privado, pero no dejamos de entrar en grupos del adversario para armar jaleo. A los que defendían al rival le amenazábamos con lanzarles aguacates, que como sabéis eran muy escasos en el país del enemigo y muy

abundantes en el nuestro, por eso decidimos bautizar a nuestro grupo así, los Aguacates, nombre con el cual bautizamos este refugio —explica Pilar—. Tras unos meses charlando, bromeando y riendo, los Aguacates decidimos hacer una quedada aquí, en Valencia. Conseguimos una reserva en el restaurante del chef Óliver Salazar, uno de los más famosos del mundo.

—¿El chef Salazar? Sé de quién hablas. Con casi setenta años, casado y sin hijos, era uno de los cocineros más ricos del planeta —recuerda Frank, sorprendido.

—Debería serlo. Es un chef, es rico, porque si estuviese malo, ¿qué clase de chef sería? —bromeo.

Frank me lanza, avergonzado, rayos con los ojos. Vale, lo admito; ha sido un chiste de mierda.

—¿En serio, Phoenix? —se indigna—. ¿No tenías nada mejor? Para decir otra gilipollez así mejor no abras la boca, por favor te lo pido.

—Perdón —me disculpo con la cabeza agachada.

—Exacto, Frank —confirma Pilar—. El chef Salazar era propietario de varias marcas de ropa, tiendas online, equipos de fútbol… De todo. Se acercó a nosotros mientras disfrutábamos de sus increíbles creaciones de sabor. Pensamos que quería presentarse y preguntarnos algo acerca de la cena, pero nos pidió, por favor, que le acompañáramos a una zona de la cocina. Parecía preocupado y algo alterado. Sudaba a chorros. Todos le seguimos, intrigados. Nos llevó a su despacho, se sentó en su ordenador y algo debió desbloquear, porque una pared con un acuario gigante se abrió y tras esta apareció una puerta metálica gigante. Era un ascensor enorme. Al instante supimos que era de bajada porque el edificio solo tiene una planta. Descendimos en él hasta aquí, hasta el refugio.

—¿Entrasteis sin dudarlo? —pregunta Frank—. ¿No se os pasó por la cabeza la idea de que, quizá, quería haceros algo malo?

—¿Un viejo contra nueve personas? No me hagas reír, Frank —se burla Pilar.

—Podría haber sido miembro de una secta oscura. ¿Y si había avisado a sus compañeros para violaros, devoraros, o sacrificaros a Lucifer durante una grotesca orgía de sangre? —sugiero.

Pilar frunce el ceño.

—Me parece que tenéis un grave problema con los caníbales. Hace cinco años que no veo la luz del sol, pero dos amigos míos salen fuera a menudo y jamás han visto caníbales.

—Es algo común en episodios de escasez y supervivencia —explica Frank—. Aunque es cierto que lo hemos visto menos de lo que podríamos esperar en situaciones así, la verdad.

Pilar sonríe. Yo sigo grabando, como me pidieron.

—Te garantizo que aquí no hay escasez de ningún tipo —aclara

Pilar, acomodándose sobre el sofá—. Como estaba diciendo, el ascensor descendió. Óliver Salazar era un hombre muy influyente y con contactos importantes. Recibió el chivatazo de que misiles nucleares habían salido de los silos del enemigo y se dirigían hacia aquí. No tenía tiempo de salvar a su esposa, y los únicos que estaban cerca éramos nosotros.

—¿Y los empleados del chef Salazar? —pregunto.

—La bomba impactó en la ciudad justo cuando llegamos abajo. Fue imposible subir a por ellos y, aunque lo hubiésemos conseguido, estarían muertos por el fuego o poco faltaría por la radiación —explica Pilar.

—¿Os permitió esconderos con él en su búnker privado? —comento, confusa—. ¿Por qué salvaros a vosotros primero?

—¡Yo qué sé! Es posible que no se llevara bien con sus trabajadores —opina Pilar—. Para nosotros tampoco fue ningún camino de rosas. El hijo de puta nos dijo que necesitaba mano de obra para el mantenimiento y gestión de todas las secciones, y créeme, este lugar es más grande de lo que mi mente es capaz de comprender. Es una ciudad.

—¿El chef Salazar está por aquí ahora? —pregunta Frank—. ¿Podemos saludarle? Es un hombre muy importante y sería para mí todo un honor poder conocerle en persona.

—¡Claro! Ya te has cruzado con él —dice Pilar.

—En este refugio solo vimos a los dos hombres que nos capturaron y nos encerraron, y a ti. ¿Era alguno de nuestros captores? —pregunto.

—No, ni mucho menos. Estaba fuera, con vosotros, en la sala donde os preparasteis.

—Eso no puede ser. En esa sala solo había ratas y un… —recuerda Frank, quedando paralizado—. No es posible…

Pilar sonríe con milicia.

No puede ser…

—Sí, es muy posible —confirma ella, con total serenidad y sinceridad—. Cuando el chef Salazar nos llevó al sistema de almacenamiento de armas volvió a repetir que éramos sus empleados, no sus compañeros ni amigos. Marc, uno de los Aguacates que conoceréis en breve, le pegó un tiro en la cabeza tras dos meses de martirio.

Frank y yo reímos. ¡Esta mujer tiene un humor muy macabro!

—Ahora en serio, ¿el chef Salazar murió de un paro cardíaco o algo así? —pregunta Frank.

Pilar se inclina un poco hacia adelante y no pronuncia ni una sola palabra durante unos pocos segundos, mirando nuestras pupilas, inexpresiva.

—Acabo de contarte que Marc, uno de los nueve Aguacates, un miembro del grupo que solo estuvo dos años en el ejército, pero en ese momento el gilipollas creyó que era una especie de Rambo, apuntó a la cabeza del chef Salazar y se lo cargó. —Pilar vuelve a su posición original, con brazos extendidos y piernas esculturales cruzadas—. Todos le apoyamos; nos había quitado un peso de encima. El chef cabronazo quería que fuéramos sus esclavos. Incluso amenazó con restringir el acceso a la comida si no hacíamos lo que él nos pedía.

—¿Esto lo saben todos los que están aquí? —pregunta Frank, señalando a los extraños que pasean, unos con ropa normal y otros con el uniforme azul con líneas amarillas.

—¡Claro que lo saben todos! —se extraña Pilar—. Era un viejo de mierda, inútil y explotador. Al menos su cadáver servirá para asustar a los curiosos. ¿Os asustó a vosotros?

—No, la verdad. Estamos acostumbrados a ver cadáveres, y algunos muy recientes —comento—. Varios incluso tenían espasmos post mortem, o al menos espero que fueran espasmos post mortem, porque solo faltarían zombis para rematar el apocalipsis.

—No lo digas en voz alta, Phoenix —sugiere Frank—. Visto lo visto…, cualquier cosa podría pasar.

—Vaya… —se sorprende Pilar—. Creímos que un cadáver en la entrada asustaría a los intrusos.

—Si queríais asustar a los intrusos deberíais haber colocado el cuerpo empalado fuera.

Les hago esta sugerencia porque es algo que he visto fuera.

—No es mala idea —apunta Pilar—. Ahora es tarde para aplicarla, el cuerpo del chef está demasiado descompuesto. Mejor lo dejamos donde está.

Lanzo la pregunta.

—¿No sentís, los primeros que llegasteis, algún tipo de…?

—Los Aguacates, por favor —recuerda Pilar.

—¿No sentís, los Aguacates, algún tipo de remordimiento por matar al chef Salazar?

—¡No! ¡Qué le follen! —apura a responder—. Salazar quería gobernar este refugio con mano de hierro. Le propusimos instaurar un sistema democrático, pero se opuso. Quería vivir en un palacio privado, y no se lo podíamos permitir. Espero que ese cabrón arda en lo más profundo del infierno, para siempre.

—¿Habéis pensado en las consecuencias legales por asesinato? Los Aguacates deberíais tener mucho cuidado con lo que contáis —opina Frank.

—¿Qué nos podría pasar por contar la verdad? ¿Crees que nos llevarían a juicio? —se burla Pilar—. Claro, los juzgados están saturados de trabajo en estos tiempos. Estamos a la espera de un

señor, con traje de juez, para que venga a encerrarnos.

—Toga —corrige Frank—. El uniforme de un juez se llama toga.

—¡Gracias, listillo! Puedes ponerte, si te hace ilusión, una toga de mierda, declararnos culpables de asesinato a mí y a mis compañeros, y después irte a tomar por culo —se enfada Pilar—. Ya no existe la ley, solo la supervivencia.

Creo que mi compañero acaba de sacrificar puntos de posible sexo con esta mujer.

—¿Por qué estaba el cadáver del chef vestido de chef? —pregunto —. Si estaba en su búnker, ¿qué necesidad tenía de ir con esa ropa?

—Ese día quería cocinar él —explica Pilar—. Lo único malo de haberlo matado es que no volveremos a probar sus recetas. Eran brutales, las cosas como son.

—Lo describes como un opresor, pero quería cocinar él.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra, Phoenix?

—Tengo una pregunta. —Algo inquieta a Frank—. Acabas de contar como un pequeño grupo de nueve amigos fundasteis este refugio, pero veo a mucha gente. Hay familias enteras, parejas con niños y algunas sin ellos; también hombres y mujeres solos.

—Cuando alguien se acerca curioseando lo capturamos, como hicimos con vosotros, y le damos una función en el refugio. Tiene acceso a comida, ropa, medicinas y algo de ocio. Aquí tenemos de todo.

Me mata la curiosidad y hago la pregunta.

—Me gustaría saber qué sentido tienen los uniformes. ¿Por qué unos llevan ropa ordinaria y otros, sin embargo, un uniforme azul horrible?

—No es tan horrible. —Pilar los examina en detalle—. Vale, sí, es muy feo, pero no teníamos otra cosa en el almacén para darles. Cuando entra alguien nuevo le damos un uniforme azul en primer lugar. Indica que solo tiene acceso a lo esencial y está en proceso de adaptación y confianza.

—¿Novatos? —pregunta Frank.

—¡¿Novatos?! ¡Qué va! No son novatos —ríe Pilar y no habla durante unos segundos—. Vale, básicamente son eso, novatos, pero me parecía ofensivo llamarlos así. Nosotros les hemos asignado un indicativo que no resulta discriminador ni intolerante.

—¿Cómo los llamáis vosotros? —pregunta mi compañero.

—Aspirantes —carraspea Pilar.

—Es lo mismo.

Tú sigue restando puntos, Frank.

—No es lo mismo —carraspea otra vez.

En este caso, intuyo lo que significa la ropa ordinaria.

—Entiendo el sistema —comento—. Las familias con ropa

ordinaria son las de vuestra confianza, y tienen acceso a más suministros y privilegios que los novatos.

—Aspirantes, y sí, así es. Eres una chica muy audaz. —Pilar toca la punta de su nariz con el dedo índice—. Hemos creado un sistema justo. Aspirantes y ciudadanos, todos tienen el mismo derecho a suministros básicos como agua, comida, medicamentos y una cama caliente, pero si desean tener más privilegios, como una habitación con televisión propia o acceso a mejores áreas, deben demostrarnos que pueden contribuir al progreso del refugio y merecen nuestra confianza. —Se acercan dos hombres con uniforme azul, en silencio—. ¡Vaya! Aquí llega un regalo de la casa. Tras varios años pasándolas canutas creo que os lo merecéis.

Uno trae una pequeña mesa. Me suena haberla visto en el catálogo de una empresa de muebles suecos. La coloca entre nosotros y Pilar, y sobre esta deja tres elegantes copas de cristal que tenía entre sus dedos.

El otro carga una gran y fresca botella de refresco de cola. Gotas que antes eran aire ahora están pegadas al cristal y resbalan con suavidad. La abre delante de nuestros absortos ojos con un orgásmico siseo de gas que no escuché en siglos. ¿De dónde coño han sacado esta bebida? Tiene una cubitera metálica. Deja caer un cubito de hielo en cada copa y las llena con la bebida. Al terminar de llenarse, la mitad es líquido, y la otra, hermosa espuma oscura de cola.

Esto es lo más jodidamente hermoso que he visto en mucho tiempo. No puedo evitar bajar la cámara y morder mis labios. Me relamo como un perro sediento. Creo que ha caído una gota de baba de mi boca, pero no lo puedo asegurar porque estoy centrada en la oscuridad de la bebida y las burbujas que nacen desde la base y suben a la superficie, muriendo al llegar a la cima para explotar.

Sé lo que estás pensando. ¿Tanta excitación por un simple refresco de cola? Hace cinco años me habría dado como a ti, vergüenza ajena, pero hoy en día encontrar un simple refresco como este, en perfecto estado y frío, es prácticamente imposible.

Pilar muestra la sonrisa de alguien que está haciendo disfrutar. Saborea nuestra tentación. Ahora mismo sería capaz de recibir latigazos de esta mujer durante horas, e incluso de matar a Frank, solo por probar lo que contiene la copa, en caso de que contenga lo que se supone que contiene. Dudo que pretenda envenenarnos.

—Quizá parezca algo radical con lo que voy a decir —no aparto la mirada del líquido—, pero ahora mismo mataría a mi compañero Frank por un simple trago. —Pilar ríe a carcajadas—. ¿De dónde habéis sacado esta botella?

Frank no reacciona; está jadeando, mirando el oro negro.

—Chicos, no os hacéis ni idea de todo lo que tenemos aquí. —Pilar

nos ofrece, con cortesía, la bebida alzando su mano derecha—. No negaré que me muero de ganas de ver vuestra reacción. La copa es toda vuestra, sin condiciones.

Seguro que ahora estás pensando… "¡No lo hagas! ¡No bebas esa copa porque seguro que está envenenada!"

Ahora mismo me daría igual morir; no diré no a este regalo. Acerco el cristal a mis labios y dejo caer por mi garganta el fresco líquido de cola, mientras, el hielo golpea mi labio superior y lo enfría. ¡Esto es una jodida maravilla! Lo echaba de menos infinitamente. Hace cinco años hacía fitness y veía el azúcar como veneno, sin embargo, hoy te arrancaría las pelotas por un trozo de pollo frito bañado en salsa cajún y acompañado de una bebida energética azucarada.

—Joder…

No puedo decir nada más.

—Lo estáis disfrutando, ¿verdad, chicos? No hay nada parecido a esto ahí fuera, pero, ¿y si resulta que el refresco estaba envenenado? —sugiere Pilar, y Frank escupe el dulce petróleo con gas.

—Habría tenido la muerte más placentera imaginable —acepto, mirando al techo.

Pilar suelta una risita ligera.

—Tranquilos, si hubiésemos querido haceros daño no habríamos montado todo este tinglado del documental. De hecho, me caes bien, Phoenix —me dice, guiñando un ojo.

Tengo un presentimiento un poco extraño con esta mujer. Me parece que coquetea conmigo, pero hace tanto tiempo…, que olvidé cómo se hacía.

Grito de placer al sentir las burbujas explotando en mi estómago y algunos transeúntes se detienen asustados. Ignoro sus miradas y relleno mi baso. Pilar los calma y les insta a seguir a lo suyo. Tomo el segundo, con más calma, tras el bajón del orgasmo del primero.

¡Mierda, la cámara! Vuelvo a apuntar a Pilar sin dejar de dar tragos a mi consolador líquido. Se nota que Frank también está disfrutando de su bebida, pero no monta ningún escándalo.

—¿Cuántas personas viven aquí? —pregunta mi amigo.

—Unas doscientas, pero el búnker está preparado para albergar a muchas más —explica piernas apetecibles.

¿Cómo es eso posible? El búnker más grande que hemos encontrado estaba preparado para unas cincuenta.

—Es mucha gente para controlar. ¿Qué ocurre si algún aspirante o ciudadano intenta matar a uno de Los Aguacate como hicisteis vosotros con el chef Salazar?

—¡Buena pregunta, Frank! El acceso a los suministros está unido a un nanochip que fluye por nuestro sistema circulatorio y tenemos

implantado solo los Aguacates; nos lo pusimos cuando matamos al cabrón del chef Salazar. Un ordenador portátil central, en la oficina de Oliver Salazar y a la que solo la presidenta, es decir, yo, tengo acceso, registra nuestros signos vitales a través de ese nanochip y guarda la configuración de permisos de acceso. Yo tengo todos los permisos, y mis compañeros, de las zonas de abastecimiento, de todas. Cada uno tiene una clave propia y secreta. Si alguno de los Aguacates muere, desaparece o sale del refugio sin desactivar su nanochip, será mi deber introducir mi código en el ordenador para notificar dicha baja; en caso contrario, el sistema bloqueará el acceso a los almacenes y por consiguiente no habrá comida, agua o medicinas. Es más, si un aspirante, residente u otro Aguacate quisiera asesinarnos, el nanochip lo detectaría. Es como una caja negra. Envía las grabaciones de sonido al portátil central en caso de una muerte y, sí resulta que no fue accidental o natural, todo el sistema quedaría bloqueado para siempre tras una hora. Estaríamos encerrados y sin acceso a los suministros.

—¿Y si tú mueres de forma natural o accidental? ¿Quién tendría acceso a la oficina y al ordenador central?

—Entonces los Aguacates restantes deberán introducir su clave en el sistema y nombrar una nueva presidenta o presidente.

—¿Tienes el control total de este lugar y, los otros ocho, el control de secciones? —pregunta Frank.

—Así es, pero tranquilos, adoro a mis amigos. Si hubiese querido matarlos ya lo habría hecho.

—Comprendo —digo—. Si los habitantes muerden la mano que les da de comer, se acabó la comida.

—Esa es la idea— verifica Pilar.

—¿Entonces los Aguacates solo estáis aquí para gobernar? —pregunta mi compañero.

—No gobernamos. Piensa en nosotros como en una especie de encargados o supervisores. Cada uno administra una sección principal y se asegura de que todo funcione como es debido en su área. Nos repartimos las zonas acorde a nuestras capacidades.

—¿Todos erais especialistas en algo?

—No. En realidad cada uno se acopló en el lugar que más le gustaba, pero tiene más clase decir que estamos capacitados para ello.

—Ah…, bien. Y aparte de la oficina central, ¿gestionas alguna zona más? —pregunta Frank.

—El censo, cumplimiento de normas, gestión de suministros… —explica Pilar—. También las entradas y salidas. Nadie puede atravesar la puerta principal sin que yo me entere. De hecho, es literalmente así. Si uno de los Aguacates cruza la puerta hacia el exterior sin que yo desactive su nanochip en el ordenador central…, muere.

—¿Muere? ¿En serio?

—Para evitar que el búnker colapse por culpa de un arrebato de locura.

—Eso significa que algunos salen del búnker para explorar el yermo.

—Solo dos Aguacates; ningún aspirante o residente. Exploran el exterior y estudian si es habitable o, como mínimo, seguro. También comercian y hacen acuerdos con otros asentamientos a cambio de suministros que necesitamos. Tenemos de todo, sí, incluso cultivamos nuestra propia comida, pero no tenemos fábricas y ciertas cosas se pueden romper o terminar. Como es lógico, no podemos permitir que ningún aspirante o residente salga, por si se le va la lengua y cuenta lo que tenemos en nuestros almacenes. Aquí estamos bien, de momento, pero tarde o temprano, dentro de unos años, tendremos que volver a salir al mundo real. La salud mental de muchos está empezando a fallar tras cinco años sin tomar aire. Vosotros habéis sobrevivido fuera desde que cayeron las bombas y sabéis cómo está aquello, ¿verdad? Yo no he salido desde entonces.

—Es muy difícil sobrevivir —explico—. Ciertamente, algunos asentamientos aceptan visitantes de su confianza y solo pretenden comerciar, sin embargo, otros son muy desconfiados y peligrosos.

—¿Y si algún habitante quisiera salir? —pregunta Frank.

—Por desgracia, una salida sin autorización es algo que no podemos permitir. Como os acabo de explicar, alguien podría contar lo que tenemos aquí dentro y eso sería catastrófico para nuestra supervivencia. Una vez entran, deben quedarse; no les queda otra opción.

—Eso quiere decir que mi compañera y yo estamos… —intuye Frank.

Mi amigo se ha dado cuenta de algo que yo he percibido desde que entramos. Estamos atrapados aquí. ¿Sabes qué? Me parece estupendo. Después de cinco años rozando la muerte, casi a diario, necesito un respiro. Un lugar donde establecerme no estaría tan mal.

—Sí, Frank. Sois oficialmente aspirantes —confirma Pilar—. Tranquilo, chico. Mantenemos entretenidos y cuidados a los nuestros, por eso no quieren marcharse. Créeme, aquí tendréis todo lo que necesitéis —explica, con una dulce sonrisa—. Somos una gran famili… —Un fuerte grito interrumpe la grabación—. ¡¿Qué coño pasa ahora?! —ruge.

Un hombre maduro, de unos cuarenta años, con vaqueros azules, deportivas y camiseta roja, entra volando desde alguna parte y cae de espaldas sobre la mesa. La destroza, desparramando por el suelo el refrescante refresco de cola y desperdiciando una escasa maravilla.

¡Hijo de puta!

—¡Era mi bebida, cabronazo! —me quejo.

El hombre intenta incorporarse, quejándose del dolor en su espalda. El golpe ha sido muy salvaje.

Pilar se levanta furiosa y con brusquedad.

—¡¿Puedo saber qué coño está pasando aquí?! ¡¡Tenemos invitados!! —Grita tanto que su voz retumba por toda la sala—. ¡Cómo no me expliquéis qué está pasando comeréis mierda durante toda una semana, imbéciles! —Se voltea hacia nosotros—. Disculpadme un momento, por favor —pide, molesta y sonrojada, pero no sonrojada por la vergüenza, más bien diría que por la intensa rabia.

Ha olvidado que todavía sigo grabando.

Agarra al hombre por el cuello de la camisa y lo levanta con un único impulso.

—¡No es culpa mía, fue Gregorio! —explica el tipo, zarandeándose como un conejo atrapado intentando escapar de ella—. ¡Él me lanzó sobre la mesa!

Pilar lo suelta y cae, golpeando su cara contra el suelo.

—¡Foder, mi fariz! —balbucea el tipo.

Otro hombre se acerca, más joven y muy delgado.

—¡Dile a la presidenta por qué lo hice, Jorge! —recrimina el tal Gregorio.

Una mujer mayor que todos los presentes, de unos sesenta y tantos o más, entra corriendo apurada, dando saltos torpes, quejándose de sus fallidas rodillas y respirando con dificultad, en parte debido a su edad y muy probablemente por estar dentro de un recinto sin poder salir para respirar aire puro.

Fuera ya no queda aire limpio.

Lleva ropa moderna, como la mía. ¿Espíritu joven? Sus ojos son claros, su pelo corto y cuidado, y sus pasos lentos.

Se acerca.

—¡Os dije que lo arreglarais sin discutir, cabezones! —se queja la señora a Gregorio y Jorge.

Pilar la señala y nos la presenta.

—Esta es Merche, otra de los Aguacates y segunda más votada. Algunos opinaron que la persona más mayor sería la apropiada para gobernar. Creo que han visto demasiado cine y consejos de ancianos en las películas.

Ambas se dan un educado beso en la mejilla.

—Hola, cielo —saluda maternalmente Merche a Pilar—. ¿Cómo le dices eso a nuestros invitados? Sí que tenemos un consejo de ancianos. —Nos mira—. En realidad es una sala de reuniones muy mona, con un proyector donde los nueve tomamos decisiones, pero cuando seamos todos viejos lo llamaremos consejo de ancianos.

—¿Qué pasa con estos dos gilipollas? —pregunta Pilar a Merche

sobre los hombres que discuten.

—Esa boquita, Pilar —regaña Merche—. Creo que Gregorio le prestó un DVD a Jorge y se lo devolvió rallado.

Pilar toma aire, cierra los ojos y une los dedos para meditar.

¿Acaba de decir que le prestó un DVD? Mi abuelo me habló sobre ellos, eran una forma de reproducción de vídeo muy popular en su época. Aquí serían muy útiles para entretener a los habitantes. ¿Qué estoy diciendo? Es imposible que tengan un reproductor de DVD, debe ser una broma. ¡Sí, es eso! Somos los nuevos y han decidido gastarnos una divertida broma de bienvenida. Ahora uno de ellos gritará que todo se trata de una farsa, seguro.

—Gregorio, ¿cuál es el protocolo? Lo conoces, ¿verdad? —pregunta Pilar.

Él no responde.

—Informar de lo sucedido a cualquiera de los Aguacates para que se lo comunique a la presidenta. —Jorge responde por él—. ¡Y no lanzar a la gente por los aires!

Gregorio y Jorge son residentes, y me parece que han incumplido una norma. He de aprender cómo funciona este lugar si voy a vivir aquí.

—¡Has rallado mi DVD de *La enfermera empotrada*, mi película favorita! —se queja Gregorio—. ¡Es muy posible que fuese la última que quedaba en todo el puto planeta! ¡¿Sabes lo difícil que es encontrar algo con lo que motivarse tras la guerra?!

—Esperad un momento, ¿era el DVD… de qué? —pregunta, molesta e intrigada, Pilar.

—Es una película… —explica Merche, acercándose tímidamente a Pilar y susurrando en exclusiva a ella, pero claramente se escucha lo que dice— Es una película de… porni —dice tímida, como una niña que ha pecado diciendo una palabrota.

Pilar abre los ojos como platos, indignada.

—¡¿Todo el lío que habéis montado, delante de nuestros invitados, fue por una puta película porno?! —exclama furiosa.

Merche sisea, sonrojada, pidiendo que baje la voz, ya que al parecer todos los presentes, aspirantes y residentes, están absortos contemplando el conflicto. Algunos cuchichean entre ellos.

—Esa lengua, Pilar, que hay niños. No digas palabrotas, por favor.

—Disculpa, Merche. —Pilar está que trina, pero intenta calmarse —. ¿Alguien tiene el maldito DVD?

—Sí, yo lo tengo —afirma Gregorio—. Creo que con una pulidora se podría arreglar.

—Vale, dámelo —le ordena Pilar y él obedece. ¡No era broma, le ha dado un DVD! Pilar sujeta la caja y la mira asqueada—. ¿No había un título más machista para ponerle a esta cosa? —La levanta con

ambas manos, como si fuese a bendecirla ante Dios, y suena de su interior algo parecido a cristal. Creo que el DVD se ha hecho añicos al recibir la presión de las manos de Pilar, estrujando con mucho odio lo que ella ha considerado una aberración que debe aniquilarse—. Solucionado, película extinta. Ya no tenéis ningún motivo para continuar discutiendo. —Pilar sonríe mientras Gregory y Jorge se han quedado petrificados. No dan crédito. La presidenta lanza los restos a un lado y da una fuerte palmada—. Bien, será mejor que sigamos con nuestros asuntos. Este documental no puede grabarse solo. Acercaos a esa sección. —Señala una puerta grande, a su derecha. A la izquierda de esta hay una gran ventana de cristal semitransparente, y dentro se ven dos siluetas hablando y riendo—. Son Marc, del que os hablé, y Toni, su compañero. Ambos son Aguacates. Como dije, Marc estuvo dos años en el ejército, y Toni… No lo recuerdo, pero si la memoria no me falla, supuestamente estuvo mucho más tiempo que Marc; incluso tengo entendido que luchó en Afganistán y se quedó un poco tocado de la cabeza. Son los únicos que tienen autorización para salir de vez en cuando. Id y grabad algunas tomas con ellos. —Me señala—. No olvidé que seguías grabando, Phoenix. Elimina el incidente del DVD en el corte final o tendrás un problema serio conmigo.

Pilar y Merche. Primer plano en el sofá de la sala común.

—Yo trabajaba en una oficina de Madrid —cuenta Pilar—. Tenía un despacho con vistas al centro de la ciudad, trajes caros y un coche qué te pasas. ¡Los hombres de la oficina se peleaban por mí! —se lamenta con nostalgia.

—Cálmate, querida mía —pide Merche—. Todavía tienes una función importante en este búnker.

Pilar reduce su frustración.

—Discúlpame, sabes que lo estoy pasando mal; estar encerrada aquí es un horror. Siempre las mismas paredes y caras, una y otra vez. —Sonríe un poco—. Aunque si me comparo con la gente que estuvo fuera durante las explosiones, he de agradecer que todavía sigo con vida, de una pieza y con suministros de sobra. Tengo calefacción, comida, buena ropa y un esclavo sexual que está como un tren.

Merche le da un golpe con el codo y mira a la cámara, avergonzada.

—No lo llames así, llámalo aspirante con privilegios —sugiere Merche.

Pilar levanta las manos, conforme.

—Tengo un aspirante con privilegios que me follo cuando quiero. Me recuerda a mi anterior amante, aunque con la ventaja de que su mujer no vendrá a buscarme furiosa y con objetos punzantes, gritando

“¡Tenemos hijos, zorra, tenemos hijos!”

—Pilar… —regaña Merche—. No seas tan bruta, cielo.

—Yo soy así. Me gusta dejarme llevar y disfrutar del sexo. ¿Tú no tuviste ningún amante? Va, dime la verdad. No puedo creer que no tuvieras ninguna aventura en toda tu vida.

—Algo hubo, pero terminó hace tiempo.

—¡Vaya, no lo sabía! ¿Por qué no me hablas de él? Somos amigas, cuéntame algo. ¿Cómo era?

Merche la mira de reojo.

—No quiero hablar de él, solo era un viejo y lo nuestro terminó, pero era mi viejo y nunca lo olvidaré. Amaba a mi marido y a mi hija, mi niña de veinticinco años, en serio, pero lo que ese hombre me hacía sentir... —Lanza un beso uniendo sus cinco dedos—. Bueno, no sé si tengo todavía a mi familia. Soy de Cádiz y, aunque tenemos sistemas de comunicación, esa zona está demasiado alejada para contactar. Tengo fe y no pierdo la esperanza de volver a verlos algún día, pero también soy realista. —Suspira—. En fin, ahora los Aguacates son mi familia.

—¿Quién iba a decir que el fin del mundo llegaría por culpa de ese país de mierda, verdad? —opina Pilar.

—¡Cierto! Todo se destruyó en segundos. Unos atacaron a otros y esos a los demás. —Merche gesticula objetos cayendo, supongo que misiles, y hace el sonido de explosiones con su boca como un niño jugando—. Todo se esfumó en un instante. Millones murieron, y el planeta se calentó y se contaminó más de lo que ya estaba. Ciudades, animales y cultivos; todo desapareció en lo que dura un parpadeo.

—No exageres, querida, que antes de la guerra ya estaba todo hecho una puta mierda —aclara Pilar—. El calentamiento global era imparable y cada día se extinguían centenares de especies, tanto de animales como de plantas. Terminamos comiendo hamburguesas de lombrices, ¿recuerdas? Un restaurante bautizó uno de sus menús como Happy Worm. Repugnante.

—¡Sí, qué asco! ¿Recuerdas cuando los grandes chef dijeron que los insectos serían la solución? Me produce náuseas recordarlo.

Merche se tapa la boca para no vomitar y emite una ligera arcada.

—Eso lo decían para aparentar porque, mientras los pobres tomábamos leche con hormigas, los muy cabrones desayunaban entrecot con salsa de trufa. No soy delicada con la comida, pero qué quieres que te diga. Sé que a los asiáticos les vuelve locos comer insectos crujientes, pero algunos también comen perros, y eso no me da mucha confianza respecto a su capacidad para encontrar sabores interesantes.

—¿Sabes qué echo mucho de menos? Las fiestas. Hicimos varias aquí, ¿recuerdas, Pilar? Por desgracia, todas se nos fueron de las

manos y terminaron mal.

—No terminaron mal, terminaron desastrosamente mal. —Ambas agachan la cabeza—. El primer año, al estar en Valencia, probamos con las fallas. Se nos ocurrió la brillante idea de amontonar objetos en un almacén vacío, con un techo muy alto, y quemarlos. Revisamos las medidas de seguridad necesarias, ya sabéis; nada de depositar objetos inflamables cerca y mucho menos tirarlos al fuego, y extintores de sobra para apagarlo cuando fuese necesario. Por el contrario, nos aseguramos de que no había rociadores de agua en el techo al detectar el humo, ya que estos apagarían el fuego muy pronto. No tendría ninguna gracia montar toda la parafernalia para ver las llamas durante unos pocos minutos. Y respecto al humo, tenemos buenos sistemas de ventilación que lo expulsarían. Todo parecía estar en orden y bajo control, pero se nos escapó un pequeñito detalle.

—El humo va a la suya —recalca Merche.

—Empezaron a llenarse todas las salas de humo fuera de control, no creímos que saldría tantísimo. Para colmo, los sistemas de ventilación estaban hechos para filtrar aire, no humo en abundancia, y no daban a basto. Intentamos apagar el fuego con los extintores, pero llevaban caducados varios años. Algunos murieron por asfixia. Cuatro personas, para ser exactos; tres hombres y una mujer. Por suerte, no tenían familia y nadie los echó de menos —explica con alivio Pilar—. Al año siguiente probamos con San Fermín y fue otra gran cagada.

—Por culpa de las bombas nucleares no hay toros por la zona, y apostaría a que ya no queda ninguno vivo en todo el mundo. Qué lástima, con lo bonitos y nobles que eran esos animales —se lamenta Merche, apenada—. Utilizamos un recurso improvisado. Juanma, otro de los Aguacates, que conoceréis dentro de poco, que se encarga de los cultivos y de cuidar algunos animales que tenemos aquí, tenía un cerdo muy viejo. El pobre estaba hecho una mierda.

—El cerdo estaba hecho una mierda, no Juanma —aclara Pilar.

—¿Tenéis una granja con animales vivos aquí debajo? —pregunto.

—¡Claro! —verifica Pilar—. Reciben todo lo que necesitan para crecer fuertes y felices; luz artificial, comida y agua. Algunos producen leche o huevos, y otros son sacrificados cuando han crecido lo suficiente. A esos la felicidad les dura poco, pero así es la vida. Juanma y sus ayudantes son unos auténticos artistas de la matanza. Producen toda clase de filetes de carne asada, costillas al horno y embutidos variados.

—Al cerdo lo pusimos a correr por los pasillos mientras todos huían despavoridos —explica Merche—. Me divierte recordar al pobre animal, viejo y que apenas podía moverse, persiguiendo a los idiotas que gritaban aterrados.

—Di más bien que gritaban borrachos. Martín, otro Aguacate, uno

un pelín… especial, corría borracho y completamente desnudo con su cosita dando vueltas en círculos mientras trotaba.

—Martín cayó al suelo bocabajo, el cerdo se montó sobre su espalda y… lo penetró. Por suerte, Martín estaba tan borracho que se reía mientras pasaba porque no sentía nada. Dicen que los orgasmos de los cerdos duran treinta minutos. Este animal vivió el mejor día de su vida, porque estuvo horas sobre Martín y no se despegó de él, gimiendo y gritando.

—Martín también gimió y gritó. Creo que disfrutó de aquel día casi lo mismo que el cerdo —recuerda Pilar—. El cerdo sufrió un infarto debido a la cantidad excesiva de orgasmos seguidos que tuvo. Lo bueno de todo esto fue que, al poco tiempo, nos pusimos ciegos de carne y embutido casero.

—A Martín lo acostamos y al día siguiente, cuando despertó, le explicamos que había tenido sexo anal, salvaje y continuo con un cerdo. Pensó que nos referíamos a algún residente muy feo.

Ambas ríen durante un corto instante. Su sonrisa desaparece de golpe y Pilar carraspea al contarnos cuáles fueron las consecuencias de esa noche de amor inter especies.

—No lo sabíamos, pero el cerdo tenía sífilis. Nos dimos cuenta tras varios días, cuando aparecieron las marcas en la piel de algunos residentes y la fiebre. No teníamos ni puta idea de cómo tratarla, así que Jazmín, la Aguacate especialista médico con la carrera de medicina sin concluir, se limitó a dar penicilina a los infectados. Solo murió uno, y por suerte tampoco tenía familia, pero imagina tener a una decena de personas enfermas en cama y al resto en cuarentena de follar. No podíamos controlar lo que hacían con su cosita, era una misión imposible, así que la enfermedad se propagó como la espuma hasta que se esfumó sola.

Merche se queda pensativa y parece que recuerda algo.

—También celebramos Halloween, o al menos lo intentamos. ¿Lo recuerdas, cariño? Regalar chucherías en un búnker fue una de las peores ideas que tuvimos. Nadie había probado una en tres años. Fue una auténtica carnicería.

—¡No exageres tanto, Merche! —minimiza Pilar—. Solo sufrimos tres bajas. Se mataron entre ellos por una chocolatina. Por desgracia, esta vez uno de los fallecidos sí que tenía familia y nos tocó indemnizarla con una sandwichera.

—¡Es verdad, lo recuerdo! —corrige Merche—. Aunque, según un rumor, su mujer no lo soportaba y ahora ella está con un tío diez años más joven. Pienso que ya le ponía los cuernos al pobrecillo antes del incidente con el chocolate.

Ambas miran a cámara, muy serias.

—No haremos ningún tipo de fiesta nunca más, lo juro —comenta

Pilar, besando su dedo pulgar plegado.

3 Armamento, defensa y exploración

Marc es un cuarentón calvo, con barba de una semana, y gafas negras y estilizadas. Tiene una cara muy expresiva y divertida, como si fuera un personaje de cómic viviente. Toni es lo opuesto a él. Es un treintañero de pelo largo y castaño. Está extremadamente serio y emite un aire de misterio. Cada uno está sentado sobre un taburete sin respaldo, de espaldas a una mesa metálica llena de herramientas y componentes de armas.

No es una sala muy grande, aunque es comprensible que parezca diminuta si la comparo con la zona común. Recuerda a la recepción de un taller mecánico, lleno de tuberías y manchas grasa por todas partes. Hay una ventana a cada lado de la puerta de entrada. Por ellas se ve la silueta de aspirantes y residentes deambulando. No podemos escuchar lo que dicen porque el lugar en el que estamos parece estar insonorizado.

Llama mi atención una vulgar puerta en la otra esquina del lugar, pero imagino que será el cuarto de baño o un pequeño almacén.

Frank estira de su pantalón de nuevo, y yo apunto con la cámara a los dos Aguacates. Agradezco estar rodeada de hombres grasientos y no tener cerca una falda ajustada, con dos piernas espectaculares, para evitar que mi pobre compañero tenga que pensar continuamente en la anciana muerta con la intención de anular una erección incontrolable.

—Sin lugar a dudas, esta sección es la más importante de todo el búnker —explica Marc, rascándose la nariz debido al picor que le produce una mancha de grasa—. Hay que comer, obviamente, pero imagina este panorama en tu cabeza. Sales a explorar el yermo exterior y un cadáver, aparentemente descompuesto, se pone en pie. ¡Guau! ¿Cómo es eso posible? ¿Será la radiación la responsable de resucitar a los muertos? Puede, pero no tienes tiempo de llegar a una conclusión porque ese mismo cadáver, atraído por el apetecible aroma de tu cerebro, te muerde. Cuando regresas al búnker sientes que tienes un hambre voraz por la carne humana. ¿Por qué tienes tantas ganas de hincarle el diente al cerebro de tu mejor amigo? ¿Te has vuelto cerebrano y a su vez has creado una nueva tendencia en la ingesta de alimentos? Pues porque… ¡Sorpresa, te has convertido en zombi y atacas a todo aquel que se cruza en tu camino, convirtiéndolo en zombi también! ¿Cómo derrotaríamos al ejército de los muertos, con patatas o con trampas fabricadas con plátanos? La verdad es que no, y para eso tenemos este lugar y a los tíos buenos que lo gestionan —bromea Marc, dando un golpe con el codo a Toni, y este no responde. Ni siquiera parpadea—. Tranquilos, aunque lo veáis así, está vivo —

explica Marc refiriéndose a Toni—. Aquí almacenamos, mantenemos y cuidamos todas las armas que hemos ido encontrando, tanto dentro como fuera del búnker.

—Algo nos ha comentado Pilar —explica Frank—. Vosotros tenéis permiso para salir al exterior, ¿verdad?

—Nosotros no tenemos que pedir permiso a nadie. Toni y yo somos Aguacates. No en un sentido literal, somos seres humanos. —Madre mía, cómo está la vida—. Podemos hacer lo que nos salga de la polla —vacila Marc—. Eso no quita que, por cortesía hacia mi compañera Pilar, rellenemos un documento de registro de salida, firmemos un testamento con todos los objetos personales que guardamos en nuestras respectivas suites privadas, ajustemos el inventario del armamento y los objetos que nos llevamos al salir, entreguemos al entrar todo el armamento y los objetos que saqueamos en casas abandonadas o comerciamos en comunidades, firmemos un documento de entrada con un registro de la procedencia de dichos objetos, firmemos otro registro de las comunidades conocidas y las nuevas para mapear la zona, nos demos una ducha fría para limpiar la radiación, entreguemos una muestra de sangre para comprobar nuestro estado de salud para evitar contagios del exterior, y redactemos un informe con todo lo ocurrido durante la salida sin olvidar añadir los incidentes y condiciones de comercio de las comunidades.

—¿Por cortesía? —pregunto.

—Por cortesía, sí —confirma Marc—. ¡Qué coño se cree Pilar, ¿qué somos sus malditos esclavos?! —Mira a Toni—. Por cierto, tío. Recuerda que debes rellenar el formulario trescientos cuarenta y cinco sobre la última expedición antes de ir a dormir, o enfadarás mucho a quién tú sabes. Y respecto a esa moneda antigua que escondiste en tu bolsillo, dásela o te descontará el doble de su valor de tu paga semanal.

Toni ignora a Marc y habla solo.

—Al salir a explorar el yermo siempre nos equipamos con fusiles automáticos M4. Tienen, de serie, visores térmicos que contienen fluido fluorescente, capaces de marcar un objetivo a dos kilómetros de distancia —explica con una serenidad extrema—. Los proyectiles ligeros recorren la distancia más rápido y penetran más en el objetivo.

Marc aplaude, mirando con orgullo a Toni. Se levanta de su taburete y se acerca al micrófono de la cámara.

—Se lo ha inventado todo —susurra y vuelve junto a su compañero —. ¡Guau, nuestras metralletas son brutales, amigo! ¿Qué haría yo sin ti allá fuera? No duraría ni tres minutos.

Disimular el sarcasmo no es el fuerte de Marc.

—Algo me dice que ya escuché vuestras voces en alguna otra parte

—comento, intrigada—. Frank y yo hemos sobrevivido fuera desde que cayeron las bombas. ¿Nos cruzamos con vosotros en algún asentamiento? Siempre nos hemos movido por la zona este de la ciudad.

Creo que he acertado y sí los conocemos, ya que Marc sonríe y mira a Toni para compartir su entusiasmo, pero al comprobar que este sigue inerte vuelve a ponerse serio de nuevo.

—Qué seco eres, hijo de mi vida —le dice a su compañero—. ¡Sí, Toni y yo fuimos los que os encontramos husmeando en la entrada! —confirma. Se pone una máscara de gas horrible y su voz se vuelve grave. Suena como si hablara con la cabeza metida dentro de un cubo —. ¿Qué hacéis aquí? ¡Moriréis! —Intenta aterrorizarnos en vano—. ¡Os comeremos, intrusos! —Se quita la máscara—. ¡Este cacharro es un horno! Si tuviese pelo ahora estaría empapado y despeinado, pero como no lo tengo… —comenta, y mira a su compañero, que sigue inerte—. La madre que te parió. ¿Tú te ríes alguna vez, Toni?

Toni mueve los globos oculares hacia él y lo mira.

—Sí —responde Toni—. También parpadeo, mira —explica, abriendo y cerrando los ojos, despacio.

Marc vuelve a la cámara.

—En fin. Nosotros fuimos los que os atrapamos y encerramos una semana para garantizar que no estabais enfermos o irradiados. ¡Tranquilos, no tenemos intención de comeros!

De una forma extraña Marc me parece divertido.

—No te ofendas, pero no sois tan horripilantes en persona —opino.

—Tranquila, lo sabemos, por eso nos ponemos estos trajes tan cutres para asustar a los intrusos—explica Marc.

—¿Todas estas armas estaban aquí cuando llegasteis? —pregunta Frank, señalando a la estantería lateral, rebosante de armamento.

—Sí, casi todas —comenta Marc—. Algunas las hemos ido encontrando fuera, pero las más grandes ya estaban en este almacén. No creeríais todo lo que tenemos en este búnker.

—Eso mismo nos dijo Pilar —expone Frank—. Si llegasteis aquí a través de un ascensor que estaba en el restaurante del chef Salazar, que está en el centro de la ciudad, y la entrada donde nos capturasteis está en las afueras del sur de la ciudad, ¿cuánto mide este lugar?

—Se compone de varios sectores de abastecimiento de energía —explica Toni, impasible—. Utiliza dos fuentes de energía. Un generador que se carga con la corriente de agua de un río subterráneo, y paneles solares repartidos por toda la ciudad, fabricados con material anti nuclear para asegurar su funcionamiento permanente.

—Tío, debo confesar que se me pone muy dura cuando te escucho hablar en plan técnico —bromea Marc—, pero nuestros invitados preguntan por el tamaño del búnker, no por su fuente de energía. —

Nos mira—. Es una ciudad, ya lo veréis. ¿Os dijo Pilar cuántas personas pueden llegar a vivir aquí?

—Unas doscientas, nos comentó —dice Frank.

—¿Vosotros solo gestionáis el mantenimiento de las armas o las probáis en otra zona? —pregunto—. Esta sala es muy pequeña. ¿Cómo aseguráis el correcto funcionamiento del armamento antes de salir?

Marc sonríe y, por su expresión, intuyo que nos reserva una sorpresa.

—Seguidme, quiero enseñaros qué hay tras la puerta número uno — dice, como el presentador de un programa de televisión cutre.

Se baja con torpeza del taburete. ¿Almorranas?

—¿Te ocurre algo, Marc? —le pregunto.

—No, tranquila. Estoy bien. He dormido en una mala postura y me duele un poco la espalda, eso es todo —me explica—. Por cierto, ¿cómo os llamabais?

—Mi compañero se llama Frank y yo soy Phoenix.

—¡Menudo nombre tienes, mujercita! —se sorprende—. Tatúatelo en un brazo y nadie se atreverá a toserte.

Marc llega a la puerta lateral, la abre y nos invita a pasar. Cuando esta entrada me llamó la atención pensé que era el cuarto de baño o un almacén, pero si él nos ofrece entrar con tanto orgullo… debe haber algo más.

¡¿Pero qué coño…?!

—¡Ostia puta! —grito con fuerza al entrar, como un acto reflejo, y ver lo que hay detrás, esperándonos.

Nuestros pies reposan sobre suelo de hormigón en un almacén colosal, más grande que la zona común. La mitad se compone de varias columnas plagadas con todo tipo de uniformes mimetizados y equipos de combate. Abundan las armas como pistolas semiautomáticas, fusiles de asalto, subfusiles, rifles de francotirador, munición antitanque, granadas y drones. Mi vista no puede abarcarlo todo; estoy segura de que hay muchísimo más. La otra mitad es un campo de tiro gigante con montañas artificiales, trincheras y vehículos de combate para entrenamiento.

¡Quiero vivir aquí!

Marc se pone a mi lado, con sus manos apoyadas en su cadera, orgulloso. Frank se sienta en un taburete que está unido a una mesa y estira sus brazos sobre la madera. Parece agotado y la verdad es que merece un respiro, además, a él nunca le han fascinado tanto las armas como a mí.

—Este sitio es la polla, ¿verdad? El paraíso de todo adicto a las armas —vacila Marc—. No sé qué coño tenía pensado hacer el chef Salazar con todo esto, pero seguro que nada bueno. Me parece demasiada fuerza de fuego para simple autodefensa. Si tuviéramos un

ejército podríamos tomar toda la provincia bajo nuestro control. Este lugar es impresionante. Cuando me lo asigné solía venir aquí a disparar a solas y a pelármela. Si esta mesa pudiese hablar —suspira melancólico, señalando a la que está utilizando Frank como cama— diría… "¡Límpiame de una puta vez, cerdo; estoy pegajosa!".

Frank aparta sus brazos, asqueado, al escuchar la anécdota. Mira la mesa con repulsa. Busca en la palma de sus manos restos de la autosatisfacción de Marc.

—Lo más probable es que esa mesa se preguntaría… "¿Por qué Marc dura tan poco?" —rectifica Toni.

—¡¿Disculpa?! —salta Marc, avergonzado y cazado—. ¿Quién te ha contado eso? ¡Solo me pasó una vez con aquella aspirante, o quizá fueron cuatro; no lo recuerdo!

—Hay cámaras de seguridad R72 con autoenfoque escondidas por todas las zonas comunes. ¿Creías que Martín no nos enseñaría lo que hacías aquí cuando te quedabas solo?

—¿Estás insinuando que Martín tiene vídeos míos copulando y todos los habéis visto? Espera, necesito saber una cosa, ¿salgo bien, aunque sea calvo y con gafas?

—No —contesta Toni—. Cada día me pregunto lo mismo. ¿Cómo es posible que este refugio, gobernado por idiotas, siga funcionando?

—Bien, ya hablaré con Martín y le sobornaré para que borre las grabaciones antes de que se filtren —corta Marc, dando una fuerte palmada—. ¿Te apetece probar algún arma, mujercita? —me pregunta —. Tu amigo no parece tener mucho interés. Puedes dejar la cámara colocada por ahí y grabar algunas tomas brutales disparando misiles, lanzando granadas o lo que quieras. Este lugar lo resiste todo.

—¡Claro que quiero, me alucinan las armas! ¡Me encantaría probar alguna! —respondo, entusiasmada.

—¿Dispaqué? ¿Yo? —pregunta Frank, confuso—. Has acertado conmigo, Marc. No tengo interés y no me gustan las armas.

—¿Tu compañero no ha disparado nunca? —me pregunta Marc—. ¿Estás de broma? En el yermo, si no aprendes a disparar, mueres. ¿Cómo has sobrevivido durante cinco años con un compañero que no es capaz de apretar el gatillo?

—¡Por supuesto que ha disparado! —rectifico—, aunque solo en situaciones extremas. La tiradora del dúo soy yo.

—Ya veo —dice Marc—. Volviendo a ti, ¿qué arma se te da mejor?

—Rifle con mira telescópica. Tengo un misterioso don para controlar la respiración, los latidos y la adrenalina —explico.

—¿Francotiradora? Me gusta tu estilo —dice Marc, pidiéndome que le acompañe a una de las columnas. Al llegar me muestra varias armas—. Yo la llamo la sección de precisión. Elige la que quieras.

Varias joyas cuelgan brillantes y hermosas del estante, todas

equipadas con su mira telescópica. Levanto un ejemplar de metal forjado por dioses.

—¡Este! —Selecciono uno color marrón claro, perfecto para ocultarse en el yermo—. Siempre quise probar este.

—¿El AX50 británico? —se sorprende Marc—. Me gusta tu estilo, mujercita. Es algo pesado, pero lo compensa con una gran potencia, precisión milimétrica y mucha clase. Vamos a ello. Quiero ver qué eres capaz de hacer con esta maravilla de la ingeniería.

—El AX50 pesa doce kilos y utiliza munición de doce milímetros. Tiene un alcance de dos kilómetros —explica Toni, que estaba pegado a nuestra espalda sin que nos diésemos cuenta—. Especialmente está diseñado para uso antimaterial contra vehículos no blindados.

—Sí, sí, sí. Lo que tú digas, Toni. Es una cucada de rifle —comenta Marc.

Lo ignoramos. Estoy tan centrada en el poder de mi nueva adquisición temporal que no escucho los tecnicismos.

Caminamos con paso firme hacia la línea de tiro, compuesta por varios cubículos. Marc levanta la mesa del mío; este tipo de armas no es recomendable dispararlas de pie debido a su intensa potencia de fuego. Me tumbo en tierra bocabajo, con el cuerpo estirado y las piernas ligeramente separadas, agarro el guardamanos con mi mano derecha, colocando el codo sobre el suelo. El hormigón está frío. Con mi mano izquierda sujeto la empuñadura sin colocar el dedo índice en el gatillo. No tiene el cargador montado y todavía no debo tirar del cerrojo.

—Cuando quieras, Marc. Pásame el cargador —le pido.

—Veo que eres zurda y también que sabes lo que haces, mujercita —elogia Marc—. ¡Menos mal! Sabes sujetar un arma. No te pasará lo mismo que al imbécil de Odín.

—¿Odín no era un dios de la mitología nórdica que se arrancó un ojo para adquirir el conocimiento supremo?

—Correcto. También era un idiota que presumía sin parar de ser el autor de una novela famosa y también de ser especialista en armas. Su personaje más famoso era una mujer superdotada, pero a mí me parece más divertido ver cómo se las apaña un grupo de capullos sin cerebro.

—¿Qué le pasó?

—Le dimos permiso para entrar en esta zona y deleitarnos con sus habilidades armamentísticas —dice con sarcasmo y le da la risa floja al recordar algo—. Agarró un revólver, uno de calibre alto, y no se le ocurrió otra cosa al cenutrio que sujetar la empuñadura con la palma de la mano abierta. Presumía de haberse hecho una foto muy viral con esa postura en las redes sociales. Yo sabía lo que iba a pasarle a su cara, pero no le avisé, para echarnos unas risas a su costa.

—Fue un gran error disparar así —comenta Toni—. Debimos advertirle.

—¡No le advertí por bocazas de mierda! —grita Marc—. El retroceso fue tan intenso que el martillo se incrustó en su ojo.

—¿En serio?

—Sí, mujercita, y para mayor cagada, el tío no esperó a que llegara la Aguacate médico Jazmín a socorrerle, lo cual fue otro gran error. Se arrancó el revólver del ojo con sus propias manos, tirando, y en vez de separarse el ojo del arma… se quedó pegado. Fue asqueroso. De dentro de la cuenca salió una masa de carne que parecía gelatina y apestaba a sangre podrida, y en vez de soltar el arma, el muy inteligente se puso nervioso por el intenso dolor y se disparó en el muslo, atravesando la arteria femoral. Toni y yo intentamos contener el chorro de sangre que salía de su pierna a presión, pero fue una pérdida de tiempo. Lo trasladamos en camilla al área médica y allí murió desangrado a los pocos minutos de llegar.

—Si murió en cuestión de minutos, ¿cómo os dio tiempo de ponerle el apodo de Odín?

—Los residentes nunca fueron muy amistosos con él, que digamos. Era soporífero e irritante. Cuando lo trasladamos en camilla por el pasillo los residentes gritaban… "¡Mirad, es Odín, el padre de todos!", y se reían.

—¿Y eso te pareció normal?

—Bueno, mujercita, Odín era tuerto, y según las creencias nórdicas también era el padre de todos. Los residentes estaban en lo correcto, mitológicamente hablando. —No me ha entendido. No importa—. Dudo que a ti te pase lo mismo que a Odín. ¡Mírate! Claramente tienes experiencia utilizando armas. Fusil en paralelo al cuerpo, apuntando hacia delante por seguridad, con postura firme y decidida. —Me señala y sonríe—. Tú tienes pinta de haber matado a muchos, ¿a qué sí? —Guardo silencio, pero sonrío un poco. Ese secreto se lo contaré más adelante, este no es el momento—. Tranquila, mujercita, no te juzgaré. El mundo ya no es un lugar seguro en estos tiempos y, en ocasiones, es inevitable matar para no morir.

Marc me acerca un cargador, lo meto bajo el fusil, tiro del cierre y un cartucho se coloca en la recámara. ¿Has pensado en una bala? La bala es lo que sale disparado por la punta del arma, también llamada bocacha, y el sobrante vacío que se desecha se llama vaina o casquillo.

Coloco el cierre de nuevo.

El arma está lista para disparar.

—¿Dónde apunto? —pregunto.

—En la maqueta de la montaña, en la cima, verás el muñeco de un soldado. Está a cincuenta metros de distancia. No es mucho, cualquiera con un poco de práctica puede acertar a esa distancia, pero

el objetivo mide un centímetro, y eso sí es un reto. Veamos tu puntería —desafía Marc.

Acerco mi ojo izquierdo a la mira, dejando una distancia prudencial para que el retroceso no me deje tuerta, y busco la cima. ¡Allí está! Un soldado de juguete minúsculo. Aparto la mirada y ajusto la rueda de la mira para regular la distancia correcta; cincuenta metros exactos. Vuelvo a mirar a través de la lente. La cruz para centrar el objetivo se tambalea arriba, abajo y a los lados.

Necesito calmarme o fallaré el disparo.

Relájate, princesa.

Relájate y déjate llevar.

Relájate y siente mi mano.

Céntrate en ella.

No pienses en nada.

¿La notas?

Inspira…

Espira…

Acaricio el gatillo con suavidad mientras mi corazón reduce el ritmo de su latido. La cruz deja de moverse y se centra en el objetivo. Aprieto el gatillo, sin pensar ni moviendo mi cuerpo, para que el disparo me sorprenda. Si piensas en algo antes de disparar, fracasarás. El intenso sonido de la pólvora quemándose retumba por todas partes y mis oídos pitan durante un leve instante. Al segundo, el muñeco explota en un millón de pedazos.

Marc me ayuda a levantarme.

—¡La leche, a la primera! —alucina Marc—. ¡Ha sido increíble! Solo has necesitado un único disparo, directo y preciso. A eso lo llamo yo gestionar bien la munición. Eres una pasada, mujercita. —Da una suave palmada en mi espalda—. Volvamos a la otra sala de nuevo. Creo que ya has grabado suficiente por aquí.

Recupero mi cámara de vídeo y todos volvemos al taller.

Escucho un sonido vidrioso, como de golpes en un cristal. Una silueta femenina intenta llamar nuestra atención a través de la ventana de la derecha y saluda con una felicidad extrema. La puerta se abre con un silbido y entra corriendo. Es una mujer atractiva y enérgica, de piel clara, abundante pelo largo, oscuro, rizado y felino. Lleva un vestido largo y amarillo que resalta su estrecha cintura.

—¡Eli! —saluda Marc a la mujer.

—¡Hola, alma cándida! —saluda ella.

Ambos se abrazan con fuerza y Marc se queja un poco.

—¡Ten un poco de cuidado, tía! —regaña él.

—¡Oh! ¿Te duele la espalda otra vez? Lo siento, blandengue —se burla—. ¿Te di demasiada caña anoche?

—No tengo edad ni fuerzas para estos trotes —dice Marc.

—¿Y esta chica y chico tan guapos, quiénes son? —pregunta Eli.

—Phoenix y Frank —nos presenta Marc.

—¡Hola, es un placer conoceros!

Me abraza con mucha fuerza y mi espalda cruje ligeramente. ¡Menuda energía tiene esta chica a pesar de estar tan delgada!

—¿Eres la pareja de Marc? —pregunto.

—¡Qué va! Es una gran amiga; somos como hermanos —explica él —. Cuando se creó el grupo del foro, ella y yo hablamos por nuestra cuenta, en privado. Nos contamos nuestros problemas y frustraciones, y sin darnos cuenta nos convertimos en terapeutas mutuos.

—¿Y esa cámara? —pregunta Eli—. Espera, ¿no me digas que vosotros dos sois del equipo de rodaje que comentó Pilar?

—Sí —afirma Marc—. Ella es la camarógrafa y él es el periodista. El sonidista y la productora están echando un polvo en el baño.

—¿En serio? ¡Qué suerte tienen algunos! —se sorprende Eli.

—¡Es broma, tía! —se burla Marc—. No hay nadie en el baño, este es todo el equipo de rodaje. Chica con cámara antigua y chico periodista, nada más.

—¡Pues hola de nuevo! ¡Espero que tengáis un día estupendo y una grabación productiva! —saluda Eli otra vez, entusiasmada—. He venido para confirmarte que esta noche repetimos, Marc. Ya sabes a qué me refiero. Estoy a tope y necesito liberar tensiones.

—¿Otra vez, Eli? Terminarás matándome. Dame un respiro, por caridad.

Intuyo de qué están hablando, no soy una niña pequeña, pero no es asunto mío.

—No hay respiro que valga —rechaza Eli—. Y otra cosa. Ya que me he cruzado con el equipo del documental te pediré permiso para llevármelo.

—¿De qué sección te encargas tú? —interrumpo y Eli se gira hacia mí.

—Es un herbolario donde ayudo a los aspirantes y los residentes con todo tipo de tratamientos y masajes. Mi área es un punto de relajación donde todo el mundo puede librarse del estrés y ser más feliz, porque, ¿en qué se basa la vida? En eso precisamente, en buscar la felicidad. ¿De qué sirve estar siempre triste y malhumorado?

—¿Haces masajes con final feliz? —se burla Frank.

La sonrisa de Eli desaparece y se acerca a mi compañero con pasos cortos, marcados, y amenazadores. Sus ojos se oscurecen y, por alguna extraña razón, el taller de armamento huele de repente a carne quemada.

Los pelos de mi nuca me comunican que Frank no debería haber dicho eso. La bella mujer de pelo ondulado lo mira, apretando los dientes y los puños, con rabia.

—¿Qué acabas de decir, Frank? ¿Quién coño crees que soy? —le increpa Eli, aparentemente muy enfadada e indignada—. Vamos al herbolario los tres. La chica de la cámara, tú con tu pantalón prieto misteriosamente sexy y yo, ¡ahora mismo!

Marc, Eli y Toni. Primer plano sobre los taburetes del taller de armas.

En primer lugar habla Marc a la cámara. Toni la mira fijamente. Eli monta y desmonta una pistola semiautomática torpemente, con media lengua fuera.

—Tengo cuarenta años, aunque salta a la vista que me conservo divinamente. Nací aquí, en Valencia, donde crecí y seguramente muera. Estuve dos años en el ejército, en una unidad de transmisiones. ¿Recordáis en las películas al típico soldado imbécil, que corría desesperado cargando una enorme radio con una antena muy alta, como la de los coches de choque, sobre su espalda? Siempre moría por dos motivos; primero, esa antena se veía a kilómetros, y segundo, matar al soldado de transmisiones era esencial para evitar que pudiera pedir refuerzos. Pues ese imbécil era yo. —Pide una pausa—. En realidad no del todo, ese tipo de radio estaba obsoleta por motivos más que obvios. Nosotros no cargamos con radios pesadas como mulas, nos metíamos en un vehículo lleno de botones, paneles y controles, con calefacción y nevera. Mercurio. ¿Se llamaba así? Creo que sí. Hicimos un mes de prácticas para controlarlo y al final no aprendí nada, me limité a tocar botones a lo loco y a fumar.

—Estuve diez años en el ejército. Teniente Domínguez, unidad de operaciones especiales —cuenta Toni, con cara de póker—. Fui enviado a Afganistán como apoyo para el regimiento estadounidense de…

—Después trabajé en una tienda de informática unos años —interrumpe Marc—. Era muy aburrido. Los clientes traían sus ordenadores para repararlos, supuestamente plagados de virus y errores, pero en realidad no tenían nada. Les cobrábamos veinte euros por decir que se lo habíamos puesto a punto.

—¡Di la verdad, mentiroso de mierda! —se enfada Eli, dejando la pistola hecha un desastre sobre la mesa y hablando al objetivo de la cámara —Marc buscaba en las carpetas privadas de los clientes archivos piratas, me lo confesó. Todavía no existía el streaming, así que hurgaba a la caza de películas, pero alguna vez encontró un regalito.

La acusación despierta una sonrisa pícara en Marc.

—Encontré de todo —recalca orgulloso e inclinándose hacia la cámara—. No os hacéis una idea de lo pervertida que puede llegar a

ser la gente en su intimidad; una pareja se disfrazaba de oso panda y otra llenaba la bañera de leche con cereales.

—¿Para qué llenar una bañera con cereales? —pregunta Eli—. ¿Qué clase de fantasía sexual es esa, follarte un Chocapic?

—Ni idea —contesta Marc, encogiéndose de hombros—. Supongo que después de dos o tres asaltos necesitas comer, y con tantas vitaminas… los cereales no vienen nada mal. Aunque imagino que la leche con cereales, aliñados con fluido corporal, tendrá un sabor un poco agridulce.

Me parece que a Eli eso le produce asco. Creo ver una leve arcada.

—En aquella guerra vi morir a muchos de mis amigos —dice Toni, el teniente Domínguez—. Fue un horror y un trauma sentir…

Marc ignora a Toni y continúa.

—El vídeo que más recuerdo fue el de una señora de unos cincuenta años, remilgada y educada, y su hijo de veinticinco, prepotente y malhablado; al menos parecían ser madre e hijo cuando trajeron su ordenador. Resultaron ser amantes. Encontré un archivo de vídeo y al reproducirlo él estaba en una habitación rosa llena de peluches, amarrado a una pared con un gran corazón dibujado detrás, y con las extremidades extendidas. La señora, y admito que para tener cincuenta años tenía un cuerpo cuidado e interesante, se acercó a él con un uniforme… de oficial nazi. —Parece confuso—. No sé qué narices tenía que ver un cuarto tan moñas con un uniforme de oficial nazi, pero para gustos los colores. Ella tenía unas uñas postizas gigantes. Con una mano lo arañaba mientras con la otra agitaba su salchicha con una práctica sorprendente. El tipo gritaba de alegría y no dejaba, una y otra vez, como una fuente, de eyac…

—¡Vale ya! —corta Eli, por suerte, dando una palmada en la nuca a Marc, que se queja como un niño pequeño recibiendo un escarmiento con la chancla de su abuela—. ¡Ha quedado claro! ¡Salta esta parte y acelera, que me toca hablar!

—Durante un asalto quedé solo, rodeado —explica Toni—. Los terroristas afganos no se percataron de mi presencia y pude escapar gracias a…

—¡Vale, vale! Ya he terminado —se disculpa Marc—. Te recuerdo que fuiste tú la que sacó el tema del robo de vídeos privados. Solo intentaba explicar que, quién menos te imaginas, puede tener una vida oculta, depravada o, en mi humilde opinión, interesante y divertida.

—Comí todo tipo de animales salvajes para sobrevivir —cuenta Toni y, como no, le ignoran—, serpientes, ratas…

—¡Cállate, Toni, que no paras de hablar! ¡Es mi turno! —indica Eli, tapando la boca de Toni para que se detenga—. Tengo cuarenta años también. Mi sueño siempre fue tener mi propio negocio, ser mi jefa. Ahorré muchos años y pude abrirlo en Lanzarote, de donde soy;

bueno…, antes de la guerra al menos lo era. Abrí el herbolario con una zona para masajes. ¡Menuda alegría me dio cuando descubrimos que en este refugio había un área con plantas medicinales y camillas! Pero por lo visto el chef Salazar pretendía usarlo con otros... fines. Me pidió que le hiciera un masaje y yo acepté; al fin y al cabo había salvado mi vida. Mientras masajeaba su espalda noté como metió su mano en mi pantalón e intentó tocar mi… —Toma aire y aprieta los dientes—. ¡El muy cabrón! ¡Yo soy masajista, no prostituta! ¡Si tengo sexo con un hombre desde luego no será durante un masaje, soy una profesional!

Marc levanta una mano mostrando los dedos corazón y anular.

¡¿No estará insinuando que quiere hacerme algo raro con este gesto?! ¡Le lanzaré la cámara a la cabeza como se pase de la raya!

—Dos dientes —dice Marc. Bien, no era nada sexual—. Dos dientes le partió al pobre viejo con el puñetazo que le dio. ¡Menudos gritos salían del cuarto de masajes!

—Menos mal que llegaste a tiempo, porque me lo habría cargado —agradece Eli—. Aparte de los dientes, le rompí el tabique nasal, un pómulo, tres dedos y una costilla. Cinco días de baja.

—Pobre hombre —comenta Marc.

—¿Pobre hombre? —pregunta Eli—. Te lo cargaste de un tiro en la cabeza a las pocas semanas.

—Se volvió muy inestable y lo hice para garantizar la seguridad de todos —comenta Marc—. Ahora puedes hacer masajes sin miedo a que aparezca él.

—Eso es verdad —dice Eli a cámara—. Adoro mi trabajo y aquí puedo hacer lo mismo que antes. ¿Y qué hay de mi vida personal? Estaba casada, pero si él sigue vivo no lo sabré jamás. El mundo quedó en silencio tras las explosiones, y no puedo coger un barco y llegar a Lanzarote yo sola, suponiendo que quede alguno a flote todavía. —Cede el turno—. Toni, te toca. No te interrumpiremos más, palabra.

—A ver si es verdad —solicita Toni—. Enfermé por culpa de…

Apago la cámara.

4 Herbolario y sala médica

Recorremos un estrecho pasillo cruzándonos con aspirantes y residentes. Eli sonríe en extremo y saluda con energía a todo con el que se cruza. Se acerca a una puerta con un panel, pone su clave y esta se abre, desplazándose con un silbido. Preparo la cámara y entramos tras ella. Ahora toca grabar metraje en el herbolario. Esta sala está rodeada de estanterías llenas de botes de cristal con plantas medicinales y productos derivados, entre ellos píldoras, cápsulas, extractos o tés. Al fondo hay algunos cuadros budistas muy grandes y relajantes, y bajo estos una camilla para masajes con toallas limpias y unas piedras negras raras encima. Pegada a esta, a la derecha, hay un compartimento cuadrado cubierto con una cortina. Debe ser un probador de ropa.

¿Qué coño es ese huevo gigante que hay en el suelo, en un rincón? Cabría un cuerpo entero dentro.

Más a la derecha una gran cortina gris tapa una zona entera, pero lógicamente no podemos ver qué hay detrás.

Eli señala la camilla.

—¿Ves eso, Frank? Sirve para dar masajes y hacer tratamientos, no para masturbar a nadie, ¿te queda clarito? No soy una puta.

—Vale, me ha quedado claro —se disculpa él—. Siento haberte ofendido, Eli. Solo bromeaba.

Vuelve la sonrisa de la mujer. Es bonita, pero a la vez un poco siniestra.

—¿Puedo preguntar qué narices es ese huevo gigante? —señalo con la barbilla a la cosa esa rara.

—¿Eso de ahí? —señala Eli—. Es un tanque de aislamiento sensorial. Es básicamente agua muy salada, por lo que no puedes hundirte, solo flotar. La temperatura también es idónea para no sentir ni frío ni calor, y está totalmente insonorizada. Ahí dentro sientes que flotas y te fundes con el agua en un absoluto silencio. Tu mente desconecta sus sentidos y es probable que sientas… cosas. Unos dicen ver figuras y otros aseguran revivir recuerdos. ¿Quieres probar, Phoenix?

—Dudo que pueda experimentar algo ahí dentro, pero me parece original la idea de desconectar —acepto—. ¿Qué debo hacer?

Eli da un salto de alegría.

—Solo debes quedarte en ropa interior, entrar, tumbarte y relajarte. Si te da vergüenza desnudarte, por mí no debes preocuparte, soy adicta la testosterona. —Mierda, no es de las mías. Me había llamado la atención, pero me acaba de cortar las alas—. Mientras estés

aislada le haré un masaje a tu compañero, ¡sin final feliz! —recalca, lanzando una mirada fija a Frank.

Él susurra una disculpa.

Me quedo en ropa interior, como me ha pedido. No me da vergüenza que Frank me vea así; al curarnos heridas durante tanto tiempo hemos visto todo lo que se puede ver del otro. La voy dejando doblada en el suelo, mientras, Eli prepara el extraño huevo. Por dentro desprende una tenue luz azul y, efectivamente, tiene un poco de agua en su interior. Entro y me tumbo despacio. El agua cubre la mitad de mi cuerpo y siento que floto, sin frío ni calor. Eli coge mi ropa.

—Esta ropa está hecha un asco, toda rota y descosida —opina—. Te conseguiré algo parecido y nuevo, y también para Frank, que el pobre parece carne embutida con ese traje tan ajustado.

—Qué sensación más extraña —comento.

—¿Verdad? Pues espera a que baje la tapa. Tú relájate, respira despacio, y no pienses en nada. La sesión dura unos cincuenta minutos.

Baja la tapa. Quedo envuelta en un silencio absoluto y una oscuridad profunda. Es extraño, pero tampoco percibo los latidos de mi corazón, aunque, según tengo entendido, cuando estás en silencio total puedes escucharlos.

En fin, haré lo que Eli me dijo.

Tomo aire y lo expulso, una y otra vez.

El oxígeno entra a través de mis orificios nasales y sale por mi boca.

No sabría explicarlo, pero a pesar de la relajación extrema no me quedo dormida, de hecho, me siento más activa que nunca.

Repito durante unos largos minutos.

Entra por los agujeros de mi nariz.

Sale por mi boca.

—Levanta de una vez, mi amor. ¡Siempre se te pegan las sábanas! —me ordena una hermosa voz.

Aparto las sedosas sábanas que cubren mi piel desnuda y estiro los tendones de mi cuerpo, expulsando un gruñido.

Entra una luz que me ciega desde la ventana del pequeño, aunque lujoso, apartamento de Lorena. Huele a café y tostadas con mantequilla, cubiertas mermelada de tomate, como cada mañana.

—No tengo ganas de ir a trabajar, prefiero que me pegues un tiro —me quejo.

—¡Vamos, dormilona! —la hermosa y frágil voz se acerca a mí, y me da un dulce pico en los labios.

Sus ojos verdes y brillantes me vuelven loca. Me pasa lo mismo con su piel clara, sus labios jugosos y su pelo corto.

Evito que mi niña escape, agarrándola por el hombro, y transformo

su pico en un largo beso en el que nuestras lenguas suenan y se mezcla saliva.

—Vamos, Lorena. Tenemos tiempo para jugar un poquito —me quejo como una niña pequeña—. Cinco minutitos serán suficientes. Olvida el desayuno.

Aunque solo es un par de años mayor, soy mucho más lujuriosa que ella. Por suerte y con tiempo he conseguido traerla a mi terreno.

—¿No tuviste suficiente anoche, Phoenix?

Muerdo mi labio para hechizarla.

—Nunca tengo suficiente —insinúo—. Todavía sigo desnuda y cachonda, ¿por qué no aprovecharlo? —susurro en su oído.

—¿Cuándo no estás tú cachonda? Acabo de terminar de ducharme, vestirme y peinarme, pero tengo mis manos disponibles —Me da otro pico—. ¿Cinco minutitos? Quizá pueda conseguir que llegues al final en uno. Túmbate y relájate.

Se sienta a mi derecha, sobre el colchón, mirándome fijamente. Abre mis piernas doblando mis rodillas y deslizo mis pies por la suave sábana para ayudarla. Sube su mano derecha por mi gemelo y la deja caer, con delicadeza, por mi muslo.

Siento un profundo escalofrío.

—Me fascinan tus piernas. Son tan suaves… —musita.

Pasea los dedos de su mano izquierda por mi torso llegando hasta uno de mis pechos. Lo acaricia con la yema de sus dedos. El escalofrío aumenta y lanzo aire con la boca muy abierta, también un gemido diminuto.

—Dios… —alcanzo a decir.

—Me comería la carne blandita y dulce de tu culo. Relájate, princesa.

Pasa su lengua por sus dedos índice y corazón para humedecerlos y, después, acaricia mi vulva con ellos mientras continúa jugando con mis pechos con delicadeza. Tumbada sobre la cama, el placer llega y me acorrala.

—Llevas ya… veinte segundos —me burlo torpemente por culpa del placer.

Mi entrepierna se empapa y los dedos de Lorena chapotean en ella. Los introduce con cuidado en mí y busca un lugar en concreto.

—Relájate y déjate llevar. Me sobra tiempo, princesa. Busco con mis dedos… una zona especial. ¡Aquí está! Dentro de unos segundos… volarás —detalla Lorena, explorando la parte superior de mi interior, moviendo sus dedos en círculos.

Llega un placer más intenso y mi cuerpo se estremece.

Muerdo mi labio y jadeo.

—¡Hazlo ya, por favor, o moriré! ¡Siempre me haces lo mismo! —suplico—. ¡Necesito terminar!

Disfruta haciéndome sufrir hasta el límite, y me encanta. Controla mi cuerpo mejor que yo misma.

Juguetea con sus dedos, manteniendo mi placer estable, teniendo control absoluto de mi orgasmo. Veo, en su dulce y cruel sonrisa, satisfacción al hacerme sufrir.

—Me arden los dedos, Phoenix; estás a punto, pero, ¿sabes qué? Terminarás cuando yo lo decida. Quedan quince segundos. Relájate y siente mi mano. ¿La notas, princesa? —susurra Lorena, contagiada de mi excitación—. Céntrate en ella. —Acelera—. No pienses en nada.

Frota el punto con fuerza. ¡El placer crece sin control! ¿Cómo lo hace? Da un par de lametones a mis pezones sin dejar de mover los dedos, con un ritmo uniforme y preciso.

—¡No… te detengas! —suplico.

—Inspira, espira… ¿Estás preparada, mi princesa? —Su mano suena como una guerra de gelatina—. Quiero verte gritar y correrte.

Sus palabras intensifican mis sensaciones hasta el límite.

Sin dejar de darme un placer perfecto con sus dedos, saca su lengua y saborea mi clítoris como si fuese, tras una vida sin probar bocado, el dulce más delicioso. Con su cabeza en mi entrepierna parece un zombi eufórico, devorando mis intestinos, desparramados y calientes.

Levanta la mirada, con la boca brillando por mi humedad.

—Me encanta tu sabor. Quedan cinco segundos para que te corras, princesa. —Vuelve a sumergirse para seguir jugando con su lengua y… ¡Joder! ¡El éxtasis extremo está a las puertas!—. Tres, dos —cuenta sin apartar su boca de mí y, a la vez, sacudir sus dedos en mi interior como una bestia salvaje—, uno…

—¡Lorena, aparta la cara! —¡No lo hace y no aguanto más!—. ¡Dios! ¡¡Me —tirito de placer y tengo un orgasmo en su boca— corro…!!

¡Es tan intenso que apenas puedo respirar! Aplasto la cabeza de Lorena contra mi entrepierna para que no deje de lamerme y jugar con sus dedos mientras dure el clímax.

¡No te detengas, por favor!

Siento como mi corazón me golpea el pecho.

Me voy relajando tras un minuto perfecto.

Lorena se despega de mí, dándome un beso en el muslo tembloroso, después camina hacia la cocina, orgullosa de sí misma, coge una servilleta y limpia su boca. Tras eso, se arregla el pelo frente a un espejo. Vuelve al café y las tostadas.

Me levanto, me pongo la ropa interior y los pantalones, y camino descalza, con calambres en mi entrepierna, hasta mi taza de café.

La observo mientras unta la mantequilla con sus ojos verdes como el césped del edén. Si la lujuria fuera un olor, olería a ella. Tiene unas

piernas finas y perfectas. Cuando levanta el talón derecho se forma una curva en su gemelo y su culo que me activa y pierdo el control.

—No me apetece nada irme —confieso.

—Hoy grabas un programa con Frank, ¿no? —recuerda Lorena—. Tiene mucho éxito en las redes sociales. Acercarte a él, princesa, te ayudará a encontrar un buen puesto en alguna cadena o… ¿quién sabe? Puede que incluso te contrate alguna productora importante de cine.

—Frank es un capullo y un ególatra. Trata a sus compañeros como mierda.

—Contigo parece que no se lleva tan mal.

—No, la verdad es que nos llevamos bastante bien —admito, masticando la tostada con mantequilla y mermelada de tomate.

—A veces hay que ceder un poco y caerle bien a un idiota para triunfar.

Vuelvo a por la ropa que me falta y me arreglo. ¿Peinarme? Paso. El pelo alocado me queda genial.

—Eso dicen —comento—. Le haré la pelota un poco y lo tiraré a la basura cuando ya no lo necesite.

Doy un pico a Lorena y me dirijo a mi mochila. La abro y me aseguro de que estén todas mis cosas antes de salir.

Una mano inesperada pasa por encima de mi hombro, entra en la mochila abierta y saca una caja cuadrada.

—¿Qué fue lo que hablamos tú y yo acerca del tabaco, Phoenix? —me pregunta Lorena—. ¿Olvidaste nuestro acuerdo?

—Sabes que lo estoy dejando, pero necesito algo de tiempo para lograrlo.

Abre la caja, saca un puñado de pitillos y me la devuelve con solo uno en el interior.

—Solo uno por ahora, ¿de acuerdo? Si le pides más a tus compañeros me daré cuenta por tu aliento y te quedarás sin fiesta esta noche. —Se acerca mí, con sonrisa traviesa—. Si te portas bien cuando vuelvas nos sentaremos a ver tu película favorita, con una enorme pizza rebosante de queso, un gran helado de vainilla de postre, y como segundo postre te haré lo que más te gusta, te lo prometo —Lame una de mis orejas y noto el calor de su saliva en mi lóbulo, algo que me transforma en un animal dócil—. ¿Qué te parece?

—Te tomo la palabra —advierto.

—Venga, tonta. Márchate ya, Phoenix.

—Esta noche peli, helado y sexo salvaje. Te acabo de tomar la palabra.

—Claro, lo he prometido, a no ser que al zumbado que ha empezado la guerra en el otro extremo del mundo le dé por cumplir su amenaza y tirar un pepino nuclear.

Me hace reír.

—¡Claro, y sentenciar a su país a la destrucción! —me burlo—. Eso solo pasa en el cine barato y los libros aburridos.

Me alejo por el pasillo hacia el ascensor.

—¡Phoenix! —me llama Lorena, con su piel clara y sus ojos verdes como el amazonas —Recuerda que te amo, ¿vale? Recuérdalo siempre, mi princesa.

Aprieto el gatillo de mi rifle y se hace la luz. Veo… el herbolario a través del hueco del tanque de aislamiento sensorial. Ambos, Eli y Frank, me miran. Ella sonríe y él tiene los ojos como platos.

—Veo que te has divertido ahí dentro, Phoenix —nota Eli—. Gritabas como una leona en celo.

—¿Me habéis escuchado? —pregunto ruborizada—. ¿No se supone que este cacharro está insonorizado?

—Si el usuario grita se activa un altavoz exterior de seguridad, por si alguien entra en pánico y desea salir —explica Eli—. Lo hemos escuchado todo.

—¡Quiero meterme en esta cosa, ahora mismo! —suplica Frank—. ¡Es mi turno!

—Llevaba cinco años sin sentir esto, sin sentir las mañanas con mi niña. Necesitaba vivirlo de nuevo —confieso—. Admito que ha sido una experiencia interesante. —Olvidé a mi niña, su color, su olor, sus dedos en mi cuerpo y su sabor. Tras las bombas olvidé el modelo de mi teléfono móvil, mi ropa cara, e incluso la fachada de mi edificio, pero cada mañana deseaba revivir los desayunos y cenas con Lorena. Siento un nudo en la garganta que crece, acompañado de un dolor torácico. Respiro con torpeza. Una lágrima se desprende y la limpio con mi mano. Intento cambiar de tema—. Me gusta tu ropa nueva, Frank. No es tan elegante como la anterior, pero te da un aire gamberro.

Eli le ha dado unos vaqueros con cortes, deportivas blancas y una camiseta naranja, sin nada más. Es una combinación sencilla, pero funcional.

—Reconozco que me gusta y me siento cómodo. Eli acertó mi talla a la primera —dice Frank.

—Fue muy fácil —comenta Eli—, solo tenía que buscar una talla mayor que la del traje. ¿Como podías moverte con ese pantalón apretándote tanto las pelotas?

—Con dificultad —aclara Frank.

Eli me acerca una toalla para secarme y ropa similar a la de Frank. Me gusta su estilo y me queda bien. También vaqueros rotos, deportivas negras con punta blanca, una camiseta roja de manga larga con un logotipo triangular y una chaqueta de piel llena de parches. ¡Me encanta!

—Por favor, quiero entrar en el tanque —ruega Frank tras escuchar mi espectáculo.

—Está bien —responde Eli—. Quédate en ropa interior, y tranquilo, no eres el primer tío que veo en calzoncillos y tampoco serías el primero al que le veo la colita. No tengo quince años.

La puerta se abre y varias personas entran con violencia y gritando.

—¡Rápido, tumbadlo sobre la puta cama! —exclama una mujer.

Está acompañada de dos aspirantes que cargan en una camilla a un hombre con un mono de trabajo negro desabrochado y bajado hasta la cintura para liberar una herida que tiene en un costado del estómago. El pobre sangra mucho y ha entrado en pánico. Uno de los aspirantes es muy atractivo, con pelo corto y oscuro, y musculatura muy bien definida, resaltada por la camiseta azul con líneas amarillas.

La mujer que ha entrado a gritos tapa con su mano la herida del hombre, preocupada. Aparta la gran cortina con tanta violencia que casi la arranca. Tras esta aparece… ¡toda una sala médica! Armarios con medicamentos, seis camas con todo tipo de aparatos que no conozco y zonas de limpieza.

—¿Jazz? —pregunta Eli a la mujer—. ¿Ese es Víctor? ¿Qué le ha pasado?

Pilar entra sudando y a toda velocidad tras la marabunta de nuevos visitantes.

—¿Héctor, qué le ha pasado a Víctor?! —pregunta al chico corpulento que carga con el herido—. Héctor es mi aspirante personal. Follamos cuando me apetece —nos indica, presumiendo.

¿Ese chico está malherido y ella se distrae contándonos esto? Supongo que la guerra vuelve fría a la gente.

—Hola, presidenta —saluda él, apurado—. Jazmín te lo explicará mejor que yo.

¿Jazmín? ¿Jazz? Si no recuerdo mal, me comentaron que era la médico y una de los Aguacates, sin embargo, no me suena haber oído hablar de Víctor. ¿Será uno de los nueve Aguacates también?

Jazz es una mujer muy joven, de piel oscura caramelizada y pelo ligeramente rizado, largo y castaño. Sus ojos son finos y con un sutil toque asiático. Creo que tiene mi edad.

Víctor parece coincidir en edad con Jazz. Su pelo es corto, oscuro y de punta. Expulsa mucha sangre por su herida. Lo lanzan sobre la cama con torpeza. Gime y se queja de dolor.

Eli corre hacia Víctor, preocupada.

Preparo la cámara y me dispongo a grabarlo todo. Mi alma de camarógrafa me pide que lo haga, no lo puedo evitar.

—¡Mierda, voy a morir! —teme Víctor—. ¡Me duele muchísimo!

Me acerco para comprobar qué está pasando exactamente y de

paso conseguir un buen plano. ¿De dónde sale toda esta sangre que estoy pisando y con la que casi resbalo? ¡Ostia puta, es de Víctor! Este tío lanza plasma por su costado como una manguera. Jazz aprieta la herida ejerciendo presión con ambas manos, pero entre sus dedos se escapa un intestino viscoso.

—¿Quieres que haga yo la presión? —sugiere Eli, pero por su rostro no parece interesada en prestar ayuda, más bien diría que… ¿está disfrutando?—. Así podrás darle la medicación que necesite.

—¡Claro, joder! ¡Gracias, Eli! —acepta Jazz, extremadamente estresada—. ¡Haz toda la presión que puedas sobre su maldito costado!

Eli pone sus manos en la herida y mueve sus dedos ligeramente mientras trozos de intestino bailan entre ellos. Pone los ojos en blanco con una tenue expresión de placer. Quiero evitar pensar que lo está disfrutando, pero es la impresión que me da.

Pilar queda paralizada por el terror.

—¡Jazz, hay sangre por todas partes! —señala, caminando con cuidado para no pisarla.

—¿No me digas? ¿El suelo está lleno de sangre? Qué curioso, porque yo no me había dado cuenta… ¡de que esta repugnante sangre de mis manos era de Víctor! —Jazz levanta sus manos, furiosa, para mostrárselas empapadas a Pilar, y se voltea—. ¡¡Eli, ¿qué coño he de suponer que estás haciendo?!!

La hermosa mujer, de pelo felino y cintura delgada, mira sus manos con sangre pegajosa, fascinada. Al hacerlo ha dejado salir un trozo del intestino de Víctor que se desprende por un lado de la camilla como un gran muelle de juguete cayendo por una escalera.

—¡Perdón, no me había dado cuenta! —se disculpa con una risita tonta.

Eli agarra con dificultad la masa de carne blanda, que resbala de sus dedos y no quiere volver a casa, y la mete otra vez en la diminuta perforación de Víctor a presión, como si preparase carne embutida. Menuda carnicería.

Víctor, pálido como la luz, escupe mucha sangre y se atraganta.

—¡Poned su cuerpo de lado o se ahogará! —propone Pilar.

—¡Ni de coña! —evita Jazz, buscando algo en los armarios a toda velocidad—. ¡Poned solo la cabeza de lado, porque si giráis todo su cuerpo no podremos hacer presión y se desangrará antes!

—¡¿Y se puede saber qué le ha pasado?! —interroga Pilar.

—¡¿Y yo qué coño sé?! —grita Jazz—. ¡Creo que reparaba una fuga en la sala de calderas, algo salió despedido y le atravesó el costado! ¡Me ha llamado su ayudante, desesperado!

—¿Y puedes hacer algo por él? —pregunta Frank—. Eres la médico del búnker, ¿no, Jazz?

Ella toma aire y lo expulsa con ritmo para pensar.

La sangre de Víctor sale a borbotones.

—¡Estudié medicina, pero no terminé la carrera de los huevos! —explica Jazz, rebuscando algo entre los cajones con torpeza. Lanza varios botes por los aires con celeridad—. Le supliqué que no lo hicieran a estos idiotas, pero aun así me pusieron de especialista médico porque era la que tenía más experiencia del grupo.

¿Por qué esta mujer siempre dice una palabrota?

Marc y Toni entran corriendo.

—¡¿Qué está pasando aquí?! —pregunta Marc—. ¡Santa madre del amor hermoso! —grita al ver la carnicería.

—Mientras reparaba no sé qué tubería, explotó, y un trozo de metal atravesó su costado —explica Eli.

—¡Calla, no me desconcentres! —le ordena Jazz—. ¡Necesito pensar!

—Es posible que algún habitante tenga conocimientos médicos para poder ayudar a este chico. Deberíais preguntar —sugiero.

—Ya lo hemos hecho —aclara Pilar—. Preguntamos a todos los nuevos residentes su nivel académico para darles una función adecuada en el búnker y, de momento, ninguno tiene capacidades médicas. Tenemos alguno en cocina, mantenimiento, limpieza o educación.

—¿Y a los aspirantes, les habéis preguntado a ellos? —sugiero—. Puede que alguno sea médico.

Las tres Aguacates, Eli, Pilar y Jazmín, giran la cabeza despacio y me miran como si hubiese dicho algo ridículo o vergonzoso.

—Eso no se puede hacer —niega Pilar—. Si utilizamos los conocimientos de un aspirante todos querrán tener una oportunidad para utilizar el suyo. El elaborado sistema de ascenso y confianza se iría al garete como un castillo de naipes.

—Bueno…, elaborado… —opina Marc cuchicheando—. Yo diría que es más bien complicadillo.

Pilar le lanza rayos con los ojos y él cierra su boca fingiendo tener una cremallera unida a sus labios.

—Pilar, creo que, en el fondo, la chica tiene razón; esta es una situación desesperada. Víctor se muere y debo reconocer que esta sala está desaprovechada —argumenta Jazz—. Llevamos cinco años en este refugio y cada vez hay más habitantes. Necesitamos médicos competentes. Recuerda lo que pasó con la sífilis y el cerdo.

—Entrará algún médico que se hará aspirante y después subirá a residente, hay que tener paciencia —expone Pilar.

—No podemos esperar al ascenso de nadie, ¡necesitamos médicos, ya! ¡Víctor se muere! —se preocupa Jazz.

Parece que Pilar piensa en algo.

—Debemos votar —sugiere—. Llamad a Merche, Juanma y Martín.

—¡No tenemos tiempo, por el amor de Dios! —Jazz se altera cada vez más—. ¡Eli, no dejes de hacer presión en la herida, por tu puta vida! —Eli obedece y Jazz sale al pasillo, ignorando las propuestas de Pilar—. ¡¿Algún aspirante es cirujano?! ¡Un Aguacate se está muriendo y necesitamos un cirujano! ¡Se le compensará!

Un hombre se acerca y se presenta, tímido, con piel arrugada, gafas y uniforme azul con líneas amarillas.

—Yo tengo un doctorado en cirugía avanzada —se presenta—. Y un aguacate es un fruto sin consciencia y, por lo tanto, no puede morir, solo descomponerse.

—Y un viejo capullo que conserva los dientes puede quedarse sin ellos de una bofetada. ¿Quiere que probemos? —maldice Jazz.

—¿Por qué se pone así? Ha dicho que un aguacate se estaba muriendo y esa exposición no era correcta.

—¡Uno de los líderes del búnker! —corrige Jazz—. ¡Los Aguacates!

El viejo hace memoria.

—¡Ah! ¡Esos… Aguacates! Vale, ahora sí me sitúo. ¿Dónde está?

—Pase al herbolario y lo verá —guía Jazz.

Lo invita a pasar. El hombre da un salto y se ajusta las gafas al ver a Víctor.

—Si mis dañados ojos no me engañan… ¿ese chico no era el Aguacate fontanero? —pregunta—. ¿Qué le ha pasado?

—Sí, ese mismo. Algo atravesó su costado y se ha quedado en su estómago. ¿Puede ayudarle? —pregunta Jazz.

—Claro, claro. Necesitaré espacio y, si eres la que sabe algo de medicina de aquí, tu ayuda —explica el anciano.

Todos nos apartamos y él recorre las estanterías en busca de algo. Encuentra un bote, agarra una inyección, la introduce a toda velocidad y la llena con un líquido. Comprueba el aire e inyecta el medicamento en la carne de Víctor, cerca del corte. Este da un suspiro de alivio. Parece que se trataba de una especie de sedante

—¿Qué necesita ahora, Doctor? —pregunta Jazz.

—Déjame examinar la herida. Necesitaré tiempo para extraer el objeto, y no nos sobra. Necesitamos sangre para mantenerlo estable. ¿Chico, cuál es tu grupo sanguíneo? —pregunta el anciano a Víctor.

—Ni… idea —responde con dificultad.

—Es una broma. ¿No sabes cuál es tu grupo sanguíneo? —pregunta el viejo, extrañado.

—Lo… sabía… mi madre.

—¡No me jodas! ¡¿Nadie de aquí sabe cuál es el grupo sanguíneo de este tío?! —Todos niegan y se encogen de hombros—. ¡Sin su grupo sanguíneo no podré hacer una transfusión! ¡Morirá desangrado en minutos!

—Sabemos los nuestros, pero del suyo no tenemos ni idea —explica Pilar.

—El mío es A negativo, como el de Phoenix —comenta Frank. Todos lo miramos—. Vale, no ha venido a cuento. Perdón.

—¿Puede hacer algo por él o no? —pregunta la presidenta.

—¿Hacer algo por él? Sí, claro que puedo, pero no soy estúpido. Quiero un privilegio —salta el viejo.

—¡¿Cómo dices?! —pregunta Jazz, indignada.

—Dijiste que sería compensado. Quiero ser ascendido y tener mi propia habitación, pero no esa basura de cuarto que le dais a los residentes; quiero un cuarto exclusivo, como el vuestro —exige el Doctor.

—¡¿Estás de coña?! ¡Apenas hace dos semanas que entraste aquí! —rechaza Pilar.

—Pues no haré nada por vuestro amigo —amenaza el viejo.

El Doctor se abre paso entre los presentes y se aleja.

—¡Vale, vale! ¡Hecho! —el hombre se detiene y se voltea al escuchar a Pilar corrigiendo su decisión—. Tendrás tu propia habitación exclusiva.

—¿Me das tu palabra delante de todos estos testigos, presidenta?

—Te doy mi palabra, y ahora haz algo por Víctor.

—Vale, necesitaré espacio.

Todos nos apartamos y dejamos explorar la zona al Doctor. Encuentra un bote tras registrar un par de cajones. Coge una inyección limpia y la llena con el líquido de dicho bote. Se acerca a Víctor, agarra su brazo, le ajusta una goma, da unas palmadas en su vena e introduce la dosis a través de esta. Desata la goma al terminar. Parece que funciona y Víctor se relaja. Inspira con suavidad y mira a cámara. Espira con fuerza. Inspira sin dejar de mirarme. ¿Veo algo de miedo en sus ojos?

No respira.

¿No respira?

Tampoco parpadea.

Todos los presentes estamos paralizados, observando a Víctor en la camilla, esperando que reaccione. Pasan los minutos y sigue con los ojos muy abiertos, poniéndose cada vez más morado. Una mosca entra y sale de su boca, mientras tanto, el Doctor seca sus manos tras limpiarlas en el fregadero.

Jazmín pone los dedos índice y corazón apoyados en la arteria carótida de Víctor para comprobar su pulso y nos lanza una mirada de sorpresa, pálida como la nieve.

—Está muerto, gente. Víctor ha palmado.

Se escucha una sorpresa por parte de todos.

Sigo grabando. Creo que se van acostumbrando a la presencia de

una cámara.

—¡¿Se puede saber qué cojones has hecho, viejo de mierda?! —pregunta Pilar, zarandeando al hombre por el cuello del uniforme azul con líneas amarillas —¡Te lo has cargado, lo has hecho aposta!

—¿Habéis visto cuánta sangre perdía? Sin una transfusión no tenía tiempo para contener la hemorragia. Solo pude evitar su dolor —explica el Doctor—. Y para añadir más problemas, ¿vosotros veis normal entrar en una sala médica sin tener ni idea de qué medicamentos hay ni dónde están? Desde cero no se puede atender debidamente a un paciente tan grave, hay que hacer un inventario para tenerlo todo a mano y actuar deprisa.

—¿Lo que nos está contando el viejo este es cierto? —pregunta Pilar a Jazz.

Es la única entre los presentes, exceptuando al viejo Doctor, con conocimientos médicos. Ella examina el cadáver, todavía caliente.

—Me temo que sí, tiene razón. No se podía hacer nada por él sin saber su grupo sanguíneo —confirma Jazz.

—Bueno, tampoco es para tanto —comenta Eli—. Víctor era un pelín capullo y no le caía bien a nadie.

—Solo servía para limpiar retretes y lanzar comentarios sin sentido en mitad de las conversaciones —opina Marc.

—¿Recordáis cuando, de repente, soltaba un "¡Me gusta la comida vegana!" sin venir a cuento? —recuerda Eli—. ¿O un "Estoy probando el ayuno intermitente" en mitad del desayuno? Era un poco espesito. Tenía un guantazo en toda la cara.

—Será mejor que hagamos algo con el cuerpo y limpiemos este estropicio —sugiere Pilar.

—¿No debería un Aguacate desbloquear el cierre automático? —recuerdo.

—¿Cómo dices, Phoenix? —pregunta Jazz.

—Pilar me explicó que, para mantener el control, si un Aguacate era asesinado el sistema lo detectaría y bloquearía el acceso a las zonas de suministro, a menos que la presidenta confirme su muerte en el sistema.

—¡Ah, sí, es cierto! —recuerda Pilar—. Nunca había muerto nadie del grupo, por eso no me acordaba. Será mejor que vaya a introducir la orden en el sistema, antes de que nos quedemos atrapados y sin comida.

—Pero no ha sido asesinado, Phoenix —opina Jazz.

—El Doctor le ha puesto una inyección letal sin su consentimiento —explico—. Me parece que el sistema lo detectará como un asesinato.

—Eso es cierto —dice Jazz.

Entra Merche por la puerta, supongo que alertada por el escándalo.

—¿Qué ocurre aquí dentro? ¿Por qué hay tanto alboroto? —Se

sorprende al ver el cadáver—. ¿Víctor? ¿Toda esta sangre es suya?

—Sí, Merche, sí. Es sangre de Víctor —verifica Jazz, limpiándose el sudor de la frente con la manga—. Está muerto. Haz el favor y márchate de aquí. No deberías ver esta carnicería.

—¡¿Qué le ha pasado?! —exclama Merche, santiguándose, y Eli le explica todo lo ocurrido—. Señor mío, qué barbaridad. —Se acerca al cuerpo—. Me da pena, pero por otra parte era un poco especialito y espesito con sus dietas.

—Eso pensamos todos —confirma Marc.

El anciano Doctor interrumpe.

—Yo hice lo que debía y Pilar me hizo una promesa. ¿Cuál es mi nueva habitación?

—Claro que sí, tendrás la habitación más bonita. ¡Todita para ti! —expresa con sarcasmo Pilar. Hace un gesto a los aspirantes que trajeron a Víctor—. Metedlo en un calabozo, que este señor y yo tendremos una charla dentro de poco.

—¡Me diste tu palabra, mentirosa! —se queja el anciano.

—¡Y tú dijiste que lo salvarías, no que le practicarías la eutanasia, imbécil! —advierte Pilar.

Los aspirantes obedecen y se llevan al hombre agarrado del brazo.

—¡Dije que le ayudaría y eso hice, le ayudé a morir en paz! —grita el viejo mientras se lo llevan a rastras.

Pilar sacude su cuerpo por el estrés y se gira hacia el chico musculoso.

—Héctor, busca a otros aspirantes para limpiar este desastre, deja el cuerpo en la morgue y, cuando termines, ve a nuestra suite que necesito liberar estrés con un polvazo. Primero me haces un masaje y después follamos hasta que yo lo diga. —Él lanza un saludo marcial y se marcha corriendo y contento, como un niño dirigiéndose a una tienda de videojuegos con sesenta euros en el bolsillo. Pilar se gira hacia nosotros chasqueando los dedos, devolviendo a su rostro su sonrisa extrema—. Os tocaba visitar la cocina, pero es muy aburrida. Los alimentos básicamente se cultivan en un huerto que se abona con nuestra propia mier… ¿Queréis ver la sala de juegos?

Jazmín y Héctor. Primer plano en la sala médica, tras la limpieza del cadáver.

—Después de matar al chef decidimos implantarnos el sistema de nanochips que Salazar tenía reservado para sus amigos. Garantizaríamos la seguridad y el control en el búnker —recuerda Jazz—. Sobre la mesa estaban todas las inyecciones preparadas con el nanochip metido dentro. Yo me opuse porque creo en la libertad y controlar a los futuros habitantes de este lugar no me parecía bien,

pero también creo en la democracia y la mayoría de mis compañeros estaban de acuerdo. Reconozco que la idea era buena y servía de salvavidas para evitar ser asesinados. Los aspirantes y residentes morirían de hambre si nos atacaban, y es muy poco probable que quieran eso teniendo todo tipo de comodidades, pero son tiempos muy extraños, y a la gente le da por hacer barbaridades en momentos de estrés. Por mi cabeza no paraba de rondar una idea, ¿y si todos moríamos a la vez? Vale, admito que estadísticamente es casi imposible que eso llegue a ocurrir, pero nunca se sabe. Lo que intento decir es…, ¡este lugar es gigantesco! ¿Por qué no abrir todas las puertas para todos? Hay comida y suministros de sobra. Creo que podemos probar a ver si los habitantes del refugio hacen una buena gestión de algunas zonas, como por ejemplo, la sala de reuniones o el gimnasio, y si lo hacen bien podemos ir poco a poco abriendo más.

¿Tienen un gimnasio aquí? Ahora comprendo por qué Héctor está tan definido.

—Creo que ese tipo de control evita que se abuse de los suministros —opina Héctor—. Y luego están las armas de fuego, no las olvides. Un único loco puede hacer una auténtica masacre con una de esas armas en sus manos.

—Dices eso porque Pilar te tiene mimado —le dice Jazz, que vuelve a la cámara—. En fin, me llamo Jazmín, aunque todos me llaman Jazz. Soy de Barcelona y estudié medicina, aunque no terminé la carrera. Aquí me dedico a atender a los habitantes. Ni residentes ni aspirantes, los considero a todos iguales; no me gusta este sistema de castas. Lo llamen como lo llamen, es así, un sistema elitista. Estoy en contra, y Merche me apoya, pero somos dos contra todos y es complicado conseguir que nos hagan caso.

Pasa el turno.

—Me llamo Héctor y era el monitor de un gimnasio lujoso. Sobreviví a la explosión nuclear porque trabajaba en uno de esos gimnasios que había bajo tierra cuando todo ocurrió.

—¿Uno de esos gimnasios bajo tierra? —pregunta Jazz—. ¿Hay una especie de patente de gimnasios subterráneos? Hay de todo bajo tierra.

—¿Qué quieres decir?

—Que existen restaurantes bajo tierra, cines bajo tierra, hoteles, ¡incluso campos de fútbol y centros comerciales! Un gimnasio no es algo que destaque.

—Entonces, ¿cómo se supone que lo debo llamar? —pregunta Héctor.

—¡Gimnasio, y ya! —aclara Jazz.

—Vale, pues trabajaba en un gimnasio, que casualmente estaba bajo tierra. ¿Mejor? —corrige Héctor y Jazz asiente—. Salí fuera

cuando el mundo desapareció.

—¡El mundo no desapareció! Si hubiese sido así, ahora estarías flotando en el aire, idiota.

—¡De acuerdo, Jazz! Rectificaré mi frase y diré que el mundo se fue a la mierda. ¿Mejor?

—Mucho.

—Encontré el paso estrecho que daba a este refugio y un tipo con una máscara de gas me golpeó —explica Héctor. A mí me pasó lo mismo. Fue Marc—. No le guardo rencor; ahora que lo conozco me parece un buen tipo. Él solo protegía la zona, ese era su trabajo. Ahora jugamos a las cartas de vez en cuando. Tras el golpe quedé inconsciente y desperté a los pocos minutos en una especie de mazmorra —eso me suena— y entró Pilar. Hacía mucho tiempo que no veía una mujer con un traje tan elegante y enseñando tanto. Perdí la cabeza. —También me suena—. En realidad, ambos perdimos la cabeza. Pidió al aspirante de seguridad que desactivara la cámara de mi celda y nos dejara a solas. Follamos como animales durante horas. ¡Fue brutal! Me puso contra la pared y tiró de mi pelo, golpeando mis nalgas mientras yo babeaba y gritaba…

—Héctor —interrumpe Jazmín—, ¿eres consciente de que todavía sigo aquí y te estoy escuchando? También tienes a la chica con la cámara y al chico que debería hacer preguntas. ¡Tres personas escuchándote decir guarradas!

—Disculpa, lo había olvidado —dice Héctor—. En definitiva, me pidió que fuera su aspirante privado.

—Juguete sexual —rectifica Jazz.

—Aspirante… privado —corrige Héctor.

—¡Juguete sexual! —recalca Jazz.

—Da lo mismo. Acepté y ahora mi vida no está nada mal. Duermo en una suite con jacuzzi, tengo sexo salvaje casi a diario, veo la televisión con películas en DVD, como buena comida y tengo un puesto de monitor en el gimnasio. Teniendo todos estos lujos en un apocalipsis, ¿quién se quejaría?

—Las habitaciones estándar no, pero las suites sí están insonorizadas, y doy gracias a Dios por ello —expresa Jazz—. Lo que hace Pilar con este chaval es esclavitud, pero lo dicho, no puedo hacer nada al respecto. He aprendido que mientras todos sean felices, mientras todo funcione correctamente, no hay nada de qué preocuparse.

5 Sala de juegos

Pilar nos deja frente a la entrada de una gran sala llena de ordenadores portátiles. Habrá unos treinta. En cada uno hay un aspirante equipado con cascos jugando a, por lo que vemos en la pantalla, un videojuego de disparos retro. Se gritan e increpan los unos a los otros.

—Os dejo aquí —concreta la presidenta, con su elegante traje, minifalda ajustada y tacones altos—. En breve os atenderá algún Aguacate. Estoy algo estresada y necesito pasarme por la piedra a mi aspirante personal.

—Qué directos sois aquí —comenta Frank.

—El mundo se ha ido a la mierda, chico. ¿Qué más da? Liberémonos de las cadenas, ya no hay límites. El orden social establecido se ha ido por el sumidero. Por cierto… —Se acerca a mí, contoneándose, con una mirada tentadora. ¿En serio? ¿No a Frank?—. Eli me ha contado lo que te pasó en la cápsula de aislamiento. ¿Se llamaba Lorena tu chica? —Acaricia mi mejilla con su dedo índice, arrastrándolo hasta mi labio inferior. ¡Vaya! Creía que Pilar no era de las mías—. Si deseas estimularte con algo más real puedes acompañarme a mi suite. Héctor no te defraudará, y yo tampoco. ¿Te apetece apuntarte, Phoenix? Tu amigo podrá apañárselas solo esta noche. Un Aguacate lo guiará hasta su dormitorio.

Tiene algo que me produce escalofríos. Una parte mía está hechizada con el brillo de sus ojos, pero otra necesita un respiro y dormir, por una vez y a solas, en una cama sin chinches. En otro momento aceptaré sin dudarlo.

—Ahora mismo estoy algo cansada, pero aceptaré tu oferta en otra ocasión sin dudarlo —prometo.

—Cómo quieras…, Phoenix. —Susurra mi nombre en mi oído de maravilla y tengo que dejar la mente en blanco para no cambiar de opinión—. Mereces un respiro y deberías divertirte un poco.

—¿Puedo apuntarme? —ruega Frank.

—No —rechaza Pilar con rapidez, pero creo que siente lástima a ver sus ojos de cordero degollado—. Bueno, si tu amiga da su permiso, puedes venir. ¿Me puedo llevar a Frank?

—Claro, Pilar. Haz lo que quieras con él. No soy su madre.

Sonará raro, pero haciendo memoria, Frank y yo jamás nos hemos separado durante estos cinco años. Hemos sobrevivido gracias a que uno guardaba la espalda del otro.

Es un buen tipo. Un poco idiota, pero fiel. Creo que merece un respiro y también divertirse un poco.

—Phoenix, ¿de verdad no te molesta que me marche con Pilar y te deje sola? —me pregunta Frank, y eso me hace cierta gracia.

—Han sido cinco años muy duros, Frank, luchando y comiendo basura. Te has ganado esta noche y con creces. Ve con ella y destrózala de mi parte.

Pilar agarra de la mano a Frank con suavidad.

—Ven conmigo. Te prometo que lo pasarás genial. Por cierto…, ¿toleras bien el dolor?

Ambos se alejan. Ella le acaricia el pelo con suavidad. Me siento como una madre viendo partir a su hijo de excursión; preocupada, pero sabiendo que le sentará bien desconectar un poco.

Vuelvo a la sala de juegos y preparo la cámara.

Un hombre cuarentón y bonachón se levanta de uno de los ordenadores, se quita los cascos y se acerca, con gran barba canosa, gafas enormes y algo de tripa.

—¡Hola! Tú debes ser Phoenix, la chica del documental. ¡Menudo nombre! —me saluda y estrecha la mano—. Soy Juanma. Gestiono el huerto, la granja y cocino junto a Merche, pero hoy me estaba dando un respiro en la zona de videojuegos.

—¿Hay internet en el refugio? —pregunto asombrada.

—No, ojalá. Aunque el ordenador de la oficina central conecta con el búnker sin cables, Internet como tal ya no existe en el mundo, y aquí están conectados mediante un servidor de red interna. Lo utilizamos, básicamente, para jugar a videojuegos. Así mantenemos entretenidos a los aspirantes y residentes. Hoy algunos aspirantes tenían reservada la sala, por eso hay muchos aquí pegando tiros.

—¡¿Serás hijo de puta, Juango?! —exclama un aspirante—. ¡Eres un tramposo de mierda! ¡Es imposible que supieras que yo estaba oculto en una caja! ¡¡Déjame ver tu pantalla, mamonazo!!

—¡¿Disculpa?! ¡Estamos todos en la misma sala, Fernando! ¡Si hiciera trampas el resto de los jugadores me verían y algunos son de tu equipo! ¡Te vi meterte en esa caja desde lejos, capullo! —se defiende Juango.

Juanma me pide un momento.

—Disculpa un segundo, Phoenix. —Da un golpe con el puño a la mesa que tiene a su lado con tanta fuerza que el aspirante sentado en ella se asusta porque su teclado salta y pierde un par de teclas—. ¡Ser los mejores jugadores no os da derecho a creeros por encima de los demás! ¡¿Vais a dejar de gritar de una puta vez o me vais a obligar a destrozar el servidor y metéroslo, trocito a trocito, por el culo?! ¡¿Queréis eso?!

Todos guardan silencio como niños de colegio recibiendo un sermón del profesor.

—No, Juanma —dicen a la vez—. Perdón.

—¡Pues comportaos, que no tenéis siete putos años! —grita Juanma y dice algo para que solo yo me entere—. Me encanta esto, ¿sabes? Hacer de malo, y lo mejor de todo es que nadie puede encerrarme. Tengo carta blanca para hacer lo que me dé la gana. Servicios sociales, policía, ministerio de… ¡Nada existe! ¡Es la leche! —Levanta un dedo—. Disculpa un segundo, tengo que seguir haciendo de tipo duro con estos idiotas. —Vuelve a los jugadores—. ¡Y tenemos compañía, capullos! Se llama… —levanta las cejas para que me presente.

—¡Hola, chicos! Me llamo Phoenix y voy a grabar un documental.

Algunos se giran y me saludan muy rápido para volver al juego.

Juanma se acerca a mi oído y me susurra.

—No son malas personas, pero hay que mostrar autoridad de vez en cuando, ¿sabes? Si no estuvieran entretenidos, podrían llegar a ser peligrosos. Mientras el servidor no falle, no tenemos ningún motivo para preocuparnos.

Algo emite un pitido fuerte y después un golpe seco. ¿Es cosa mía o huele a quemado?

—¿Qué ha sido eso? —pregunto.

—Creo que… ¿el servidor acaba de quemarse? —descubre Juanma —. Mierda.

Todo ocurre a cámara lenta debido al subidón de adrenalina. El primero en escuchar las palabras de Juanma, Juango creo, lanza contra él una silla, directa a su espalda. Fernando sube sobre su mesa como un gorila de lomo plateado, arranca su teclado y lo estrella varias veces contra su mesa, desparramando las teclas, separándolas de su hogar y dispersándolas por todas partes, chillando como un niño al que se le cae un helado al suelo. Una de esas teclas vuela y termina en el ojo izquierdo de un aspirante calvo que seguía jugando y este, espantado, lanza su portátil por los aires como si fuera una pluma. Cada uno golpea el ordenador de su vecino en una carnicería que mezcla toda clase de chips y circuitos volando, dientes arrancados con el hilo del nervio por los aires, flujos de sangre pasando frente a mis ojos, teclas por todas partes como serpentina en una fiesta de fin de año, gritos salvajes, arañazos y mordiscos. La sala se vuelve un puto caos, como un programa de chismorreos en hora punta.

Juanma tira de mi brazo y me saca del lugar. Cierra las dos grandes puertas de la sala, introduce su clave con rapidez, suena un pitido y se escuchan varios pestillos de seguridad atravesando ambas por arriba y por los laterales, bloqueándolas y evitando que puedan abrirse.

—¡Otro servidor se ha fundido y no queda ninguno de repuesto en el almacén! —recuerda Juanma—. ¡¿Qué haremos ahora?!

—¿Por qué esta sala tiene tanta seguridad si la comparamos con las

otras? —pregunto.

—En teoría el chef Salazar iba a utilizarla para reuniones secretas, por eso es de las pocas del refugio que tiene cierres herméticos y está silenciada. Si un espía entraba en el búnker se podía utilizar como habitación del pánico —explica Juanma—. ¡Nos ha venido al pelo este sistema!

Alertados por los gritos llegan Marc, Eli y Merche.

—¡¿Qué coño ha pasado ahí dentro?! —pregunta Marc.

—¡¿Qué pasa hoy con tanto grito?! ¡El refugio parece una jaula de monos! —comenta Merche.

—¿Hay sangre? —pregunta Eli—. Quiero verla.

—Sí, es muy probable que ahora mismo se estén lanzando bolas de caca entre ellos —explica Juanma. —El servidor ha reventado y se ha ido a tomar por culo.

—Pues se cambia y problema resuelto —sugiere Marc.

—No quedan más —se lamenta Juanma—. Instalé yo mismo este último y los aspirantes lo sabían, por eso se han alterado tanto. Creo que se acabó jugar a las pistolitas.

—Mierda, tenemos un problema grave. —Marc saca, muy alterado, un comunicador pequeño y habla a través de él—. Hablo por el canal Aguacate. El último servidor se ha jodido y en la sala de juegos ha estallado la cuarta guerra mundial, valga la redundancia. Reunión en la sala de juntas, ahora.

—¡¿Cómo que el último servidor?! —grita por el altavoz Pilar, indignada, intercalando palabras con sus gemidos de placer y de dos hombres que se escuchan de fondo—. ¡Estaba en mitad… de un volcán invertido! ¿No podéis esperar cinco minutos, o diez? —Disminuye el volumen porque habla a los dos hombres, que deben ser Frank y Héctor dándolo todo—. ¡Acelerad, chicos, por Dios, que me tengo que ir, y en dos sentidos! —Pilar vuelve a hablar directamente al walkie—. ¡Dos minutos, dadme dos putos minu…! ¡Madre mía! ¡¿Quién te ha enseñado a hacer esto, Frank?! —Los gemidos son tan fuertes que romperán el altavoz—. ¡¡Dios mío del valle, descubierto por los hombres y administrado por los elfos!!

Cuanto más recuerdo esa mezcla lujuriosa de gemidos y fluidos, más me arrepiento de no haber aceptado su oferta.

6 Sala de juntas

Estoy en una gran sala gris, con una mesa redonda y una pantalla blanca de proyección detrás. Sentados están todos los Aguacates, menos Víctor porque, obviamente, ha muerto desangrado.

Pilar ha tardado en llegar unos diez minutos. Chapurrea con Eli y Merche, que están sentadas juntas. A Frank y a mí nos han ofrecido asiento, pero no entiendo qué pintamos aquí.

Mi compañero tiene una sonrisa de oreja a oreja. En cinco años nunca lo había visto tan feliz.

—¿Todo bien, Frank? —le pregunto.

—Maravilloso —responde aplatanado, como si hubiese fumado marihuana.

Hay una cara desconocida. Me mira y se presenta.

—¡Hola! Ser Martín —saluda, con un acento extranjero—. Encantado de conocer a tú. Chica y amigo ser documental, ¿verdad?

Es pelirrojo, de pelo largo, cara divertida y bajito. Aunque le faltan un par de dientes, está en forma.

—Sí, somos el chico y la chica del documental —afirmo con una sonrisa—. Frank —señalo a mi compañero— y yo, Phoenix. —Me señalo a mí—. ¿De dónde eres, Martín?

—Polonia. Venir España para trabajo limpiar cristales en Mallorca. Venir aquí por reunión Aguacates en restaurante pijo, pero bomba explotar. Ya saber.

—Claro, por desgracia, todos sabemos lo que pasó y cómo todo terminó.

—¿Tú amigo y tú, sobrevivir fuera años cinco?

—Sí, así es.

—Tú parecerme valiente.

—Gracias, Martín. Fue duro, pero nos adaptamos.

—Yo no salir fuera desde explosión. ¿Cómo estar mundo?

—Creo que será mejor que lo recuerdes como era, verde y hermoso.

—Suponer que tú razón tienes.

Juanma habla a todos.

—Ha reventado el servidor de la sala de juegos y los aspirantes se han vuelto locos —expone—. Soy el encargado, aparte del huerto y la granja, de esa zona, y no quedan servidores. Durante estos cinco años hemos gastado los tres que había en la reserva.

—¿A qué clase de imbécil se le ocurre construir un búnker tan enorme, con sala de videojuegos, pero solo con tres servidores de reserva? —opina Eli.

—Pregúntaselo a su cadáver —dice Pilar.

—Creo que el chef Salazar tenía muchos contactos en el ejército y su intención era darles refugio en este búnker. La sala de juegos habría sido muy útil como algún tipo de base logística —resuelve Juanma.

—Nos precipitamos con él. Me dio mucha pena verlo morir —lamenta Merche—. Víctor no tanta.

—A nadie dar pena Víctor, pelín capullo —dice Martín.

—Dejemos de hablar del chef Salazar y de Víctor. Centrémonos, por favor —se enfada Juanma—. La sala de juegos mantenía distraídos a muchos aspirantes. Esa gente es nuestra mano de obra y, sin un aliciente que los mantenga bajo control, la cosa puede ponerse todavía más fea de lo que ya se ha puesto.

—¿No hay otro servidor en todo el refugio? —pregunta Eli—. ¿Estás seguro?

Marc acaricia su barbilla. Me parece que piensa algo.

—Creo que sé dónde podríamos encontrar un servidor nuevo.

—¿Estás seguro? ¿Dónde? —pregunta Pilar.

—Habría que atravesar el yermo. Hay una ciudad lejos de aquí, de la capital, a unos cien kilómetros hacia el oeste. Toni y yo escuchamos en un restaurante lejano las historias que contaba un nómada acerca de sus visitas a ese lugar. Por lo visto, se ha convertido en un punto de comercio muy importante. Todo quedó arrasado, pero si alguien ha encontrado un servidor o sabe dónde encontrarlo sin duda será en esa ciudad.

—¿Qué ciudad? —pregunta Pilar, con intriga.

Marc nos observa, con ojos tensos e interesantes.

—Antes tenía otro nombre, Alcalá del Júcar. Tenía un río muy hermoso que, imagino, se habrá secado tras la guerra nuclear. Ahora se la conoce como… Ciudad para Personas.

—¿Tomas pelo? —pregunta Martín—. ¿Qué idiota poner ciudad nombre Ciudad para Personas?

—No sé. Puede que no admitan mascotas y quieren recalcar que solo pueden ir seres humanos —sugiere Marc.

—Es la mayor gilipollez que escuché en mi vida; lo de las mascotas, quiero decir —aclara Pilar—. Respecto al servidor, si es cierto lo que dices, no tenemos otra opción.

—¡Pues vamos! —grita Eli—. Está apenas a tres días a pie.

—No es tan sencillo como parece —comenta Marc—. Conozco esa ciudad por rumores y mapas. Para llegar tendremos que atravesar algunas comunidades, unas amistosas y otras no tanto. Puede que encontremos saqueadores o algo peor.

—¿Caníbales? —pregunta Jazz.

—Seguramente, sí —confirma Toni.

—¡Qué horror! Un señor comiéndose a otro —comenta Merche—.

O una señora. No quisiera parecer insensible. Todos somos iguales en la bondad, la maldad y el canibalismo.

Los Aguacates meditan.

—¿Tenemos otra opción? —pregunta Pilar a Marc y Juanma.

—En principio no —responde Marc—. Podemos poner hoja de ruta hacia esa ciudad y quizá, con suerte, durante el viaje alguien sepa dónde encontrar un servidor más cerca pero, de momento, es lo único que tenemos.

—Bien, en ese caso tendremos que hacer un equipo —ordena Pilar —. Marc y Toni, sois los especialistas en armamento y defensa, y conocéis el exterior. Sois indispensables para el equipo de exploración.

—Durante mi instrucción aprendí a defenderme y a matar —dice Toni, inerte y a la suya—, aprendí a sobrevivir…

—Cállate un ratito, anda —corta Pilar—. ¿Quién más podría ir con vosotros? Frank y Phoenix también tienen experiencia en el exterior. Os acompañarán.

¿Cómo ha dicho? ¿Frank y yo qué?

—¡Estupendo! Phoenix nos vendrá de perlas, es una tiradora nata, pero Frank es un poco nenaza —comenta Marc—. Aunque, por otra parte, nunca viene mal una espalda fuerte para cargar con suministros.

Eli levanta el brazo.

—¡Yo, yo quiero ir con ellos! —grita, dando saltos—. Hace cinco años que no salgo de aquí, y me da lo mismo lo que digáis, porque iré. Necesito aire fresco.

—¿Estás segura? —pregunta Marc—. El exterior no es un lugar agradable, y mucho menos hay aire fresco. Será peligroso. —Eli cruje sus nudillos frente a todos y aprieta sus dientes—. Vale, no tengo ninguna objeción. Por mí Eli forma parte del equipo. ¿Alguien se opone?

Todos niegan.

—Necesitareis un médico —sugiere Pilar—. Jazz, ¿quieres acompañarlos?

—No me vendría mal desconectar de esta prisión —acepta—. Iré.

—Iré también —levanta la mano Martín—. Fuera a lo mejor encontrar mujer para Martín. No tener cama desde bombas y necesitar dar marcha a cosita mía.

—Martín, no saldremos para eso, pero nos vendrá bien otra espalda fuerte para cargar una mochila —admite Marc—. Está bien, tú también vienes.

—¿Alguien más se apunta? —pregunta Pilar. Nadie dice nada—. Muy bien, entonces Marc, Toni, Phoenix, Frank, Eli, Jazz y Martín. Seréis la comunidad del servidor —bautiza levantando las manos.

—Un momento… —interrumpe Marc—. ¿Acabas de comparar

nuestra misión con *El señor de los anillos*?

—Era una simple broma, Marc.

—Nos vamos a jugar la vida y es muy posible que algunos no regresen. ¿Lo ves apropiado? Hay que ser serios, Pilar.

—¿Preguntas si veo apropiado gastar una broma para calmar a mis compañeros? ¿Tú me pides seriedad? ¿Quieres que cuente al resto de los Aguacates lo que haces en el gimnasio, Dolorcitos de espalda?

Marc se sonroja como un vampiro rebosante de sangre.

—No he dicho nada.

Me pongo en pie e interrumpo.

—Disculpad, pero… ¿habéis caído en la cuenta de que mi compañero y yo no hemos dicho si queremos acompañaros?

—Os daremos una suite —ofrece Pilar—. La de Víctor está disponible.

—El exterior es peligroso y llevo cinco putos años comiendo mierda. Ponedme a fregar, a cocinar o a limpiaros el culo si queréis, pero no pienso volver a salir ahí fuera. Haré lo que me pidáis, incluso preferiría que me pegaseis un tiro antes que volver a esas ruinas.

—Pienso lo mismo —coincide Frank.

Nadie habla.

Pilar mira el reloj de su muñeca.

—Bien, es hora de dormir. Martín, baja las luces, por favor. Cada uno a su suite. Mañana prepararemos el equipo de la expedición. Frank y Phoenix, os acompañaré a vuestra habitación estándar. —Parece algo frustrada—. Tengo la cabeza tan saturada que no me apetece ni follarme a Héctor, fijaos lo que os digo.

Martín y Juanma. Primer plano en sala de reuniones.

—Mi nombre Polonia ser Nikolai Wienczyslaw Chwalibog Marcinkowski Wojciechowscaj —no se ha roto el micrófono de la cámara, tranquilo—, pero aquí llamar Martín. Llegar de Polonia a España trabajo limpiar ventanas casas de… ¿cómo dicen aquí? ¡Ah! ¡Yo recuerda! Gente hijos de puta.

—Ricos, Martín —rectifica Juanma—. A las personas con mucho dinero los llamamos ricos o pijos.

—Perdona, yo hablo española regular —se disculpa Martín.

—Tranquilo, aun así lo hablas mejor que muchos españoles. —Juanma tiene razón. Mira a cámara con sus gafas de profesor y la prominente barba canosa—. Pues yo me llamo Juanma. Tenía un pequeño huertecito en mi casa, en Extremadura, que probablemente ahora será arena radioactiva. Es una tarea que me gusta. Cuando me enteré de que aquí había uno, decidí encargarme de él. En el almacén tenemos lo necesario para cuidarlo debidamente; hay grandes reservas

de agua, abono y luz. El chef Salazar lo tenía todo minuciosamente calculado, pero dicha reserva no es ilimitada, por lo cual es recomendable utilizar abono natural.

—Resumen —interrumpe Martín—. Popó hago, popó en planta. ¿Comemos nuestra propia caca? Nunca entiendo esto.

—Martín..., las heces, y disculpad mi expresión —dice a la audiencia—, contienen muchos nutrientes que las plantas necesitan.

—Aun así yo admito que gofres de caca buen sabor —opina Martín, sonriente y tocándose la tripa. Al instante pone expresión de asco—. Por contrario no toma leche o nata. No sé si hacen con cosa de hombres, porque vacas no hay.

Mira a Juanma con sospecha y de reojo.

—Martín…, ¿no estarás insinuando que hacemos la leche con…?

—¿Tú español y no sabes cuál nombre? Semen llama.

—¡Por Dios! ¡¿Cómo vamos a utilizar eso para fabricar leche?!

—¿Quién saber? Usáis caca para plantas.

—Primero, Martín, es imposible hacer leche con lo que sale de… No sé qué narices hago explicando esto a un hombre adulto… Y segundo, la leche que tenemos es leche de vaca natural, almacenada previamente y congelada, y las reservas son abundantes.

—¿Y cuando reservas terminar, qué hacer?

—¡Estoy cultivando soja! ¡Haremos leche de soja! No es lo mismo, pero casi —aclara Juanma.

Martín no parece convencido.

—Tú disculpa, pero leche yo no toma. Más valer previniendo que curas.

—Más vale prevenir que curar, Martín.

—¿Qué?

—Que se dice “más vale prevenir que curar”.

—Eso digo. Más valer previniendo que curas.

Juanma suspira y se rinde.

7 Llega la noche

Apenas he conseguido pegar ojo desde el día del silencio, por eso las noches me parecen eternas. Durante la oscuridad el tiempo se vuelve infinito, por eso cuando el sol desciende cedo el descanso a Frank y llega la hora de mi guardia, casi siempre. Solo alcanzo el sueño cuando dormimos en un asentamiento seguro del este.

Admito que la habitación estándar no está nada mal si la comparamos con una casa abandonada en ruinas, un camino lleno de cadáveres o un cubículo de paneles de chapa con goteras en un asentamiento. ¿Los Aguacates creen que soy estúpida? Frank y yo ahora tenemos un armario para guardar ropa, dos camas independientes blanditas y calientes, un cuarto de baño propio con excusado y un escritorio con libros y pequeñas macetas. No voy a renunciar a esto. ¿Quieren que limpie? Limpiaré hasta la mierda pegada de la taza del váter. ¿Quieren que cocine? Aprenderé a cocinar el plato más complejo del mundo. ¿Quieren incluso que mate? Mataré de la forma más sanguinaria posible, pero yo de aquí no me muevo.

Apenas consigo pegar ojo, lo cual es una putada, porque mi cabeza va a la suya y me trae recuerdos de ella. Echo mucho de menos a mi niña y sus verdes ojos.

Frank duerme como un tronco y ronca como un diablo.

¡Me está entrando ansiedad! Necesito moverme y hacer algo.

Con mucho cuidado, bajo de la cama sin hacer ruido para no molestarle. El lecho es una estructura metálica, como es lógico, para conseguir que dure muchos años. El colchón es increíblemente cómodo y silencioso. Me pongo las zapatillas y me acerco a la puerta como un ninja.

No llevo puesto un pijama, sigo con la misma ropa de antes. ¿Creíste que me darían uno después de negarles mi ayuda?

Asomo la cabeza fuera. Se extiende un pasillo con varias puertas iguales a la mía, alumbradas con una suave luz auxiliar. Parece el pasillo oscuro de una nave espacial en una película de terror.

¿No hay nadie? Debe haber alguien. Decido explorar con la excusa de buscar un poco de agua. Salgo y no sé dónde estoy.

¿Izquierda? ¿Derecha? Decido probar suerte por la izquierda. Soy zurda, ¿recuerdas?

Camino con cuidado para no molestar a las bellas durmientes. Las habitaciones estándar no están insonorizadas, pero bloquean bastante el sonido. Cuando Pilar nos acompañó a nuestra estancia, al cerrarse la puerta, todavía había gente pululando fuera y apenas se la escuchaba.

¡Una luz se mueve! Parece una linterna. Quedo petrificada. Un hombre adulto con vaqueros, sudadera blanca con capucha y una banda rosa cruzada en su torso, se acerca. Me recuerda a mi padre por su pelo blanco.

—¿Hola? —me saluda, alumbrándome la cara.

—¡Mierda, no apuntes a mi cara! —me quejo, tapando la luz con las manos.

—Perdona, tienes razón. —Baja la linterna—. Me pareció verte antes en la zona común. ¿Tú eres la chica nueva, la del documental?

—Phoenix, sí.

—¡Vaya, hola! Encantado de hablar contigo. No es muy común ver caras nuevas por aquí.

Una puerta a nuestra derecha silva y se abre. Un pie descalzo se presenta, con uñas horribles, después una rodilla con una bata larga y por último un escote arrugado cargando un pijama. Lleva a cuestas una cabeza gigante con rulos de plástico.

—Disculpad. Mañana tengo turno en la escuela y necesito dormir. ¿Podríais bajar la voz un poco, por favor? —nos pide una anciana que debe rondar entre los ochenta años y la muerte.

—Claro, perdone —susurra el hombre de la linterna. La anciana mete su cuerpo en su cuarto y la puerta se cierra de golpe con un zumbido. —Disculpa, pero debo seguir con mi patrulla. Hoy me toca el turno de guardia.

—¿Guardia? Entonces, ¿por qué llevas una cinta de despedida de soltera en el torso?

—Según dijeron los Aguacates, en los almacenes no había placas de policía ni nada similar, así que… banda de soltera.

Levanta los hombros.

—¿Eso sí había? —pregunto.

—Eso parece —responde.

—¿Hay alguna sala de cine o piscina? ¿Algo para hacer? No puedo dormir y necesito una distracción.

—Bueno…, sí que tenemos sala de cine y piscina, pero es tarde y no está permitido utilizar esas instalaciones sin autorización. Puedes ir al gimnasio. A estas horas debe estar vacío y está insonorizado para que la música no se escuche fuera. Tampoco tiene ventanas, para evitar mirones.

—¿El gimnasio, donde trabaja Héctor? No me viene mal hacer algo de deporte.

—¡Eso es, Héctor, el amante de Pilar! Menudo crack el tío. Para llegar al gimnasio debes ir todo recto, segundo pasillo a la derecha. Desciende por una rampa y lo encontrarás al fondo. Hay una puerta con una clave. Es uno, uno, uno, uno, ¡pero no se la digas a nadie!

—¿En serio, esa es la clave?

—Sí, Phoenix. La pusieron los Aguacates. Mejor no preguntes.

—Bien, pues iré a machacar el cuerpo. Gracias…

Hago una pausa para que me diga su nombre.

—Alan, y de nada.

El hombre retoma su patrulla, canturreando en voz baja, alejando su luz. Marcho por el camino establecido, en silencio total. Llego al punto indicado tras atravesar unos pasillos metálicos plagados de tuberías. Veo el panel numérico y marco uno, uno, uno y uno. Suena un pitido y la puerta se abre dando un silbido. Entro en el gimnasio. ¡Es gigantesco! Hay ventanas con proyectores que simulan una ciudad, música rock de ambiente no muy alta, focos que alumbran con delicadeza, una columna con unas diez cintas de correr, todo tipo de máquinas y mancuernas. Mierda, acabo de caer en la cuenta de que no llevo la ropa adecuada. En un extremo hay una mesa con un ordenador y dos puertas. ¿Una de ellas será el vestuario? Quizá dentro encuentre ropa para mí. Echaré un vistazo.

Me acerco a una puerta con la silueta de una mujer dibujada. Escucho voces dentro. ¿Dirán algo si me ven merodeando por aquí? No creo, ellos tampoco deberían estar. Al fin y al cabo, solo quiero entrenar un poco.

—¿Estás listo, Marc? Tengo muchas ganas de hacerlo otra vez —dice tras la puerta una... ¿Eli?

—Lo sé, eres una bestia —comenta… ¿Marc? ¡Sí, es él! ¿Qué hacen aquí? —Ten cuidado conmigo, que tengo la espalda molida.

Habrán venido a entrenar.

—Qué te pasa, ¿no estás a mi nivel, blandengue? —se burla Eli.

—¡Claro que sí, te destrozaré! —vacila Marc.

—Recuerda bloquear la puerta por dentro y poner el cartel de cerrado. Ayer casi nos pillan dándole. A mí me da igual, soy muy liberal, pero sé que tú morirías de la vergüenza —sugiere Eli.

—No me gusta hacerlo en público, ya lo sabes —dice Marc—. Me da mucha vergüenza imaginar a gente mirándome.

Vienen a entrenar…

Sí, debe ser eso.

Entrenar.

—Qué soso eres. ¡Vive la vida un poco! Además, el mundo ha terminado. ¡Suéltate! —sugiere Eli.

—El mundo ha terminado y yo sigo aquí, y soy así —dice Marc—. ¿Vamos a hacerlo o no?

—¡Sí, vamos! ¡Me encanta hacerlo contigo! —Eli parece entusiasmada—. Me fascina escucharte gritar cuando lo hacemos.

¿Qué van a hacer? Y yo tras la puerta. Será mejor que me marche, pero tengo curiosidad.

—Que este lugar esté insonorizado es la leche —dice Marc—. Te

haré gritar y sudar como nunca lo has hecho.

—¡Vamos, me muero de ganas de jugar con tu culito, Marc!

—No te burles de mi culo, por favor.

Escucho como se acercan a la puerta en la que tengo pegada la oreja. ¡Mierda! Salgo corriendo y me escondo tras la mesa con el ordenador. No puedo verlos, pero sí escuchar como abren la puerta y salen.

—¡Vamos Marc, date prisa y métemela! —pide Eli—. ¡No puedo esperar más!

—Ya voy, impaciente. Tengo que prepararme. Estas cosas llevan su tiempo; recuerda que ya no tengo veinte años.

—¡Joder, Marc, es enorme! ¿No te pesa?

—Qué va, al final te acostumbras. Tócala, ya verás.

—¡Uf! Está dura como una piedra, Marc. ¡Vamos a darle ya, me muero de ganas!

—¿Estás segura de hacer esto? Puede que te duela.

—Soy muy resistente al dolor. Tú dame sin miramiento. Destrózame las veces que quieras —insiste Eli—. ¡Métemela ya, por tu madre!

—Vale, vale. Como quieras. —Se escucha tela moviéndose—. ¡Si no te estás quieta no podré metértela bien!

—¡Perdona, es que estoy emocionada! —Eli se queja—. Joder, sí que duele un poco. Tú sigue apretando hasta llegar al fondo.

—¡Al fin! La tienes bien metida dentro —suspira Marc—. ¿Estás lista?

—¡Listísima! Una vez metida del todo reconozco que aprieta un poco, aun así es bastante cómoda —dice feliz Eli—. ¡No te cortes y dalo todo!

Se escucha una embestida de Marc tras otra, con ritmo uniforme. ¿En serio? ¿Y yo aquí, escondida tras la mesa?

—¡Así Marc, sigue! —grita Eli—. ¡Dame con fuerza!

—Joder… Esto cansa. ¡Eres muy exigente y te recuerdo que no tengo veinte años! —se queja Marc, jadeando.

—¡Calla y dame, que estoy entrando en calor!

—¡Estoy sudando a chorros, Eli! ¡No sé si podre aguantar mucho más!

—¡No pares ahora! —suplica ella—. ¡Dame más, Marc!

—¡No! ¡No puedo aguantar más! ¡Mierda!

Las embestidas se detienen cuando Marc da un fuerte grito al llegar al… orgasmo…, supongo.

La eyaculación precoz es algo muy común, no hay de qué avergonzarse.

Tengo que salir de aquí sin que se den cuenta, pero…, ¿cómo lo hago?

—Es mi turno —indica Eli—. Ahora me toca a mí.

—¡Dame un respiro, por caridad! —solicita Marc.

—¡Nada de darte un respiro! ¡Levántate, nenaza!

—¿No te parece un poco machista decir "nenaza" como calificativo de debilidad?

—¿Qué coño dices? Soy una tía y tengo libertad para decirlo. ¡¡Levántate y ponte la puta almohadilla, Marc, que mi cuerpo necesita machacarte a puñetazos!!

¿Almohadilla? ¿Puñetazos? ¿Qué postura rara están haciendo estos dos? Necesito mirar, me mata la curiosidad. Asomo un ojo. ¿Qué postura del Kama Sutra estarán… boxeando?

—¡Eli, un minuto! ¡Me ha entrado flato! —se queja Marc, tirado en el suelo, con dificultad para respirar.

—Se te da de puta madre coser y disparar, pero para dar puñetazos eres un desastre —dice Eli, quitándose frustrada una almohadilla de boxeo de la mano derecha y lanzándola contra la cabeza de Marc, que está tirado boca arriba y quejándose.

—¡Cuidado con la almohadilla, que está muy dura! —se queja Marc, recibiendo el impacto directo en la nariz.

Para que nos entendamos. Una almohadilla de boxeo es esa cosa redonda que te pones para recibir los golpes y que tu compañero practique. No soy experta en el tema, pero me parece que la de Eli era más grande de lo normal.

Ambos sudan y llevan ropa de deporte, aunque Marc, de forma extraña, tiene unos pantalones demasiado cortos.

No creo que me pase nada por salir a la luz, solo es boxeo.

—Hola, chicos —saludo, levantándome tras la mesa.

—¿Phoenix? ¿Eres tú? —pregunta Eli—. ¿Qué haces aquí?

—¡Mierda, ha visto mis pantaloncitos! —grita Marc.

Me acerco a ellos.

—No podía dormir y, mientras paseaba, un vigilante me dio la clave de acceso del gimnasio y… ¿Marc está bien?

—¡Claro! Solo es un poco calzonazos, tranquila. No tiene flato —humilla Eli—. ¡Levanta, venga!

Marc se repone en pie, avergonzado, como si no hubiese pasado nada.

—No tengo flato, vale —confirma él—. Estaba algo cansado, eso es todo.

—Nosotros tampoco podemos dormir bien y a veces venimos aquí a entrenar. Hoy a Marc le dolía la espalda por un combate que tuvimos hace un par de noches en el que, como siempre, gané yo, y decidimos simplemente dar unos puñetazos. Hizo él mismo la almohadilla, pero se pasó rellenándola y está dura de narices. Menuda putada, estaba tan ilusionada por la salida de mañana que me apetecía

partirle la cara un poco, pero ya ves… ¿Qué hacías detrás de la mesa, por cierto?

—Os escuché y quería daros un susto —miento.

—¿Un susto? —pregunta Marc—. ¿Querías… darnos un susto? —Levanta las manos y abre, fingiendo miedo, los ojos como platos—. Dame por asustado. ¿Estás satisfecha? ¿Me puedo ir a dormir, Eli?

—Todavía no, Marc. Antes necesito saber qué hacía nuestra camarógrafa detrás de esa mesa.

Eli me examina, intrigada.

—Pues… Voy a ser sincera, chicos. Os escuché en el vestuario y pensé que ibais a echar un polvo aquí, a escondidas.

Ambos parecen muy extrañados dada su expresión.

—¿Un qué? —pregunta Marc—. Dejamos claro que somos amigos. Sería raro, bastante raro.

—Sí, exageradamente raro —verifica Eli.

—Mujercita, tienes un problema. Necesitas desahogarte y pronto. ¿Por qué no hablas con Pilar? Creo que se siente atraída por ti —sugiere Marc.

—Sí, estoy de acuerdo —coincide Eli—. Primero te follas al agua con sal de mi cámara de aislamiento y después crees que dos amigos boxeando están copulando. Necesitas liberar esa tensión sexual, tía.

—Es que… como dijiste algo de que Marc te la metiera y no sé qué de su culito… —explico—. Disculpadme, por lo visto solo ha sido una confusión.

—¿Eso era todo? —pregunta Eli, perpleja—. Le pedí que me metiera la almohadilla en la mano, pero la cosió regular y apretaba un poco. Respecto a lo otro; no quedaban pantalones de boxeo, todos los residentes los robaron. ¿Has visto el que tiene puesto? —Miro las piernas de Marc y, efectivamente, su pantalón es rosa con un osito sonriente amarillo dibujado y está tan ajustado que casi marca los pelos de su culo. Involuntariamente mueve las nalgas y estas se pliegan y abren de una forma divertida—. Le da apuro que le pillen con estas pintas.

No puedo evitar reír a carcajadas y Marc me señala.

—¡Ves, Eli! —grita avergonzado—. ¡¡Por eso no quería que nadie me viera!!

—¡Mira cómo se mueven esas nalgas! ¡Culito, culito! —se burla Eli, dándole pellizcos en el pantalón—. ¿Lo ves, Phoenix? Somos colegas.

—Si fuésemos los últimos humanos de la tierra sí, me acostaría con ella, pero si no es así, no. La veo como mi hermana.

Creo que a Eli incluso eso le parece raro.

—No, Marc. Tampoco.

—¿Tampoco? —se indigna él—. ¿Dejarías morir a la humanidad?

—No, capullo, es que no sería necesario. Nuestros hijos tendrían

que acostarse entre ellos, y sus hijos también, y sería una familia endogámica con mutaciones y deformidades.

Creo que Marc lo ha entendido a medias.

—¿Entonces… cuando nos decían de niños que había que salvar a dos animales de la misma especie para evitar su extinción… era una burda mentira?

—Marc, ¿crees que tengo la cabeza para responder a esa pregunta a estas horas?

—¿Sabéis qué se me ocurre, chicas? Tengo la espalda destrozada, además, mañana Eli y yo tenemos expedición. Deberíamos descansar. ¿Por qué no os acomodáis en ese banco acolchado? Bajo la mesa de la recepción hay una trampilla que solo conocemos Martín y mua —se refiere a sí mismo mientras se dirige a dicha mesa y, como un mago ridículo, empieza a descender tras esta—. Da acceso a un almacén de bebidas secreto. Tomamos algo y nos vamos a dormir, ¿de acuerdo? Puede que sea nuestra última copa, Eli.

Los pasos de Marc descienden. ¿Realmente hay una trampilla con un acceso secreto a un sótano o me está tomando el pelo de una forma brillante? Nos sentamos donde ha sugerido, en un pequeño pero cómodo banco de ejercicios acolchado.

—Tú no bebes alcohol, idiota —le recuerda Eli.

—¡No he dicho que fuera a beber una bebida alcohólica, me refería a una bebida de bebida! —explica torpemente Marc.

—Quieres decir un refresco —le ayudo.

—¡Eso, mujercita! —dice desde las profundidades, lanzando respuestas con eco—. ¡Tomaré un refresco! ¿Y vosotras? Aquí hay de todo.

Eli me mira y cede la primera solicitud.

—Marc sabe lo que bebo. ¿Tú qué quieres tomar, Phoenix?

—Me da lo mismo. ¡Espera, sí sé lo que quiero! —No tengo ni idea de bebidas, pero ha llegado a mi cabeza un cóctel que escuché en una película y siempre quise probar—. ¡Quiero un *Sexo en la playa*!

—¿No prefieres uno aquí abajo, conmigo? —bromea Marc.

Eli se tapa la cara, avergonzada.

—¡No seas idiota y prepárale el puto *Sexo en la playa*!

—¡Luego soy yo el soso! ¡Qué poco sentido del humor! ¡Ya va, ya va! —se queja él—. ¡En cinco minutos subo con mi refresco, con el *Sexo en la playa* para la mujercita y el *Pezón mantecoso ajustado* de Eli!

¿Perdón? ¿Qué acabo de escuchar?

—¿Eli…? —me sorprendo.

—No te asustes, Phoenix. No es más que licor de caramelo con algo más. Por cierto, quería comentarte un asunto, antes de que regrese Marc. ¿Estás segura de no querer acompañarnos mañana?

—Sí, mucho —confirmo—. Si no recuerdo mal, tú nunca saliste al

exterior durante estos cinco años. No tienes ni idea de cómo está todo. Sobrevivir forma parte de la misma existencia.

—Te lo decía porque Pilar habló con los Aguacates después de acompañaros e hicimos otra reunión, más secreta. Esto que te contaré no deberá salir de aquí, ¿lo has entendido bien?

—¿Qué estás diciendo? No te comprendo, Eli.

—Tú solo promete que esto no saldrá de aquí. Me has caído bien, la verdad, y a Marc. Cuando veníamos hacia aquí nos planteamos ir a tu habitación para hablar contigo, pero aquí estas. Quizá sea el destino o la energía del universo, que te ha traído hasta nosotros.

—¿El destino me ha traído aquí para que confunda un entrenamiento de boxeo con un polvo y después me emborrache? Qué sentido del humor más macabro tiene la energía del universo, ¿no te parece?

—Sea como sea, aquí estás, con nosotros. ¿Lo prometes o no?

Qué remedio me queda.

—Está bien, lo prometo —acepto con pocas ganas, porque no entiendo nada.

—Pilar hizo una votación para reemplazar a Víctor por otro Aguacate nuevo. —Carraspea—. Tú fuiste la elegida.

—¡¿Cómo?! ¡¿Es una broma?! —pregunto, sobresaltada.

—No, para nada. Víctor ha muerto y alguien debe ocupar su asiento. Según nos dijo Marc, eres una tiradora excelente y tienes mucha experiencia sobreviviendo en el exterior.

—Los aspirantes y los residentes también llegaron del exterior. ¿Por qué yo?

—Verás, cuando registramos tu equipaje llevabas encima dos semiautomáticas, en el pecho en un porta equipo de combate con cuatro cargadores y un cuchillo de caza más grande que la cabeza de Marc.

—¡Te he oído! —corta él—. ¡Voy a escupir en tu *Pezón mantecoso ajustado*!

—¡No lo harás! —amenaza ella.

—¡Vale, no lo haré! —acepta Marc.

—Continúo —dice Eli—. Tenías un jodido rifle de francotirador, que a saber de dónde lo sacaste, con mira telescópica y dos cargadores. Nadie que llegó aquí iba tan bien equipado como tú, y por si esto no fuera suficiente, tu amigo Frank cargaba con una mochila llena de suministros y prácticamente desarmado, por lo cual asumimos que tú eras su guardiana y él tu mula de carga, ¿nos equivocamos?

Joder…, dicho así parece que sea la Chuck Norris del fin del mundo.

—Ir bien armado no es nada extraño en estos días —comento.

—¿Nos equivocamos… o no? —pregunta Eli, otra vez.

Tardo unos segundos en responder.

—No, no os equivocáis.

Eli se acomoda en el banco de ejercicios.

—Por desgracia hay otros aspirantes con opción a la plaza, pero llegamos a un acuerdo. Si demuestras que lo vales en la expedición de mañana, serás una Aguacate de pleno derecho. Tendrás acceso a todas las áreas y suministros extra. Tendrás, y podrás compartirla tu amigo Frank, una suite, y créeme, una suite no se puede comparar con un cuarto estándar; jacuzzi, armario enorme, cama de cuatro plazas, juegos de mesa, ordenador propio, calefacción…, de todo. También podrás votar en todas las reuniones para aprobar normas, gestiones o castigos. ¿Quieres tener tu propio esclavo sexual, cómo Pilar? Lo tendrás. Podrás tener chapas con tu foto. Lo último me lo he inventado, no tenemos una máquina de chapas.

¿Qué hago ahora? Me explotará la cabeza.

—Tengo claro que no quiero volver al exterior. Cinco años deambulando fuera es demasiado para cualquiera —explico y Eli sonríe.

—Acabas de decir "No quiero volver al exterior", pero no has dicho "No quiero ser una Aguacate". —Su orgullosa sonrisa crece—. A todos nos gusta el poder, somos humanos. Nuestro instinto nos pide tener el control. Una madre desea controlar a su hijo, un pobre desea controlar su vida, un político desea controlar su país, un empleado desea no ser controlado y, por consiguiente, controlarse a sí mismo.

Miro a Eli a los ojos y doy un suspiro.

—No sé qué responder a eso. Puede que tengas razón y una parte mía quiera más, pero la otra necesita asentarse y vivir con seguridad.

—Tú decidirás el futuro de este lugar, al menos tu novena parte. Prométeme que, como mínimo, lo pensarás —me pide y asiento—. Bien. Mañana te esperaremos en la zona común a primera hora, es decir, dentro de… ¡cuatro horas! ¡Es muy tarde! Será mejor dormir. Tomamos la copa rápido y nos marchamos a la cama.

Las escaleras bajo la mesa de recepción suenan de nuevo mientras Marc sube con una bandeja y, entusiasmado y feliz, carga con mi *Sexo en la playa*, el *Pezón mantecoso ajustado* de Eli y su refresco.

—¡¡Marc, me cago en ti tres millones de veces!! —grita Eli cuando la punta del pie de Marc toca el pequeño soporte de una de las máquinas de correr y, al apoyar el codo, la activa y acelera, cayendo con la bandeja y la bebida todavía apoyada en esta sobre la cinta, que debe girar a unos veinte o más kilómetros por hora.

El torso del hombre gira mientras intenta evitar lo inevitable con ojos preocupados, empapando la cinta de la máquina con una mezcla pegajosa de *Sexo en la playa*, *Pezón mantecoso ajustado* y refresco de cola. ¿Podríamos decir que Marc rueda sobre una copa de *Sexo de cola*

en un pezón refrescante sobre la playa mantecosa ajustada?

Sale despedido por detrás de la máquina, vomitado por la cinta como un borracho siendo expulsado de un bar, con la bandeja todavía en sus manos, como si cargara con tres bebidas invisibles sobre ella.

Los vasos se hacen añicos en su espalda y creo que sangra un poco.

—¡¡Socorro, Eli!! ¡¡Me clavé un cristal!! —suplica Marc, rodando como un pollo asado sobre la cinta empapada—. ¡¡Voy a morir!!

Ella lo mira, molesta, y reza uniendo sus manos.

—¿Ves lo que te decía, Phoenix? Por favor, necesitamos que te unas a nosotros desesperadamente. Ve a dormir y toma una decisión. Tranquila, yo me encargaré de él.

Dejo a Eli socorriendo a Marc y dirijo mis pasos al dormitorio para reunirme con Frank de nuevo. Me cruzo con el vigilante y su banda rosa de soltera; me saluda agachando la cabeza levemente y respondo con el mismo gesto.

Llego a mi cama y me tumbo. La verdad es que tengo un sueño abismal. Debí hacer algo de ruido porque Frank se ha despertado.

—¿Phoenix, eres tú? —pregunta, rascándose los ojos.

—Perdona, fui un momento al baño. No quería molestarte.

—Tranquila, desperté por un mal sueño.

—Intenta dormir, Frank. Mañana tenemos que seguir grabando el documental.

—Claro. Qué descanses tú también. —Se acomoda en su cama y se tapa con una sábana fina. A diferencia de las que encontramos fuera esta no tiene manchas ni quemaduras. Hago lo mismo que él—. ¿Sabes? Este lugar no está nada mal. La cama es un pelín dura, pero al menos no tenemos que hacer guardia. ¡Incluso tenemos baño propio! Creo que podríamos rehacer aquí nuestras vidas.

—Supongo, Frank.

—Y la habitación de Pilar…, ¡madre mía, menuda maravilla! La cama era enorme. Cabíamos Héctor, Pilar y yo, ¡los tres! Tenía un cambiador gigante, una gramola con música, mueble bar, un jacuzzi en el baño, ¡un jacuzzi, Phoenix! También cabíamos los tres, ya me entiendes.

—Sí, Frank, te entiendo; no tengo diez años. Me alegro por ti, de verdad, y por tu vaciado testicular de testosterona, pero no hace falta que me cuentes detalles de tu trío.

Suspira.

—Qué maravilla de suite, Phoenix. Pero no me quejo; después de malvivir en el yermo esta habitación me parece un palacio. Tenemos que dar gracias.

—Sí, al universo —me burlo—. Duerme de una vez, Frank, por favor. Buenas noches.

Cierro los ojos.

Vigilante con cinta de soltera. Primer plano en puesto de guardia.

—Me llamo Alan y me tocaba turno de guardia esta noche. Cada día le toca a un residente. Nos indican las guardias en el panel de anuncios, aunque ya sabéis cómo funciona esto; si les caes bien, apenas te ponen guardias, pero si les caes mal…, pues si les caes mal te jodes. Al menos no hay peleas por los días festivos, porque básicamente los días festivos ya no existen. —Ríe un poco—. ¿Por qué la cinta rosa? Es como la placa de la policía. —La mira—. Hacer la ronda es muy importante. Podría haber espías o ladrones por la zona y deben saber que eres el jefe. Aunque con esta cosa puesta seguramente te pidan una cita. Cuando los Aguacates decidieron crear un cuerpo de patrulla nocturna no había placas de ningún tipo ni identificaciones y esto era lo único que tenían a mano.

—¿Alguna vez os habéis cruzado con un asaltante o un infiltrado?

—No, realmente no —responde—. Una vez tuve que ayudar a un hombre que gritaba en su habitación; se le había terminado el papel higiénico. También recuerdo aquella vez, cuando escuché una súplica… Olvídalo, era una pareja a escondidas. —Creo que intenta recordar alguna heroicidad y las cuenta con sus dedos, mirando al techo—. El borracho, el cerdo que violó a Martín, otro borracho… Nada. —Mira al suelo al darse cuenta de cuál es la función del vigilante—. Es una mierda, ¿vale? Es una puta mierda. Eres un pringado que da vueltas con una linterna.

Marc. Primer plano en su suite.

—Cuando nos reunimos por primera vez los Aguacates para organizar el sistema de patrullas y vigilancia, pensamos en el uniforme. Encontramos un cuarto específico para eso, para las patrullas —explica—. Había algunas armas básicas, porras, uniformes y placas de todo tipo, pero Juanma dijo, "¿No sería divertido ponerle al guardia una cinta de despedida de soltera y, además, de color rosa?"—Ríe durante un leve instante y mira a cámara, sin su sonrisa —. La gracia duró un día o dos. Ahora me parece una tradición un poco gilipollesca, la verdad.

8 El comedor

El comedor de autoservicio es enorme, preparado para alimentar a todos los habitantes del búnker. Paso la bandeja frente a las vitrinas que desbordan opciones de todo tipo. Chocolate, fruta, leche entera, leche semidesnatada, leche desnatada, bollos y cereales. También hay tortitas, panqueques, gofres, crepes y hojuelas. Tres empleados nos observan, con un gorro de maya puesto en la cabeza para no dejar caer su pelo sobre la comida. No se mueven porque Frank y yo estamos solos y todavía no hemos elegido nuestro desayuno. Yo lo tengo claro; tostadas con mantequilla y mermelada de tomate, y un café con leche sin azúcar.

¿Por qué demonios estamos solos?

—¡Madre mía, Phoenix! —grita Frank, entusiasmado—. ¡¿Has visto toda la comida que tienen aquí?! ¡Estoy salivando como un perro! Disculpe, caballero —pregunta a un empleado de la cocina con cara de pocos amigos—, ¿cómo funciona el comedor? ¿Debemos escoger una opción por persona, con café o zumo, o algo así?

—Normalmente así es, pero la presidenta nos dio la orden de permitirles, como excepción, coger todo lo que quieran —explica el empleado.

—¡¡Vete a la mierda!! —grita Frank con una felicidad extrema—. ¡¿Hablas en serio?!

El pobre empleado asiente y mi amigo se lanza a la carga con su bandeja. Coge todo lo que puede y hace una montaña grasienta de chocolate, mezclado con una masa de bollería revuelta. Yo preparo lo dicho. Caminamos hasta la mesa más cercana. Si nos alejamos demasiado corremos el riesgo de que el montículo de Frank sufra un desprendimiento.

Nos sentamos uno frente al otro.

Mientras él devora un gofre con helado de vainilla, bañado con dulce de leche y mezclado con chocolate, como si le fuesen a pegar un tiro en la nuca en minutos, yo saboreo mi tostada y recuerdo las mañanas con mi niña.

—¿No te parece raro que estemos desayunando solos, Frank? —Ni me ha escuchado; engulle como un pato. Derrama, por los lados de su boca , chocolate y trozos de algo esponjoso—. Qué asco, tío. Compórtate y límpiate un poco, por Dios.

La doble puerta de entrada se abre con un golpe y entran, cómo no, tres Aguacates con un maletín. Pilar, Merche y Juanma; los que se quedarán aquí. El resto se debe estar preparando para la expedición.

Los tres empleados de cocina se marchan.

Pilar se sienta junto a mí. Frank la sigue con la mirada, pero no deja de masticar como un animal. Creí que ella le diría algo, al fin y al cabo ayer se acostaron, o al menos que lo miraría, pero lo ignora y se centra en mí. Merche y Juanma ocupan los asientos restantes.

—Buenos días —nos saluda—. ¿Qué tal está el desayuno? Os estamos mostrando el bufet libre, todo para vosotros, para que veáis una parte de lo que tendréis.

Vale, sé por dónde van los tiros. Eli y Marc me hicieron un spoiler y tendré que fingir sorpresa, pero resulta que no conocen el sorprendente desenlace. No les gustará.

—¿Tendremos? —Me hago la sorprendida, sobreactuando—. ¿A qué te refieres?

—Lo hemos hablado entre todos y creemos que eres una chica valiente, inteligente y necesaria para nosotros, y por eso te haremos una interesante proposición —expone Pilar.

Merche y Juanma están expectantes. Deben pensar "¿Qué decidirá Phoenix? ¿Acompañará a los nuestros en la expedición?". Ignoro a Pilar y doy un suave sorbo a mi café.

—Si me ofreces dinero te interesará saber que, en el yermo, ya no sirve para nada. Conseguirías lo mismo con diez euros que con un millón; nada. —Reconozco que este café está de muerte. Tiene un sabor muy intenso—. Así que, si me ibas a ofrecer pasta, ya puedes abrir tu culo y meterla dentro.

—¡*Fhenifx*! —grita Frank, escupiendo trozos de… algo—. *¡¿For qué haflas afí*?!

—¡Qué mal educada! —reza Merche, santiguándose—. ¡La virgen!

—Un poco tarde, señora —rectifico.

A Juanma le da la risa y Pilar no parece molesta, sigue sonriéndome.

—Me encanta tu carácter, chica. Eres perfecta para el puesto —alaga Pilar, levantando el maletín—. Aquí dentro tengo un nuevo nanochip para reemplazar a Víctor, listo para su inyección. Será tuyo si lo aceptas. Tendrás acceso a una suite que podrás compartir con Frank si quieres, más suministros y control total. Serás una Aguacate, pero dependerá únicamente de ti aceptar la proposición.

—¡¿En serio?! —exclama Frank olvidándose, ahora sí, del desayuno—. ¡¿Estás ofreciendo a Phoenix la posibilidad de ser de los vuestros?! ¡¡Tendremos un jacuzzi!!

Levanta los brazos con tanta emoción que lanza todo lo que le quedaba por los aires y se desparrama por la mesa. Algo de chocolate mancha mi chaqueta vaquera.

—¡Frank, ten cuidado, coño! —me quejo.

—¡Acepta, Phoenix! —suplica mi compañero—. ¡Debes aceptar!

—La única condición para demostrar que definitivamente mereces

el puesto es que acompañéis al resto, Marc, Eli, Jazz y Martín, en la expedición para encontrar el servidor y, si lo haces bien, a la vuelta serás una de nosotros —detalla Pilar.

¿Esta tía cree que soy una novata? He pasado cinco años fuera, sé cómo hacer las cosas.

—Está bien, acepto. Iré a la puñetera expedición y volveré con un servidor nuevo para que vuestros prisioneros sigan trabajando para vosotros.

—No son nuestros prisioneros, Phoenix —anota Merche.

—Claro, porque tú lo digas —expreso.

—Cuando vuelvas serás una Aguacate, te doy mi palabra —garantiza Pilar.

—En eso te equivocas, presidenta. No lo seré.

No da crédito a mis palabras.

—¿Cómo dices? —pregunta Juanma.

Lleno ambas manos con una mole de bollería mezclada con chocolate y siropes de todo tipo, y la lanzo contra la bonita cara de Pilar con violencia. Algunos trozos salen volando por detrás de su cabeza, tras el impacto de la pelota contra su rostro, con un sonido seco y caen repartidos por el comedor. En los centros de estética hacían este tipo de tratamiento para regenerar la piel, o eso creo.

Pilar intenta, apartando la mezcla de sus ojos con sus manos, volver a ver otra vez. Merche y Juanma no saben cómo reaccionar, la situación les pilla desprevenidos. Eso me da tiempo para coger el maletín y sacar la inyección.

¿Crees que soy estúpida, Pilar? Si te hubiese pedido ver la inyección, me la habrías mostrado, sí, pero a una distancia segura para generarme confianza y a la vez evitar que me la pusiera por mi cuenta.

Me apoyo sobre mi silla y salto sobre la mesa. Pilar ha limpiado sus ojos y puede verme. Intenta agarrarme. Merche y Juanma hacen lo mismo. No logran cogerme porque resbalo por toda la comida esponjosa que hay esparcida. Frank contempla la escena paralizado, mientras, yo estiro el brazo todo lo que puedo, apunto a su cuello y consigo clavar la aguja en él. Aprieto el tubo por detrás para introducirle el nanochip.

Frank es un Aguacate de pleno derecho.

Ya es oficial.

Merche y Juanma se quedan mudos. Pilar termina de limpiar su cara. Se levanta y lanza al suelo los restos de comida que tiene en sus manos.

—¡¿Se puede saber qué coño acabas de hacer, Phoenix?! —grita furiosa la presidenta—. ¡¿Quién te ha dado permiso?!

Me bajo de la mesa, con la ropa llena de restos de comida. Vuelvo

a mi silla.

—Yo misma me lo di. Ahora él es mi garantía. Yo no quiero ser una Aguacate, pero si queréis que haga expediciones o mantenga este lugar en orden, tendréis que cuidar a mi compañero, y muy bien. Y respecto a esta expedición, iré. Soy una mujer de palabra, pero Frank se queda.

—¿Cómo dices? —pregunta Pilar.

Parece molesta, extremadamente molesta.

—Frank se queda —recalco.

Merche apoya su mano sobre el hombro de su amiga para calmarla.

—Cielo mío, querías a Phoenix como miembro de la expedición y ya la tienes, y sinceramente, que Frank no entre en el pack… No te ofendas chico, pero eres algo soso y tengo la impresión de que has sobrevivido estos años gracias a tu compañera. —Él se encoge de hombros—. ¿La querías como Aguacate? Bueno, pues ya la tienes también, aunque a medias. ¡Mírala! Acaba de demostrar que es puro fuego, pero también es una mujer de palabra. Nos vendrá de perlas tener a alguien así entre nosotros.

Parece que Pilar acepta las palabras de su amiga y se va relajando.

—Tienes razón, Merche. Tú siempre la tienes, guapa.

—Lo sé, cielo. Es lo que tiene la experiencia.

Juanma me pide que le siga.

—Bueno, en ese caso será mejor que nos pongamos en marcha. Se hace tarde y los demás esperan. Despídete de Frank; debes prepararte.

9 La comunidad del servidor

Las despedidas terminaron hace diez minutos. Ahora solo estamos los miembros del equipo de expedición frente a la segunda puerta de seguridad tras atravesar la primera. No es la misma por la que entramos Frank y yo, y daba acceso al paso de la montaña; esta se encuentra en el otro extremo del búnker, más al oeste de la ciudad. A la derecha tiene un botón redondo, rojo y grande.

—¿Para qué sirve ese pulsador? —pregunto.

—Si un intruso intenta colarse mientras la puerta está abierta, solo hay que pulsarlo y se cerrará en un segundo. Te recomiendo no estar debajo si eso ocurre —explica Toni.

Está equipado con un porta equipo de combate, coloquialmente llamado Peco. Transporta cuatro cargadores en él; también dos granadas. Un fusil de asalto M4, sujetado por una correa, cuelga de su espalda. La pistola, útil para distancias cortas, reposa en una pistolera táctica en su muslo derecho. Lleva gafas de sol, vitales para soportar un viaje largo, y el cuerpo cubierto con un poncho de color marrón claro mimetizado, abierto por el centro para permitir recargar con libertad.

—¿Cuántas entradas tiene este lugar? —pregunto al grupo.

—Que sepamos, está el ascensor, inutilizado —responde Toni de nuevo—. Después está el paso estrecho de la montaña, por donde entrasteis tu amigo y tú, y en tercer lugar, este portón camuflado.

¿Camuflado?

—Revisad el equipo, gente —ordena Marc—. Salimos en un minuto.

Todos llevamos gafas de sol, como Toni; una pistolera táctica con una pistola semiautomática dentro y yo, al ser zurda, la llevo en el muslo izquierdo; un cuchillo de caza y un walkie de corta distancia. Estos tres objetos son indispensables para viajes largos. También una linterna, útil para explorar casas abandonadas o cegar enemigos. Nunca la enciendas en campo abierto o serás un blanco fácil.

Marc va uniformado igual que Toni. Se nota que salen en pareja a explorar y, dada su experiencia fuera, ambos están muy relajados.

¿Eli también lleva el mismo uniforme con el poncho? Parece que sí, pero la única diferencia es que no lleva un arma de asalto, en su lugar carga una mochila con suministros. Le asignaron la comida. Da saltitos, entusiasmada por la expedición.

Jazz no lleva un poncho, solo ropa mimetizada y una bufanda táctica. Le queda genial. Pistola y mochila con medicinas. Obvio, es la médico del equipo. Se muerde las uñas un poco, nerviosa y con algo

de miedo, pero toma aire y se centra. Veo como se anima a sí misma susurrando a su cuello.

¿Martín? Otra semiautomática y una gran mochila de carga. Es el más musculado y por ello lleva la mayor carga de peso. Aun así, el viaje será largo y esperemos que el pobre aguante. Tiene algunas mantas, utensilios de cocina y otros objetos básicos. Está demasiado tranquilo para no haber salido nunca al exterior.

¿Respecto a mí? Bueno, no quiero fardar, pero Marc me ha pedido que sea la oficial tercera por mi capacidad con armas de fuego. Nada de mochilas. Elegí yo misma mi propio equipamiento. Ropa mimetizada cómoda y bufanda táctica, como Jazz. Prismáticos, pistola al costado izquierdo y munición en el porta equipo de combate, o Peco, para un fusil G36 con mira telescópica de corto alcance. Un G36 es un fusil de asalto perfecto para combate urbano, además, es ligero y preciso. Caminaremos entre edificios, no necesito un rifle de francotirador. También llevo escondida la cámara dentro de una pequeña funda mimetizada, en un bolsillo del Peco. Pilar me pidió en privado que la llevara conmigo para grabar el exterior.

Marc, Toni y yo estuvimos de acuerdo en no equipar a nadie con chalecos antibalas. Es muy arriesgado salir sin ellos, pero son pesados y habrían retrasado la expedición.

Pilar se acerca con un ordenador portátil igual que los de la sala de juegos.

—Todos menos Phoenix, introducid vuestra clave para desactivar el nanochip —pide y los Aguacates se pasan el ordenador. Uno a uno, introducen su código secreto y devuelven el portátil—. Perfecto. Vuestros nanochips ya están anulados, chicos. Debéis hacer camino. ¡Suerte, Aguacates!

La presidenta introduce su clave en un panel y la puerta trasera se cierra, encerrándola de nuevo en el refugio. Frente a nosotros se empieza, poco a poco, a abrir el camino. Bajo la segunda puerta se hace la luz del sol y el viento entra, rugiendo con fiereza, zarandeando nuestros ponchos y bufandas.

La puerta alcanza su máxima altura y la luz es total, cegando a los tres novatos durante unos segundos. Los tres veteranos, Toni, Marc y yo, nos miramos, asintiendo levemente. Damos unos pasos para animar a nuestros compañeros a volver al mundo.

—Recordad el protocolo. No deis ni un solo paso sin que Toni o yo, y en caso de necesidad, Phoenix, lo ordenemos —explica Marc—. Bienvenidos al desierto de lo real.

—¿En serio? —contesta Toni—. ¿Criticas a Pilar por su referencia a *El señor de los anillos* y tú haces una de *Matrix*?

—No era una referencia a *Matrix*. Estuve toda la noche pensando en la frase perfecta para bautizar a nuestros compañeros en su primera

salida.

—Sí lo es, Marc. Esa frase se la dice Morfeo a Neo cuando llega a la nave, la *Nebicaneser*.

—Primero, se dice *Nebuchadnezzar*, segundo, esa nave es de *Alien*.

—La nave de *Alien* era la Nostromo.

—¿Seguro?... Yo juraría que…

—Nostromo —confirma Toni—. Saca el mapa, anda.

Al final te acostumbras a todo; te acostumbras al olor a muerte, te acostumbras al silencio, te acostumbras al hambre e incluso a las ruinas y los cadáveres amontonados.

Me volteo porque algo no cuadra y… ¿Dónde coño está la puerta? Solo veo un montículo de roca.

—¿Lo ves? Te lo dije. Camuflada —me muestra Toni al verme tan confusa—. Esta roca es la puerta. ¿Ves esa piedra roja? Es el panel para comunicarse con el interior.

Simple, pero ingenioso. El chef Salazar era más inteligente de lo que yo creía.

Marc ha sacado su mapa. Habla con Toni sobre la ruta a tomar y cuál será la primera comunidad en la que descansar. Estoy de acuerdo con ellos. Dormir en un edificio en ruinas no obligaría a hacer turnos de guardia entre Marc, Toni y yo, lo que retrasaría la expedición. Debemos tener las pilas cargadas, todos. Hay que descansar en un lugar protegido con guardias armados, aunque nos cueste pagar con algunos suministros.

Eli, Jazz y Martín dan unos pasos, contemplando el fin del mundo como niños recién nacidos.

—¿Pero cómo narices pudimos llegar a esto? —susurra Jazz, petrificada.

El color amarillo oscuro inunda el desierto de asfalto y ladrillo. Estamos rodeados de rascacielos caídos en pedazos. Se ven las estancias a través de los agujeros. Hay coches quemados por todas partes.

Eso no es lo peor del paisaje.

—No esperaba… tanta… —lamenta Eli, absorta ante la visión del final de la historia—. No tenía ni idea de este desastre.

Los cadáveres se amontonan por todas partes como pequeñas colinas. Hay hombres, mujeres y… niños, solos o abrazados a sus padres.

—¿Toda esta destrucción para que un monstruo satisficiera su ambición? — pregunta Jazz, incrédula.

Martín no tiene palabras, solo mira boquiabierto y llora, susurrando “desastre”, una y otra vez.

—Así ocurrió. El pecado de uno fue la condena de todos —opino —. Chicos, no penséis; no se puede cambiar el pasado. El mundo

terminó y ahora solo podéis pensar en vosotros mismos, en sobrevivir. Sé que es complicado, pero tranquilos, aprenderéis.

Eli sigue caminando, incrédula, adentrándose por un camino entre dos montículos de tierra.

—¿Era necesaria tanta muerte? —susurra.

Marc levanta la mirada al escuchar el punto desde el cual están llegando las palabras de Eli.

—¡¡Eli, ¿dónde coño vas?!! —grita con mucha fuerza—. ¡¡No pases por esa zona!!

Toni sale a la carrera tras ella.

—¡No sigas, detente! ¡¡Marc y yo llenamos esa zona de minas para evitar intrusos!!

La explosión es bestial y el horrendo grito dura mientras la cabeza sigue pegada al cuerpo. Las minas lanzan metralla, no explotan, pero por lo visto Marc y Toni modificaron algunas. Las extremidades se separan del cuerpo arrancando carne, cartílago y hueso. Los intestinos brotan fuera del estómago, de carne blanda y fácil de romper, como serpentina roja y grasienta. Un baño de sangre se expande de los restos como la espuma de un refresco agitado. A mis pies cae la cabeza con media columna vertebral todavía adherida, con un ojo abierto de terror, el otro desaparecido y la lengua fuera. Pequeños trozos de carne golpean a mis compañeros de expedición, que se han quedado petrificados ante la sorpresa de la muerte tan repentina y grotesca de uno de los nuestros.

¡Mierda, primera baja y acabamos de salir!

—Eli…, mierda —susurra Marc—. ¡Qué nadie se acerque, esa zona está minada!

—A buenas horas avisas —susurra Jazz.

Todos están en shock.

—Eli… ¡Eli! —chilla Marc, golpeando el suelo con sus puños, frustrado—. ¡¡¿Por qué tenías que ir a tu bola?!!

—¿Toni? —busca Eli, girándose y desconcertada al verlo convertido en biomasa rojo.

Da unos pasos de vuelta.

—¡Frena, Eli! —ordena Marc—. ¡Busca tus huellas y vuelve sobre tus pasos o morirás!

—Como tú digas —obedece—. ¡Las veo! ¡Aquí están!

Con la lengua fuera y caminando de puntillas, obedeciendo a su amigo, vuelve sobre sus pasos hasta estar a salvo con el grupo.

Novatos…

—¿Estás bien, Eli? —pregunta Jazz.

—¡Jazz, ayuda Toni! —pide Martín—. ¡Toni explota y tú ayuda!

—¡Claro, le haré el boca a boca a su cabeza y un masaje cardíaco directamente a su corazón! ¡Mira, hablando del corazón, aquí viene,

rodando por esa rampa! —bromea Jazz, señalando el órgano del amor de Toni que se aproxima resbalando por una pendiente dando diminutos rebotes, como un balón de rugby medio desinflado—. ¿Pero tú eres tonto, Martín?

Nos ponemos en línea, contemplando los restos de Toni.

—Joder…, y acabamos de salir —susurra Marc.

—¿Alguien quiere decir unas palabras, antes de que retomemos la marcha? —ofrezco—. Yo apenas le conocía.

—No creas que eres la única. En mi caso le ignoraba y tampoco sabía mucho sobre él —comenta Jazz—. ¿Eli, tú sabías algo de Toni?

—No, pero creo que su cuerpo ahora es energía y tarde o temprano se reencarnará. Todo dependerá de su karma. —Eli mira a todos y nadie comenta nada al respecto—. ¡Vale! ¡Diré algunas palabras si con eso consigo que retomemos la expedición de una maldita vez! No he salido al exterior para quedarme aquí lloriqueando. —Une sus manos en posición para rezar y cierra los ojos—. Toni, todos echaremos de menos tus historias sobre lo que quiera que hicieses en tu vida, sea lo que fuese. Deseamos que tu karma fuera bueno y el universo te recompense reencarnándote en…

—¿En qué? —pregunta Marc—. Por culpa de la radiación nuclear es muy probable que toda la humanidad, o casi, quedó estéril. Habrá pocos nacimientos, y teniendo en cuenta los miles de millones de muertos por la guerra, me parece que habrá una cola de reencarnación larguísima. No quiero parecer agorero, pero veo poco probable que se reencarne en un ser humano otra vez, sinceramente.

Eli no ha separado sus manos.

Lanza aire por su nariz, algo enfadada.

—Toni, que tu karma fuera bueno y te reencarnes en un simpático perro o un gato, para que puedas lamer tus propios testículos, felizmente.

—No quedan perros ni gatos, Eli —interrumpe Marc—. ¿Escuchas algo? ¿Nada? ¿Y sabes por qué? Pues porque no hay pájaros tampoco.

Eli lanza más aire por la nariz y abre los ojos, mirando a Marc con cierto enfado.

—Que tu karma… ¡fuera bueno!, y te reencarnes en un hermoso pez.

—El mar está contaminado, no hay peces —anota Marc.

Eli separa las manos, furiosa, y deja de rezar.

—¡Pues que tu karma fuera bueno y el universo te reencarne en un virus para joder al capullo de Marc con una diarrea permanente, o en un puto átomo! ¡¡Yo qué sé!!

Será mejor que intente reducir esta tensión que se percibe.

—Aguacates, debemos seguir. El yermo no es un lugar seguro. Marchamos hacia el oeste, ¿no Marc? Nunca exploré esa zona, solo el

este junto a Frank. Las ruinas alrededor de la costa son mucho más seguras.

—Cierto. Hay muy pocos supervivientes y suministros en el este, pero es más seguro —explica Marc—, debemos andar con mucho ojo en el oeste.

—Por eso nos arriesgamos con vuestro búnker. A Frank y a mí se nos agotaban los suministros y solo nos quedaron dos opciones; seguir hacia el oeste, metiéndonos en terreno desconocido, o atravesar el paso de la montaña hasta vuestro refugio, un lugar cerrado con muchas posibilidades. Si no encontrábamos comida… seriamos la comida nosotros, o eso pensábamos antes de conoceros. Gracias a esa apuesta ahora estoy aquí con vosotros.

El viento a menguado, pero el calor es más seco e intenso.

—Vamos, Aguacates —ordena Marc—. Todavía estamos a tres días a pie hasta alcanzar Ciudad para Personas. Debemos llegar al primer asentamiento para solicitar refugio. No creo que tengamos problemas para pasar la noche. Toni, que en gloria esté, y yo, solíamos hacer negocios con ellos.

—En marcha poner —dice Martín.

Marc coge el M4 de Toni y los correspondientes cargadores que están dispersos por la zona.

—No podemos permitirnos desperdiciar ningún arma. ¿A quién debería dársela, Phoenix? —me pregunta Marc.

—Tú conoces a estos tres mejor que yo. No puedo responder a esa pregunta.

Eli levanta el dedo índice y da saltos.

—¿Jazz, quieres el fusil? —ofrece Marc.

—Ni de coña. No me gustan las armas de fuego y no tengo ni idea de cómo funcionan.

Marc se frota la barba y Eli sigue brincando, pidiendo el arma para ella.

—Martín, tienes pinta de ser buen tirador —alaga Marc.

—Sí, ¿y también parecer maletero? Mochila mía pesar mucho. No cargo más.

Al pobre Marc no le queda otra opción.

—Eli, te cederé el M4 de Toni. —Ella coge el arma, enloquecida. Creo que fue un error, pero como Marc dijo y con toda la razón, no podemos desperdiciar ningún arma—. No me convence hacer esto, pero no tengo elección. Dispara solo cuando sea necesario, ¿de acuerdo?

—Sí, seguro. Lo que tú digas —dice Eli, recogiendo su nueva adquisición de las manos de Marc.

La mujer hiperventila y me parece que no tiene en cuenta el consejo. Algo me dice que esto acabará mal.

Dejamos atrás los restos de Toni y caminamos en fila de dos. Marc va el primero junto a Eli, que lo observa todo como una niña pequeña en un parque temático. Cinco años encerrada es una eternidad.

En el centro de la formación están Jazz y Martín, y yo en la retaguardia, con mi jodidamente espectacular fusil G36 entre mis brazos y su cargador transparente. Precisamente este mismo cargador tiene un defecto; al ser de plástico, si no lo tratas con amor, se parte en dos.

Experto en supervivencia y en armamento delante, y experta en supervivencia y armamento detrás, para proteger al resto del grupo de un posible asalto sorpresa o de saqueadores que nos acechen.

Caminamos entre los edificios en ruinas sin hablar y solo seguimos a Marc, paso tras paso, en mitad del silencio.

Llegamos al centro de Valencia y el gran ayuntamiento nos recibe, al menos sus restos. La gran plaza, antaño sede de fiestas explosivas y turistas, es ahora un silencioso desguace de coches calcinados con los restos esqueléticos de sus conductores colgando por la ventana al intentar escapar inútilmente del fuego, el descanso de transeúntes huesudos sorprendidos saliendo del teatro con sus trajes de piel derretidos, y el hogar de decenas de consumidores que todavía sujetan las bolsas de sus compras con sus manos de tendones podridos. Padres, madres, policías, taxistas, vendedores… Todos ellos tenían una historia, un pasado, que se borró para siempre y nadie recordará. En su conjunto intentaron dejar una huella en la historia de la humanidad y, por el contrario, terminaron con ella.

A lo lejos, unos cien metros, la hermosa y colorida estación del norte es apenas un cadáver de ladrillo y cemento gris derrumbado.

Marc levanta el puño para que nos detengamos.

—Ahí está el viejo ayuntamiento —susurra en voz baja.

—Mierda hecho está —opina Martín.

—Pues como estaban todos los ayuntamientos del país antes de la guerra, llenos de basura por dentro y por fuera —opina Jazz.

—¿Por qué nos hemos detenido aquí? —pregunto.

—Era inevitable atravesar esta ruta si queríamos llegar antes del anochecer al siguiente asentamiento, pero pasar por aquí tiene un precio —explica Marc—. Pase lo que pase, no hagáis nada sin que yo lo ordene.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Jazz.

Escuchamos eco de chatarra moviéndose alrededor de la gran plaza. Alguien se acerca a través de los escombros. Dos figuras se aproximan con una gran mochila y un bastón. Uno es un viejo octogenario mugriento, con barba blanca y ropa larga que llega hasta su tobillo. Su acompañante viste igual y es algo más joven, pero si tenemos en cuenta la edad del primero, todos lo somos.

Llegan hasta nosotros con paso lento.

—¡Marc, mi querido Marc! ¿Cómo lo llevas? —saluda el viejo—. Veo que vas muy bien acompañado. ¿Dónde está Toni?

—Ha muerto. Pisó una mina —explica Marc.

—Vaya… Lo lamento.

—¿Quiere que le presente a mis nuevos compañeros, padre?

—¿Padre? —decimos todos al unísono y Marc nos pide silencio.

—No será necesario; solo quiero el peaje —solicita el viejo.

—Claro, aquí lo tengo —dice Marc, acercándose a Eli y abriendo su mochila con comida. Saca un par de latas—. Dos latas de conserva, como siempre.

El viejo ríe.

—No, amigo mío. Sois cinco personas, por lo tanto, serán cinco latas. Por ser tú te descontaré la vuelta, pero ahora quiero cinco latas, no dos.

—Creía que serían dos. Siempre pagamos esa cantidad. Nunca especificaste que fuera una por persona —comenta Marc.

—¿Tenía que especificarlo? Era obvio. Toni y tú —aclara el viejo —. Esta vez serán cinco latas o no podréis pasar.

—¡Solo son un viejo y un capullo! ¿Por qué tenemos que pagar? — se queja Jazz.

—Comida para nosotros justa, pago no justo —opina Martín.

—¡Callad! Os dije que yo me encargaba de esto —ordena Marc, sacando las latas demandadas—. Conté con dos, pero si es lo que corresponde… pagaré con cinco. Ya encontraremos comida en otra parte.

El compañero del viejo cae desplomado con un agujero en el cuello. Intenta gritar y no morir desangrado tapando su herida con sus manos, pero es inútil. La sangre sale disparada hacia arriba y empapa su cara. El viejo pierde trozos de su cabeza poco a poco, hasta que el cráneo se despedaza y lanza pedazos de cerebro hacia el cielo.

El eco de los disparos sigue sonando aún con los cadáveres de los agentes de aduanas sobre el suelo.

Marc mira por encima de la mochila de Eli, que no ha dejado de apuntar con su M4 a nuestros cobradores. El arma deja salir un poco de humo con olor a pólvora de su bocacha.

—¡¡¿Pero qué has hecho, Eli?!! —grita Marc—. ¡¡Me cago en la puta!!

—Pues utilizar mi arma cuando ha sido necesario, como tú me dijiste. El viejo y el capullo querían quitarnos nuestra comida — explica ella.

Escuchamos un clic, después otro clic, y otro más. Un otras otro, decenas de clics llegan desde las ventanas de las ruinas.

Clic, clic y clic.

—¡¡Dejad las armas en el suelo y levantad las putas manos!! —grita alguien desde la distancia y nosotros obedecemos.

Mierda, la jodimos.

10 Los Hermanos del Fuego

Nos han guiado, con las manos atadas a la espalda, hasta el interior del teatro que está frente al ayuntamiento. Como es lógico, nos han confiscado todas las armas y las mochilas con los suministros. También nos quitaron las gafas de sol y se las repartieron entre ellos mientras reían. La oscuridad está camuflada con antorchas ligeras en los laterales del escenario. Algunas butacas, unas treinta, tienen propietario. Los ocupantes cuchichean y murmuran al vernos cruzar el pasillo central. Un hombre, armado con un Famas francés, nos obliga a subir las escaleras y mirar al público. Pasan los minutos sin que ocurra nada.

—¿Y toda esta gente? —pregunta Eli—. ¿Tenemos que hacer un monólogo o algo así? —Carraspea—. ¡Ey, querido público, ¿qué opinan de los controles en los aeropuertos?! Nada, porque… ¡ya no quedan aeropuertos! —Ella sonríe. Entre el público, perplejo, alguien tose—. Qué poco sentido del humor.

—¡Silencio! —ordena un hombre cuarentón, encapuchado, recién afeitado y con los ojos extremadamente saltones. Camina encorvado. Por lo que consigo ver, le quedan dos o tres dientes. Pasea frente a nosotros, sobre la madera del teatro, como un presentador—. Vosotros, ¡pecadores!, habéis asesinado a uno de nuestros sacerdotes.

¿Por eso Marc lo llamó "padre"?

—Matamos a dos, Gargamel —especifica Jazz—. Al viejo y al otro.

—Bueno, el otro era un pelín capullo y no le caía bien a nadie. Siempre iba pegado al padre William haciéndole la pelota —explica el villano de *los Pitufos*.

—¡Mirad, tienen su propio Víctor! —comenta Eli—. Marc, tú conocías al viejo que me cargué. ¿Conoces a este tipo también?

—No tengo ni puta idea de quién es —dice Marc.

—¿Podemos llamarle Gargamel? —sugiere Jazz.

—A mí me recuerda más a Gandalf —opina Eli.

—Gandalf… no vestía de negro —interrumpe Gargamel.

—Eso es cierto —admite Eli.

—Jovencito Frankenstein, Igor —sugiere Martín.

Lo ha clavado, Martín lo ha clavado.

—¡Es verdad! —grita Eli—. "¡No me llamo Igor, me llamo *Aigor*!"

No podemos evitar reír, todos. Por lo visto hemos coincidido en algo.

—"¡*Folkinstein*!" —se burla Jazz.

—¡¡Silencio!! —ordena Igor—. No soy Ganfalf, Gargamel, Igor o Drácula. —Buena también—. Mi nombre es Lord Karras —presume—,

líder supremo de esta iglesia.

—Esto es un teatro —rectifica Jazz.

—No, es una iglesia —comenta Karras.

—No hay un altar, tío. No puede ser una iglesia.

—¡¡Pues ahora es una puta iglesia, y punto!!

Un momento… ¿Lord Karras? ¿Damien Karras?

—Me suena ese nombre. ¿No era el sacerdote protagonista de *El exorcista*? —recuerdo.

—¡Es cierto! ¡La peli con el doblaje tan horrible! —certifica Marc —. ¿Usted se puso ese nombre porque era fan?

—Bueno, un poco… —confirma Karras—. Y la película con el doblaje cutre era *El resplandor*.

—¡Vaya! Vi esa película de niño y no pude dormir durante varios días —explica Marc.

—¿De adulto la volviste a ver? —pregunto.

—Sí, y ciertos efectos especiales daban algo de vergüenza ajena, aunque es un clásico y ha envejecido bien.

—¡Basta ya, callaos! —exclama lord Karras, estresado—. ¡Dejaos de chorradas y centraos en vuestra situación, leñe!

Uno de los miembros de esta iglesia se pone en pie.

—Señor, cálmese o le dará fatiguita otra vez. ¿Quiere que le traiga una bolsa para respirar?

—No, gracias. Tranquilo, estoy bien —agradece lord Karras a su seguidor—. Como decía, habéis asesinado a… dos… de los nuestros y merecéis un justo castigo.

Eli da un paso atrás.

—¡¿Nos vais a comer?! —se asusta—. ¡Acabo de salir al exterior! Dadme un par de días al menos para disfrutar de la ciudad.

—¡¿Qué dices, loca?! —se sorprende lord Karras—. No, no vamos a comeros. ¿Por qué tendríamos que hacer algo así?

—Pues no sé… Con estas pintas que tenéis, todo de negro, con capa y con capucha… Ya me dirás si parecéis caníbales o no.

—Son los uniformes reglamentarios de la iglesia —explica Karras —. ¿Quieres decir que ir con ropa negra te convierte en caníbal? ¿Insinúas eso? Eres un poco colorófoba. ¿Toleramos aquí a los colorófobos? —pregunta a sus seguidores.

—¡No, lord Karras! —gritan al unísono.

—¡Vuestra madre está con nosotros! —exclama uno de sus seguidores—. ¡¿Queréis enviarle un mensaje?!

Karras se queda petrificado y se acerca a su seguidor. Todos reímos por lo bajo.

—Antonio, haz el favor —le pide educadamente—. No digas esa frase, que es de la película y solo consigues dar bola a nuestros prisioneros, ¿vale? Me pones en evidencia.

—Disculpe, mi lord. Es que yo también la he visto y esa era mi parte favorita. Me salió de dentro —explica Antonio—. No volverá a ocurrir.

—Bueno, no pasa nada, pero céntrate —Karras vuelve al escenario —. Por dónde iba…

—Nuestro castigo, lord —recuerda Eli.

—¡Ah, sí! Gracias —dice Karras, dando una palmada en su propia frente—. Vuestro castigo. —Carraspea—. ¡Seréis quemados vivos como sacrificio para el señor del fuego!

Los seguidores se ponen en pie, eufóricos. Se abrazan, chillan, y veo como alguno intenta tocar el culo de otro recibiendo una bofetada.

—¿El señor del fuego? —pregunta Jazz.

Karras da un salto y se gira hacia nosotros con tanta brusquedad que la parte inferior de su túnica se levanta como una falda.

—Hace cinco años… —empieza a narrar.

Un seguidor se pone en pie.

—Mi lord, ¿tenemos que volver a escuchar su historia de nuevo? Nosotros la sabemos de memoria y ellos van a morir quemados como ofrenda. ¿Qué necesidad hay?

—Vamos a ver, Ramón —Karras arrastra sus manos por su cara, molesto—, ¿el líder de esta religión quién es, tú o yo?

—Usted, pero…

—¡Ni peros ni nada! Si me apetece contarle a nuestros prisioneros y futuros sacrificios para el señor del fuego el origen de nuestra religión, se lo cuento y punto, ¿estamos o tengo que quemarte a ti también?

—No, señor. Cuente lo que quiera.

—Perfecto. —Se voltea de nuevo hacia nosotros. No pronuncia ni una palabra—. Ya he perdido el hilo por tu culpa, Ramón.

—El origen de su religión, lord —recuerda Eli.

—¡Ah, sí! Gracias de nuevo, muchacha. Como decía, hace cinco años predije que el fin de la humanidad andaba cerca, corrompida por la avaricia, la lujuria, la violencia y la muerte. Había muchos más problemas en la humanidad, pero tampoco me voy a entretener enumerándolos todos. —Carraspea—. Yo y mis seguidores estábamos en un búnker secreto del ayuntamiento y al final mi profecía…

—Vale, vale. Ya lo pillamos —interrumpo—. Su dios del fuego limpió el mundo de pecadores, patatín y patatán, y ahora usted es el profeta de esta gente.

Pasan unos minutos hasta que alguien se pronuncia.

—Joder…, Phoenix. Te has pasado —opina Jazz—. El pobre hombre estaba emocionado contando su historia y le has jodido.

—Perdonadme, pero es un cliché como una montaña. Se veía venir

el final.

—Tranquilas, no pasa nada —nos dice, cabizbajo, lord Karras—. Tienes razón, mujer —dirigiéndose a mí—, nuestro origen no tiene ningún giro sorprendente.

Un seguidor se pone en pie.

—Mi lord, creo que hablo en nombre de mis hermanos cuando le digo…, ¿podemos quemar a esta gente de una vez? Mi mujer está sola en el refugio y si tardo mucho en llegar se pondrá depresiva. Está embarazada y tiene las hormonas alteradas, y quisiera llevarle alguna lata del botín de nuestros prisioneros para cenar.

—¡Vaya, enhorabuena chaval! —grita Marc y el resto de los miembros esta secta aplauden.

—¡Gracias a todos! Fue una gran sorpresa, la verdad.

¿Embarazada? Con la radiación espero que ese bebé no parezca un engendro de Cronenberg.

—Mis compañeros y yo aplaudiríamos, pero tenemos las manos atadas —comenta Marc—. Aun así, nos alegramos por ti.

—Claro, lo comprendo —agradece el seguidor con una sonrisa.

—Te felicito, Luis Enrique —dice lord Karras y chasquea los dedos —. Y tienes toda la razón. Será mejor sacrificar a nuestros prisioneros, que todos tenemos asuntos que atender.

Varios seguidores traen leña y comienzan a amontonarla bajo nuestros pies. La única forma de conseguir salvar nuestra vida sería retrasar el sacrificio lo suficiente como para pensar en algo. Miro a mis compañeros y ellos a mí. No saben qué hacer.

—¡Un momento! —grito—. ¿Vais a quemarnos aquí, dentro del teatro?

—¿Dónde quieres que lo hagamos? —pregunta Karras—. ¿Qué más dará hacerlo dentro o fuera?

—¿Habéis quemado a otros aquí dentro alguna vez?

Karras se rasca la barbilla, pensativo.

—Pues ahora que lo dices… no, y fuera tampoco, pero sigo sin entender a qué viene tu pregunta.

—Mi lord, este suelo es de madera, el telón es de tela y los asientos son de terciopelo. ¿Usted sabe lo inflamable que es todo lo que nos rodea? —expongo.

Los seguidores murmuran entre ellos y algunos me dan la razón.

—Puede que estés en lo cierto y esta no sea la idea más brillante del mundo —admite Karras.

—En ese caso, debería hacerse fuera, pero habría otro inconveniente, mi lord. El humo llamaría la atención de otros asentamientos. Donde nace el fuego, hay gente, y si hay gente, podría haber provisiones.

—Joder, tienes razón. ¿Y qué hacemos con vosotros ahora? —se

pregunta. Nos comenta en voz baja una sugerencia; no quiere que le escuchen sus seguidores—. A ver, chavales, no es personal, pero para esta gente soy el puto amo y si no hago algo con vosotros no me seguirán adorando —se excusa—. Podría pegaros un tiro y ya está, terminar rápido, pero perdería puntos con mi gente y, aparte, me parece muy sucio. La sangre estropearía la madera del suelo.

—¿No era usted un profeta? —pregunta Eli.

—¿Yo? ¡Qué va! Estaba en el ayuntamiento con esta gente, en una excursión en un búnker que hay debajo, y dije de broma… "¡Ya veréis como hoy, que estamos en un búnker, caerán las bombas!", y las bombas cayeron. Empezaron a llamarme profeta y salvador; las mujeres se echaban sobre mí para follarme como agradecimiento, y que queréis que os diga, uno no es de piedra ni idiota.

—¡Lord, queremos el sacrificio de fuego! —grita un seguidor—. ¡Mi mujer ha preparado estofado de rata y es repugnante! ¡Vamos a repartirnos el botín de sus mochilas ya! Puede que alguna lata sea de anchoa.

—¡Anchoas, anchoas! —gritan alborotados, al unísono.

—¡Ya va, ya va! ¡Un momento! ¡Se están confesando! —miente lord Karras y sus seguidores se callan. Vuelve a nosotros—. Estoy pillado por las pelotas, chavales.

Si han revisado nuestras cosas, ¿habrán encontrado la cámara? Sería peligroso para la seguridad del búnker.

—Perdone, lord Karras, ¿ha encontrado algo… especial entre nuestras cosas? —pregunto.

—¿La cámara? Claro, y he visto las grabaciones del búnker. ¡Tenéis de todo! —halaga—. ¡Y esa Pilar!... ¡Guau, menuda mujer!

—¿Has traído la cámara contigo? —pregunta Marc, enfadado—. ¿Te has vuelto loca o qué? ¡Esta gente sabrá lo que tenemos en el búnker!

—No creo que puedan encontrarlo, Marc. Cálmate —opina Jazz.

—¿Y si decide torturarnos para que confesemos la localización? Martín es de confesión fácil —comenta Marc.

—Sí. Enseguida cantar, con simple pellizco —confirma Martín.

Lord Karras pide calma.

—Chicos, chicos, tranquilos. No me interesa vuestro búnker.

—¿No? —pregunta Eli, molesta—. ¡¿Qué le pasa, no es digno o qué?! Pues bien bonito que es.

—No es eso. No tenemos armas para tomarlo por la fuerza y si solicitase vivir ahí sería un peón más —explica Karras—. Aquí, sin embargo, soy el líder, el amo respetado por todos. No cambiaría eso por nada. Recordad a Kim Jong Un. Vivía en un país sin tecnología puntera, streaming ni videojuegos de última generación, y a pesar de eso... ¿se fue de Corea del norte? No. ¿Por qué? ¿Por odio a los

americanos y el capitalismo? Patrañas. No se marchó porque era el cabrón que tomaba todas las decisiones.

Todos asentimos al entender su explicación.

—Claro, tiene su lógica —comenta Marc.

—Pero tengo una duda sobre vosotros —nos dice—. ¿Cómo conseguisteis una reserva en el restaurante del chef Óliver Salazar? Era uno de los más caros del planeta y vosotros sois unos don nadie. Por ejemplo, esta chica —señala a Jazz—, no terminó la carrera de medicina y no pudo ni salvar a su compañero de una simple herida en un costado.

—Fue hace mucho tiempo y a mí también me sorprendió —comenta Marc—, pero si la memoria no me falla, fue Pilar la que propuso cenar allí. Nos dijo que el dinero no era un problema, todo estaba pagado.

—¿Disculpad? Eso es imposible. ¿Sabéis cuánto costaba una cena en ese restaurante? La avaricia del chef Salazar era mundialmente conocida. ¿Regalar nueve cenas? No me lo creo —lord Karras parece no aceptar la historia—. No me toméis el pelo. ¿Sois gente importante?

—Yo limpia cristales en Mallorca de gente hijos de puta. ¿Eso importante? —comenta Martín.

—¿Qué narices dice vuestro compañero? —pregunta Karras.

—Ni nosotros lo sabemos —aclara Eli.

Una locura llega a mi cabeza.

—Tengo una idea, mi lord. ¿Su religión tiene algo en contra de la esclavitud?

Él piensa en ello.

—Pues no, la verdad.

—En ese caso podríamos ser sus esclavos. ¿Qué le parece?

—No es mala idea. Además, somos españoles; todo lo que consista en asignar una tarea a otro está grabado en nuestros genes —acepta lord Karras, dando una palmada—. Hecho. Seréis nuestros esclavos. —Se gira hacia sus seguidores—. ¡Hermanos, he llegado a un acuerdo con nuestros prisioneros!

—¿Pero no se estaban confesando? —se queja un seguidor.

—¡Cállate, Arturo, coño! —riñe Karras. Carraspea para continuar y levanta los brazos con intención de amplificar la noticia—. ¡Serán nuestros esclavos! —Nadie reacciona—. ¡Harán nuestras tareas! —Los seguidores se abrazan con una euforia desmedida y, otra vez, el mismo de antes intenta tocar el culo del otro y esta vez se lleva un puñetazo—. Alberto, ya vale, ¿no te parece? Tienes un problema —regaña Karras al pervertido.

—Perdón, mi lord. Lo sé —se disculpa, palpando su mejilla amoratada.

El guardia armado nos desata por orden de lord Karras y yo doy un paso al frente.

—Mi compañera, Eli, es masajista, ¿sabéis? —anuncio, guiñando un ojo—. Os hará un masaje cuando queráis.

Los seguidores lo aplauden y celebran. Algunos hacen el gesto de sacudir su pene con la mano y ríen.

—¡¿Los haces con final feliz?! —preguntan algunos, dándose golpes con el codo y burlándose.

Esto marcha. Ya se ha encendido la mecha.

—¿Qué acabáis de decir? —pregunta Eli, incómoda.

Karras sigue el juego de sus seguidores, poniendo a Eli en ridículo, y me parece que osará decirlo. Miro a mis compañeros y ellos a mí. Todos damos un paso atrás porque sabemos lo que va a pasar. ¿Se atreverá el lord a detonar la bomba?

—Yo también estaría interesado, muchacha. ¿Haces masajes con final feliz? —avergüenza Karras a Eli, palpando su culo.

El viejo acaba de meter la pata hasta el fondo. Eli aprieta los dientes y los puños. El equipo de exploración da otro paso atrás.

—¡¡He dicho —grita Eli, dando un puñetazo directo a la nariz del guardián armado con un fusil— mil veces —le roba el Famas, apunta a su frente y dispara una vez. La sangre mezclada con trozos de seso y carne del guardián sale despedida de su cabeza— que no soy —apunta a lord Karras, y los miembros de la Comunidad del Servidor nos tiramos al suelo, cubriendo nuestras cabezas— una —mantiene el dedo sobre el gatillo y lanza una pequeña ráfaga que despedaza el pecho del lord. Imagino que su corazón, al ser atravesado, habrá explotado. Unas tres balas directas a su pecho. Cae desplomado y crece, a su alrededor, un charco rojo. ¿Todavía respira y tose? No me caía mal este tipo, pero era esto o pasar el resto de nuestra vida siendo los perros de unos fanáticos que desprenden cierto carisma, todo hay que decirlo— puta!!

Si los números no fallan, a Eli le quedan veintiséis disparos. Poseída por un diablo grita y, a discreción, descarga la reserva que le queda sobre los Hermanos del Fuego. Todos huyen despavoridos y aterrorizados de la lluvia de balas. Algunos consiguen escapar, otros, con menos suerte, reciben un regalo en un ojo que sale por su cráneo, un presente que atraviesa una mano y roba varios dedos, un donativo en un hombro incapacitando su brazo, una limosna en una oreja que sale despedida con un reguero de color carmesí, un obsequio que se lleva una porción de mandíbula con varios dientes y una propina directa en las pelotas haciendo pasar el glande a mejor vida.

El cargador se ha vaciado, el Famas ha hecho un clic y Eli está agitada, todavía apuntando a los Hermanos del Fuego que se retuercen de dolor y chillan como cerdos en el matadero siendo degollados.

Marc se acerca y le quita el arma.

—Trae, nos será útil.

—Bueno. Después de esta carnicería será mejor que nos vayamos de aquí lo antes posible, antes de que lleguen sus hermanos —sugiero.

—¿Dónde están nuestras cosas? —pregunta Jazz.

Parece que Eli se va relajando.

—Apostaría mi vida a que están en ese baúl, en el lateral del escenario —dice Marc señalando a, efectivamente, un viejo baúl de madera seca y horrible—. Acompañadme, Jazz y Martín. Traeremos las cosas de todos. —Los dos asienten—. Phoenix, encárgate de calmar a Eli, por favor. Recogemos nuestras cosas y nos largamos de aquí cagando leches antes de que lleguen los guardias de los edificios. Con el alboroto que hemos montado nos habrán escuchado hasta en el búnker y en la casa del lector.

—¿En la casa de quién? —pregunta Jazz.

—En la Casa del Lector, una tienda que había por aquí cerca. No me hagas caso, era una bobada. Phoenix, lo dicho.

—Claro —acepto y pongo mi mano sobre el hombro de mi compañera—. Eli, ¿ya te has calmado? Menuda has liado.

Ella mira la masacre que acaba de perpetrar, atónita. Algunos acaban de morir, otros todavía agonizan y el resto tiene heridas no letales, pero muy dolorosas. Se escucha un ligero gemido de angustia y quejidos de nuestro público.

—Pobrecillos —lamenta Eli—. Es que odio que insinúen que soy… —mira a los mutilados—. Ahora me sabe mal. ¿Queréis que os haga un masaje, chicos? —ofrece a la audiencia.

Lord Karras. Primer plano en un almacén lleno de utensilios de limpieza.

—Hacía mucho tiempo que no veía un cacharro de estos —comenta, entusiasmado, refiriéndose a la cámara—. He visto casi toda la grabación y…, ¡qué narices! Si van a rodar un documental para las futuras generaciones yo también quiero participar. Al fin y al cabo, soy el líder de una de las religiones más fuertes de la zona. Bueno…, en realidad y que sepamos, somos la única religión que hay por la zona. Nos llamamos los Hermanos del Fuego y yo soy su líder y profeta. Predije la llegada del dios del fuego y la purga del mundo de sus pecados. —Mira a los lados. Se levanta y cierra la puerta por dentro. Vuelve a su asiento y baja un poco la voz—. En realidad me llamo Alberto Herrero y era charcutero en un supermercado de mi barrio. Tenía un jefe asiático un poco gilipollas. “¡Antonio, a *tlabajal*, vago!” —se burla, estirando sus ojos con los dedos—. Me regañaba continuamente. Un día, el ayuntamiento trajo cupones para visitar un

búnker. “¡*Pala* clientes, no *pala* ti!”, me recordaba el pesado de mi jefe, pero robé uno y me regalé una excursión. Me tomé el día libre contándole a mi jefe que me dolía la polla de tanto follarme a su mujer. —Ríe con fuerza—. No dije eso, pero lo pensé. Fingí una diarrea y pasé toda la mañana en urgencias para conseguir un justificante. Llegué al búnker y me pareció una de las excursiones más aburridas del mundo. Todavía no lo habían llenado con comida o medicinas. Los otros visitantes, aun con el mundo en guerra, parecían muy tranquilos. ¿Quién iba a pensar que ese cabrón cumpliría con sus amenazas? Pues yo. Estaba rodeado de visitantes y dije… “Ya veréis como hoy cae un pepino nuclear y nos vamos a la mierda todos. Menos mal que estamos en un búnker, aunque sea de visita.” Pues se cumplió. Creyeron que estaban conmigo por ser los elegidos para salvarse. Me alagaron como un mesías, incluso me ofrecieron a sus mujeres como regalo sexual de agradecimiento. ¡Alucina! Pasé de ser un pringado que cobraba el salario mínimo a un dios todopoderoso en un día.

Suena la puerta.

—Mi lord, están los fieles esperando en sus asientos. ¿Tardará mucho? —pregunta fuera una voz.

—¡No, ya salgo! ¡Puedes guardar la cámara en el baúl otra vez! —Se acerca a la cámara—. Me encanta el fin del mundo —susurra, guiñando un ojo exageradamente y abriendo mucho la boca con una sonrisa de oreja a oreja.

11 La reina en tendencia

Por culpa de los Hermanos del Fuego hemos sufrido un leve retraso de un par de horas. La noche se está asomando y todo superviviente del yermo sabe que la oscuridad no es buena compañera. Hay asentamientos donde puedes alquilar un techo y protección a cambio de suministros; así hemos sobrevivido Frank y yo todos estos años, intercalando unas noches en inseguras comunas de locos, una especie de hostales de chatarra y mugre, con otras en peligrosas casas abandonadas.

Todos tenemos los pies destrozados, pero al fin alcanzamos el asentamiento del que hablaba Marc, a las afueras de la capital. Un gran muro artificial hecho de chapa de unos cinco metros de alto, que se ve a lo lejos, se abre creando un círculo gigante. En su centro asoma un gran hotel de unos treinta pisos.

Marc nos detiene a unos cien metros de una puerta de acceso pequeña y simple.

—No os acerquéis más. La noche es muy peligrosa —opino lo mismo—, sobre todo en este sector. Necesitamos un refugio seguro. Tenemos que identificarnos para poder pasar, pero tranquilos, conozco a la líder de este asentamiento. —Se voltea y nos mira—. Tened en cuenta un detalle importante; no le habléis a nadie de nuestro búnker, ¿de acuerdo?

—¿Por qué? —pregunta Jazz.

—Los suministros que quedan en este lugar son muy escasos si los comparamos con los nuestros. La persona que gobierna aquí no sabe lo que tenemos y no es como lord Karras. Si se entera de todo lo que almacenamos… habrá una guerra.

—¿Una guerra por nuestros suministros? —se sorprende Jazz—. El mundo no ha cambiado, después de todo. Quedamos solo un puñado de humanos y nos mataríamos por un simple trozo de pan.

—Así es, amiga —dice Marc—. Por desgracia para sobrevivir debemos mantener nuestro hogar bien escondido, por eso es importante que lo recordéis; nada de mencionar el búnker, no existe. De hecho, deberíamos dejar nuestras mochilas escondidas fuera. Tantos suministros llamarían la atención en un asentamiento donde reina la escasez. No será necesario ocultar las armas, podemos colarles que gastamos nuestros suministros, pero no creerán que salimos al yermo desarmados. Busquemos una casa abandonada segura.

—¿Qué haremos con la cámara? —pregunto.

—Fue un grave error traerla, pero por otra parte, sé que no tuviste opción. Tendré una charla con Pilar cuando volvamos —explica Marc

—. Dejarla junto a los demás suministros sería contraproducente. Llévala contigo, Phoenix. Ya me las apañaré para colarla en el asentamiento.

Rastreamos la zona y encontramos una casa de una única planta. Es muy probable que tenga sótano. Marc y yo entramos primero al ser los expertos en combate. Linterna en una mano y semiautomática en la otra. La casa está llena de polvo, oscura, y con dos cadáveres calcinados mirando una televisión que se derritió, todavía sentados en un sofá podrido. Parece que esta joven pareja se durmió viendo la televisión y no escuchó el fuego acercándose.

Al menos murieron sin sufrir.

A mí no me afecta, es una estampa que estoy acostumbrada a ver, pero Eli, Martín y Jazz la observan durante unos segundos. Fuera han visto cadáveres amontonados, pero esta pareja es otra cosa.

—Estaban viendo la televisión… y murieron, de repente —se lamenta Eli—. Qué triste.

Marc sisea enfadado y pide silencio. Tiene razón, todavía no sabemos si esta casa está habitada por algún residente peligroso. Avanza y yo le sigo.

Registramos la cocina, llena de comida en avanzado estado de descomposición. Por lo visto prepararon algo especial y dejaron los ingredientes de la receta esparcidos por toda la encimera. Estos desechos no los dejaron saqueadores porque ellos lo devoran todo y no dejan la comida pudriéndose.

—¿Esto ser caca abono? —pregunta Martín.

—Es comida descompuesta, idiota —explica Jazz.

—¿Os queréis callar de una vez? —suplica Marc, susurrando.

Si hay alguien escondido por aquí nos escuchó hace rato, pero no lo diré porque los novatos se asustarían.

Registramos los dormitorios, con la ropa todavía en los armarios, y el baño, con los cepillos y pasta de dientes. Dudo que aquí haya venido alguien, no estaría la ropa o los cepillos. Podrían ser objetos muy valiosos en un trueque.

Abrimos una puerta que conduce al sótano y descendemos poco a poco. Todas las paredes están cubiertas de moho y oscuridad. No se escuchan ni ratas.

—Marc, aquí no hay nadie. Todo está en su lugar —comento bajando el arma—. Tú y yo sabemos que una casa sin tocar es una casa sin visitar.

Marc baja la suya.

—Tienes razón, mujercita. Qué raro, ¿no? Es extraño ver una casa virgen tan cerca de un asentamiento. En fin, dejaremos las mochilas aquí y volveremos a por ellas al salir.

—¿Dejarlas aquí? ¡Estás loco! ¿No podría robarlas alguien? —

pregunta Jazz.

—Es posible —responde Marc—, pero hay una notable diferencia. Nos verían entrar al refugio con ellas y, sin embargo, fuera nadie las busca. Es más seguro dejarlas aquí, créeme. Dentro del asentamiento tendríamos cien ojos acechándonos.

Amontonamos las mochilas y las tapamos con unas mantas putrefactas. Eli tose un poco por el polvo.

Volvemos al exterior y caminamos hacia el asentamiento, todavía con nuestras armas. Nos quedamos frente al gran muro de chapa metálica. Delante hay una puerta pequeña, simple, como de un trastero. Se nota que cortaron la chapa a mano y colocaron la puerta sin mucha idea de lo que hacían; las soldaduras son una chapuza. Un ruido llega por encima de la parte más alta y alguien se asoma por encima. No podemos ver su cara, solo es un casco de combate con gafas.

—¡¿Quiénes sois?! —pregunta—. ¡Identificaos o marchaos!

Marc da un paso al frente.

—¡Somos los Aguacates y venimos a pedir asilo a la reina! —responde Marc, alzando la voz para que el hombre pueda escucharle.

—¡¿Tenéis el pago?!

—¡Sí, está aquí mismo!

El casco se levanta un poco y las gafas nos observan.

—¡Abrid la puerta! —ordena el hombre tras el muro.

La puerta de metal se abre y un hombre corpulento, de piel muy oscura, sin pelo en la cabeza y armado con una espada, nos invita a entrar.

—¡Hola, Marc! —saluda a nuestro compañero—. Cuánto tiempo sin verte, amigo. ¿Dónde está Toni? Vienes bien acompañado hoy.

—Murió. El muy capullo pisó una mina —explica. El guardia se sorprende ante la pasividad de Marc, que por lo visto ya conoce el camino hasta la reina y se mueve en piloto automático. —Chicos, no os separéis de mí. Haced y decid únicamente lo que yo os ordene, ¿de acuerdo? Sobre todo tú, Eli. No la líes esta vez.

Asentimos.

Voy detrás. La retaguardia sigue siendo mi puesto.

Es raro, no nos han pedido las armas.

Ha llegado la noche extrema y algunos residentes encienden antorchas. Por lo visto, aquí no hay electricidad.

Un gran mercado se extiende rodeando un pueblo que está pegado al hotel. Hay bastante gente, todos con ropa desgastada y sucia, trapicheando en los puestos con antigüedades, comida enlatada, armas y, los que tienen mucha suerte o una fortuna para intercambiar, ¿carne de animal? No queda mucha carne en el mundo, es uno de los bienes más valiosos junto al agua potable.

—En los puestos hay de todo —comento—. ¿Tendrán aquí un servidor, Marc?

—He visitado este mercado cientos de veces y no, nada de electrónica.

Parece que también han montado un bar. Está a reventar de exploradores, saqueadores y cazadores que charlan entre ellos. Ríen estruendosamente y manchan el suelo con lo que sea que estén bebiendo.

De una casa en ruinas, superficialmente restaurada con placas de metal, se escuchan salir gritos de gente follando. Una bella mujer asoma desnuda por una ventana sin cristal, y si no me equivoco, siendo penetrada por el dueño de dos manos que la sujetan por la cadera mientras ella muerde sus labios. Sus pechos, al aire, bailan libres en círculos. Acelero mis pasos hasta Marc.

—¿Es una casa de putas? —le pregunto.

—Es obvio, ¿no? Aquí lo llaman burdel — confirma.

—¿Burdel? ¿Dónde estamos, en el siglo doce?

—Tú lo has dicho, Phoenix. Estás en el reino de Instagramia. ¿Había burdeles en el siglo doce?

—¿Instagramia? Nunca había oído ese nombre, me suena a red social, y la historia no es mi fuerte, así que pensemos que sí había.

Ahora que lo pienso, Frank tenía razón respecto a nuestra habitación y el refugio de los Aguacates; comparado con esto, nuestro dormitorio era un puto palacio. Todavía no he visto un lugar que sea más acogedor y seguro que el búnker.

Seguimos a Marc a través del mercado y llegamos hasta la entrada del hotel, grande, de cristal y mucho más protegida que la entrada exterior. Cinco hombres, armados con espadas y pistolas en su cadera, la guardan.

Un hombre alto y delgado, con una armadura hecha de chapa de metal, se aproxima. Tiene tres galones amarillos en los hombros. Debe ser el oficial.

—¡Marc, cuánto tiempo! Ya sabes cómo va esto. Dejad las armas aquí —nos pide amablemente, mostrándonos una caja de plástico.

—Chicos, obedeced al sargento y dejad todo lo que llevéis en la caja. Armas y cuchillos —ordena Marc—. ¿La munición también, sargento? No me fio de tus hombres. Los cartuchos cuestan una fortuna en el yermo. Si tus chicos nos roban, tu reina dejará de tener su pintura, y eso la haría enfadar mucho.

—Vale, quedaos con vuestros cargadores —acepta el sargento—. Total, no sirven para nada sin las armas.

Uno a uno, obedecemos y depositamos lo que nos pide dentro del cuadrado de plástico. Marc y Eli entregan su M4, y yo mi G36. El equipo de expedición queda desarmado.

Nos cachean para prevenir la entrada de cualquier arma oculta.

Primero a Marc, que está limpio.

Segunda Eli. Nada.

Martín. Todo correcto.

Jazz. Limpísima.

Por último, yo. Todo en orden. No se dan cuenta de la cámara porque está oculta en mi Peco como si fuera un cargador.

—Parece que hemos terminado —señala el sargento—. Bienvenidos al castillo de Instagramia. Todos podéis pasar. No hagáis nada raro, ¿entendido? Sobre todo tú, Marc. Todavía estamos despegando de la pared tus restos de la fiesta del mes pasado.

—Esos restos no son míos, o al menos todos ellos.

Me uno al grupo y entramos. Seguimos a Marc, ya que él conoce este lugar.

La colosal recepción del hotel no se diferencia mucho de cómo debió ser antes de la guerra; está en perfecto estado. ¿Cómo es posible? Los habitantes, con trajes antiguos y elegantes, cruzan de un lado a otro. Parecen salidos de un cuento medieval. Algunos hombres llevan un vestido largo de mujer y nos saludan con una mirada insinuante.

Al fondo, a la izquierda, se ve un bar bastante lleno. No tiene nada que ver con el que vimos antes; este está impoluto y su camarero lleva el uniforme adecuado, camisa blanca remangada y chaleco negro. Los clientes caminan despacio. Disfrutan de sus copas, algunos riendo y hablando en taburetes frente a la barra, y otros en sofás de piel cómodos y grandes. Creí escuchar música, pero no, solo suena un murmullo.

—¡Mirad, allí hay un bar! —grita Eli.

—¡Vamos, te invito a todas las rondas que quieras! —incita Jazz.

—¡Beber también, beber! —se apunta Martín.

—¡Mierda, no tenemos nada para intercambiar! —se lamenta Eli.

—¡Nada de beber ahora! —regaña Marc—. Seguidme y mantened la boca cerrada.

¿Cómo es posible que nunca haya oído hablar de este lugar en cinco años?

A la derecha hay un restaurante, pero a estas horas está vacío.

Todo está intacto. Las bombas nucleares debieron destruirlo todo, y aquí está, un hotel en perfectas condiciones. Esto no tiene ningún sentido.

Marc nos pide que le sigamos por un pasillo, entre el ascensor y las escaleras, cuyo suelo tiene una alfombra roja muy elegante.

—Marc, este hotel no está dañado por las bombas. ¿Me puedes explicar cómo es eso posible? —le pido.

—Pregunto mismo —coincide Martín.

—Hay muchas orejas escuchando; más tarde os lo explicaré. De momento, limitaos a hacer lo que yo os diga, nada más. No habléis ni preguntéis nada sin que yo os lo permita.

Seguimos adentrándonos por el pasillo. Al fondo se ve un gran portón y un guardia.

En los laterales hay retratos pintados a mano. Se repite la misma cara, una y otra vez, con posturas similares. Una chica que aparenta veinticinco años, como yo, sujeta un teléfono móvil y se hace un selfie… ¿o se dice selfi? Da la mismo. Se hace una foto poniendo los labios como si fuese a comer espagueti. Piel tostada como el pan del desayuno; cabello largo, rizado y brillante, negro como el cielo durante la noche oscura; ojos azules, salvajes y tentadores; labios apetecibles y carnosos, más deseables que el mejor de los dulces; y pechos perfectos, para llenar las dos manos sin rebosarlas. Está como un queso de buena, no lo negaré. Me parece la mujer más impresionante que he visto en mucho tiempo. Pilar, lo siento, pero vas en segunda posición. Si hubiese matado por el refresco que me dieron en el búnker, por una noche con una mujer así… desollaría vivo a un bebé.

Llegamos hasta la puerta doble.

—Hola, Marc —saluda el guardia que la custodia—. Debéis esperar cinco minutos, está hablando con alguien.

—No hay problema —dice Marc.

Efectivamente, pasan cinco minutos. El guardia se gira y nos abre. Un soldado fuerte y rubio sale, y nos mira fijamente al cruzarse con nosotros. No nos dirige ni una palabra. Se aleja pasillo adentro y es nuestro turno. Se muestra ante nosotros un gran recinto sin asientos, con un trono ocupado por una mujer. No la distingo bien por la distancia, además, los Hermanos del Fuego nos robaron las gafas de sol y me duelen los ojos. Este lugar debió utilizarse para hacer conferencias. Está lleno de retratos similares a los del pasillo, pero estos son el triple de grandes y, en vez de hacerse un selfie, en uno de los cuadros la bella mujer lanza un beso, en otra pintura guiña un ojo con una postura seductora, y a su lado hay una obra en la que está de espaldas con sus manos estrujando sus nalgas. ¿Pero qué coño…?

Un anciano de abundante pelo blanco, ojos adormilados y boca ligeramente abierta, con un uniforme medieval de cuero negro, abrigo con el cuello de pelo y capa oscura, muy elegante, se aproxima a nosotros con paso lento y torpe. Parece un mago del siglo pasado o un hijo de Lucifer a punto de hacer una ofrenda de sangre. ¿Será eso este lugar, una secta satánica? ¿Harán orgías de sangre? Eso sería lo único que me faltaría por ver, otra secta y peor que la anterior.

—¿Quiénes sois? —pregunta el hechicero, hablando muy despacio y sin separar sus dedos cruzados.

—¿Secta ser tú o magia harás? —pregunta Martín.

¡Vaya, piensa lo mismo que yo! Y por como mis compañeros miran al hombre, intuyo que todos pensaban lo mismo también, solo que Martín no tiene filtro.

—¿No me recuerda, consejero Aarón? —le dice Marc.

Él se sorprende al recordar y hace una ligera reverencia.

—Hace mucho que no nos vemos, amigo. ¿Te has acordado de traer el regalo para mi señora? Ella no te atenderá sin una ofrenda, ya lo sabes —solicita el consejero de la reina.

—Por supuesto, está aquí mismo —confirma Marc.

Le dice algo al oído al consejero Aarón y él parece interesado.

—Creo que mi señora quedará satisfecha con el regalo. Síganme, por favor.

Avanzamos por la alfombra roja que conecta con el trono, siguiendo al anciano. Marc nos pide que nos detengamos a pocos metros y obedecemos. El anciano Aarón sube hasta el trono y le dice algo al oído a su reina. Él se voltea y nos hace una gran reverencia para presentarla.

¿Es la bellísima diosa de los retratos? Eso parece. Me siento tan excitada como Frank cuando conoció a Pilar, pero con la ventaja de que a mí no me crece nada en la entrepierna.

—¡Su majestad Candace primera, la influyente, adorada por millones de seguidores!

La reina se alza de su trono y Marc nos indica con la mano, apurado, que nos agachemos. Todos hincamos la rodilla. Prometimos hacer todo lo que él nos dijera.

La hermosa monarca lleva puesto un vestido muy corto, ajustado y blanco, que resalta su seductora silueta y sus espectaculares piernas. Sus pies están protegidos con tacones altos de los que brotan tiras entrelazadas subiendo a través de sus gemelos perfectos. Su espalda está rodeada con una gran capa con el cuello de pelo, también blanca. Sobre su cabeza, cómo no, descansa una sencilla, aunque hermosa, corona dorada brillante que consta de tres filamentos metálicos cruzados en forma de trenza. Su cuerpo es una apetecible escultura moldeada por los dioses. Contemplar esta maravilla de la genética, tras cinco años viviendo en un mundo convertido en una chatarrería de proporciones bíblicas, es todo un regalo para la vista. Está tan buena en la realidad como en sus retratos. Mataría por darle un mordisco.

Camina con clase y delicadeza. Sus muslos vibran ligeramente cuando marca un paso, y sus piernas…, debería dejar de mirarlas porque estoy empezando a sudar.

—¡Marc, amigo mío! —le saluda, ofrece su mano y él la besa con cortesía—. Levantaos, por favor. Todos sois bienvenidos.

—Gracias, mi señora —agradece Marc.

Nos ponemos en pie y nos presenta. Uno a uno, hacemos una reverencia cuando dice nuestro nombre.

—Hace mucho tiempo que no visitas Instagramia. Estamos faltos de pintura para mis retratos. ¿La trajiste?

—Es cierto. Hace un mes que no paso por aquí, mi señora. Desgraciadamente hoy no traigo su pedido. En nuestra próxima visita así será, le doy mi palabra.

Ella sonríe.

—¿No vienes a comerciar? En ese caso, dime, ¿qué necesitas de mi reino y quienes son tus acompañantes? —Busca entre los presentes—. ¿Dónde está Toni?

—Toni ha caído en batalla, mi señora. Venimos en misión de reconocimiento para nuestro asentamiento —explica Marc.

—¿Asentamiento? —corta Eli—. No es un asentamiento, es un… —Deja de hablar cuando Marc la interrumpe con un golpe de pie que, espero, la reina Candace primera, la influyente, no haya visto—. ¡Uf, sí! Es un asentamiento, su excelencia, pero feo, muy feo, ¡y pequeño!

La reina le muestra una sonrisa falsa a Eli. A nuestra compañera casi se le escapa la existencia del búnker.

—Vaya… ¡Qué lástima lo de Toni! —se lamenta la reina— Así es el mundo hoy en día; la vida ya no tiene valor.

—Solo necesitamos un lugar donde refugiarnos durante la peligrosa noche, mi señora —solicita Marc—. Mañana, a primera hora, saldremos para retomar nuestro camino.

—Claro, querido amigo. Tus compañeros y tú podéis descansar cuanto queráis en uno de los aposentos de mi castillo. Os quedareis a cenar y de paso negociaremos un nuevo tratado de envío de pintura para mis retratos. Espero descubrir algún día de dónde sacas toda la pintura. Hace mucho que mis exploradores buscan tus almacenes en el yermo y no han dado con nada.

—Si le dijera dónde está, mi señora, no podríamos hacer negocios nunca más.

Ríe con una de las sonrisas más hermosas que recuerdo. Imagino esa boca recorriendo mi cuerpo. Mierda… ¡Me he convertido en Frank!

—Algún día lo descubriré, querido Marc —vacila la reina—. Ahora debemos prepararnos para la cena. ¿Me acompañáis?

Marc agacha el cuerpo haciendo otra reverencia y cede el paso alzando su mano, caballerosamente.

—Detrás de su majestad, por supuesto. Será todo un honor cenar junto a su alteza.

Hacemos un pasillo y cedemos el paso a la reina que, con pasos delicados y sus piernas supremas, avanza hacia las puertas por las que

entramos.

—¡Me cae bien esta mujer! —comenta Eli—. Yo también querría ser poderosa. —Alza el puño—. Sería compasiva…, pero con autoridad.

—No debéis fiaros de su belleza, ¿de acuerdo? —nos susurra Marc —. A primera vista puede parecer una mujer dócil y educada, pero nada más lejos de la realidad. Cumplid las normas y todo irá bien. Os lo recordaré de nuevo, porque hay que repetíroslo todo varias veces; no habléis si no es ella la que os habla primero, y no hagáis ni toquéis nada sin que yo lo diga, sobre todo Eli, ¿de acuerdo?

Seguimos a la reina por unos pasillos, escoltada por dos guardias. Hay más retratos de ella poniendo morritos. ¿Estos cuadros los hizo un artista con ella en esta postura durante horas? A mí me dolería la boca si tuviese que estar todo un día con la cara así.

Hace alrededor de una hora que estoy aquí y todavía no tengo ni puta idea de qué narices va este lugar. ¿Un hotel intacto gobernado por una reina? No entiendo nada.

Llegamos a un salón con antorchas ardientes que crean un efecto tintineante, oscuro y relajante. Una gran mesa cuadrada, una única y enorme mesa rodeada de sillas, con velas, platos y servilletas, espera a sus ocupantes, acompañada de una chimenea caliente al fondo con fuego crepitante encendido.

La reina ocupa un puesto en el centro, acomodada por uno de sus guardias. Su silla es especial, con detalles en madera que simulan una corona y el respaldo cubierto de seda roja. El resto, las de los invitados y entre ellas las nuestras, son de madera, pero básicas.

—Sentaos, por favor —ofrece—. Sois mis invitados. El resto de los nobles no tardará en llegar.

Alza su mano ofreciéndonos asiento y percibo que sería una ofensa no aceptar.

Los guardias se alejan, uno hacia cada rincón del salón, y nosotros nos acomodamos frente a ella, uno al lado del otro. Martín a la izquierda, a su derecha Eli, después Marc, la siguiente yo y a mi derecha Jazz.

Nos regala una cordial sonrisa.

—Y dime, Marc. ¿A dónde os dirigís? —pregunta su alteza.

—Como dije, mi señora, es una simple misión de exploración para nuestro asentamiento —responde él de nuevo.

—Tu asentamiento. Ese lugar misterioso del que nunca me hablas, pero que contiene toda la pintura necesaria para hacer mis retratos. —Juguetea con una cuchara entre sus dedos. ¿Vamos a cenar sopa? No hay cuchillo—. ¿Sabes, querido Marc? Ahora mismo solo tendría que chasquear mis dedos y ordenar a los guardias que te arranquen un ojo. Terminarías contándome dónde está vuestro refugio.

—Sabéis de buena gana, mi reina, que eso no es cierto —anula Marc.

—¿Y tus amigos? Alguno de ellos hablaría. —La reina se dirige a Martín—. ¿De dónde sois, señor?

—Polonia, reina de mí —responde él con su característico acento, que hace reír a la soberana.

—¿Polonia? Vaya… Hace muchos años que no escucho un acento extranjero. ¿Tu asentamiento admite forasteros, Marc?

—No es solo mi asentamiento, majestad. Es mío y de mis acompañantes. Todos somos iguales allí —explica Marc.

La reina golpea la mesa con su puño con fuerza y nuestros cubiertos saltan. A pesar de mostrar una actitud agresiva, continúa siendo una belleza que devoraría.

—¡¿Iguales?! ¡No me tomes por estúpida, Marc, amigo! En todos los asentamientos, ciudades, ¡o putos países del mundo y la historia!..., hubo un gobernante. Llámalo rey, zar, emperador, camarada, presidente, senador o cómo te dé la puta gana, pero siempre existieron clases y siempre existirán. —Nos señala—. Por cierto, ¿tus amigos no conocen mi historia?

—No, mi reina —responde Marc—. No se la he contado.

¿Esta mujer siempre es así? Marc parece preocupado, e intuyo que no, no siempre ha sido así con sus invitados.

Algo va mal.

—En ese caso se la contaré. Será una buena manera de distraernos hasta la llegada de la cena. —Se pone en pie, imponente, y camina hacia la chimenea iluminada por la divinidad del fuego como una diosa dorada. Alza su capa y la usa para refugiarse del frío cubriendo su cuerpo—. Aquel día solo tenía que presentarme aquí y participar en la inauguración del primer hotel capaz de resistir el fuego de un arma nuclear. Todas sus ventanas, su estructura y sus cimientos estaban diseñados para ello. Yo era la influencer del momento en todas las redes sociales, con más de diez millones de seguidores. Hacía cosplay medieval. "¡La atractiva Candace Belle!", así me presentaron. —Se agacha frente al fuego, nostálgica—. Estaba en la cima, perfecta y hermosa…, deseada por muchos y muchas. —Se levanta de nuevo—. Llegué a este hotel y varios cientos vinieron para conocerme, todos adictos al cosplay medieval y a masturbarse con mis vídeos. A los pocos minutos las bombas llegaron. El mundo exterior se volvió salvaje y peligroso, y este lugar, impredecible. ¿Qué sería de mí? Estaba sola y atrapada con una multitud de admiradores obsesionados con mi cuerpo.

La reina se acerca a su asiento, caminando y asomando sus piernas bajo la capa plegada en su torso, hermosas y brillantes con el reflejo de las llamas. Se apoya en el respaldo, mirándonos.

—¿Y qué hiciste? —pregunta Eli.

—¿Qué acabas de decir, insolente? —responde la reina, indignada, conectando sus miradas.

—Quise decir… ¿Qué hizo usted, su alteza? —corrige.

Parece que la reina ha perdonado su descaro. Mira al frente de nuevo y continúa con la narración.

—Tomé una decisión drástica para estar a salvo y no convertirme en carne de onanista. Sé de buena gana que la mayoría de mis seguidores matarían por mí a cambio de sentirme, así que eso hice. En vez de luchar contra muchos por mi vida en una batalla perdida, serían ellos los que deberían luchar por la suya, y a cambio el más fuerte podría poseerme —explica, sentándose poco a poco—. Uno de ellos sería mi rey. Cualquiera podría retar en un duelo a muerte al rey, y solo el ganador o la ganadora tendría derecho a meterse en la cama conmigo. Ese día…

Con un sobresalto, se abren las puertas dando un gran golpe. Entra un hombre corpulento, con una armadura hecha de metal soldado, pero más brillante y adornada que la del resto de los guardias, armado con una espada enorme. Su pelo es negro, como la visión de unos ojos cerrados, largo y cuidado.

—¡Ese día maté por primera vez, maté a aquellos que me retaron, maté por mi reina Candace! —exclama el guerrero, seguido de unos pocos hombres y mujeres con trajes elegantes y antiguos—. Y si alguien desea ocupar mi puesto solo deberá derrotarme en batalla.

Candace ha dicho “la ganadora”. ¿Me atreveré a retar al rey? No, soy una mujer de palabra y prometí escoltar la expedición, además, no abandonaría a Frank.

Un momento…, observo en detalle la ropa de los presentes y no la sacaron de un museo. ¿Son disfraces? ¿Toda esta gente ha creado un reino medieval que reconoce como real? Joder… Creía que el mundo ya no podía estar más jodido y me encuentro con esto.

El rey se sienta junto a su reina y la besa en la boca con pasión. El resto de los visitantes ocupan los asientos vacíos. No serán más de diez.

—No puedo quejarme, la verdad. Como podéis comprobar, ganó el más atractivo —presume la reina.

—Mi señor, es todo un honor conocerle —saluda Eli, haciendo una reverencia.

Aprende rápido.

Él responde con educación, alzándose y besando su mano con galantería.

—Mi señora —dice al soltar su mano—. Rey Argotrón, a su servicio.

Hace, cómo no, una ligera reverencia.

Por un instante creí que este asentamiento había declarado este día como festivo y era costumbre disfrazarse con ropa del medievo, como en uno de esos mercados medievales cutres donde solían vender jabón hecho a mano y relojes digitales baratos. Estaba equivocada.

Menuda puta banda de frikis.

—¿Están todos locos aquí? —susurro tan bajo a Marc que casi ni me escucho a mí misma.

—Todo el mundo está un poco loco en estos tiempos —responde él.

No le falta razón.

—¿Y nuestros invitados son…? —pregunta el rey Argotrón.

—Es nuestro amigo Marc, ¿le recuerdas? —presenta la reina—. Permito que siga vivo y nos visite a menudo porque trae la pintura que necesito para mis retratos.

—¡Cierto! A cambio de proporcionarnos la pintura nosotros os entregamos telas —recuerda el rey consorte—. Admito que envié a varios exploradores para inspeccionar kilómetros a la redonda en busca de tu asentamiento. Algunos no regresaron.

Marc tapa su boca con la palma de su mano con disimulo, pero puedo verla desde mi ángulo. Me mira de reojo y leo sus labios. Creo entender… "Se quedaron con nosotros o pisaron una mina". ¿Intenta contarme que algunos de los aspirantes o residentes del búnker llegaron de este lugar? Tendré que hablar de esto con él más tarde.

Las puertas se abren de nuevo y cuatro hombres entran, cada uno con una bandeja tapada en cada mano. Un quinto va detrás, arrastrando una bandeja con ruedas llena de botellas de cerveza. Parecen estar calientes, pero menos da una piedra.

—¡La cena, al fin! —exclama la reina.

—Me tendrás que disculpar, mi amor. Tras la cena debo irme a patrullar la zona y pasar revista a la guardia —comunica el rey.

—¡No, hoy no! Tenemos un regalo y quiero que lo disfrutemos juntos —dice la reina, susurrando después algo al oído del rey.

Él se alegra y nos mira a todos.

—¿En serio? Qué maravilla, mi amor, pero aun así, querida, debo cumplir con mi deber. Últimamente la zona está llena de merodeadores y hubo varios intentos de asalto por parte de la Compañía Pequod. Disfruta de tu regalo, todo para ti, no te preocupes.

Los camareros colocan las bandejas repartidas por la mesa y destapan su contenido de… ¿latas? ¿Es una broma? Al menos tienen la cortesía de abrirlas con un abrelatas. Creo que en un solo día en el búnker me acostumbré a la buena comida, porque ahora mismo esto me parece un repugnante montón de mierda. Hasta lo que llevaba Martín en su mochila era mejor. Menos mal que Marc tiene enchufe con la reina y solo nos han confiscado las armas temporalmente.

—¿Lentejas en lata? —comenta Eli, un poco asqueada.

—¿Algún problema? —pregunta la reina.

Marc carraspea.

—¡No, qué va! ¡Me sorprendí, pero para bien! —rectifica Eli—. Ha sido un interrogante exclamativo muy alegre, algo como… ¡Oh! ¡¿Mis ojos no me engañan y de verdad estoy viendo deliciosas y apetecibles lentejas enlatadas?!

—No recuerdo haberte escuchado decir deliciosas ni apetecibles —comenta el rey.

—No hace falta decirlo, se intuye —esquiva Eli—. ¡Son lentejas! Un manjar en estos tiempos.

—Eli… —interrumpe Marc—, calla y come.

Todos, bebemos, reímos y comemos… lentejas enlatadas de mierda. Ahora entiendo por qué los habitantes de este lugar que encontraron nuestro búnker se quedaron en él.

Bebemos cerveza. No es fresca, pero sí aceptable. La reina toma botella tras botella. También hay agua, de la que bebo yo.

—Entonces, ¿el cargo de rey consorte se debate con un duelo a muerte? —pregunta Jazz. El rey asiente—. Entiendo. Si alguien desea ocupar el trono deberá luchar cuerpo a cuerpo contra ti.

—Contra vos —rectifica el rey.

—¿Contra mí? —se asusta Jazz, y al instante comprende el error—. ¡Vale, es cierto! Contra vos —dice con una sarcástica reverencia—. Olvidé que estamos en un castillo medieval. —Da un sorbo a su agua —. Parecemos tontos hablando así —murmura.

Creo que el rey la escuchó.

—¿Qué decís, mi señora? —pregunta, confuso.

Las puertas se abren de nuevo con un golpe seco. Mis compañeros y yo damos un salto de alarma. ¿La gente de aquí no sabe abrir más despacio?

Entra un guardia y susurra algo al oído de la reina. Ella nos mira, sonríe y gesticula para que pase alguien.

—No suelo hacer estas cosas durante la cena —comenta, levantándose de la silla. El rey la acompaña hasta la chimenea—, pero me pareció una idea muy interesante mostrar a nuestros invitados cómo hacemos las cosas en este reino.

Entran dos guardias, arrastrando por los hombros a un hombre delgado y malherido. Lo lanzan frente a la reina y cae bocabajo.

—¿Y ese señor? ¿Qué hace aquí? —pregunta Eli, preocupada.

Marc conoce a esta mujer mucho más que nosotros. Está muy serio, algo raro siendo alguien tan bromista; eso me hace pensar que sabe qué ocurrirá, y no tiene pinta de ser bueno. Mi amigo se levanta de su silla y hace una solicitud.

—Majestad, si nos lo permite, desearíamos retirarnos. Estamos

agotados y mañana temprano querríamos continuar con nuestro camino.

—¡No lo permito! ¡Nadie dormirá hoy hasta que yo lo ordene! —grita la reina y todos callamos. Camina despacio y con torpeza alrededor del anciano, que sentado en el suelo mira a su monarca con ojos de terror. Creo que la reina Candace, la influyente, ha bebido demasiado esta noche—. Veréis, queridos amigos —refiriéndose a nosotros—, uno de mis guardias vino corriendo a informarme de algo curioso cuando llegasteis. Resulta que el soldado era de esos que se masturbaba viendo documentales sobre la segunda guerra mundial, lo que vulgarmente se conoce como un "pajero de las armas". ¿Sabéis qué fue lo que me dijo de las vuestras? Me explicó que eran nuevas, sin apenas uso, y añadió que encontrar un M4 con esas modificaciones y un G36 impoluto… o era un puto milagro, o en vuestro asentamiento sobraba de todo. —El rey Argotrón desenvaina su espada y se la da a su reina, que apunta con ella al hombre que está tendido sobre el suelo—. Este anciano es el habitante más viejo del reino. Ya no sirve para nada. No puede trabajar y no puede producir. El mundo ha terminado y… ¿de qué sirve una existencia basada en el sufrimiento? Así que, si no me decís ahora mismo dónde está vuestro asentamiento…

—Mierda, las armas son nuevas… No había caído en ese detalle —me susurra Marc.

Candace levanta la espada, ondulándola con dificultad, como si pesara millones de toneladas, y apunta a la cabeza del hombre, que se orina encima por el terror. Llora como un bebé. Me hace gracia esta hermosa, pero chiflada mujer. ¿En serio asesinará a este pobre ancia…?

¡La ostia!

¡Ha lanzado su espada contra el cuello del hombre sin dudarlo! ¡Media cabeza está colgando y la sangre sale disparada por todas partes como una botella de champagne siendo agitada por el ganador de una carrera! ¡Menuda hija de la gran puta!

—¡¿Pero qué coño haces?! —grita Eli, encarando a la reina bruja.

—¡Jazz, cura viejo! —suplica Martín—. ¡Cura pobre hombre!

—¡¿Cómo quieres que le cure?! —grita Jazz—. ¡Le ha rebanado el jodido cuello!

Marc pide calma a todos y volvemos a nuestros asientos, conscientes de que no podemos hacer nada para evitar este grotesco espectáculo.

El cuerpo del anciano cae sobre su propia orina y sangre, convulsionando. Poco a poco la presión disminuye y apenas lanza sangre pasados unos segundos. La expresión de sus ojos, carente de vida, refleja algo de paz. ¿Cuántos hijos habrá perdido en la guerra?

¿Cuántos años llevará deseando volver a ver a su esposa? El mundo se ha convertido en un manicomio gigante y él ya no quería estar aquí.

Descansa, anciano.

—¡Si no me decís dónde está vuestro asentamiento… mataré a este hombre! —amenaza la reina cruel.

El rey Argotrón se aproxima a ella y agarra la espada por la empuñadura.

—Cielo…, ya has matado a este hombre.

—No. Todavía le queda un trozo de cuello por cortar —rectifica la reina.

—Se ha desangrado. Si chantajeas a nuestros invitados con ejecutar a alguien… no le cortes el cuello antes…, cariño.

Ella mira el cuerpo muerto del hombre, sin una gota de sangre dentro.

—¡Mierda! Es cierto —suelta la espada—. Puto alcohol. Ya sabes lo estúpida que me pongo cuando bebo más de la cuenta. ¿Queda otro viejo inservible disponible para ejecutar?

—No, mi vida. Ya no quedan.

—¿Qué me dices de Vicente? Lo podríamos utilizar —sugiere la reina.

—Es el contable del reino. Necesitamos un contable. El reino está lleno de informáticos, pero ninguno sabe hacer la contabilidad a mano como Vicente, mi amor.

—Tienes razón. —Piensa en alguien—. ¡El asiático, John Liu! Qué asco le tengo a ese tío. Traédmelo. Le cortaré primero su pichita asiática y después la cabeza.

—Maestro de artes marciales. Entrena a los soldados y además los entretiene con su filosofía rara, aunque no es asiático ni ha estudiado filosofía oriental en su puta vida. Se llama Paco, tiene los ojos rasgados, nació en Zaragoza e improvisa sobre la marcha fingiendo hablar un acento chino extraño. Es un tipo curioso, pero es esencial, mi vida. Los soldados lo adoran y respetan.

—¡Me cago en la puta! ¿Roberto? —sugiere la reina.

—Camarero —dice el rey Argotrón—. ¡Oye! ¿Por qué no matas alguno de nuestros invitados? —sugiere—. Tortura a uno de ellos para sacarle información a sus amigos.

¿Qué dice este chiflado?

—¿Estás loco? No sabemos dónde está su asentamiento, cuántos son ni cómo se tomarían la ejecución de uno de los suyos. ¿Quieres que venga un ejército de mil hombres, armados hasta los dientes, a rompernos el culo?

—Ya. Claro, mi reina. —El rey se dirige a nosotros—. Pues nada, chicos. Id a dormir a vuestra habitación. La reina hará lo mismo; a ver si así se le pasa el pedo que lleva. Disculpad, ¿vale? Yo me quedaré

con los guardias para limpiar este desastre.

Chasquea los dedos y dos hombres con armadura se llevan el cuerpo del anciano degollado.

—No quiero dormir, quiero mi regalo —pide la reina.

—¿Tu rega…? ¡Oh! ¡Es verdad! No me acordaba, cielo —comenta el rey, mirándonos—. Debería estar ya disponible.

Si soy sincera, si me apetece dormir un poco, la verdad. Me duelen los ojos. Hay que tener en cuenta que la noche está muy avanzada y llevamos de expedición todo el día. Necesito frotar mi cara con mis manos un momento. Lo hago y todo se oscurece.

Me siento… algo confusa.

Muevo el aire a través de mis pulmones, respirando.

—Por lo visto ya estás preparada, preciosa —dice una reconfortante voz femenina y familiar a mi derecha.

Ojos verdes y brillantes, piel clara, labios jugosos y pelo corto.

—¿Lorena? ¿Qué haces tú aquí? —pregunto.

Por algún motivo que escapa a mi control, no reacciono al contemplarla.

Sonríe con dulzura.

—Lorena, esa soy yo, Phoenix. Llevo aquí todo el día. ¿No te habías dado cuenta, cielo? Te noto algo cansada. ¿Quieres que vayamos a mi cama para dormir?

—Ha sido un día largo y lleno de experiencias. No me vendría mal tomar un respiro, la verdad.

Coge mi mano y me guía por unos pasillos. Están llenos de retratos suyos que me saludan y sonríen. ¿Cuándo se hizo mi chica estas pinturas vivas? Uno de ellos me hace una foto con su móvil y quedo ciega durante unos segundos. ¿Será cosa de magia?

—¿Qué te pasa, mi amor? —me pregunta, todavía agarrando mi mano.

—Lorena, diles a tus cuadros que no me hagan fotos. Me molesta mucho el flash.

—Claro, bombón. Mañana los castigaré, no te preocupes.

¿Bombón? Lorena nunca me llamó así. Y hablando de chocolate. ¿Te has preguntado alguna vez por qué el turrón es de calidad suprema? ¿Y si alguien hiciera un turrón mejor, de qué calidad sería; épica, legendaria quizá?

¡Wow! Todo me da vueltas y tengo que pensar cómo dar cada paso para no caer al suelo. ¿El suelo está hecho de goma? Lo noto blando. ¡Ah, claro! Es por la suela de mis zapatillas.

Sigo caminando de su mano y tras ella. Bajo la mirada y…., su culito. Es redondo, suave y apetecible, como un melocotón. Su vestido crea una arruga que viene y va según contonea sus nalgas.

¿Es cosa mía o se mueve a cámara lenta?

No puedo evitar darle un fuerte azote. Ella se gira y sonríe lanzando una leve risilla.

Llegamos a una habitación muy lujosa y grande. La cama está adornada con niños de madera que me lanzan besos, y cubierta con una sábana roja que respira. En un lado hay un escritorio con una silla que mueve sus pies con un baile lento. El armario es gigante y moderno, sin puerta, con la ropa a la vista y cambiando de posición a voluntad. Las camisas se cuelan en el hueco de los zapatos y estos saltan hasta el cajón de la ropa interior.

¿Por qué hace tanto calor de repente?

—¿Crees que podremos dormir tranquilas con toda tu ropa dando saltos, Lorena? —pregunto.

Sus ojazos son más verdes y sus labios más carnosos que nunca.

Agarra mis pechos, mirándome con deseo, y me produce escalofríos.

—¿Quién dijo que íbamos a dormir? —me dice y susurra algo—. Quiero follar contigo hasta que amanezca. Tienes una mirada salvaje, una mirada forjada matando en el yermo, y eso me pone muy cachonda. Me aburrí de probar el mismo plato día tras día, y además, hace tanto que no estoy con otra mujer… —Lame mi barbilla y sube su lengua húmeda por mis labios, mordiendo el superior un poco.—. Tu sabor y tu olor son diferentes, Phoenix.

Me empuja y caigo bocarriba dando un ligero salto en el colchón. Lorena, sin dejar de mirarme sonriente, me quita primero una bota con delicadeza y después la otra. Arrastra sus manos subiendo por mis piernas hasta que sus ojos alcanzan mi ceñidor, que desabrocha. Quita el botón de mi pantalón, separa la cremallera y lo baja hasta dejarlo caer en el suelo para contemplar mi ropa interior. Levanta la mirada y muerde su labio.

—Bésame, Phoenix —susurra.

Unimos nuestras bocas en una mar de saliva y deseo, conectando nuestros cuerpos con nuestras manos. Desabrocha mi chaqueta y me la quita, junto a mi camiseta y el sujetador deportivo tremendamente cómodo, dejándome solo en ropa interior.

—Había olvidado lo suave que era tu piel, Lorena.

Ella sonríe y desciende, arrastrando la punta de su lengua por mi cuello, moviéndola como una serpiente entre mis pechos y llegando más abajo del ombligo.

—Quiero escucharte gemir, Phoenix —confiesa. —Quiero hacerte gritar tan fuerte que las paredes se agrieten.

La simple idea de su boca conectando con mi vulva hace reaccionar mi cuerpo y mi entrepierna se humedece. ¿Qué es esta excitación? Siempre fui muy sexual, pero tanta lujuria escapa a mi control.

Su lengua caliente devora mis ingles con deseo. Aparta mi ropa interior con su meñique. Humedece sus labios y acerca su lengua hasta mi vagina. Devora mi cuerpo y acaricio su pelo cuando su saliva empapa mi pepita. ¿De dónde viene tanto placer? Miles de lenguas chapotean con lujuria salvaje por todo mi interior. Entran y salen, elevándome al cielo con un fuego frenético, activando a la vez todas mis zonas sensibles. Un escalofrío sale de la boca de Lorena, sube por mi ombligo trepando a través de mi torso y llega hasta mi cabeza transformado en placer extremo. Crece tan rápido que tengo que agarrarme con fuerza a las sábanas para no aplastar el cráneo de Lorena con mis muslos.

—¡Mi amor, nunca me lo habías hecho así! ¡¡Me voy a correr ya!!

¡Estoy lanzando un orgasmo sobre ella, que se aparta riendo! ¡Babeo, sudo y sacudo mi cuerpo llevado por el éxtasis! ¡Las paredes se agrietan por mis gritos!

El orgasmo termina y mi corazón reduce su latido. Los segundos pasan y todavía tirito de placer.

Jamás había sentido uno así, tan intenso.

Lorena se levanta, desabrocha su capa de plumas de su cuello y la deja caer. Se quita su vestido blanco ajustado desde abajo, subiéndolo, coqueteando y contoneando la cadera. Cuando llega a la altura de los pechos, estos caen por la fuerza de la gravedad. No los recordaba tan hermosos y perfectos. Tira el vestido también al suelo. No se quita los tacones con cinta enredada en sus gemelos.

—Tu carne es deliciosa, Phoenix. ¿A qué no puedes tener solo uno, bombón? ¿Repetimos? Quiero que nos corramos juntas esta vez. Tengo algo que te gustará.

—Aguantaré todo lo que quieras darme —presumo.

Sonríe con una mirada perversa y tentadora.

—Desnúdate y túmbate —me ordena.

Me tumbo bocarriba. Lorena levanta una de sus hermosas piernas y se sienta sobre mí cintura. Siento la suave piel de sus muslos.

—¿Preparada para un segundo asalto, bombón? —pregunta, sentada sobre mí, completamente desnuda.

Agarrando con sus manos e introduce en ella, con suavidad y gimiendo, mi enorme… ¿pene?

—Lorena, me estoy acojonando. Tengo pene y encima lo siento conectado a mí —pregunto, confusa.

Ella no le da importancia, es más, le hace gracia.

—Magia, cariño. Solo es un milagro, no te asustes —explica, guiñándome un ojo.

—¡Lorena, esto no es posible! ¡¿Cómo puedo tener una polla de repente y encima notar el…?! —Cabalga una vez, arriba y abajo, con suavidad, emitiendo un sonido gelatinoso—. ¡La ostia! ¿Qué me está

pasando?

Siento la carne de su interior, caliente y húmeda, alrededor del miembro que ha crecido de mí, y es increíble. Percibo los latidos de mi corazón dentro de la vagina de Lorena. Nunca había notado nada similar. Esto es algo… diferente.

—¿Decías? —pregunta, deteniéndose—. No te escuchaba porque estaba distraída intentando darte placer.

—¡No decía nada, continúa! —suplico.

A mi chica le hago reír, siempre lo he hecho. Me fascina su risa.

Sus labios son tan dulces que quiero arrancárselos a mordiscos.

Sus ojos verdes brillan más que nunca.

Su piel es demasiado suave.

Mueve su cuerpo despacio, arriba y abajo, jadeando. Sus pechos bailan al ritmo de su cintura. Con cada mano saboreo uno y Lorena sujeta mis muñecas para que no las aparte.

—Son… tuyas —susurra, balanceando su cuerpo.

Noto un placer extraño, diferente, que llega con suavidad y disimuladamente hasta la punta de mi amigo de alquiler.

¿Estaré cerca de descubrir el mayor misterio de la humanidad? Puede que pienses en… "¿existe la vida después de la muerte?" No me refería a ese tipo de secreto. Sentiré el placer del sexo opuesto, un misterio que solo los dioses conocen.

Suelto sus pechos, suaves y perfectos, que han endurecido mi prótesis biológica hasta convertirla en piedra, para acariciar sus piernas perfectas. Bailan cuando Lorena trota, gritando tanto que se agrietan más las paredes.

—¡Joder, Lorena! ¡¿Qué me estás haciendo?!

Me da un cachete en la mejilla. Ella nunca había hecho eso, pero no me disgusta.

—¡Cállate, Phoenix! —Coge mis manos y levanta mis brazos sobre mi cabeza. Baja su cuerpo y me besa con pasión, sin dejar de moverse. —Calla y bésame.

El sabor de su boca es dulce.

Con Lorena agachada sobre mí, besándome, puedo mover mejor mi cadera. Hago chocar nuestros cuerpos y sus nalgas contra mi cadera suenan como una bofetada continua. Besa mi cuello y juega con su lengua sobre mi piel.

—¡Más deprisa, Phoenix! —grita arañando mis brazos—. ¡Estoy a punto de correrme!

Este placer es nuevo, sutil y diferente al mío.

Lorena alza su cuerpo, lanzando su largo cabello hacia atrás con un movimiento de cabeza que deleita mis ojos y me enciende hasta quemarme. ¿Cómo le ha crecido el pelo en tan poco tiempo?... ¡Dios! ¡No puedo pensar con claridad! ¡La culminación se acerca y no me

centro!

Está envuelta en sudor brillante.

Embiste nuestros cuerpos, arriba y abajo, moviendo su maravilloso culo con violencia. Sus nalgas vibran con cada empujón.

Un momento…, me ocurre algo. ¡El sutil placer aumenta de forma repentina, cada vez más! ¡¿Qué me pasa?! ¡Nunca había sentido esto! ¡Creo que me voy a…!

—¡Lorena, noto algo saliendo de mí! ¡Me voy!

¡Este orgasmo dura un segundo! ¡Es un instante extremo, un momento en el que el mundo es mío y me siento poderosa, un soplo de paz y libertad, un relámpago en el que los problemas no existen!

—¡Yo también! —grita Lorena nadando un mar de lujuria—. ¡Me corro!

Noto algo recorriendo mi interior y brotando caliente de la punta de mi nueva arma. Recarga y dispara varias veces, y con cada disparo el éxtasis llega al punto más extremo. Mi cuerpo se sacude con cada eyaculación y poco a poco se reduce el orgasmo, hasta terminar con uno pequeño, acompañado de una leve convulsión.

Pasados unos segundos, todo termina y no siento nada.

Mi fluido brota del interior de Lorena y resbala hasta mí. Ella, todavía con mi nueva adquisición dentro, ha dejado caer su cuerpo hacia delante y respira satisfecha, pero agotada. Siento un placer palpitante con nuestra conexión.

—¿Te gusta lo que ves? —me pregunta.

—Me pone mucho lo que veo —vacilo.

—Podrás deleitarte con mi cuerpo esta noche, Phoenix, hasta que caigamos fulminadas. Quiero darte un regalo. —Levanta su torso, agarra mis manos y las pone en sus nalgas—. Te he observado y sé cómo me has mirado. Me deseas, pero sobre todo deseas algo de mí.

Su piel, sus ojos, su boca y su pelo… Todo en ella es perfecto.

Se separa de mí y camina sobre el colchón a cuatro patas. Se inclina todo lo que puede permitirle su espalda. Contemplo una maravilla, redonda y perfecta.

—Tu culo… —susurro—. Me apetece mucho mordértelo.

—Me gustó mucho tu azote. ¿Lo quieres, Phoenix? Es tuyo. Ahora respira y céntrate en él. Tócalo cuanto quieras o si deseas hacer algo más, puedes. Considéralo un regalo, todo para ti.

Palpo su nalga izquierda, sublime y delicada, y percibo como mi pene recién nacido crece y se endurece. ¿Cómo es esto posible?

—Mis manos están sintiendo la mejor piel del mundo —digo, excitada.

Ríe con belleza. Aviva mi fuego con cada parpadeo de sus ojos verdes.

—¿Estás preparada para correrte otra vez? —Su forma de susurrar

me estimula sin control—. Métela. No temas.

Me acerco a ella caminando de rodillas. Agarro a mi nuevo amigo y lo introduzco de nuevo en… ¡Esto no tiene sentido! Otra vez, el placer sutil que llega. Embisto a Lorena con fuerza agarrada a sus caderas, una y otra vez, poseída por un demonio. Ella chilla tapando su boca con el colchón para que no caiga el techo sobre nosotras.

Las paredes se agrietan tanto que pequeños trozos caen al suelo.

Dentro y fuera, una y otra vez, entre rebosante humedad, golpeo sus nalgas con mis caderas y, cuanto más fuerte lo hago, más siento su calor interior.

—¡Soy tuya, Phoenix! ¡Fóllame toda la noche!

12 Aposentos de la reina Candace, la influyente

Abro los ojos, muy confusa. ¿Dónde coño estoy? ¿Qué me acaba de pasar? Entra una luz colosal a través de un gran ventanal. Estoy en una suite lujosa, pero anticuada. Parece una habitación medieval. La cama en la que estoy tumbada tiene… ¿Cómo se llamaba esta cosa? ¡Dosel! Tiene un dosel de madera con niños tallados y sábanas rojas suaves.

Estoy desnuda y mi ropa está sobre el suelo. Me visto para investigar este lugar. Camiseta, pantalón y chaqueta mimetizados, y pañuelo táctico. Me quedo descalza. Un momento, no encuentro mi Peco. ¿Dónde…? ¡Ah! Ahí está, bajo la cama. Paso el Peco por mi espalda como una mochila y lo acoplo con un clic por delante, a la altura del pecho. Casi todo lo que almacenaba se quedó en el puesto de guardia, pero todavía tengo los cargadores, el walkie y la funda con la cámara… vacía. ¿Cómo? ¡La cámara no está!

—Respóndeme a una duda, Phoenix —me dice la reina Candace, la influyente, con vaqueros y camiseta blanca, descalza y sentada en la silla de un escritorio, trasteando con mi cámara—. Conozco a casi toda la clase acomodada y ninguno de los Aguacates me suena de nada. ¿Cómo pudieron reservar mesa en el restaurante del chef Salazar? Ni yo pude conseguirlo. Era uno de los restaurantes más caros del planeta.

Mierda…

La cámara…

Ha visto las grabaciones.

—¿Qué me has hecho? —pregunto.

—Eras mi regalo y te disfruté. —La reina se levanta—. Dormir en mi hotel tiene un precio. Unos ofrecen comida y otros objetos de valor. Marc sabía lo mucho que yo necesitaba disfrutar de una mujer y te ofreció a ti.

Intento encajar piezas en mi cabeza.

—No lo comprendo. Anoche me acosté con Lorena, con mi pareja, sin embargo, ella murió por las bombas… Espera, ¿eras tú? Pero yo la veía a ella, a no ser que… —Consigo terminar el puzzle—. ¡¿Pusiste droga en mi agua, hija de puta?!

—Sí, follamos toda la noche. Mis juguetes te volvieron loca. ¿Te suena esta polla doble de goma? —Ríe, mostrándomela—. Creíste que había salido de ti. Estabas totalmente ida —se burla—. Tranquila, las alucinaciones son un efecto secundario. Tampoco habrías hecho algo

que no hubieses querido, esa droga no anula tu voluntad. —Se me está hinchando la vena del cuello de la mala ostia que me está entrando—. Con la droga que te puse, los sentidos se activan hasta el límite. Con ella, un orgasmo se multiplica por diez. No te quejes, disfrutaste como nunca con tres o cuatro orgasmos extremos, después, caíste rendida. Sentí curiosidad por lo que tenías guardado en tu ceñidor, y cuando lo vi… —Tapa su boca interpretando una sorpresa—. ¿Esto es una cámara? ¿Qué habrá grabado? La enciendo y… ¡sorpresa!

—Majestad…

—¿*Masjesqué*? Déjate de formalidades, Phoenix. Estamos solas en mi suite, no tengo motivos para seguir interpretando este estúpido rol.

Tras lo dicho, la llamo por su nombre.

—Candace, por favor, devuélveme la cámara y olvida lo que has visto —sugiero.

—¿Que olvide la bebida fresca y el hospital lleno de medicamentos? Y sobre todo…, ¿quieres que olvide la electricidad, Phoenix? —Da un paso y se acerca un poco a mí—. ¿También quieres que olvide el servidor lleno de ordenadores? Por cierto, lo que estáis buscando es un servidor, ¿verdad? —Sonríe, maliciosamente—. Da la casualidad de que sé dónde encontrar uno.

No me lo esperaba.

—¿Sabes dónde hay un servidor? —pregunto y ella asiente—. Mira, si lo que quieres es una plaza en el búnker, solo tienes que hablarlo con Marc. Hay sitio de sobra.

Ríe a carcajadas, como un villano a punto de cagarla contándole su plan al héroe que, obviamente, escapará.

—No quiero una plaza en el búnker, quiero todo el búnker —corrige la influyente.

—No te comprendo, Candace.

—Entraré ahí, asesinaré a los gilipollas de los Aguacates, y seré la reina del búnker. Conectaré ambas comunidades y fundaremos una nueva provincia, mi provincia. Instagramia será el cuartel de mi ejército desde el cual conquistaré asentamiento tras asentamiento.

—Esa gente es feliz con su estilo de vida, todos sus ciudadanos son iguales. No permitiré que lo hagas.

Da otro paso hacia mí.

—Mírame a los ojos, Phoenix, y júrame que todos los ciudadanos son iguales en el búnker. Dime que todos tienen los mismos derechos y comodidades.

—Sí, los tienen, Candace —miento con descaro.

Lanza su silla hasta mí, que golpea una pared a mi lado, y se rompe en varios pedazos. No me hace ningún daño, por suerte, pero me ha sobresaltado.

—¡Mentirosa! —me grita furiosa—. Sé que aquí vivo mejor que

nadie. Tengo una habitación gigante, tengo la mejor comida de la que disponemos, y todos están a mis pies como los perros que son. Los líderes de ese búnker, esos Aguacates, no son diferentes. He visto toda la grabación, y la diferencia entre residentes y aspirantes, esas personas marcadas con un uniforme de color azul y líneas amarillas, con derecho a migajas a cambio de explotación laboral. La única diferencia entre los Aguacates e Instagramia es que allí las clases se definen por su trabajo y aquí por su fuerza o influencia. Seré yo la que defina la sociedad a partir de ahora, Phoenix, como hacía antes de esta mierda de guerra, cuando todos me adoraban en las redes sociales y hacían sin pensar lo que yo les decía. —Toma aire. ¿Qué intenta hacer?—. ¡¡Guard…!!

¡Mierda, llamará a los guardias!

Agarro un trozo de madera que formaba parte de la silla y, con toda la fuerza y rapidez que tengo, lo lanzo contra su cara. Impacta en su nariz, que cruje y desparrama sangre.

Se queja de dolor y aun así toma aire de nuevo para gritar.

—¡Ni se te ocurra intentarlo, cabrona! —ordeno.

Corro hacia ella. Golpeo el duro hueso de su mejilla con mi puño y cae bocarriba, retorciéndose por el dolor.

—¡¡Pu… ta!! —me insulta la gran reina Candace primera, la que ya no influye.

Levanto mi pie y apunto a su cara.

—Cómo grites te aplasto el cráneo —amenazo.

—¿Descalza, imbécil? Te romperás el pie.

—¿Quieres apostar algo? —vacilo—. ¿Dónde está ese servidor?

Ríe, lanzando sangre por la nariz.

—Vamos, bombón. Podemos llegar a un acuerdo. —Levanta su camisa y me muestra sus perfectos y apetecibles pechos—. Admite que disfrutaste como no lo habías hecho en años. —Lo reconozco, nuestros polvos fueron impresionantes, pero no se lo digo a ella, aunque creo que lo ha notado en mis ojos—. Yo también lo pasé muy bien contigo, princesa. Aparta el pie, mandaré al rey Argotrón a tomar por culo, y tú ocuparás su trono —sugiere—. ¿Qué me dices, mi reina?

—¿No crees que ya tuvimos suficiente con una dictadora antes de la guerra? —Recuerdo a la esposa del mamón que acabó con el mundo —. ¿Has olvidado quién lanzó las bombas? Los Aguacates no serán perfectos, pero no ejecutan a hombres desarmados como tú.

—¿Seguro que no? ¿Y qué fue lo que hicieron con el chef Salazar? ¿Acaso eso no fue una ejecución? —Joder…, no sé qué responder a eso. Tiene razón, pero…—. Sigo preguntándome como consiguieron una mesa en ese restaurante. ¿No lo has pensado?

—¿Y a mí qué coño me importa cómo consiguieron una cena? Además, Marc dijo que iban a gastos pagados.

—Debería importarte. En las entrevistas de las grabaciones todos hablan de su pasado con trabajos de mierda, y ninguno podía permitirse cenar en ese restaurante. ¿Una cena gratis, el chef Salazar, el hombre más tacaño del universo? ¡No me hagas reír! A no ser…

—¿A no ser… qué? —pregunto.

Se empieza a dormir mi pierna.

—¡Vaya! Ahora te pica la curiosidad, ¿verdad? —Parece encantada con mis dudas—. ¿Cómo podría un grupo de idiotas cenar gratis en uno de los restaurantes más lujosos del mundo? Te lo diré si te conviertes en mi reina.

Tengo a gente esperándome. No puedo seguir perdiendo el tiempo con esta mujer.

—Candace, sinceramente, no quiero hacerte daño. Deja que mis amigos y yo nos marchemos, y no volverás a verme.

—He visto el búnker y no pararé hasta encontrarlo. No es justo que vosotros tengáis electricidad y nosotros muramos de frío.

—Hablaré con la presidenta Pilar sobre vuestra situación, te doy mi palabra, pero antes tenemos que solucionar el problema del servidor.

—Mientes otra vez, Phoenix.

No puedo perder más tiempo.

—Candace, necesito tener la garantía de que no avisarás al guardia mientras me pongo las botas y me dejarás marchar. Admito que ha sido una de las mejores experiencias sexuales de mi vida, además, con la que casi seguro será la mujer más atractiva y lasciva que quede con vida en todo el planeta, pero siento una extraña conexión con los Aguacates y no me preguntes por qué. No seré tu reina, lo siento. Además, tengo con ellos a mi mejor amigo, con el que he sobrevivido estos cinco años. —Trago saliva—. ¿Dónde está ese servidor del que hablas?

Un segundo.

Dos segundos.

Tres segundos.

Me mira fijamente con sus ojos perfectos.

—La Compañía Pequod, ellos tienen. Comerciábamos carne con ellos, hasta que descubrimos que se trataba de una carne repugnante, cuya procedencia prefiero no mencionar. Dejábamos entrar a uno o dos para traer la mercancía y un día, borrachos, nos contaron que dónde vivían había todo tipo de tecnología informática —me cuenta —. Te dejaré marchar, Phoenix, pero no te puedo prometer que ignoraré la existencia del búnker de los Aguacates.

—Lo comprendo, aunque no lo encontrarás, y aunque lo hicieras, no podrías entrar.

Vuelvo a la cama y me siento. Me pongo una bota y la ato. Agarro

la segunda y meto mi pie dentro. Hago los nudos necesarios con los cordones.

Qué silencio.

¿Candace? Está de pie, mirándome fijamente, sonriendo maliciosamente, como si planeara algo.

¡No!...

—¡¡Guardia!! —grita a pleno pulmón.

—¡Mierda, hija de puta! —me abalanzo sobre ella y cae de nuevo.

Se lo advertí.

Apunto con mi bota a su cara y sonríe. Por lo visto está convencida de que no lo haré. Se equivoca. Golpeo su boca para que deje de gritar. El hueso de su mandíbula cruje y me parece que rompo algún diente.

Grita, grita con fuerza atragantándose con su propia sangre.

Deprisa, le doy el segundo golpe, esta vez en el cráneo, que se abolla hacia dentro.

El mundo no ha cambiado. La muerte formaba parte del pasado, matar estaba tatuado en la mente de muchos, y sigue ocurriendo tras el final. La ambición y el poder no desaparecerán jamás. Los más fuertes matan a los más débiles, y los más inteligentes manipulan a los más idiotas; la vida funcionaba así y seguirá haciéndolo hasta el final definitivo de la última forma de vida de este planeta.

Deja de moverse.

No es la primera vez que mato a alguien, pero esta mujer es diferente a todos los que he enviado al otro mundo. Hice el amor con ella, lo disfruté, y de cierta forma me duele verla así. Tocó la cima y, cuando la montaña se quemó, se obsesionó con volver a subir.

—Lo siento, su majestad. —Espera, ¡acabo de recordar que esta puta mató a un anciano inocente cortándole la cabeza, obligó a frikis pajeros a batirse en duelos a muerte, y me drogó para follarme! ¡Lo había olvidado! Escupo al cadáver—. ¡Qué te den!

Llamaré a Marc por el walkie y…

La puerta se abre y entra el enorme guardia. Contempla la macabra escena, con la reina con la cara destrozada y muerta.

—¡¿Qué ha pasado aquí?! —pregunta, estupefacto.

—Pues… —Improvisaré. A ver que se me ocurre—. Resulta que le iba el masoquismo extremo. ¿Sabías que hay hombres a los que les gusta que les pisen los testículos con tacones?

Lleva sus manos a su entrepierna al imaginar el dolor.

—¿Testículos aplastados con tacones? Eso es imposible, se romperían —opina.

—¡No, aguantan mucho! Eso sí, es doloroso de narices. —Carraspeo—. Como decía, a la gran reina Candace, la influyente, le iba el masoquismo extremo y quería que le pisara la cara, pero la cosa se

nos fue de las manos.

Mira el cadáver y después a mí. Me parece que no cuela.

—¡Pero si tiene el cráneo aplastado y la nariz rota! —exclama.

—Ya…, eso. Sí, pero se recuperará. Ahora solo está inconsciente.

El guardia desenfunda su espada y el metal suena afilado.

Esto pinta mal.

—¿Crees que soy estúpido? —Prefiero no responder—. ¡Has matado a la reina!

—¡Ha sido un accidente sexual!

Se lanza sobre mí, directo con su espada hacia mi cuello. Levanto la sábana y el guardia la atraviesa, quedando atrapado. Parece que no ve nada. Aprovecho para coger la cámara y guardarla en la funda de mi Peco mientras salgo por la puerta corriendo a toda velocidad. Justo al salir me cruzo con Aarón, el consejero, con su traje negro. Solo es un anciano inofensivo, no le haré nada. Me mira fijamente mientras me alejo a toda leche y veo como se reduce al aumentar la distancia.

Saco el walkie sin detenerme.

—¡Marc, ¿me escuchas?! —digo al comunicador.

Este lugar es enorme, no paro de cruzar por pasillos. ¿Dónde coño están las escaleras?

—¿Phoenix, eres tú? —pregunta Marc—. ¡Buenos días, mujercita!

—¡Ni mujercita ni mierdas; me vendiste a la influyente de los cojones!

Aquí están las escaleras, tras una gran puerta de metal, en un pasillo vacío.

—Perdóname, pero teníamos que pagar. Eli y Jazz no son lesbianas. Martín y yo nos habríamos ofrecido, pero, ¿has visto nuestra cara? A Martín le faltan dientes y yo soy calvo —explica Marc. ¿En qué planta estoy? ¡¿La treinta?! No me jodas—. Tú eras perfecta, salvaje y joven. —Escalón a escalón, empiezo a descender. ¿Cómo narices he llegado aquí arriba?—. Creía que te gustaban las mujeres, y no debe quedar con vida ninguna más atractiva que ella en todo el mundo.

—Vale, Marc. Reconozco que Candace era una diosa, pero me drogó y tú lo sabías. ¡Haberme pedido simplemente que me acostara con ella! ¡Habría aceptado, capullo! ¿Cómo iba a decir que no a una mujer así tras cinco años?

—Pues discúlpame, Phoenix. Venga, baja hasta la recepción, que estamos esperándote para salir. Tenemos nuestras armas. ¿Dónde estás que jadeas tanto, todavía tirándote a la reina?

Estas escaleras nunca terminan.

—¡Bajando por las malditas escaleras, Marc! ¡Treinta pisos, ni más ni menos!

—¿Por qué no cogiste el ascensor?

—No funciona. ¿Tantas visitas hiciste a este lugar y olvidaste que no tienen electricidad?

—Tienen esclavos moviendo las poleas del ascensor, Phoenix.

—¿La reina tenía esclavos moviendo poleas? ¿Hablas en serio?

—Sí, Phoenix. ¿Creías que la reina subiría treinta pisos a pie al día?

—Puede. De alguna forma tenía que mantener ese culo perfecto, digo yo.

—Un momento… ¿Tenía? ¿Por qué hablas tanto en pasado, mujercita? ¿No habrás…?

—Es largo de contar, Marc, y sí, yo he.

Sigo bajando escaleras. Quedan diez plantas. Respira, Phoenix, tú puedes. ¡Esto es demoledor!

—¿Qué coño ha pasado? —pregunta Marc.

—La pillé toqueteando la cámara. Vio las grabaciones del búnker y se obsesionó con tomarlo y convertirse en su reina.

—¡¿La reina ha visto las grabaciones y has tenido que asesinarla?! Menudo marrón, ¡joder! Pensé que solo se acostaría contigo, no que rebuscaría entre tus cosas. Vale, baja hasta la puerta antes de que den la alarma y hablaremos de esto cuando estemos en un lugar seguro.

Guardo el walkie en el Peco sin detenerme y bajo a toda velocidad. Llego a la recepción y camino deprisa, pero con cierto disimulo. No hay nadie en el restaurante ni en el bar. La recepción también está vacía. Veo la puerta principal del hotel, donde me quitaron las armas, iluminada con la gran luz de la esperanza. Salgo al exterior cegada por el sol.

—Hola…, Phoenix —saluda Jazz—. Llegas a tiempo para la fiesta. Tranquila, ya saben lo que has hecho. Nos han pillado.

Mis compañeros, con las manos levantadas, están rodeados por guardias que les apuntan con semiautomáticas y espadas. Levanto las manos, estoy desarmada, y paso a paso me uno a mi equipo.

Uno de los guardias avanza, el mismo que cubrí con una sábana en la suite de la reina.

—¿Tú qué crees que os pasará a ti y a tus amigos por asesinar a la reina? —amenaza—. El rey está a punto de llegar. Él decidirá qué hacer con vosotros. Creo que, como mínimo, os arrancará la piel con un cuchillo sin afilar.

—¿Sin afilar? —pregunta Eli—. Pues ya hay que tener mala sombra para hacerle eso a alguien, y ganas, la verdad. ¿Os imagináis? —nos pregunta—. Tira a tira, arrancar la piel. Algo así podría durar horas. Preferiría mil veces ser antes la víctima que el verdugo. ¡Qué pereza me da solo pensarlo!

—Es la tortura favorita del rey Argotrón —se excusa el guardia.

—No digo que no sea divertido, al menos durante los primeros

quince minutos. Sería mejor utilizar cuchillos afilados, y ojo, solo es mi opinión. ¿No tenéis ninguno por aquí, o un cúter?

El rey Argotrón llega, hecho una furia, con su gran capa y su armadura completa, añadiendo un yelmo imponente que no llevaba puesto durante la cena. Me recuerda a un casco espartano.

Estamos en clara minoría.

—Bueno, amigos, me parece que la habéis cagado del todo —amenaza—. ¡Habéis asesinado a mi reina!

—Técnicamente me la he cargado yo, así que haz lo que quieras conmigo y deja marchar a los demás —le explico.

—Chica, estás loca si crees que perdonaré la vida de tus compañeros. Ni lo pienses, todos seréis ejecutados hoy. La cuestión ahora es, ¿de qué forma os podría matar? —Pasea a nuestro alrededor, pensativo, mientras los otros guardias siguen apuntándonos con sus espadas—. Podría…

—¿Arrancarnos la piel con un cuchillo sin afilar durante horas? —interrumpe Eli.

—Sí…, eso pensaba hacer —aclara el rey Argotrón—. ¡¿Quién ha sido el capullo que se lo ha spoileado?!

El guardia de la sábana levanta la mano con timidez.

—Yo, mi rey. Perdón.

—Joder, Andrés, siempre estás igual. Me has jodido la entrada otra vez. ¿Tienes algo contra mí? ¡¿Qué coño te pasa?! —se queja Argotrón.

—Perdone, mi rey. Es un tic que tengo, no lo puedo controlar.

—¿Le has arrancado la piel a alguien alguna vez? —pregunta Jazz —. Debe ser asqueroso, por no mencionar que la víctima gritará como un cerdo en el matadero. Hay que ser muy cabrón para llegar a ese extremo.

—¡Mira hombre grande, Jazz! —interrumpe Martín—. ¡Cara malo! Da miedo como abuela sandalia o como pirata.

—¿Este hombre te asusta, Martín? —pregunta Jazz—. Te asustas con muy poco y, además, los piratas no dan miedo. De pequeña me disfrazaba de uno, con parche y todo.

—Y mi abuela tampoco daba miedo. Nunca me pegó con la chancla —comenta Marc—. Tenía su carácter, pero incluso enfadada era un encanto, ¡y hacía unas paellas increíbles!

—¡Paella! No digas eso, ¡qué hambre me ha entrado! —dice Eli.

El rey Argotrón no da crédito.

—¡¡Basta!! —ruge—. ¡Doy miedo como un pirata zombi, como la chancla de una abuela estampada en la cara, y sí, os voy a arrancar la piel, ¿estamos?!

—Vale, vale. Joder…, qué carácter —comenta Eli.

—Yo te garantizo que este idiota no le arrancó la piel a nadie en su

vida y nos está echando un farol —opina Jazz.

—¡Argh! —grita Argotrón, saturado por nuestra charla.

—¿Veis? Grito pirata —dice Martín.

—¡Sí, le arranqué la piel a gente, ostia! —se queja Argotrón, pataleando como un niño pequeño al que le han apagado la televisión para ir a dormir—. Se acabó. Todos a las mazmorras para que decida el orden de la ejecución.

—¿El orden para desollarnos? —pregunta Jazz.

—¿Disculpa? ¿Qué es desollar? —dice Argotrón.

—Desollar es despellejar. ¿Veis? Lo que yo decía. Este bocazas no le arrancó la piel a nadie.

Los soldados se acercan a nosotros y nos fuerzan para trasladarnos a todos a las mazmorras. Se me ocurre una gilipollez.

—¡Por favor, mi rey! —grito—. ¡Suplico clemencia a vos, majestad! ¡Tened compasión y perdonad a mis compañeros, gran señor! ¡Ahora sois el rey único y nadie podrá retaros! La reina ya no está y el trono es todo vuestro.

Argotrón se detiene.

—Tienes razón… Ahora soy el rey absoluto de Instagramia.

—¡Un momento, no había caído en eso! —comenta un soldado flacucho que retiene a Marc—. ¿Ahora no podré retar al rey para ocupar su puesto y acostarme con Candace?

—La reina está muerta, chaval —le recuerda Marc—. Si te va la necrofilia quizá puedas retar a este capullo para follarte al cadáver.

—¿Qué reina muerta ni qué ocho cuartos? Le seguí el rollo medieval a este idiota porque tenía una posibilidad de acostarme con ella, pero ahora ya no tiene sentido seguir con este rol —se queja el guardia flacucho, tirando su casco al suelo, frustrado—. Joder, ¡cinco putos años entrenando y no ha servido de nada!

—Pues habrás entrenado mal, chico, porque estás muy flaco —opina Marc, y estoy de acuerdo con él.

—¡No he ganado músculo, pero he ganado agilidad, ¿vale?! —lloriquea el soldado—. ¿Sabes qué? Paso de esta mierda. Ya no tengo motivos para seguir haciendo el papel de soldado medieval. Me voy.

—¡¿Me estás traicionando, a mí, al rey Argotrón?! —el soldado flacucho le ignora y se escabulle entre la multitud—. ¿Pero dónde vas?

—Yo no encuentro motivos para seguir obedeciendo a este tío si ya no me puedo tirar a la reina. Paso también de seguir fingiendo ser un guerrero medieval —dice otro soldado, algo más fuerte, dejando caer su casco—. Podríamos votar y tener un gobierno justo. ¿Qué os parece? Y no un solo gobernante, sino varios, y que se encarguen de distintas tareas.

—¡Claro! —salta otro soldado, también dejando caer su casco al suelo—. Yo siempre he querido arreglar zapatos.

Un soldado da un paso al frente.

—Yo quiero volver a ser profesor —comenta entusiasmado—. Enseñaba ciencias en la universidad.

Otro más lanza su casco.

—Tenía un master de ingeniería electrónica —le dice al anterior soldado—. Podría ayudarte a construir un generador eléctrico.

Uno tras otro, el suelo se va llenando de cascos.

—¡¿Habláis en serio?! ¡Soy vuestro rey! —grita Argotrón—. ¡Me debéis lealtad y sumisión! ¡Mataré a todo el que me traicione!

Me la juego.

—¡Reto en duelo al rey Argotrón por el trono de Instagramia! —exclamo.

Todos los presentes se sorprenden y se quedan sin habla.

—Tú eres una… —dice el rey.

—¿Una qué? —pregunto, avanzando hacia él, confiada—. A la reina Candace primera, la influyente, también le gustaban las mujeres. De hecho, me pidió ser su reina consorte. Quería dejarte porque no eres más que un picha floja de mierda. En un solo día le di más placer que tú en cinco años.

El rey ríe como un loco.

—¿Tú me retas a mí, tú, escuchimizado trozo de carne, tú, insignificante ser, tú…?

—No pienses tanto, Argotrón, que se te fundirá el cerebro —me burlo—. ¿Aceptas el duelo o no, mierdecilla? ¿Tienes miedo? Solo necesitaré mis puños para destrozarte, nada de armas.

Su cara se llena de sangre por la rabia y parece que explotará.

—¡¡¿Cómo te atreves a hablarme con ese descaro, insolente?!! ¡¡Acepto el duelo!! ¡¡Pero te lo advierto, soy el doble de grande que tú!!

Corro hacia él con todas mis fuerzas, salto sobre su cabeza, y coloco mis rodillas encajando su cuello alrededor de mi entrepierna. Es grande y su armadura pesada, eso lo vuelve un enemigo lento y torpe. Le quito el yelmo y clavo las partes puntiagudas de las mejillas de metal en su cara, una y otra vez, gritando como una bestia salvaje. Atravieso sus ojos, boca, nariz y frente, liberando trozos de piel y carne. Salta sangre por todas partes que mancha mi uniforme, mis brazos y mi cara.

¿A qué diseñador se le ocurrió la brillante idea de poner zonas afiladas en las mejillas de este casco? Eso le regala un arma al enemigo.

Cae desplomado y muerto.

—Y yo lo que tengo de bajita lo tengo de hija de puta —le digo al cadáver, con el rostro tan desfigurado que se ha vuelto irreconocible, del rey Argotrón. —Ahora soy la reina de pleno derecho. ¿Algún

problema con esto? —Los soldados miran para otro lado y no quieren saber nada del asunto—. Bien, entonces abdico y declaro Instagramia propiedad de sus habitantes. Sois libres.

—¿Podemos hacer lo que nos dé la gana? —pregunta un soldado.

—Podéis dejar de interpretar este absurdo papel de Sir William Wallace y tomaros la supervivencia en serio —sugiero.

—William Wallace fue escocés; nosotros somos templarios unos y espartanos otros —corrige otro soldado.

—Vosotros sois gilipollas y dais pena —corrijo al soldado—. ¿Qué deberíais hacer? Podéis llevar espadas y semiautomáticas, pero para sobrevivir fuera necesitareis armas de fuego más potentes, a poder ser de larga distancia, después buscar suministros por la zona y comerciar, como hacemos todos. —Se miran entre ellos. —Mis amigos y yo nos marchamos, este lugar es vuestro. Apañaos, que sois mayorcitos.

Nos devuelven todas nuestras armas y nadie se opone a nuestra marcha. Todos están en silencio, contemplando el cadáver de su antiguo rey, convertido en uno más. Parece que la tiranía de este lugar ha terminado. Lo que les pase ahora me importa una mierda, es asunto suyo.

Salimos de la ciudad, recuperamos nuestras mochilas en el sótano de la casa abandonada y retomamos la marcha.

Mientras caminamos Marc mira su mapa. Tengo que hablar con él. Me pongo a su lado y él habla primero.

—Te pido disculpas por utilizarte, Phoenix, sinceramente.

—No negaré que disfruté, la verdad, pero la próxima vez no permitas que una tía buena me drogue, ¿de acuerdo? —sugiero—. Mientras solo se trate de sexo no hay problema. Hoy día echar un buen polvo es como encontrar una flor azul en mitad del yermo, un puñetero milagro.

—Hecho, mujercita. No volverá a ocurrir.

—Necesito comentarte otra cosa. Candace sabía dónde encontrar un servidor.

—¿En serio?

—Sí. Me dijo que podría tener uno la Compañía Pequod o algo así.

—¿Compañía Pequod? ¿Estás segura de que dijo ese nombre en concreto?

—Sí, muy segura. Me contó que comerciaban carne con ellos y un día, dos miembros de esa compañía con un pedo monumental, dejaron caer que vivían rodeados de ordenadores y tecnología informática.

—Te estafó, porque hasta ella sabía que negociar con esa gente era una misión imposible. ¿No te dijo que tipo de carne resultó ser?

—No, aunque no soy tonta. Lo imagino.

—Imaginas bien, mujercita. La compañía Pequod solo es una

panda de salvajes que come carne de mierda. Olvida esa idea. Seguimos rumbo a Ciudad para Personas.

—Vaya, Marc. Qué lástima. Con ese nombre creí que sería un grupo de superhéroes o algo así.

—Nada de héroes, son asesinos. Por suerte nunca me crucé con ellos en mis expediciones junto a Toni, pero sí escuché historias. Nadie sabe dónde se esconden. ¿Rodeados de ordenadores te dijo? Es un dato muy ambiguo y puede ser falso. Seguiremos con el plan previsto.

—Está bien, tú conoces más la zona, Marc. Vuelvo a la retaguardia para vigilar. Ya de paso, revisaré las grabaciones de la cámara. Candace la estuvo toqueteando y temo que lo haya borrado todo, o peor, que se haya grabado a sí misma.

—Respecto a eso, quería comentarte algo. —Me mira y sonríe—. ¿Has asesinado a una reina para proteger al búnker?

—Puede.

—Phoenix, sabes que, si lo deseas, tendrás un lugar importante a nuestro lado. No seremos perfectos, pero personas como tú nos ayudarían a mejorar.

—Si te soy sincera, estoy un poco harta de ser nómada.

—Aceptaste esta expedición a cambio de ser una Aguacate, ¿no?

—Sí, pero le robé el nanochip a Pilar y se lo inyecté a Frank.

—¡Vaya, mujercita, eres todo un baúl de sorpresas!

—Caja. Se dice caja de sorpresas —corrijo a Marc.

—Creo que "baúl" le da más clase. —Ambos reímos—. Será mejor que vuelvas atrás. Pronto llegaremos al lugar más lejano que he alcanzado jamás y a partir de ahí estaré en blanco, igual que vosotros. No sé qué encontraremos. Es muy probable que tengamos que dormir en alguna casa abandonada, y sabes lo peligroso que es.

—Lo sé, Marc.

—Ve y revisa la cámara si quieres. Intenta ocultarla bien, ¿vale?

—Hecho.

Vuelvo a la retaguardia, saco la cámara y la reviso.

Mierda… Candace lo hizo.

Candace primera, la influyente. Primer plano en el escritorio de sus aposentos.

—En fin..., si todos lo han hecho, yo también tendré que contar mi historia. Me llamo Antonia Badejo, pero seguramente me conoceréis como Candace Belle —explica sonriente a la cámara—. Aunque puede que, cuando veáis esto, hayan pasado miles de años y ya no queden recuerdos de mí, lo cual me parecería extraño teniendo en cuenta que, tras ver estas grabaciones, me haré con el control de todo el país y posiblemente del mundo. Si los que veis esto sois mis descendientes,

que todavía continuáis con mi linaje real, os digo una cosa. ¡Hola, soy la abuela! Qué mal suena eso, pero tarde o temprano tendré hijos si quiero crear una dinastía. —Mira a la nada unos segundos—. Pero… ¿y si han pasado millones de años y los que estáis viendo esta grabación sois seres de otro planeta que habéis llegado a la tierra, un mundo sin vida y destruido por el calentamiento del sol y la guerra? En ese caso… —Levanta la mano y separa los dedos corazón y anular —. Bienvenidos a la tierra, seres de otro mundo. —Se gira y enfoca a su cama. Mi cuerpo, desnudo, duerme bocabajo y, aunque las sábanas lo cubren, no consiguen tapar mi culo que se asoma entre la tela roja. ¿Estoy roncando? Sí, y mucho—. Miradla. Bonita, ¿verdad? Ahora mismo le daría un bocado a ese apetecible culito, otra vez —hinca los dientes a la cámara—, pero no quiero despertarla. Ella será mi reina, lo quiera o no. Buscaremos a un idiota fuerte para tener un heredero, o heredera, y después nos desharemos de él. Antes de esta guerra de mierda tenía millones de seguidores, ahora tendré millones de fieles. —Se queda pensativa—. Tras ver todo el metraje sigo sin entender cómo pudo este grupo de idiotas reservar mesa en un restaurante del chef Salazar.

13 I’m loving the leader

Hace horas que salimos de Instagramia, rumbo al siguiente asentamiento, y comienza a descender el sol. Llegados a este punto ya no cruzamos restos urbanos. Nuestra ruta ha dejado de ser un yermo metafórico y se ha convertido en uno real. Plantas y árboles quemados nos rodean, montañas secas complican nuestro camino, y ríos de agua contaminada empapan nuestros pies. De vez en cuando cruzamos alguna carretera llena de vehículos oxidados, algunos de ellos con sus correspondientes cadáveres dentro. Eli, Jazz y Martín ya no reaccionan ante los muertos, se han acostumbrado pronto a los huesos.

—¡Mirad! —exclama Marc, señalando a un antiguo restaurante de comida rápida, rodeado por un aparcamiento abarrotado de vehículos quemados—. Es un bar y el punto más lejano al que llegué jamás. Pararemos aquí durante unos minutos y así recuperaremos fuerzas. No pidáis comida, es un asco, y decir eso en estos tiempos ya es mucho. Recordad, nada de hablar del búnker, vivimos en un asentamiento, ¿de acuerdo? Aunque pensándolo bien…, mejor no habléis con nadie.

Ponemos rumbo a la entrada. Se escuchan voces dentro.

—¡Bar! ¡Alcohol mí apetece! —se alegra Martín.

—Te estás poniendo gordo. ¿Tú sabes la barriga que te saldrá por culpa del alcohol? —explica Eli.

—Ella tiene razón, Martín. Si te pones gordo ningún cerdo querrá hacer el amor contigo nunca más en San Fermín —bromea Jazz.

—¿Hacer amor? ¿Qué ser? —pregunta Martín, confuso.

—Follar, Martín —responde Eli.

—Ah, vale —dice Martín—. ¡Un momento, estas bromas no gustan!

Eli y Jazz se ríen de él.

Llegamos al local y entramos. Recuerdo estas puertas y también el anuncio de este establecimiento. “¡Carne cien por cien de vacuno!”. En teoría, un ciudadano cualquiera visitó la fábrica de procesamiento de carne para verificar su calidad y, al salir, sonriente como si hubiese tomado drogas, aseguró que la carne era perfecta. Es decir, entró en la fábrica, vio con sus propios ojos como ejecutaban a la vaca, la colgaban por los pies, la desangraban, posteriormente le abrían el torso, la desollaban, extraían su carne para procesarla y empaquetarla, y aun así, salió con una sonrisa de oreja a oreja. Me parece que el tipo del anuncio era más psicópata que muchos de los que conocí tras el día de las bombas.

Cuando vivía con Lorena tenía un vecino que alimentaba a su hijo a base de menús de este local, con juguete de regalo. Podía llevarlo

rodando al colegio.

Dentro del recinto todo es silencioso y oscuro, muy distinto de cómo lo recordaba. Las paredes, bañadas con pegatinas minimalistas de coloridos ingredientes, han sido reemplazadas por tejas de metal y placas soldadas, algunas de ellas oxidadas. Las mesas de madera y sillas cómodas ya no están; ahora los clientes se sientan en taburetes hechos con la madera de los árboles que sobrevivieron a las bombas. La cocina no funciona, obviamente, y el actual propietario la reemplazó por una hoguera en la que asa carne de…; dejémoslo en carne. La barra de pedidos todavía existe, aunque el metal está sucio y grasiento.

No hay mucha gente, solo cuatro clientes y, con lo grande que es el local, parecen separados por kilómetros.

El chef, de espaldas, prepara otro encargo. ¿Incluirá las patatas y bebida grandes?

—Cuánto tiempo sin venir a un sitio de estos —comenta Jazz.

—A mí no me va mucho este tipo de comida —opina Eli—. Me gusta comer, pero carne de calidad y no esta porquería.

—¿Quieres decir que antes era una porquería o que ahora te parece una porquería?

—En las dos medidas de tiempo me lo parece, Jazz.

El chef obeso se gira al escucharnos. El pellejo bajo su brazo se zarandea como un columpio.

—¡Buenas tardes y casi noches! —saluda, con la cara empantanada en sudor. Apesta a humo y grasa quemada. En su delantal hay un cuadro abstracto que combina sangre, pelo de animal, aceite y mugre —. ¿Qué van a pedir? Tengo carne de rata, gato o paloma.

Restriega su mano contra su cara para limpiarla. La agita para lanzar la suciedad y una masa concentrada de su piel, salada y viscosa, vuela hacia el suelo.

Sonríe con educación.

—Qué asco —susurra Eli.

—Fuera de nuestro asentamiento es así, Eli. Bienvenida al yermo exterior —le dice Marc y cambia al chef—. Tranquilo, amigo; traemos nuestra propia comida. Solo necesitamos un pequeño descanso. Podemos pagar. Martín, dale una lata de atún.

—A mí gusta atún y queda última lata —se queja—. ¡Es putada!

—Hazme caso y dale la puñetera lata de atún —ordena Marc.

A regañadientes, Martín abre un bolsillo de su mochila, saca la última lata de atún, y se la entrega al chef como pago por nuestra estancia.

—¡Guau, una lata de atún en perfecto estado! ¿De dónde la habéis sacado? —pregunta el chef.

—De una casa en ruinas. Los dueños escondieron en una caja

fuerte algo de comida y nosotros descubrimos el código de pura casualidad —explica Marc.

—Me parece un pago más que justo. Quedaos todo el tiempo que necesitéis, amigos —acepta el chef.

Agradecemos y nos sentamos en unos taburetes libres. Marc se sienta a mi lado y saca el mapa.

—Debemos definir la ruta a seguir hasta Ciudad para Personas —me pide.

—No conozco esta zona —le aclaro.

—Yo tampoco, pero eres la que tiene más experiencia y mejores capacidades de supervivencia.

Los clientes nos ignoran. Uno, con ropa muy dañada, fuma un cigarrillo y el humo llega a nosotros. El aroma me trae gratos recuerdos. Intenté dejar de fumar, por Lorena, pero el yermo es duro y en situaciones extremas he pecado.

Hace muchos días que no doy una calada. No me vendría mal una barrita de muerte.

—Habría que decirle a ese hombre que está prohibido fumar en restaurantes —opina Jazz.

—Claro, voy a llamar a la policía con mi teléfono inteligente para que venga y le ponga una multa —responde Marc, con sarcasmo.

—Es muy molesto. Al menos podemos pedírselo por favor. Quizá sea buena gente y nos haga caso. ¿A ti no te molesta, Eli? —Jazz la busca—. ¿Eli?

¿Dónde se ha metido? La localizamos y está hablando con un hombre que tiene una placa de metal con clavos en la cabeza. El tipo es viejo y tiene cicatrices por toda su cara, también un parche en un ojo. Lleva una gabardina marrón muy sucia y vendajes por todo el cuerpo. Apenas le quedan dientes.

—Perdone, señor. ¿Por qué tiene una placa de metal en la cabeza? —le pregunta.

—¿Qué dices, niña? —responde malhumorado el hombre, gruñendo con voz muy grave.

—¿Niña? —dice ella—. ¡Tengo casi cuarenta años! ¿Le parezco tan joven?

—Bueno…, sí. Te echaba treinta y pocos.

—¿Sabe qué? Me acaba de alegrar el día. ¡Pero no cambiemos de tema! ¡La placa en la cabeza!

—¿Qué pasa con ella, muchacha?

—Tiene clavos, señor.

—¿Y qué? ¿Quieres tener unos clavos en la cabeza tú también?

—No, qué va. Es que esos clavos, en teoría, habrían atravesado su cráneo y, por lo tanto, su cerebro —explica Eli—. Usted debería estar muerto o, como mínimo, vegetal.

Marc toma aire y tapa su cara con sus manos.

—Por favor, ¿puede alguien traer a Eli de vuelta? —suplica, avergonzado. Martín se levanta. —Tú no. Alguien al que se le entienda al hablar. Gracias.

Jazz se pone en pie.

—Ya voy yo, tranquilo. —Ella camina hasta Eli y… ¿pasa su brazo por su hombro? —Mi amiga tiene razón, señor. Soy médico…, o casi, y los clavos de la cabeza deberían haberle matado.

—¡Son clavos auténticos atravesando mi cabeza, afilados y oxidados! —presume el grotesco hombre, poniéndose en pie—. No deberíais molestar a hombres como yo, tan peligrosos.

—No es usted tan peligroso porque esa placa no atraviesa su cráneo —corrige Jazz—. No solo estaría muerto; por el óxido tendría el tétanos e impotencia. Bueno, impotencia quizá no, porque me lo acabo de inventar, pero es imposible que siga con vida.

—Me puse una placa de metal con mis propias manos tras recibir el hachazo de un caníbal salvaje —presume.

—Eso es mentira. ¿Para qué ponerse una placa de metal en la cabeza en vez de una gasa? El óxido dañaría la herida y se infectaría —explica Jazz—. No tiene sentido.

El resto de los clientes, como no tienen nada mejor que hacer, escuchan el debate acerca de la veracidad de la amenazante placa en el cráneo del hombre. Él se avergüenza un poco y se sienta.

—Es de verdad… —dice cabizbajo y dejando caer una lágrima, como un niño pequeño.

—No, no lo es —dice Eli.

—¡¿Y qué más os da si no lo es?! —grita enfadado—. ¡¿No tenéis nada mejor que hacer que venir a molestarme?!

—Pobre. Me da un poco de pena —susurra Eli a Jazz.

—¡Pero si fuiste tú la que empezó a preguntarle por la placa! —regaña Jazz.

—Señor, ignore a nuestras compañeras. ¿Quiere sentarse con nosotros? —ofrezco con amabilidad—. Le invitamos a una lata de algo.

Saca un pañuelo de su bolsillo y se suena la nariz, que lanza proyectiles y estos emiten con un golpe seco al impactar contra la tela. Asiente cabizbajo y, sin levantar la mirada, se acerca a nuestra mesa y le hacemos un hueco. Eli y Jazz vuelven a ocupar su lugar. Le regalamos una pequeña lata de filetes de caballa.

—Gracias. Hacía mucho que no comía pescado —agradece.

—¿Cómo se llama usted? —pregunto.

—Ross. William Ross.

—¡Guau! Menudo nombre. ¿Sus padres eran estadounidenses?

—No. En realidad, me llamo José Luis Martínez y mis padres eran

de Murcia, pero como es un nombre muy simple y nada amenazador… me hago llamar así, para infundir miedo y que nadie me moleste. —Hace un puchero de bebé. —¿A quién pretendo engañar? ¡Soy un farsante!

—No diga eso, señor. Tiene usted un aspecto aterrador —miento—. ¿Verdad, chicos?

Todos asienten, siguiéndome la corriente.

—Sí, miedo tengo —opina Martín.

—Gracias, señor extranjero —le dice el señor Ross, haciendo otro puchero—, pero tus amigas se han dado cuenta en cinco minutos. La placa está pegada y los clavos cortados. ¿Cómo se me pudo ocurrir ponerme esta chorrada en la cabeza? Joder, ¡ni siquiera el parche del ojo es de verdad!

Se lo arranca malhumorado y lo lanza lejos. Su ojo está perfectamente.

—¡Bien hecho, muéstrese como es! —se alegra Eli—. ¿Por qué no se quita la placa?

—La pegué con pegamento del bueno y no hay forma de quitarla. Lo intenté varias veces, pero es imposible —explica el señor Ross, limpiándose la nariz con el pañuelo—. ¿Sabéis qué? Me siento liberado. —Sonríe un poco y la boca le tiembla, secuela del puchero. Suspira y se calma—. Os doy las gracias.

Presento a todos.

—Me alegro por usted, señor —le dice Eli—. ¡Nada como ser natural!

—¿Y qué hacéis por aquí? —nos pregunta el señor Ross.

—Nos dirigimos a Ciudad para Personas. Se trata de un asentamiento a poco más de un día de aquí. Escuchamos que allí se comercia bien —explica Marc.

—¿A dónde habéis dicho que vais? —pregunta de nuevo, muy confuso, y Marc le muestra el destino en un mapa—. ¿Alcalá de Júcar?

—Creo que antes de las bombas se llamaba así, efectivamente, y ahora es un asentamiento para comerciantes —comenta Marc.

—Ahora es una agujero radioactivo —rectifica el señor Ross—. Id, si lo que queréis es morir con los órganos internos derretidos. Vosotros mismos.

—¿Qué quiere decir? —pregunto—. ¿Ciudad para Personas no existe?

—Claro que no —confirma William—. Primero, ¿quién le pondría a un asentamiento un nombre tan estúpido? Y segundo, Alcalá de Júcar es una cuenca, un puto agujero. Una bomba impactó dentro y ahora no es más que un pozo gigante radioactivo.

—Una cuenca no es un agujero —comenta Jazz—. ¿Usted suspendió en el colegio o qué?

—¡Claro que sí, suspendí! —certifica William.

—¿Para qué querría el enemigo lanzar una bomba sobre una ciudad de seiscientos habitantes sin ningún interés estratégico? —pregunta Marc.

—Por un error de cálculo —aclara el viejo.

Marc se echa las manos a la cabeza.

—La madre que me parió. Escuché que en esa ciudad tenían un objeto que necesitamos desesperadamente. ¿Lo dice en serio, señor Ross?

—¿Qué si lo digo en serio? Ya verás. —Chasquea los dedos y un cliente se gira. Es igual de viejo que el señor Ross, con gafas de piloto y un sombrero de vaquero—. ¡Hardcore, estas personas quieren ir a Alcalá de Júcar!

—¿Se llama Hardcore? —pregunta Eli.

—Felipe Iniesta, pero se llama a sí mismo Max Hardcore. Para dar miedo, ya sabéis —explica William.

Max ríe a carcajadas, tosiendo y atragantándose.

—¿Queréis ir al agujero? Pues suerte. Moriréis en segundos por la radiación.

Martín da una palmada.

—¡Perfecto! ¡Dos días pies rotos para nada! ¡Mierda puta! —se queja.

El resto de los miembros del grupo también se lamentan, y con razón.

—Marc, ¿qué haremos ahora? —pregunto—. Hace dos días que caminamos. ¿Nos hemos alejado de casa para nada?

—Deberíamos contactar con el asentamiento —sugiere Marc—. ¿Tenéis alguna radio por aquí? —pregunta al señor Ross.

—¿Radio? Claro, y un cine con sonido envolvente —responde con sarcasmo.

—¡De puta madre! —grita Jazz—. Estamos a tomar por culo de casa y sin rumbo a seguir. ¿Acaso podría ir peor el día?

Nos pilla por sorpresa, a todos, la explosión. A Marc, a Eli, a Jazz, a Martín y a mí. Llega desde fuera y las paredes vuelan por los aires, hacia dentro. Por culpa del fuego no puedo ver mucho, pero siento la honda de sonido golpeando mis tímpanos, y trozos enormes de metal chocando contra mi cuerpo, cortándome, mientras vuelo por los aires hacia un lugar desconocido.

¿Pero qué coño…?

Caigo sobre trozos de madera y el techo se desploma sobre mí cuerpo herido. Sobrevivo, pero mis oídos pitan. Siento mucho dolor y no veo nada. Estoy bocabajo, escupiendo sangre.

Me arrastro como puedo, a ciegas. Cada movimiento me produce un dolor extremo.

—¡Chicos! —grito—. ¡Joder, ¿qué ha pasado?! ¡¡Chicos!!

Nadie responde.

Relájate, princesa.

Debo… incorporarme. Huele a fuego y madera quemada.

Relájate y déjate llevar.

Inspiro, aprieto los brazos y hago una… ¡flexión! ¡Me duele! ¡Vamos, Phoenix, levanta! ¡Tú puedes!

Relájate y siente mi mano.

Céntrate en ella.

No pienses en nada.

Tengo los brazos muy dañados. Ahora toca flexionar las piernas y ponerme en pie.

Inspira…

Espira…

Rodilla izquierda, adelante.

¿La notas?

Adelanto también la derecha.

Me pongo en pie.

Todo da vueltas y veo doble. Hay mucho humo, pero se transparenta poco a poco y varias figuras, con uniforme de combate negro, se acercan. Una de ellas corre hacia mí. No les preguntaré quiénes son. Busco la pistolera táctica en mi pierna izquierda, agarro la empuñadura de mi semiautomática, la levanto y tiro de la corredera. El cargador ya estaba dentro y, al tirar, se coloca un cartucho en la recámara. Levanto el brazo, muevo la palanca del seguro para anularla, meto el dedo índice en el gatillo, y añado resistencia con la mano derecha cerrada con fuerza para evitar que el retroceso dañe mi ojo, como le pasó a Odín en el búnker. Alineo las dos miras, delantera y trasera, apunto a la cabeza del hombre que se acerca, y aprieto el…

Caigo al suelo por un golpe en mi nuca.

Estoy muy débil.

Mierda…

14 Pasión por la sangre

Abro los ojos en mitad de una oscuridad completa. Estoy tumbada bocabajo, con una bolsa negra apestosa envolviendo mi cabeza y las manos atadas a la espalda. No recuerdo nada. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Días? ¿Semanas? Dudo que sean semanas porque habría muerto de inanición.

Tengo frío, pero no estoy desnuda. Tengo puesta toda mi ropa, a excepción de mi pistolera táctica y mi…

Mierda, ¡el Peco!

Unas manos fuertes me agarran y me levantan.

—¡Vamos, camina! —grita un hombre invisible.

—¿Dónde estoy? ¿Cuánto tiempo ha pasado? —pregunto.

—Horas.

No dice nada más.

Me guía, moviendo su mano apoyada en mi hombro derecho, a través de un lugar desconocido. Tras un par de minutos caminando, tira de mí para que me detenga. Las fuertes manos me ponen de rodillas a la fuerza.

Estas tinieblas comienzan a ponerme nerviosa.

—No pienso meterme nada en la boca, cabrones —amenazo—. Si lo intentáis… os la arrancaré de cuajo. Os saldría más rentable matarme.

Nadie contesta, solo escucho unos pasos a mi alrededor.

Me parece que han visto las grabaciones de la cámara. No soy estúpida, sé lo que pasará conmigo. Me habría gustado despedirme de Frank. Ahora, mi única opción es darles por el culo y cabrearlos para tener, al menos, una muerte rápida.

Se escucha una puerta y entra alguien con botas de goma sigilosas. Conozco ese sonido; son parecidas a las mías, de uso militar.

—Veo que has traído a nuestra invitada —dice una voz femenina y, curiosamente, muy atractiva. Parece un poco más mayor que yo. Lorena… Mataría por follar contigo una vez más, antes de morir—. Prepárala.

Las rudas manos me sientan en una silla con violencia y, con otras cuerdas, me atan a esta.

—Pegadme un tiro y terminemos con esto de una puta vez —sugiero—. Habéis visto las grabaciones del búnker y queréis lo que hay allí, lo sé. No pienso deciros una mierda.

La bonita voz ríe.

¡Joder! Un bate de baseball golpea mi mejilla. No me ha roto ningún diente, pero es doloroso de cojones. ¿Cómo sé que es un bate?

De madera, redondo y duro, ¿qué más podría ser?

—Hablarás cuando te lo permita, ¿entendido? —me ordena la mujer—. Antes de que sigas exponiendo tu coraje con desespero para conseguir que te ejecute sin dolor, debes saber algo. —Me ha pillado. No es idiota—. Tengo a tus amiguitos, a todos, encerrados y muriendo de hambre, y si no quieres que los destripe y dé sus intestinos a mis perros como cena, harás todo lo que yo te diga. ¿Lo has comprendido?

—¿Mis amigos? ¿Están todos vivos? —pregunto sorprendida y con cierta alegría ante la posibilidad de que esta mujer me esté diciendo la verdad. Otra vez, golpe con fuerza en la otra mejilla y caigo al suelo, unida a la silla—. ¿Por qué todos los hijos de puta, después de un apocalipsis, utilizáis un bate? ¿Forma parte del manual protocolario del villano o, simplemente, no tenéis imaginación? —opino, escupiendo sangre dentro de la bolsa y esta empapa mi cara al quedar atrapada.

Me ahogo con mi propia peste.

Las fuertes manos me levantan.

—¡Mira! Esta te la perdono; me ha excitado que me llames villana —agradece la mujer—. En lo personal, prefiero un bate porque es ligero, fácil de usar y parece una enorme polla golpeando la cara de mi víctima, y eso me pone muchísimo. —Siento como se acerca—. Última oportunidad. Si abres el puto pico otra vez, sin permiso, me cargo a tus amigos. Asiente si lo has entendido. —Asiento—. ¡Genial! —Escucho como golpea el bate contra la palma de su mano, una y otra vez—. Vayamos al grano. He visto las grabaciones, pero ya sabía de la existencia de vuestro búnker. Hace tiempo que alguien de dentro contacta conmigo por vídeo. —¡¿Cómo dice?!—. Esa persona fue la que me chivó que vendríais al viejo restaurante de comida basura y, si os liquidaba, podría llevar a mis hombres y mujeres a vivir en ese lugar, pero no me interesa una plaza. Mis planes van más allá, mucho más allá. Tengo grandes ideas respecto a vuestro bonito agujero. Contacté y le mostré que erais nuestros prisioneros. Si os matábamos nos daría la ubicación del búnker, pero mi mamá me enseñó a no fiarme de los desconocidos. Le pedí la ubicación primero y después tendría vuestras cabezas en bandeja. Creo que sería lo justo, ¿no? Si vamos a matar desconocidos, necesitamos una garantía, y con esto me hago otra pregunta. —Tira de mi pelo, levantando mi cabeza con fuerza, agarrando la bolsa que la cubre. Me hace daño—. ¿Sabes si el contacto intenta hacernos una jugarreta? —susurra en mi oído—. Un duendecillo que tengo en mi cabeza me advirtió que tu camarada nos jodería. —Me suelta con brusquedad y, otra vez, da golpecitos con el bate—. ¿Y sabes qué? El duendecillo tenía toda la razón, y eso está muy, pero que muy feo. A tu camarada del búnker deberían enseñarle que estafar a un aliado e incumplir un acuerdo está mal, y nosotros no

somos unos aliados a los que se pueda tomar el pelo sin más, por eso solo necesito que me digas una única cosa. ¿Dónde está el búnker de los Aguacates? Te permito responder.

—¿Sabes dónde está? ¿Quieres que te lo diga? Metido muy dentro de tu culo, zorra.

Golpea mi brazo con el bate con mucha fuerza y caigo al suelo, unida a la silla debido a las ataduras, otra vez. Siento como mi hombro palpita de dolor.

No parará hasta que hable, lo sé.

La situación se complica para mí.

Las fuertes manos masculinas nos levantan a la silla y a mí.

—Sé que tu escondite está a un día de Instagramia, ese reino de mierda que no acepta ciertos gustos culinarios. También sé que te cargaste a la imbécil de su reina y a su rey. ¡Las noticias vuelan, chica! Todo el mundo lo sabe. Eres toda una leyenda entre los habitantes de ese lugar. "¡Phoenix, la libertadora!" Así te llaman. —Acaricia mi mejilla con su bate—. Por eso, en cierta medida, te respeto y te permito hablar; porque yo odiaba a la puta de Candace. ¿La mataste porque vio las grabaciones de tu cámara? Puedes hablar.

Toso sangre que resbala por mi barbilla. El sabor es nauseabundo.

—En parte. La maté porque me drogó y follamos en su suite, en una cama cómoda y cálida, durante horas.

La mujer ríe a carcajadas.

—¿En serio? No comparto tus gustos, pero no puedo negar que envidiaba el culo espectacular que tenía esa cabrona.

—El cuerpo lo seguía manteniendo —explico—, pero su cabeza no, porque se la aplasté.

Ríe tanto y tan fuerte que le dará un infarto.

—Iba a partirte la cara otra vez por responder sin permiso, pero me ha emocionado tanto tu historia que, ¡fíjate!, incluso te quitaré la bolsa de la cabeza. Me has caído bien, Phoenix. Los tienes bien puestos. —Chasquea los dedos y veo la luz. Durante unos segundos todo es borroso. Estoy en una sala cuadrada y pequeña, con paredes marrones pintadas de rojo en su mitad inferior. Delante de mí está la mujer madura de la voz, de pelo castaño y largo, constitución atlética y sonrisa salvaje. Su belleza es agresiva, de las que prefiere una cita en un combate de boxeo antes que una cena en un restaurante romántico. Lleva una gabardina negra, larga, y guantes igual de oscuros. Tiene una cicatriz que cruza su ojo izquierdo por encima y por debajo, pero no lo tiene dañado. En su mano derecha carga el bate y juega con él. —Mucho mejor, ¿verdad? Habla cuanto quieras, te doy permiso, pero ojo, controla esa lengua, ¿de acuerdo? —Asiento—. Por cierto, me llamo Harleen Plissken.

Otra vez, escupo sangre, aunque ahora muy poca y hacia el suelo.

—Sabes que no venderé el búnker —le digo a Harleen—. No permitiré que te comas a esa gente. Comedme a mí si queréis, pero jamás diré dónde está.

Está confusa y mira, levantando una ceja, a su verdugo por encima de mi hombro. No parece una expresión de confusión orgullosa, del tipo… "¿Cómo me ha pillado?", por el contrario, diría que sus ojos se preguntan… "¿De qué coño habla esta tía?".

—¿De dónde has sacado que aquí seamos caníbales? —me pregunta.

—El rey Argotrón lo mencionó —respondo.

—¿Dijo literalmente "La compañía Pequod come gente"?

—No, pero dejó caer que rompió el acuerdo de comercio con vosotros porque descubrió de qué estaba hecha vuestra carne, ¡putos asesinos psicópatas!

Se echa hacia atrás y con sus manos mueve su pelo, llevada por la confusión.

—¡Nuestra carne es de soja y tofu! —explica—. ¡Somos veganos, cabeza hueca!

¿Carne hecha con soja y tofu? Casi preferiría comer carne humana.

—No es verdad —niego, sin creer una sola palabra de Harleen.

—¡Sí, lo es! —confirma—. ¡Todos aquí somos veganos! Espera… ¿Creías que quería llegar al búnker para comerme a sus habitantes? Muchacha, tienes un grave problema con los prejuicios y deberías mirártelo.

—No es la primera vez que me lo dicen, la verdad.

—Pues no, no nos comemos a la gente. Hay caníbales en el yermo, obviamente, pero no somos nosotros.

—El rey Argotrón añadió que…

—Tenía nombre de Transformer, ¿no te parece? ¡Argontrón! De Decépticon, más concretamente. —Se frota la nariz y estornuda directamente sobre mi cara a propósito. Qué asco. Noto las gotas frías en mi piel—. Disculpa, Phoenix, tengo alergia a las tramas de relleno. Continúa.

—El rey añadió que les asaltabais, por eso hacían guardias para vigilaros.

—¿Eso? Fueron dos y solo querían colarse para entrar en el burdel. Como en Instagramia ya no aceptaban a los nuestros, intentaron colarse para echar un polvo, eso es todo. Pero yo no tengo nada que ver, de hecho, los castigamos por ello al enterarnos.

—Bien, tiene su lógica —admito—. Entonces, ¿quieres acceder por la energía?

Harleen se pone en pie y se acerca a una pared.

—Phoenix, Phoenix… —susurra y toca un interruptor. La luz se apaga. Lo toca de nuevo y la luz se enciende—. Hemos estado

utilizando electricidad todo el tiempo y no te habías dado ni cuenta.

Ahora mismo estoy extremadamente confusa.

—No entiendo nada. ¿Cómo es posible?

—¿Creías que el búnker de tus amigos era el único lugar con energía? —Se acerca a mí, me desata de la silla y me levanta. Abre la puerta un soldado joven con el uniforme impoluto. Hace un saludo marcial a Harleen, que asiente dando permiso. El chico entra, le susurra algo al oído y ella sonríe—. Ven, te mostraré qué es este lugar y por qué quiero encontrar ese búnker.

El verdugo agarra mis manos y, junto a Harleen, los tres salimos de la habitación. Accedemos a un pasillo con varias personas, hombres y mujeres, cruzándose con uniforme militar y haciendo un saludo marcial a ella, que camina segura con sus manos a su espalda. Percibo un profundo respeto por parte de todos hacia esta mujer.

—A la orden, mi general —saluda alguno y ella responde levantando la mano.

—¿General? —pregunto mientras caminamos hacia algún lugar desconocido para mí.

—Sí —contesta ella, guiando al verdugo y sin girar la cabeza—. Soy la general Plissken, máxima autoridad aquí.

—¿Sois un puto ejército o algo así? —me burlo.

Ríe por lo bajo y todavía con sus manos por la espalda. Llegamos a una salida de emergencia con una puerta doble.

—Algo así.

Abre las puertas, una con cada mano y sí, son un puto ejército. Es de noche y estoy en un cuartel enorme, con un gran patio de armas lleno de blindados, soldados que vienen y van, y varios todoterreno cruzándose. Edificios altos rodean el lugar. En las esquinas de una alambrada que rodea todo el recinto hay torres de vigilancia con focos. Controlan el perímetro exterior para evitar la entrada de posibles intrusos.

—¿Dónde estoy? —pregunto, estupefacta, a Harleen.

Llega un jeep militar, conducido por un soldado, y se detiene frente a nosotros. El conductor hace un saludo marcial a la mujer de la gabardina negra y ella hace un gesto a mi verdugo para que me suba al vehículo. Él obedece y, con brusquedad, me sienta detrás.

—¡Ten más cuidado, troglodita! —me quejo.

Veo su cara al fin. Es un hombre grande, de más de dos metros, con la barba muy larga y gafas de sol. Se sienta a mi lado, me mira y ruge.

Harleen ocupa el asiento del copiloto y se sujeta con su mano derecha a la barra superior. El jeep arranca y recorre una carretera que cruza el cuartel. ¡Este lugar es colosal! Atravesamos un hueco de edificios y salimos a… ¿un helipuerto con helicóptero incluido? Debe

ser una broma.

—Relájate, Phoenix. Tardaremos unos minutos en llegar. Disfruta del trayecto—me sugiere y el jeep pasa un control militar, adentrándose por un camino de campo con las luces encendidas—. Estás en el cuartel de Marines, a un par de días a pie de la capital. En España no existen los marines, es el nombre de un pueblo cercano. Verás, cuando las bombas llegaron, yo estaba de visita en este cuartel. Ya sabes, a veces dejan entrar a civiles para hacer una exposición de armas, vehículos, y de paso conseguir reclutas. Una de las cabezas nucleares debía caer justo sobre nosotros, pero el enemigo la jodió y cayó en Alcalá de Júcar. Ninguna onda expansiva llegó hasta aquí, ni de esa bomba ni de la que cayó en tu capital. Tras el silencio quedamos aislados, sin comunicación por satélite y con el resto del mundo en ruinas. Los soldados se dieron cuenta de que ya no había nada por lo que luchar, aparte de la propia supervivencia. Cada uno hizo una labor para mantener el lugar en funcionamiento y gestionar los suministros disponibles, pero este sitio no estaba preparado para un apocalipsis nuclear y menos para abastecer a más de doscientas personas, así que, al pasar un año, los alimentos empezaron a escasear. —El motor del vehículo debe ser nuevo o quizá tiene un mantenimiento perfecto, porque suena de maravilla—. Los militares decidieron dejar tirados a los civiles y, no solo quedarse ellos con el alimento que quedaba, también pretendían usar a los más fuertes como mano de obra. Esclavos, para que me entiendas. Yo me negué y amenacé al general. Él no me tomó en serio, pero lo que no sabia era que yo había reunido a todos los civiles y a un grupo de militares que se oponían a él.

—¿Una resistencia? —pregunto.

—Más o menos. Luchamos cuerpo a cuerpo y lo hice pedazos. Tras matar a ese hijo de puta, los supervivientes decidieron nombrarme su líder. —El vehículo llega a otro control. Examinan a Harleen y, tras hacer un saludo marcial, nos permiten el paso—. Registramos el lugar a fondo y resulta que el cabrón del general había escondido comida, armas, vehículos e incluso helicópteros en un área secreta que solo él conocía. Al ver ese lugar con mis propios ojos no me sentí tan mal por haberlo matado.

—Esta historia me resulta familiar —recuerdo.

Pasa por mi cabeza la imagen de Marc asesinando al chef Salazar. El jeep se detiene en el centro de otro patio de armas y Harleen baja de un salto. El chimpancé de mi lado me baja con violencia.

—¡Abajo! —me ordena Donkey Kong.

—¡¿Quieres hacer el favor de tener más cuidado, gorila?! —me quejo.

El lugar es muy similar al anterior; vehículos, soldados, torres de

vigilancia y toda la parafernalia. Incluso hay otro helicóptero. A metros de nosotros, iluminada por unos enormes focos, una gran… cosa… resalta, hecha con puertas de madera, bloques de metal, trozos de alambrada y lo que parecen uniformes de combate.

—¡Mira, Phoenix! Esta es la estatua que me hicieron como homenaje —presume Harleen. ¿Esta cosa? No sé qué responder. ¿Debo ser sincera?—. ¿No te gusta? Mírala bien.

—Si mirar estoy mirando, pero me parece, con el debido respeto, una soberana mierda. —Intenté ser amable, pero es imposible contemplando semejante horror. Es la obra más fea que he visto en mi vida—. ¿Se supone que tu cabeza es una alambrada, porque tienes chispa o algo así? ¿Tu torso es duro como la madera y frío como el metal?

—¡No! Refleja la variedad de las partes que me componen, de las diferencias que me hacen ser única y… —Toma aire y apoya sus manos en sus caderas, mirando a la figura—. Tienes razón, es una soberana mierda. No te lo negaré. El artista lo hizo con trozos de lo que encontró.

Frente a la… estatua, o lo que sea esta basura, intento sacar información de Harleen.

—Se te olvidó contarme para qué quieres encontrar el búnker, y dijiste que lo harías —recuerdo.

—¿Todavía no te has dado cuenta, Phoenix? ¿Qué somos aquí?

—Por lo que parece, un ejército.

—Correcto, muchacha. El mundo es un lienzo en blanco y solo los más fuertes escribirán en él la nueva historia de la humanidad. La caída de las bombas no fue el final, solo un reinicio, una oportunidad para tomar el camino correcto y perfeccionar una sociedad sin errores, pero para alcanzar ese propósito, primero debemos eliminar las fronteras.

—Sigo sin comprender.

—Soldados, Phoenix. Las manos no abundan y tu búnker está lleno de habitantes que se unirán a mis filas. No soy una dictadora, no obligaré a nadie a luchar si no quiere hacerlo, pero deberán aportar algo a la comunidad. Cultivarán, gestionarán o repararán lo que haga falta. Debemos unir el mundo bajo una única bandera, y para empezar necesitaremos un ejército fuerte que lo haga.

—¿No te parece una idea demasiado ambiciosa? No tenemos ni idea del estado en el que se encuentran el resto de países del planeta.

—Eso es asunto mío. —Apoya su mano en mi hombro—. No te preocupes, Phoenix, encontraré la entrada a ese búnker, lo quieras o no. En fin…, reunámonos con tus amigos. Nos están esperando.

Los tres nos acercamos a un hangar. Harleen entra primero y después yo, agarrada por el troglodita. El lugar es grande por dentro,

con el techo interior curvado. Un techo de hangar, no hace falta explicar más. Varios guardias protegen las sillas ocupadas por mis amigos, atados a ellas con las muñecas por detrás. Los soldados la reciben con un saludo marcial y ella responde agachando ligeramente la cabeza.

—¿Chicos? —pregunto, preocupada por mis amigos—. ¿Estáis todos bien?

A la izquierda del todo está Jazz, con ojos furiosos y la nariz sangrando. No aparta la mirada de Harleen. A su lado Marc, con los ojos vendados, mirando al suelo. Bajo la venda parece haber sangre. ¿No habrán sido capaces de dejarle ciego? Dios mío…, espero que no. La siguiente es Eli, que aun con un ojo morado muestra una ligera sonrisa, pero no puede ocultar la preocupación en su mirada. Por último está Martín, que tiene las mejillas destrozadas, pero se alegra al ver llegar a Harleen. Tras ellos hay una sombra que no me permite ver el fondo del lugar.

—¡Oh! ¡Mujer guapa! ¡Por favor, error estar aquí! ¡Nosotros no conoces lugar este!

—¿Qué dice vuestro amigo extranjero? —pregunta Harleen.

—Ha dicho que eres una come pollas y pareces tener hambre, así que puedes comérsela si quieres —responde Jazz.

Harleen me agarra del hombro y me sienta en el centro, entre Marc y Eli.

—Bien, aunque vuestra amiga Phoenix ya me conoce, y bastante bien, será mejor que me presente. Me llamo Harleen Plissken, aunque a partir de ahora me llamareis excelentísima general Plissken. Soy la que manda aquí y soy la que hará las preguntas que vosotros educadamente responderéis, ¿entendido? Porque, de lo contrario, os liquidaré uno a uno. —Me señala—. Esta es vuestra compañera. Ella será mi portavoz y os dirá qué es exactamente lo que necesito saber. ¿Phoenix? —cede la palabra.

No contaba con esto.

—¿Qué coño quieres que les diga? —pregunto.

—Lo que hemos hablado antes —ordena—. Diles lo que te he dicho y lo que necesito, porque si no lo haces… —Se acerca a Martín, despacio, sonriente—. Hola, guaperas.

—¡Hola, mujer sexy! —responde él.

—¿Se puede saber qué haces ligando con ella, Martín? ¡Es nuestra enemiga y debes insultarla! —increpa Jazz.

—¡Jazz, si yo voy otro barrio, por lo menos disfrutar vistas mujer!

—¿Quieres disfrutar de esta mujer, hombretón? —coquetea Harleen, colocándose detrás de Martín—. Déjame hacerte algo que, seguro, no te ha hecho nadie jamás. Quedarás complacido, te lo prometo.

Mierda, esto no me gusta.

Marc mueve la cabeza intentando escuchar lo que ocurre a su alrededor.

Harleen abre su gabardina y mete su mano derecha con su guante negro en su espalda. Saca un… ¡puto cuchillo!

Veo como lo coloca en el cuello de Martín y…

Mierda…

He subestimado a esta demente.

Tira del filo sobre su piel y abre la carne. Cae mucha sangre. Estira con fuerza del pelo del hombre, empujando la cabeza de mi amigo hacia atrás para desgarrar sus tejidos y separar más la herida, ayudando en el proceso de desangrado. Este apenas puede hablar, atragantándose mientras ella sonríe orgullosa.

Qué he hecho…

—¡Para! —suplica Jazz al ver a Martín como un animal siendo degollado en el matadero—. ¡Por favor!

—¡¡¿Qué coño le estás haciendo, maldita zorra?!! —brama Eli.

—Nie… chcę… umierać —balbucea Martín.

Parece… ¿polaco?

—¡¡Te vamos a destripar, maldita puta!! —advierte Jazz.

Miro a los soldados de Harleen. Ninguno mueve ni un pelo; son sus perros, fieles y sumisos.

—¡¿Cómo permitís que haga daño a este pobre hombre inocente?! —les recrimino. Como era de esperar, me ignoran—. ¡¡¿Es que nadie va a mover ni un puñetero dedo para evitar esta locura?!!

Es tarde. Martín da ligeros espasmos, con los ojos abiertos de terror y luchando por respirar. Su pecho se mueve con violencia cuando el oxígeno trabaja a toda máquina para mantener vivo su cuerpo. La sangre, roja y brillante, ha bañado su torso desde su cuello a sus pies. Bajo él se forma un charco de líquido espeso y caliente.

No dice ni una palabra más.

Patalea, todavía agarrado por el pelo por Harleen, que vigila su muerte. A los pocos segundos deja caer la cabeza de Martín, ya muerto, todavía atado a la silla y con los ojos abiertos.

Asesiné a Candace y su rey, y el karma me lo está devolviendo.

Hace algo con el cuchillo por detrás, a la altura de la cuerda. No me gusta como suena el filo. Es un ruido parecido al de una sierra cortando madera. Tira de algo y se escucha un crujido.

—¿Pedías un dedo, Phoenix? ¡Qué casualidad! Yo tengo uno —anuncia Harleen, levantando algo pequeño y redondeado que lanza y cae a mis pies.

¿Pero qué coño…? Le arrancó un puto dedo al cadáver de Martín.

—Eres una sádica hija de puta. Juro que te arrancaré las piernas, aunque sea lo último que haga en esta vida de mierda —amenazo.

Harleen viene hacia mí con paso lento. Aplasta mis mejillas con sus manos, acercando tanto su cara a la mía que puedo oler su aliento y sentir el aire que sale de su nariz.

—Agradece que uno de estos soldados, con un rabo más grande que la pata de una silla, anoche me pegó un polvo tan salvaje que todavía me tiembla el coño y por eso hoy estoy de muy buen humor, pero mi paciencia tiene un límite. El bate solo era un juguete, puedo ser todo lo sádica e hija de puta que puedas imaginar con tus amiguitos. Ahora, Phoenix, les vas a decir, ¡de una maldita vez!, lo que te he pedido. —Me suelta con brusquedad—. Diles lo que te he contado y lo que quiero.

No me queda otra opción.

—Chicos, uno de los Aguacates contactó con Harleen desde el búnker y le pidió que nos matara a todos a cambio de un puesto en él. Ella le dijo al Aguacate que primero le diera la dirección del búnker, algo que nuestro aliado traidor no hizo. Ahora quiere que nosotros le demos la ubicación o, como habéis podido comprobar, nos matará a todos.

—¡¿Disculpa?! —se sorprende Jazz—. ¿Uno de los Aguacates ordenó nuestra captura y asesinato? ¿Quién y para qué?

—Harleen no me lo dijo. Solo quedan allí Juanma, Pilar y Merche. Debe ser uno de los tres —sugiero—. Desconozco el motivo.

—Si os lo estáis preguntando, yo tampoco sé por qué quiere mataros —interrumpe Harleen—. Seré cruel, pero no soy una mentirosa.

—¿Para qué quieren ir al búnker? —pregunta Eli.

—¿Electricidad y suministros? La reina de Instagramia lo quería para eso —opina Jazz.

—Electricidad y suministros aquí tienen de sobra —explico—. De hecho, yo estaba en otra área más lejana similar a esta. No sé si habéis visto el exterior —todos mis amigos niegan con la cabeza—, pero tienen vehículos de combate, jeeps, blindados…, incluso varios helicópteros.

—¡¿Hablas en serio, Phoenix?! —pregunta Eli.

—Sí, muy en serio. Si Toni estuviera aquí se correría encima con tanto cacharro militar.

—Querrán comerse a los residentes, os lo dije. No son más que unos caníbales de mierda —dice Marc, de repente.

Me alegra escuchar su voz.

—¿Marc, estás bien? —pregunto—. ¿Tus ojos…?

—Tranquila, mujercita. No te preocupes por mí; no soy importante. Si alguno de vosotros decide revelar a esta mujer dónde está el búnker, no lo tendré en cuenta. Conozco el miedo, pero tened en cuenta que os matarán igualmente y después se comerán vuestra

carne.

—No, Marc. No quieren el búnker para devorar a sus habitantes. Puede que esto te sonará broma —explico—. Verás…, son veganos.

—¿Ve qué? —salta Jazz.

—Veganos —repito.

—Sé qué es un vegano, pero no puede ser. ¿El rey Argotrón, el que tenía nombre de monstruo japonés, no mencionó algo acerca de un acuerdo que cancelaron por traer carne humana?

—No dijo nada de carne humana; nosotros lo entendimos así, Jazz.

—Yo tenía una amiga vegana cuando tenía unos quince años —comenta Marc—. Era un poco plasta con el tema de comer carne. Intenté convencerla de que si no consumía —Harleen parece levantar la oreja—, su cuerpo no recibiría todos los nutrientes que necesita.

—¡Eso es falso! —interrumpe Harleen.

Marc sonríe.

—Eso mismo decía mi amiga, y después siempre añadía…

—¿Qué artículos has leído que corroboren eso? — dicen Harleen y Marc a la vez.

Se hace el silencio.

Ninguno de los presentes, incluidos los soldados, comprendemos lo que acaba de pasar. Harleen se acerca corriendo a Marc y le quita la venda de los ojos. ¡Los tiene destrozados! ¿Qué coño le han hecho? Ella examina su cara, confusa.

—¿Vero? —susurra Marc—. ¿Eres tú? ¿Verónica? —Ella retrocede dando un largo paso, sin dejar de mirarle—. Ya decía que me sonaba tu voz desde que entraste.

—¿Os conocéis? —pregunta Eli.

Otra vez, silencio. Tras un minuto sin un solo sonido, Harleen decide hablar.

—Sí, por supuesto —responde. Parece algo triste—. Le conozco. Era un buen amigo en el instituto.

—¿Erais amigos o algo más? —pregunta Eli.

—¿Por qué cada vez que un tío y una tía dicen que son amigos, o lo fueron, hay un idiota preguntando la misma mierda? —se enfada Harleen—. Era un gran amigo y punto. ¿Cómo es posible que estés aquí, Marc?

La voz y expresión agresiva de Harleen ha cambiado a un tono nostálgico.

—Vivíamos en la misma ciudad y quedamos pocos supervivientes. No era tan extraño que tarde o se cruzaran nuestros caminos —opina Marc—. Harleen, ¿qué te ha pasado? Has matado a uno de mis amigos y a saber a quién más tras el fin de la guerra. Tú no eras así.

—Marc, yo… —susurra Verónica.

—¿Recriminas a una amiga tuya por asesinar inocentes, tú, Marc?

—dice una voz distorsionada, detrás de nosotros.

Los soldados giran nuestras sillas, menos la de Martín, y donde antes había oscuridad ahora hay luz. Un televisor, con una cámara en lo alto, muestra una máscara de gas parlante. Me recuerda al disfraz que se puso Marc para asustarnos.

—Eres… —susurra Marc—. ¿Eres tú? ¡¿Tú has comprado a Verónica para que nos mate?!

—Verónica, me dijiste que ya no te fiabas del Aguacate que solicitó matarnos —comento—. Creí que nosotros te indicaríamos la ubicación del búnker. ¿Qué está pasando aquí?

—Verás, Phoenix. El soldado que entró a la sala anterior y me susurró algo me dijo que el Aguacate tenía una propuesta —expone Harley—. Si mato a la mitad de vosotros nos dará la ubicación, después, frente a las puertas, mataré al resto y el Aguacate las abrirá. Según nos ha contado, desde fuera no se pueden abrir. —Cierto. Solo hay un comunicador, camuflado como si fuera una roca roja—. Marc deberá morir en último lugar; el Aguacate quiere verlo con sus propios ojos. Lo siento mucho, pero… creo que aceptaré estas condiciones.

—Verónica, ¿serías capaz de matar a un amigo? —pregunta Marc —. ¿Qué quieres del búnker?

—Soldados —interrumpo—. Os dije que este lugar es un cuartel muy bien armado. Verónica quiere volver a unir el mundo, esta vez bajo una única bandera, y para empezar necesita hombres y mujeres, mano de obra, soldados para luchar y trabajadores para fabricar.

Todos observamos a Verónica con la esperanza de que cambie de opinión y nos deje marchar. Mi corazón me susurra que no ocurrirá.

—¿Es eso cierto? —pregunta Marc—. ¿Quieres el búnker para ampliar tu ejército? Y qué harás después, Vero, ¿avanzar kilómetro a kilómetro tomándolo todo y arrasando con los asentamientos que se opongan a tu voluntad?

—Es la idea. Alguien debe tomar las riendas para que la humanidad resurja —expone Verónica. Se acerca a Marc y le habla, arrodillada frente a él—. Amigo, si me dices dónde está el búnker y lo encuentro, prometo liberarte a ti y a tus compañeros. Sabes que no soy una mentirosa. Solo necesito la ubicación y seréis libres para iros o, si queréis, uniros a nosotros. Serás coronel de mi ejército, Marc. Eres buen estratega.

Él no sabe qué responder.

—¿Por qué el Darth Vader de la pantalla quiere ver, en persona, morir a Marc? —pregunta Eli—. ¿Qué pasa con él?

—Espero que todo este popurrí de locos sea una maldita broma, porque no entiendo nada —dice Jazz—. ¿Qué tiene que ver Marc con esto? ¡¿Por qué tenemos que morir?!

—Pilar, Merche o Juanma, seas quién seas. Si voy a morir quiero

saber por qué —pide Marc—. ¿Qué coño te hice yo?

La máscara de gas habla.

—Mataste lo que más me importaba, mataste al amor de mi vida. Era mi amante y juntos íbamos a gobernar el búnker más grande del mundo.

—¿Yo asesiné a tu amante en el búnker? —pregunta Marc—. ¿De qué coño…?

Se queda petrificado al recordar.

—¡Salazar! —salta Jazz—. ¡El chef Óliver Salazar era tu amante!

—¿Cómo crees que pudisteis, caquitas, cenar gratis en un restaurante tan lujoso? —revela la persona enmascarada.

Esta situación se está complicando hasta el extremo. Verónica está decidida y, si nada cambia, todos vamos a morir.

—¡¡¿Cómo coño iba yo a saber que era tu amante, joder?!! —increpa Marc—. ¡¡Ese cabrón quería que fuéramos sus esclavos, además, abusó de Eli!!

—¡Eso es falso, él me amaba! —corrige la figura enmascarada.

—¡Eres Pilar, ¿verdad?! —sospecha Eli—. ¡Da la cara, joder!

—¡Eli tiene razón! ¡Eres tú, Pilar, cabrona! —insulta Jazz.

—¿Queréis ver mi cara? Está bien, os la mostraré. Ya no tiene sentido seguir ocultando mi identidad —vacila el Doctor Doom.

Retira su máscara de gas y es, efectivamente, Pilar.

—¡¡Lo sabía, puta! ¡Sabía que era tú!! —brama Jazz.

—¡¡Te mataremos, traidora!! —amenaza Eli.

—¿Esperaste a que estuviéramos lejos del búnker, con los nanochips desactivados, para poder matarnos y evitar el bloqueo de los suministros? —pregunta Marc—. Eres una hija de puta cruel.

—¡Así es! ¡Todos moriréis hoy, y esta noche haré el amor con mi aspirante con privilegios en vuestro honor, para celebrarlo! —se burla Pilar, riendo a carcajadas.

El disparo nos sorprende a todos. Verónica apunta al techo cuando aprieta el gatillo de su pistola para que dejemos de gritar.

—¡Callaos de una puta vez, todos! —ordena—. Siento tenerte aquí Marc, sinceramente, pero necesito encontrar ese maldito búnker, y si he de matarte para ello, lo haré. Será rápido, lo prometo. ¡Tú, la mierdera de la pantalla! —dice a la presidenta de los Aguacates—. Acordamos la mitad de muertos. ¿Quién es el siguiente?

—La chica de piel tostada y ojos asiáticos —indica Pilar, refiriéndose a Jazz.

Verónica apunta con su semiautomática a la cabeza de mi amiga.

Jazz aguanta la respiración y deja caer una lágrima.

¡Tengo que intervenir o será tarde!

Mierda, debo hacer algo.

Piensa, Phoenix.

Joder, ¡joder!

Un momento… ¡ya lo tengo!

—¡Te diré dónde está el búnker, general Plissken! —interrumpo.

Mis palabras han sido la salvación, al menos de momento. Jazz suelta el aire al sentir a Verónica bajando el arma.

—¿Cómo puedo saber que no me tomarás el pelo? —pregunta Verónica—. Necesito una garantía.

—Te llevaré hasta la puerta de acceso. En uno de tus helicópteros llegaremos en menos de una hora —sugiero.

—¿Vas a entregarle a esta hija de puta el búnker en bandeja? —se queja Eli.

—¡General Plissken, teníamos un trato! —recrimina Pilar.

Los soldados de la general esperan su orden.

—¡Cállate! No teníamos ningún trato, no hemos firmado nada. —La general silencia a la presidenta del búnker y vuelve a mí—. Muy bien, chicarrona valiente. Me guiarás hasta la entrada del búnker, pero sigo necesitando una garantía, saber que vas en serio. Para empezar, tus amigos se quedarán aquí, serán tu aval, pero necesito algo más. Si me convences, saldremos las dos ahora mismo, pero si no lo haces, lamento decirte que cumpliré con el acuerdo propuesto por la tía buena de la pantalla. —¿Ella espera de mí una garantía mayor?—. Tienes un minuto, Phoenix. Dependerá de ti que acepte o no. —¿Qué clase de garantía quiere esta mujer? ¿Comida, dinero, ropa? No, tiene de sobra—. Cuarenta segundos, muchachita. —Tiene un ejército y desea poder—. Veinte segundos. ¡Tic, tac! —Para hacerse con el mundo necesitará soldados fuertes, fieles, que demuestren su implicación, pase lo que pase—. Cinco segundos, Phoenix.

Soldados dispuestos a… sacrificarse.

—¡Dadme un cuchillo! —ordeno.

Los soldados de la general Plissken la miran. Ella hace un gesto con la cabeza a uno sus hombres para que me desate y me lo dé. El soldado se acerca, corta mis ataduras y me da el cuchillo, como ordenó su general.

Relájate, princesa.

Tomo aire, sujetando el cuchillo.

Relájate y déjate llevar.

Me arrodillo en el suelo y pongo mi mano derecha sobre la silla, extendida.

Relájate y siente mi mano.

Escondo todos los dedos, menos el índice. Alzo el cuchillo y me concentro. Suelto el aire.

Céntrate en ella.

Cerraría los ojos, pero podría fallar el corte y sería peligroso.

Mejor no.

Ojos abiertos.

No pienses en nada.

Allá voy.

¿La notas?

Tres, dos, uno…

Inspira…

Espira…

No seas miedica, Phoenix.

Bajo el cuchillo con todas mis fuerzas.

Verónica dice que me detenga, que no hace falta hacerlo, y que una simple declaración de intenciones es garantía suficiente para ella. Lo dice en mi cabeza mientras el cuchillo desciende directo hacia mi dedo. Fuera de mi mente no abre la puta boca.

Con un golpe seco separo el dedo índice de mi cuerpo. Por suerte, este no vivió grandes aventuras íntimas. ¿Recuerdas que soy zurda?

Las punzadas que siento llegar de mi mano son un calvario tremendo. Un manantial de sangre brota del corte como un grifo roto.

Temblando, ofrezco mi dedo a la general Plissken. Ella se acerca, lo examina, y acepta mi sacrificio.

—¿Serás capaz de romper nuestro acuerdo? —se queja Pilar—. ¡Me prometiste que tendría sus cadáveres!

La general Plissken da una orden, directa y precisa.

—Apagad el televisor, curad a Phoenix y preparad el helicóptero. —Corren a cumplir sus órdenes—. He de reconocer que los tienes bien puestos, muchacha —me alaga—. Te devolveré tu cámara. Era muy cinéfila antes de la guerra, y me parece una idea brillante grabar un documental. Eso sí, ni se te ocurra grabarme a bordo del helicóptero. Detesto verme ante la cámara. Ahora sellemos el trato.

Apunta con su arma a una de las sillas y… No, ¡no!, ¡¡no!!

¡Aprieta el gatillo!

Los sesos de Jazz se desparraman por detrás de su cabeza al recibir el impacto directo de la bala en su cráneo. El golpe es tan fuerte que todo su cuerpo cae de espaldas, todavía unido a su silla. Del interior de su cabeza sale masa encefálica hacia fuera cuando se estrella contra el suelo. La expresión de sus ojos, llena de terror, se graba en mi mente.

—¡Jazz! —exclama Eli.

—¡Mierda! ¡Verónica, hija de puta! —grito.

—Trato sellado —dice la general Plissken—. Si me la juegas e incumples nuestro acuerdo, con solo un chasquido de mis dedos, Marc y Eli correrán el mismo destino.

No puedo decir ni hacer nada, solo aceptar la ejecución llevada a cabo por Verónica. Un paso en falso pondrá en peligro la vida de los dos amigos restantes.

15 La vuelta a casa

Las vistas desde esta altura son espectaculares, aunque sombrías. El sol brilla con fuerza hoy en el yermo e ilumina un mundo en ruinas.

Hacía mucho que no subía a ningún avión; a un helicóptero jamás. Estoy perdiendo la virginidad helicopteril. ¿Se diría así?

El compartimento donde estamos es cómodo y grande. Apenas tenemos que agacharnos. El motor de la bestia ruge y las hélices suenan con fuerza.

Mis manos están desatadas. Es lógico, no puedo dar indicaciones con la nariz. Asomo el brazo un poco a través de la puerta abierta y marco la ruta. No tengo vértigo, además, me sujeta un arnés.

Verónica no me apunta con ningún arma, se limita a interpretar mis indicaciones y hacérselas llegar al piloto. Una vez definida la ruta, cierra la puerta arrastrándola con fuerza y el intenso ruido disminuye considerablemente.

—No falta mucho —digo—. Estamos pasando por encima de Instagramia. A esta velocidad tardaremos pocos minutos en llegar.

—Espero que, por tu propio bien y el de tus amigos, así sea —amenaza Verónica.

—¿Serías capaz de asesinar a Marc, un amigo de la infancia, con tal de conseguir tus objetivos?

—No me sentiría orgullosa, pero sí, lo haría. Alguien debe tomar las riendas del mundo o será el final definitivo de la humanidad. —Esta tía ha construido una película en su cabeza que ni ella se cree. No sabemos cómo está el resto del mundo. Es posible que, en otro país, hayan conseguido restaurar la sociedad—. De todas formas, no debes preocuparte, Phoenix. Si llegamos a las puertas del búnker, tus amigos estarán a salvo; te lo prometí y soy una mujer de palabra.

Cambio de tema.

—¿Qué helicóptero es este? —pregunto.

—Uno que pesa mucho y vuela —responde Verónica—. Ni puta idea.

—Puede que el piloto sepa el modelo.

—El piloto está precisamente para eso, pilotar, así que no le molestes.

—Tenía un amigo al que le flipaban estas cosas. Lo sabía todo sobre material militar. Murió por un mal paso.

—¿Cómo se llamaba?

—Toni —Miro por la ventanilla; hemos llegado—. Es aquí. —La general Plissken arrastra la puerta y el aire entra con intensidad. Asomo la cabeza y veo el montículo falso—. ¡Es ahí! —Levanto la voz

para que me escuche. El motor suena con rabia—. ¡Ese montículo de roca es falso, la puerta está detrás!

—¡¿Es una broma, Phoenix?!

—¡No, está ahí, camuflada!

—¡Bajarás conmigo y me guiarás hasta la entrada! —Se acerca a la cabina y da las órdenes al piloto. Inicia el descenso y aterriza con suavidad, levantando arena, sobre suelo llano y a pocos metros de la entrada por la que mi equipo inició la expedición hace unos días. Nos rodean los cadáveres amontonados y los coches apilados. El helicóptero detiene su motor y el ruido desciende—. Baja, Phoenix —ordena.

Sigo preguntándome por qué esta tía está desarmada y muestra tanta seguridad.

Bajo de un salto. Camino delante y ella me sigue. Corre un ligero aire que hace bailar la parte inferior de su gabardina. Llegamos la entrada falsa del búnker.

—Es aquí —indico.

—¿Esto? No es más que un montón de roca. ¿Intentas engañarme? —dice Verónica.

Pulso la roca roja que me dijo Toni. Al minuto se escucha un sonido desde un altavoz oculto, como si alguien escuchara desde el otro lado.

Hablo.

—Soy Phoenix.

—¡La comunidad del servidor, ha vuelto! —grita Pilar, entusiasmada.

¿Esta tía es esquizofrénica o qué? Hace un minuto quería matarnos y ahora se alegra de nuestro regreso. No entiendo nada.

Tema aparte. El servidor… ¡Lo había olvidado! Pero eso no es importante ahora. Hay un traidor entre los Aguacates y debemos ajustar cuentas.

El portón, mimetizado como una roca, se levanta despacio con un sonido de poleas.

—¡Es aquí! No mentiste, Phoenix —dice Verónica y se gira hacia su piloto, que está apoyado en el helicóptero, a metros de nosotras—. ¡Vuelve a la base y dile a los demás que se preparen a la espera de mis órdenes! ¡Contactaré con la radio que tienen aquí para daros indicaciones! —El subordinado obedece. Pone en marcha al monstruo del cielo con rapidez y lo alza levantando arena. La general Plissken vuelve a mí—. Te dije que era una mujer de palabra. Cuando me haga con el búnker, tus amigos serán libres.

Pilar está al otro lado y sale a recibirnos, tapando sus ojos al chocar con el exterior por primera vez, con sus piernas perfectas, su cuerpo imponente, y su traje elegante, corto y ajustado.

—Dios…, no imaginaba que el mundo estuviera tan mal —comenta —. ¡Phoenix, me alegro de verte! ¿Dónde están los demás? —Se tapa la boca asustada—. ¡Dime que no les ha pasado nada malo, por Dios! Por cierto, ¿quién es tu amiga?

—¿Estás de puta coña? —ríe Verónica—. Deja de fingir, porque lo haces fatal.

—¡¿De qué vas, Pilar?! —exclamo—. ¡Esta mujer asesinó a Martín y a Jazz por ti!

Pilar frunce el ceño en exceso, confusa.

—¿De qué hablas?

—No te hagas la tonta. Esperaste a que estuviéramos lejos del búnker, con los nanochips desactivados, para poder asesinarnos como venganza por la muerte del chef Salazar —recuerdo.

—¿Qué coño me importa a mí ese viejo de mierda, Phoenix?

—¡Te lo follabas, Pilar!

—¿A esa cosa? ¡No, qué asco! —Finge una arcada—. ¿De dónde habéis sacado esa idea? Un momento… ¡Ya lo entiendo! Es una broma. —Ríe—. No me lo digas. El resto de mis compañeros están escondidos tras esos cadáveres amontonados y esta mujer es una nueva recluta. Pues… ¡bienvenida al búnker de los aguacates, seas quién seas! —Levanta la cabeza y mira por encima de mi hombro—. ¡Venga, chicos, ya podéis salir, que os he pillado!

Agarro a Pilar por la chaqueta y, con todas mis fuerzas, la lanzo yermo adentro. Meto la mano detrás del muro y pulso el cierre de emergencia, grande y rojo. La puerta se cierra con un golpe seco.

Las tres, ahora, estamos fuera y solas.

—¡¿Pero qué haces, Phoenix?! —grita Pilar—. ¡No puedo abrir desde aquí, tiene que abrirnos alguien desde dentro!

Intenta pulsar la roca roja para pedir ayuda, pero se lo impido. La agarro por el pelo y la arrastro camino adentro.

—¡Te voy a dar tu merecido, puta! —amenazo.

Sujeto su cabeza con fuerza y la golpeo una y otra vez contra el suelo. Llora y suplica, con sus ojos bañados en lágrimas, mi perdón.

—¡Por favor, Phoenix, detente! —implora Pilar—. ¡No sé de qué me hablas, te lo juro! ¡Te lo…!

Balbucea escupiendo sangre por toda su cara. Levanto su cabeza y la golpeo contra el suelo con todas mis fuerzas. La piel de su cráneo se desgarra y, cuando la levanto de nuevo, deja caer sobre la tierra amarillenta trozos de hueso y una sustancia gris viscosa.

Pilar se agita unos segundos, sacudiendo sus brazos, y deja de respirar.

—Martín y Jazz te envían recuerdos —murmuro a su cadáver. Me pongo en pie y miro con furia a Verónica. Ella sonríe—. General Plissken, es su turno.

Se quita la gabardina negra y la deja caer sobre el suelo. Su uniforme es ajustado, con un mimetizado de cuadros negros y gris oscuro.

—Te he permitido matarla porque sentía curiosidad por ti, muchacha —me dice Verónica—. Te imaginaba una luchadora más competente, pero veo que no eres más que un animal salvaje, y un animal salvaje se puede domar.

—Un animal salvaje puede ser indomable, y ser más peligroso de lo que crees —replico.

—¿Este era tu gran plan, Phoenix? ¿Traerme hasta aquí y quedarte a solas conmigo para matarme a tu antojo? Has metido el pie hasta el fondo. Te mataré, traeré a mi ejército hasta la puerta de piedra y soplaré —da un paso y se acerca—, ¡soplaré! —da otro paso—, ¡¡soplaré, y tu búnker de mierda derribaré!! —Levanta los puños—. Aquí me tienes, toda para ti. Luchemos sin armas. —Levanto los míos —. Vamos, ¿a qué esperas? Ven a bailar conmigo. ¡Muéstrame de qué eres capaz!

Corro hacia ella y apunto con mi puño izquierdo a su cara. ¡Mierda! Se aparta con facilidad y mete su brazo bajo el mío. Veo el mundo como una lavadora y vuelo por los aires. Mi espalda cae al suelo, dolorida, pero todavía con ganas.

—Joder…, me he desconcentrado un segundo —admito.

—Claro, chica. Ha sido un despiste. —La general Plissken mueve su dedo índice, pidiendo que me acerque—. Vamos, ven. Arregla ese descuido.

Me pongo en pie, levantando arena y arranco, apretando los dientes para partirle los suyos. Lanzo un golpe a su estómago, pero desvía mi mano con su brazo sin dificultad y con la otra golpea mi mejilla. Luchamos como nuestros ancestros en el origen del mundo, sin armas, sin ayuda, de igual a igual. Con su pierna izquierda me da una suave patada en el… ¿Cómo se llama esta mierda? No importa, detrás de la rodilla. Caigo inclinada y tiene mi cara a tiro. La golpea con tanta fuerza que siento sus nudillos incrustándose en mi mandíbula.

Caigo desplomada.

Ríe a gusto.

—Reconozco que eres una tía dura, Verónica. Te he subestimado.

—Levanta, muchacha. Todavía no hemos terminado. —Me levanto, aturdida. Doy unos pasos atrás y Verónica me sigue—. ¿Cómo crees que conseguí convertirme en la respetada general Harleen Plissken? No derroté a ese general con palabras o amenazas. Respóndeme a una pregunta. Cuando te conté mi historia, ¿imaginaste al general como un viejo arrugado, gordo y putrefacto?

—¿Eso qué tiene que ver?

—Mucho, Phoenix. Era un capullo el doble de grande que yo, y aun así, le arranqué algunos dientes con mis propias manos. Cometiste un error garrafal. En vez de analizarme en combate y observar mis capacidades, decidiste dar por sentado que yo era más débil que tú. —Se acerca a mí—. ¡Vamos, demuéstrame lo que vales! ¡Atácame!

Alzo los puños. Lanzo un golpe falso hacia su cara mientras dirijo el otro a la boca de su estómago. Es inútil. Agarra mis muñecas para inmovilizarme y me da una patada directa en la caja torácica. Vuelo hacia atrás, babeando sangre. Mi estómago arde y vomito, arrodillada, lentejas en lata. Algunas manchan mis mangas y mis botas.

No tengo nada que hacer. Es demasiado rápida y lucha como un demonio.

—¿Seguro que no te has —escupo un coágulo de sangre, mezclado con ácido estomacal, hacia un costado— metido hormonas o algo?

El dolor de mis huesos es una tortura. Esta tía me está destrozando.

Me levanto de nuevo, desorientada, retrocediendo hacia atrás para alejarme de mi rival.

—Admiro tu valor, Phoenix, en serio. Serías una gran soldado si te unieras a mis filas —alaga Verónica—. Yo podría entrenarte, adoptarte como mi aprendiz personal. No me interesa tener hijos y alguien deberá continuar con mi legado. Dejaré a Marc y los demás vivir tranquilos en tu maldito búnker, siempre y cuando la compañía Pequod lo administre.

Pasos atrás.

Relájate, princesa.

Verónica llega hasta mí.

Relájate y déjate llevar.

—No pienso unirme a tu ejército de mierda —dejo claro.

Relájate y siente mi mano.

—Pues qué pena —lamenta—. Alguien con tu valor, algo difícil de ver en estos tiempos, pudriéndose en el yermo… Es un desperdicio.

Céntrate en ella.

—Las dos nos pudriremos en el yermo —amenazo.

No pienses en nada.

—Sigues segura de ti misma, Phoenix. Eso me gusta.

¿La notas?

—Eres una excelente luchadora, general, pero no todo se basa en los puños. También hay que fijarse en los pies y en el terreno. —Doy varios pasos con disimulo hacia atrás y Verónica me sigue. —Sobre todo en el rastro de sangre que dejó mi amigo al explotar, y por el cual caminas ahora.

Verónica se detiene.

—¿De qué coño hablas? —me pregunta, petrificada como un mileurista recibiendo una multa de tráfico.

—Bienvenida al campo de minas de los Aguacates, puta.

Retrocede unos pasos, saliendo de la zona marcada por la sangre de mi antiguo compañero y el rastro de las botas de Eli. Suena un clic bajo su pie derecho. Me mira con ojos cazados. Ahora solo tiene que levantarlo. Lanzo arena a su cara para distraerla, empujo su cuerpo con mi hombro y… llega la intensa explosión. Medio centenar de trozos de metralla salen disparados desde el suelo hacia nosotras y varios fragmentos afilados se clavan en su torso. La lluvia de metal hace añicos los huesos de nuestras piernas y traspasa nuestros brazos. Algunos pedazos se incrustan en nuestro estómago y dañan nuestros órganos internos. Cubro mi cara con mi mano derecha y, a pesar de que mi zarpa ralentiza la velocidad de la cuchilla voladora, atraviesa la palma y se queda incrustada en mi ojo derecho.

Ambas caemos al suelo y nos arrastramos, cercanas a la muerte.

—¡Sabía que eras una bestia salvaje! —vocifera Verónica hacia mí, arrastrándose y muriendo—. Sé que cometí errores y dañé a mucha gente, pero nuestra especie lleva la violencia en su ADN y, por lo tanto, tú también, Phoenix.

—A veces pienso que habría sido mejor que muriéramos todos, Verónica.

—No muchacha. La naturaleza toma sus decisiones, y no solo gana el más fuerte. Hoy fuiste más lista que yo y por ello seguirás existiendo. Si estás aquí, viva, es porque lo mereces. Yo he perdido y moriré pronto.

Miro sus piernas. Ya no están. Derrama mucha sangre por el hueso puntiagudo y carnoso que se asoma.

—Ya no importa. Con el tiempo nos mataremos entre todos y el mundo llegará a su fin —opino.

Verónica interrumpe.

—¿No me digas que crees toda esa mierda del final de la vida, Phoenix? Las plantas volverán a crecer —un trozo de metralla sobresale de su frente, justo encima de uno de sus ojos enrojecido, el cual, llora sangre que derrama—, el agua volverá a ser potable y nuevos animales nacerán. Los humanos solo somos un parpadeo en la historia de este planeta. —Se rinde y tumba bocarriba—. El poder y el conocimiento son lo único que forja el mundo, para bien o para mal. Si no estás en la cima, te pisotean. Tú, amiga mía, eres un demonio y has nacido para matar; no somos tan distintas.

—No es verdad —niego.

Sonríe con ternura.

—Eres una asesina nata, igual que yo, Phoenix. Aceptarlo solo depende de ti.

—No soy una asesina, como tú.

Se ríe de mí.

—Phoenix, niña. Matar forma parte de la humanidad. Aunque reconstruyamos la civilización siempre habrá excusas para asesinar a inocentes y agrandar una bola de nieve que no dejará de crecer. Tus fronteras suponen una amenaza para mi seguridad, tus ancestros invadieron mis tierras hace quinientos años, tus habitantes hablan mi idioma, no me gusta tu color… Siempre… habrá excusas… para matar, Phoenix.

Se marcha en paz.

Mis piernas siguen enteras, no recibí el impacto directo de la mina, sin embargo, están plagadas de heridas. Mi uniforme se empapa de rojo. Levanto mi cuerpo y, paso a paso, lucha a lucha, me acerco a la entrada del búnker. Sufro un calvario de dolor infinito, pero no tengo tiempo de pensar en ello. Si no actúo deprisa, moriré.

Solo tengo un ojo entero y dificulta mi percepción de la profundidad, por eso no podría definir con exactitud a cuantos pasos estoy de la meta.

Pasito a pasito, como un bebé pisando firme por primera vez, alcanzo mi objetivo.

—Debo… llegar… a la puerta —susurro al viento.

Pierdo mucha sangre.

Clavo mis pies en el suelo.

Llego tambaleándome a la roca roja falsa y la pulso. Los latidos de mi corazón se reducen y lo noto en el pecho.

—¿Pilar? —escucho a Frank, mi viejo aliado—. ¿Eres tú?

—Frank —balbuceo—, soy Phoenix. Por favor…, necesito ayuda. Me muero.

—¡¿Qué?! ¡¿Qué ha pasado?!

—No es… el momento. Frank, en serio —suplico—, necesito tu ayuda.

—¡Mierda, no sé la clave de la puerta! ¡Aguanta un minuto, voy a buscar ayuda!

Las tinieblas llegan.

16 El merecido descanso

El pitido intermitente es algo molesto.

Pip, Pip, suena sin parar.

No veo nada y me duele el cerebro a rabiar.

—¿Alguien puede apagar el pitidito de los cojones, por favor? Me duele mucho la cabeza —solicito.

Abro los ojos. Veo y no veo.

Estoy tumbada en una camilla, llena de tubos y vendajes. No soy tan estúpida como para quitármelos porque sí.

La temperatura es agradable y el aire limpio.

Me siento como si estuviera dentro de la escena de una película antigua, Matrix, cuando el protagonista despierta en el mundo real y está entubado a más no poder. ¡Cómo ahora aparezca un robot volador… me cago encima!

Oscura y tenue, esta sala me resulta familiar. ¿La sala médica del búnker? Creo que sí. A mi izquierda está el herbolario de Eli con su huevo invoca orgasmos.

—¡¿Hola?! —pregunto y mi voz hace eco. Ninguna respuesta, solo un tétrico silencio—. ¡Espero que esto no sea un apocalipsis zombi y en realidad estéis todos durmiendo, porque bastante tengo ya con el apocalipsis nuclear!

La puerta del herbolario se abre de golpe con un silbido y entra un anciano, con una bata blanca de laboratorio y un rostro familiar.

—¿Phoenix? —pregunta, sorprendido—. ¿Estás despierta?

—Eso espero, porque, si esto fuera un sueño, usted sería una veinteañera con un culo forjado por Dios. Por cierto, su cara me suena.

—Phoenix ha despertado —dice a través de un comunicador y vuelve a centrarse en mí—. En su momento no me presenté. Me llamo Alfonso Villanueva. Atendí a Víctor, ¿recuerdas?

—¡Ah, sí! Ya le recuerdo. Bueno…, en realidad lo mató.

—Ya… No tenía opción.

—Supongo—digo, bajando de la camilla y con dolor por todo el cuerpo.

—Al no estar Jazz, a Pilar no le quedó alternativa y me asignó como oficial médico. Cabe decir que soy mucho más experimentado y eficiente que Jazz; tengo un doctorado.

—Pues me alegro por usted. —Intento sentarme—. ¿Me puede ayudar? Necesito estirar el cuerpo.

—¡Cuidado, joven! Deja que te ayude.

Me acomoda en la cama con cuidado.

—Su acento es de esta zona, Doctor. ¿Vivía usted en Valencia capital?

—No, pero casi. Vivía en una ciudad próxima. Se llamaba Torrent.

—Rodeamos esa ciudad cuando iniciamos la exploración, Doctor, después de atravesar Instagramia. Antes de la guerra la visité alguna vez y tenía mala fama.

Le hace cierta gracia.

—No era para tanto. Teníamos el gran honor de ser la única ciudad del planeta en la que hubo un tiroteo debido a un conflicto originado por una flatulencia, y además, registrado en las noticias de Google —destaca.

Me extraña que sea cierto.

—¿Me está vacilando?

—Ojalá. Te mostraría la noticia, pero Google ya no existe. Si estuvieras en tiempos de paz, sentada en tu sofá y leyendo un libro entretenido, publicado bajo seudónimo por un autor con obvias carencias afectivas, solo tendrías que buscar en tú teléfono inteligente "tiroteo pedo". Lástima que los teléfonos, tras la guerra, solo se puedan utilizar como pisapapeles o arma arrojadiza.

Examino mis heridas, aunque a medias porque, por una razón que se me escapa, no veo nada por un ojo. Parezco una momia toda cubierta de vendas y en ropa interior.

—¿Por qué estoy semidesnuda y no veo casi nada?

El Doctor Villanueva suspira.

—Verás, Frank estaba desesperado. Me llevó hasta la puerta de acceso y, de puro milagro, dimos con la clave.

—Dijo que no la sabía —recuerdo.

—Uno, uno, uno y uno. Acertamos tras probar con cero, cero, cero y cero.

—Típico de los Aguacates. No me sorprende.

—La puerta se abrió y te encontramos muy malherida, al borde de la muerte. Los demás miembros de la expedición no estaban. Pilar yacía a tu lado con la cabeza destrozada, y una mujer con ropa oscura y sin piernas estaba a pocos metros, también muerta. No era el momento de buscar respuestas y te trajimos aquí a toda prisa para salvar tu vida. —Las luces de la sala se encienden de golpe—. ¡Vaya, llega un nuevo día! En unos minutos todos estarán desayunando. Como decía, recordé tu grupo sanguíneo porque tu compañero lo mencionó durante el incidente de Víctor. A negativo. Él compartía el mismo que tú. Deberías estar agradecida por tener un amigo como él; le pedí sangre, salió corriendo, y volvió a los cinco segundos remangado, con un cubo y un cuchillo. "¡Sáqueme toda la que necesite y desángreme si fuese necesario!" gritaba. —El Doctor se echa a reír

—. Gracias al cielo no fue necesario y solo le extraje un poco, y con el método tradicional, sin cuchillo.

—Aunque sea un poco capullo, en el fondo es un gran tipo. Creo que… todas las atrocidades que hice estos días fueron para asegurarle una buena vida aquí —recapacito.

—En resumen, tras varias horas pude curar todas las heridas de tu cuerpo. Extraje mucha metralla. Demasiada, diría yo. Tenías el costado destrozado y un dedo índice arrancado de cuajo, que por su estado no lo cortó la metralla, ¿verdad? Te curé el dedo, estaba infectado. Espero que seas zurda, muchacha. —Mi ofrenda… Miro mi mano derecha, con sus cuatro dedos perfectos, y después al Doctor, con una grata sonrisa, agradecida. Rasca su cabeza—. Aun así, hay algo que deberías saber. —Me muestra un espejo. Veo mi rostro lleno de cicatrices y un daño que destaca por encima. Mi ojo derecho está tapado con un parche negro unido por tres filamentos, uno que pasa por debajo de mi oreja, rodeando mi cabeza por detrás hasta pasarla por encima, y otro que conecta con el filamento anterior en su centro. Está muy firme—. No pude salvar tu ojo, estaba muy dañado; tuve que extirparlo. Lo siento.

Lentamente acerco mi mano al parche y lo levanto. El Doctor no me detiene porque sabe que, tarde o temprano, veré lo que no está detrás. Dijo la verdad y solo queda una cuenca vacía de carne grasienta. Suelto el parche y vuelve a su lugar.

—¿Cómo es posible que ya tenga el ojo y los cortes de la cara curados, Doctor?

—La medicina moderna acelera mucho el proceso de cicatrización. Has estado inconsciente una semana.

—Una semana… —susurro—. Habría muerto si usted no hubiese estado aquí —le agradezco por segunda vez. —Le debo la vida, Doctor, literalmente. Es usted un cirujano brillante. ¿Por qué los Aguacates no le dieron este puesto antes? Podría haber ayudado a mucha gente.

—Una mala gestión de recursos desperdicia capacidades útiles, sin embargo, la administración ha cambiado, y la nueva presidenta sabe cómo hacer las cosas.

—¿Merche?

—Correcto.

Pilar ha muerto, Frank es un novato y Juanma está muy ocupado. Merche, por experiencia y descarte, tenía todas las papeletas a su favor para ser la nueva presidenta. ¿Y el resto, Eli y Mark? ¿Estarán bien?

—Me gustaría ver a mis compañeros. ¿Dónde están? Intuyo que Frank está aquí, pero, ¿el resto, Marc y Eli? ¿La compañía Pequod los liberó?

—¿La compañía Pequod? No lo sabemos. Ninguno de los dos ha regresado todavía.

—¡¿Cómo?! ¡Se quedaron en la base y tenemos que rescatarlos! Un momento…, el piloto habrá visto el cadáver de Verónica al volver tras no recibir señales de su general. La base sabe que ella está muerta y estarán planeando atacar el búnker —agarro al Doctor por la solapa y lo zarandeo—. ¡Debemos actuar deprisa! ¡Tienen una potencia de fuego descomunal, no lo puede imaginar! —alerto—. ¡¡Tenemos que preparar las defensas del búnker!!

Agarra mis manos e intenta calmarme.

—La mujer que estaba fuera, muerta, con las piernas destrozadas… ¿era Verónica?

La puerta se abre con un silbido, otra vez. Entra Frank… ¿Es cosa mía o hay dos hombres armados fuera de la puerta, uno a cada lado? Se cierra otra vez y desaparecen tras el metal. Habrá sido mi imaginación, supongo.

Mi compañero periodista se acerca con paso lento.

—¡Frank, amigo! —saludo.

—¡Phoenix, has despertado! —saluda mi amigo. No parece muy entusiasmado. Lleva un traje elegante de su talla y sigue como siempre, con el pelo corto y bien peinado hacia detrás, oliendo a… ¿perfume? Supongo que ser un Aguacate tiene más ventajas de las que pensaba—. Te queda bien ese parche. Impone respeto.

—Le estaba explicando al Doctor lo ocurrido fuera, Frank —comento.

—Phoenix… —interrumpe Frank.

—Escuchad un momento, es importante —explico—. Ya tendremos tiempo después para reencuentros. Eli y Marc están en peligro. Llegamos a un restaurante, a un día de Instagramia. ¿Conocéis Instagramia? Seguro que sí. Allí nos atacaron unos soldados muy bien equipados. Como ninjas, pero no ninjas de cine cutre, con ropa descosida y una cinta en la cabeza donde pone “Ninja”, no. Los tipos llevaban equipamiento puntero. Me dejaron inconsciente y desperté a las pocas horas en su base. ¿Quién era la mujer muerta de fuera con un uniforme oscuro? Se llamaba Verónica, sí, general de la compañía Pequod, y quería entrar en este búnker y tomarlo por la fuerza para utilizar a sus residentes como soldados y mano de obra, pero por suerte recordé que una de las entradas estaba rodeada de minas y las utilicé contra ella, y esa loca idea me ha traído hasta aquí. Esa mujer asesinó a Martín y a Jazz por orden de Pilar. ¡A él le cortó el puto cuello, la muy hija de puta, y a ella le pegó un tiro en la cabeza! La presidenta mereció la muerte que le di.

—Frena un momento —pide Frank—. ¿Martín está muerto? ¿Y cómo que “por orden de Pilar”?

—Mató a Martín y a Jazz. Esa asesina resultó ser amiga del instituto de Marc y, aun así, sus soldados lo dejaron ciego. ¡Me corté este dedo como ofrenda para que Verónica confiara en mí y no en Pilar! —Muestro mi mano derecha—. Por suerte, picó el anzuelo y ahora está muerta.

—¿Y Pilar? ¿Qué tiene que ver en todo esto? —pregunta el Doctor.

—¡Sí, Pilar, es cierto! Vais a alucinar pepinillos en vinagre. —Redoble de tambores—. Pilar se follaba al chef Salazar y quería vengarse de los Aguacates por cargárselo, especialmente de Marc. —Doy una palmada—. ¿Cómo os habéis quedado?

Uno, dos, tres, cuatro, cinco segundos, y nadie dice nada. Frank y el Doctor me miran, fijamente, durante unos veinte segundos más.

—Phoenix… —Parece que el Doctor se lanza de una vez—. Nosotros solo vimos el cadáver de Pilar con el cráneo destrozado.

—Oiga, no estará insinuando que yo… maté a Pilar por un arrebato de locura.

Mi amigo no dice ni una maldita palabra. ¡Di algo, joder! ¡Apóyame!

—Verás, amiga —¡Al fin!—. Desde nuestro punto de vista… saliste con un grupo en busca de un servidor de repuesto. Pasaron unos días y volviste sola. Nos pediste ayuda y, cuando te encontramos, a tu lado estaba Pilar, muerta. Un poco más lejos reposaba el cadáver de una desconocida con las piernas arrancadas de cuajo. Entendimos, con toda la metralla que las dos teníais en vuestros cuerpos, que la zona estaba minada.

—¡El servidor! ¿Qué pasó con esa gente? —pregunto.

—No es relevante ahora, Phoenix —dice el Doctor.

—Como la sala de juegos estaba insonorizada, no prestamos atención a las necesidades de los que se quedaron encerrados. Al volver tú, sin un servidor, decidimos abrirla —interrumpe Frank. Tengo un mal presentimiento—. Vomitamos varias veces por la peste que salió de ese lugar. Se habían matado entre ellos. Unos murieron por las heridas de la pelea y, los supervivientes de la lucha, por comerse a los muertos ya descompuestos. Dejamos sus cuerpos fuera.

—Vaya…, pobre gente. La expedición fue un fracaso —lamento—. ¿Los enterrasteis en el yermo?

—Qué va —rectifica Frank—. Merche ordenó detonar las minas de la entrada para evitar otro posible accidente. Lanzamos los cuerpos con todas nuestras fuerzas sobre el campo de minas para detonarlas. Nos vinieron de perlas; fue como jugar al buscaminas, pero a lo bestia.

—¿Orden de Merche? —señalo—. ¿No se supone que todas las decisiones se toman en conjunto en la sala de juntas?

Frank carraspea y el Doctor habla.

—Ya no, Phoenix. Han cambiado muchas cosas desde que gobierna

la presidenta Merche. Hay más comida, más privilegios y acceso a suministros. Ya no importa si eres nuevo, no debes ganarte la confianza de nadie. Los residentes ocupan un merecido puesto acorde a sus capacidades y los aspirantes se encargan de que todo funcione correctamente.

—¿Más comida? —comento—. No puede haber más comida, la que hay es la que hay. ¿Ha inventado Juanma un nuevo sistema de cultivo o estáis todos cagando el doble para generar más abono?

—La cantidad de abono no importa, Phoenix —explica el Doctor—. Las plantas crecen igual.

—¿Es usted botánico también? —pregunto con sarcasmo.

—Juanma fue arrestado, Phoenix —cuenta Fra… Espera, ¿acaba de decir "arrestado"?—. Uno de los nuevos cambios consistió en garantizar la seguridad del búnker, a toda costa.

—¿Juanma, arrestado por…? —pregunto con una intriga abismal.

—Se negó sacar del almacén la cantidad de comida que ordenó la presidenta Merche —explica el Doctor—. Lo cual nos trae a un momento que, en lo personal, no quería llegar. Tenía la esperanza de encontrar una prueba irrefutable para presentar a la presidenta, pero revisamos las grabaciones de la cámara a fondo y no encontramos ninguna, y tu versión no ayuda, Phoenix.

Mierda… Esto no me gusta, ni una pizca.

Me pongo en pie con suavidad y doy un pequeño paso hacia atrás. Me estoy atrapando a mí misma, ya que la única salida disponible atraviesa el herbolario por la puerta metálica.

—¿Qué quieres decir? —susurro.

El Doctor chasquea los dedos y Frank agacha la cabeza, dolido y triste.

Yo estaba en lo cierto y tras la puerta metálica había dos guardias corpulentos, equipados con un fusil de asalto M4 y uniforme de aspirante. Entran corriendo y directos a por mí.

—Phoenix, lamento tener que hacer esto, pero… debo arrestarte por orden de la presidenta Merche —dice el Doctor.

—¡Mi cámara! ¡Ahí veréis que mi historia es cierta! —sugiero, mientras, los guardias se acercan—. ¡Verónica grabó un vídeo hablando de la compañía Pequod!

—Tengo la cámara y la examiné a fondo —dice Frank—. La última grabación es de la reina Candace primera, la influyente, después de pegar un polvo contigo. Apareces dormida y con el culo al aire.

Es cierto…, lo recuerdo.

¿Verónica no grabó ninguna toma? No revisé la cámara, y… podría ser.

Los guardias llegan hasta mí y me capturan, agarrándome cada uno de un brazo.

—Tenemos orden de llevarla a la oficina de la presidenta —comenta uno de los ellos.

—Claro. Como ella ordene —acepta el Doctor—. Llevaos a Phoenix.

—Os acompaño —dice Frank.

Uno de los guardias pone su mano en el pecho de mi amigo, deteniéndolo.

—No, señor. Solo Phoenix —recalca el guardia—. Órdenes de la presidenta.

Frank parece algo molesto.

—Soy un Aguacate y miembro de la directiva, ¿o ya no? —recuerda—. Iré a la oficina. Si la presidenta Merche se ofende, es responsabilidad mía.

—Como quiera, señor —acepta el guardia.

Me sacan fuera, al pasillo, con Frank detrás.

Las pareces están decoradas con posters de Merche, con un elegante traje, mirando al cielo, y con un eslogan escrito de llamativas letras. “¡Por nuestro hogar y nuestra presidenta!” pone en uno, “Nuestro búnker es nuestra patria, nuestra presidenta es nuestra madre!”, en otro.

Dos jóvenes aspirantes con el correspondiente y horrible uniforme azul de líneas amarillas, casi adolescentes y con la cabeza afeitada, limpian a mano, con un cepillo roñoso, las tuberías de las paredes y los conductos de ventilación. Rascan como si su vida dependiera de ello. Tienen la piel manchada y las uñas negras.

Se acerca un residente. Su ropa está impoluta y su piel brilla. Lleva un traje blanco, elegante, con una flor roja en la solapa. Tropieza con uno de los aspirantes y mira la parte baja de su pantalón.

—¡Has manchado mi traje nuevo, hijo de puta! —insulta a uno de los aspirantes—. ¡Tenía una cita muy importante con un pibonazo esta noche!

—¡Disculpe, señor! —se lamenta el aspirante, aterrado—. ¡Se lo limpiaré ahora mismo!

Pasa el cepillo por el pantalón del hombre, apurado, y solo consigue ampliar el tamaño de la mancha.

—¡¿Pero qué haces?! —El residente aparta al aspirante con una patada—. ¡Lo has empeorado, gilipollas! ¡Informaré a la presidenta!

—¡No, a la presidenta no, señor, se lo suplico!

¿Quién se cree que es este idiota para tratar así a un crío?

—¡Eh, payaso de mierda! —insulto al residente—. ¡Deja en paz a ese chico o te arranco las orejas!

¿Pero qué…? Sin tiempo para hacer realidad mi amenaza, los guardias me tumban bocabajo, aplastando mi cráneo contra el frio metal. Aprietan mis manos con fuerza y… me hacen mucho daño.

—¡La nueva ley prohíbe faltar al respeto a los residentes! —me informa uno de los guardias, con brusquedad—. ¡Cualquier tipo de ofensa o amenaza será motivo de arresto!

Frank no hace nada. No me defiende, no intenta quitarme de encima al gorila Maguila, no se mueve. ¿Qué coño está ocurriendo aquí?

—¡Acabo de salir del quirófano, mierda con patas! —me quejo—. ¡Me haces daño!

—Levantadla —ordena una reconocible voz.

Obedecen. Me ponen en pie con tanta violencia que casi caigo otra vez al suelo. Los guardias hincan la rodilla y agachan la cabeza para Merche.

—Presidenta. Estamos a sus órdenes —dicen a la vez.

Su traje es negro, elegante y masculino, con chaleco morado y corbata gris. Parece la fusión de un empresario adinerado con una anciana cotilla.

—Merche, te veo bien —saludo en pie.

Sonríe levemente y apenas parpadea. Me mira fijamente, y muy tensa.

—No me puedo quejar, querida —comenta—. Traedla a mi despacho —ordena a los guardias.

—Sí, presidenta —responden.

Con la Aguacate más madura delante y mi amigo detrás, camino escoltada hasta una puerta vigilada por… ¿Héctor? Era el amante de Pilar junto a Frank. ¿Ahora guarda esta puerta?

—Héctor —saludo—. ¿Ya no trabajas en el gimnasio?

—No, este guaperas ahora trabaja para mí —interrumpe Merche—. Es mi guardián personal —explica, acariciando la mejilla del hombre. ¿Es posible que estos dos tengan un lío? Qué asco, y pobrecillo. Manuda caída ha sufrido tu listón, amigo Héctor—. Se asegura de que nadie me moleste, y tiene acceso a mi oficina, por si tengo problemas y necesito ayuda.

El pobrecillo deja caer una gota de sudor frío por su frente. No parece muy entusiasmado con la idea de proteger, entre comillas, a Merche.

Héctor pone un código en la puerta, se abre con un silbido, y todos entramos. Es un despacho grande, con paredes de madera clara y un techo blanco bien iluminado. En el centro descansa una mesa de madera maciza. ¿De qué es? No soy experta en maderas; ni idea. Merche se acomoda en un gran y robusto sillón de piel negra. Baja la tapa de un ordenador portátil, igual que los de la sala de juegos y lo único que hay sobre la mesa, y lo aparta a un lado. Tras ella, una gran librería que cubre toda la pared almacena libros, a excepción de cuentos infantiles, de todo tipo.

Veo en qué ha convertido esta mujer al búnker, y no me gusta.

—Te veo bien, Phoenix. Tienes buen aspecto, cariño. El parche te da un aire… autoritario.

—Puedo hacerte uno si quieres. ¿Tienes algún cuchillo por aquí? —amenazo—. Disculpa, era broma. Tuve unos días muy duros.

Los guardias dan un paso hacia mí por la ofensa, pero Merche les ordena detenerse mostrando un dedo.

La presidenta no había visto a Frank y expresa confusión.

—¿Necesitas algo, Frank? —le pregunta.

—Soy un Aguacate de pleno derecho y quiero… —Traga saliva—. Querría estar presente.

La presidenta se encoge de hombros.

—Bueno, me parece bien. No veo ningún motivo por el cual no puedas estar aquí. De todas formas, solo será un momento. Quiero informar a Phoenix del nuevo protocolo en casos como el suyo.

—Por lo que veo, las cosas han cambiado bastante por aquí últimamente —opino.

—La expedición fracasó y muchos murieron por ello —explica—. Pilar y yo empezamos a moldear la idea de cambiar el sistema. No podíamos permitir que los aspirantes cumplieran con sus obligaciones a cambio de recompensas, porque podría repetirse un incidente similar al de la sala de juegos. Llegar a ser residente se volvió demasiado sencillo. —Cruza sus brazos—. Había que evitar otra insurrección a toda costa. Cuando mataste a Pilar tuve que ocupar el rol de líder.

—Ocupaste el rol de dictadora —opino.

—Llámalo como quieras. Alguien debía tomar las riendas de este búnker o todo se habría ido a tomar viento. —Mueve su sillón—. ¿Por qué mataste a Pilar?

Estoy en clara minoría. Desde esta posición no puedo imponer nada, la verdad. Espero que me todos me crean.

—El segundo día llegamos, tras atravesar Instagramia, a un restaurante —explico.

—Conozco ambos lugares. Marc y Toni hablaban de ellos cuando contaban historias de sus expediciones —recuerda Merche.

—Toni murió al minuto de salir por una mina al intentar evitar que Eli pisara una.

Sube y baja la cabeza, despacio, mirándome como mi madre cuando le intentaba colar que el perro se había comido las tareas del colegio

—Vale, Toni está muerto —acepta Merche—. Continúa, cielo.

¿Tengo que contar toda la historia de nuevo?

—Resumiendo. Soldados de la compañía Pequod, una unidad militar, nos secuestraron por orden de Pilar. Como dije, ella era

amante del chef Salazar y quería venganza por su asesinato, en especial, quería ver morir a Marc. La vi con mis propios ojos en un monitor mientras todos éramos prisioneros. Su líder, Verónica, entraría en este búnker si cumplía con un acuerdo.

—¿Qué acuerdo?

—Asesinarnos a todos. La hija de puta degolló a Martín y ejecutó, con un disparo en la cabeza, a Jazz. También dejaron ciego a Marc.

—¿Y?

—Yo sabía que la entrada a este búnker estaba minada, pero Verónica no. Quería que confiara en mí y ofrecí mi dedo índice de la mano derecha como garantía. —Levanto la mano derecha y le muestro a Merche los cuatro dedos que quedan—. Aceptó y vinimos aquí en uno de sus helicópteros. Esa gente tiene un puto ejército enorme.

—¿Un ejército, con helicópteros y todo? Eso es imposible, se destruyeron por las bombas.

—Ahí está la gracia. La bomba que debería haber caído en ese cuartel cayó en Ciudad para Personas, o Alcalá de Júcar, llámala como quieras. La supuesta ciudad, rebosante de comercio, resultó ser un agujero radioactivo letal.

Merche me escucha atenta, con las manos cruzadas y apoyadas en su nariz.

—Comprendo, Phoenix. ¿Qué pasó después?

—No me interrumpas tanto, Merche, que pierdo el hilo —solicito —. Por donde iba… ¡La puerta! Le mostré la entrada a Verónica a cambio de la vida de mis amigos, como acordamos. Pilar salió a recibirnos. Fue muy extraño, porque no solo nos abrió la puerta sin planteárselo antes, además mintió sin parar, una y otra vez. Me aseguró que no sabía nada de la compañía Pequod y rechazó conocer a Verónica, pero ambas la vimos en la pantalla y sabíamos que actuaba. Debo admitir que resultó bastante convincente. ¿Fue actriz antes de la guerra?

—¿Verónica era la mujer que encontraron fuera, sin piernas, en la zona minada?

Chasqueo los dedos y guiño un ojo a la presidenta.

—Correcto. Ahora es el momento de actuar. Eli y Marc deben estar en la base de la compañía Pequod. Necesitaremos hombres y mujeres con experiencia en combate para organizar una expedición de rescate. En Instagramia encontraremos más apoyo. Liberé esa ciudad, nos prestarán toda la ayuda que necesitemos. —Merche mueve sus dedos y no reacciona—. Frank, amigo, podrías decir algo para ayudarme.

—Lo siento, Phoenix —susurra—. No puedo hablar.

Volteo medio cuerpo y lanzo una mirada a mi amigo. ¿En este búnker ha surgido el cuarto Reich otra vez, o qué?

—Veras, Phoenix, cariño —dice Merche—. Ponte en mi piel por un

instante. Seis miembros salen de expedición en busca de un servidor y, al cabo de unos días, solo tú regresas. Cuando salimos fuera para ayudarte chocamos con la sorpresa de verte gravemente herida y al borde de la muerte, además, mi amiga y presidenta Pilar yace muerta a tu lado con la cabeza destrozada, y a lo lejos, una desconocida está también muerta y sin piernas. Las grabaciones de la cámara no nos dan apenas información y, cuando despiertas, tras una semana, cuentas esta historia. —Toma aire—. Como comprenderás, me cuesta creerte.

—¿Perdona? —me sorprendo—. ¿Crees que miento? ¿Por qué asesinaría yo a Pilar? No tiene sentido.

Señala a Frank.

—Tu mejor amigo tiene el acceso a los suministros fluyendo por su sangre. Solo tendrías que matar a Juanma y a mí para hacerte con el control total del búnker.

¡¿Pero qué mierda me está contando?! ¡Nuestros amigos necesitan ayuda!

—Merche, por el amor de Dios —suplico—. Dos de los nuestros pueden estar en peligro. Tenemos que enviar una expedición para ayudarles. Yo me apunto, pero necesitaré soldados capaces y armas, muchas armas.

Merche se pone en pie.

—Phoenix, créeme, me duele en el alma hacer esto, pero… por la seguridad de todos, quedas bajo arresto hasta que se celebre tu juicio dentro de unos días.

—¿Juicio? ¿Cómo que un juicio? —pregunto—. ¡¿Estás de broma?! ¡¡Tenemos que ayudar a los demás, hija de puta!!

Levanta la cabeza y los guardias me agarran con violencia para inmovilizarme.

—Merch…, presidenta —interrumpe Frank—. Como sabe, yo tenía relaciones íntimas con Pilar, y la hecho de menos. Me gustaría poder terminar el montaje del documental que nos pidió a Phoenix y a mí, además, me parece una buena forma de rendir homenaje a nuestros compañeros caídos.

—Vale, por mí bien —acepta la presidenta—. Haz lo que quieras, Frank.

—Necesitaré un ordenador para terminar el montaje.

—Ve a la sala de juegos y coge el que quieras.

—Un ordenador bueno.

—Frank, cariño, estoy ocupada y me duele la cabeza con tanto estrés —se queja Merche—. Coge el ordenador que te dé la gana.

—Sin una orden suya, presidenta, no puedo llevarme un ordenador aunque sea un Aguacate.

—¡Vale, vale! ¡Déjame pensar! —Señala a su guardia personal—.

Héctor, haz el favor, acompaña a Frank hasta que encuentre un ordenador a su gusto. Que coja el que quiera.

—Gracias, presidenta. Me hace mucha ilusión —agradece mi… ¿amigo?

¿Este hijo de puta me dejará tirada? ¿Por qué no ha hecho nada para evitar esto? ¡Después de todo lo que hice por él en cinco años!

—¡¿En serio me vais a encerrar?! —grito.

—¡¡A callar, ya!! —ordena Merche—. ¡¡Aquí se cumplen mis órdenes al pie de la letras, y punto!!

17 El juicio final

Han pasado dos días y sigo encerrada aquí, en este cuchitril. Seis metros cuadrados de jaula para humanos. Tiene un colchón amarillento tirado en el suelo, sobre el que estoy tumbada ahora mismo, un retrete y un lavadero. Las paredes, el suelo y el techo son de frío metal gris. ¿Empezará el juicio ya o están esperando a que me ahorque con… nada? No hace frio, pero una sábana para el colchón desnudo no habría estado mal, aunque, ¿dónde la habría atado? Aquí no hay tuberías. ¡Ni para suicidarse sirve esta celda!

Alguien se acerca dando pasos tímidos, se sienta en las rejas de la celda y da unos ligeros golpecitos.

—Phoenix, ¿vienes? —es Frank—. Tengo un regalo.

Me levanto, me acerco a la reja metálica y me siento junto a mi amigo, apoyando mi espalda en el metal congelado de la pared.

—Dime que tienes las llaves de la celda, Frank.

Apenas tengo fuerzas para hablar. Si te preguntas por mi salud, estoy bien; solo es un poco de desidia. Si Frank no me cree… ya no me queda nadie.

—Por desgracia, no —contesta—. Tengo un cigarrillo.

Saca del bolsillo de su pantalón un paquete de tabaco arrugado y me ofrece un eliminador de años de vida. Lo acepto. Encajo la parte oscura en mis labios y lo enciendo con el fuego de un encendedor plateado que Frank me acerca. Él se enciende uno y cierra la tapa de su hoguera con el pulgar dando un golpe seco.

Inspiro humo y lo expulso por mi nariz. Mi corazón reduce su ritmo, llevado por un placer que me trae gratos recuerdos de un apartamento con olor a café y tostadas.

—Hacía mucho que no daba una calada —comento—. ¿Cuándo fue la última vez? Me parece que… en casa de la anciana muerta, en Benimaclet. ¿Podría ser?

—Sí, allí fue —responde Frank—. Desde ese día algo pasó, porque no encontramos ni un solo paquete de tabaco más. —Tiene razón. Es curioso—. He venido a darte una noticia. Cuando terminemos los cigarrillos… se celebrará tu juicio por el asesinato de la expresidenta Pilar.

—¿Mi juicio? Muy bien —acepto—. Antes necesito saber algunas cosas.

—Pregúntame, Phoenix.

—¿Quién será mi abogado?

Frank toma aire y entrelaza los dedos de su mano, con seriedad y tranquilidad.

—No habrá abogado.

—¿Cómo? Si soy la acusada de un juicio, tengo derecho a un abogado.

—Ahora la presidenta Merche decide quién tiene derecho y quién no. Me ha solicitado, para que confirme mi lealtad a ella y al búnker, que te haga una entrevista frente a todos los residentes.

—Es decir, no tendré un abogado defensor, pero la acusación tendrá un fiscal, ¿no? A ti.

—No seré el fiscal, solo seré un periodista.

—Frank, no me jodas. Sabía que eras idiota, pero no tanto.

No responde, solo mira su cigarrillo mientras es consumido por las llamas.

—Te permitirán defenderte a ti misma. —Me mira de reojo—. ¿Cuál es la segunda cosa que necesitas saber, Phoenix?

Cambia de tema. Le conozco, y parece avergonzado por hacer esto a su mejor amiga.

—¿Tan bien te follaba Pilar como para no creerme? —increpo—. Dime una cosa, ¿cuántos polvos echabais al día?

—Phoenix, segunda pregunta, por favor.

—Cuando me declaren culpable, que sabes que lo harán, ¿cuál será mi sentencia? ¿Cadena perpetua o destierro?

No dice ni una palabra.

—Merche me ha dado permiso para contarte la verdad sobre Juanma, Phoenix.

—¿No estaba arrestado?

—Sí, pero en su juicio, contigo todavía inconsciente en la sala médica, fue sentenciado a… pena de muerte.

Echo mis manos sobre mi cabeza.

—¡Lo sabía! Algo en mi interior me lo estaba diciendo. Pena de muerte. ¡No me jodas, Frank! ¿En serio apoyas esto? —No contesta. Sigue fumando—. ¿Cómo pudo matar a un Aguacate? El sistema de suministros se bloquearía.

—Lo torturó para sacarle su clave y desactivar su nanochip. La presidenta… me pidió que grabara su ejecución, como escarmiento y advertencia ante posibles insubordinaciones. Tengo aquí la mismo la cámara. Me ha pedido… que lo veas.

—Te ha ordenado, Frank. Di la verdad.

—Me dijo que así, en el juicio, te lo pensarías dos veces antes de volver mentir.

—¿Asesinó a su propio compañero para consolidar su poder?

—Lo hicieron los residentes, no ella. Ellos sabían que él se oponían a la política de clases de Merche, por ello decidieron, con el permiso de la presidenta una vez desactivado su nanochip, prescindir de sus servicios.

—Prescindir de sus servicios… —susurro—. Bonita forma de definir una ejecución. ¿Me harán lo mismo a mí?

—No. Tú no tienes nanochips en tu sangre. Será rápido, Phoenix. —Primero, me ofrece otro cigarrillo y su encendedor—. Toma. Te hará falta para calmar los nervios.

Segundo, saca la cámara, mi vieja compañera, del bolsillo de su chaqueta. Despliega la pantalla, toca el menú y me muestra lo que ordenó su presidenta.

Desde este lado de la reja no puedo apagar la reproducción. No me queda otra opción que mirar, o como mínimo, escuchar.

Juanma está enfocado de perfil en una sala oscura, atado de pies y manos en una silla. Su frente sangra en abundancia y tiene un ojo morado. Alguien, al que solo se le pueden ver las piernas y los puños desde el ángulo enfocado, está frente a él.

—¡¿No sois conscientes de lo que está pasando?! ¡Merche pretende compraros! —explica Juanma, desesperado—. ¡La comida no es ilimitada! ¡¡Moriréis de hambre por su culpa!!

—Usaremos a los aspirantes como soldados para tomar otros asentamientos y quedarnos con sus suministros —contradice el enigmático verdugo.

—¡¿Queréis eso, una guerra entre asentamientos?!

—Los residentes no lucharíamos.

El hombre misterioso, frente al Aguacate, golpea su nariz con un martillo. Su tabique cruje y cae la sangre por los orificios como una catarata.

—Por favor… —suplica Juanma, con el rostro desfigurado—. Dejadme ir… Desapareceré.

Golpe a golpe de martillo, el verdugo deforma su cabeza hasta convertirla en una masa grotesca y deforme.

No hace falta preguntarse si ha muerto.

—Frank, apaga esta mierda —le pido. Cierra la cámara y la guarda otra vez bajo su chaqueta—. Me has fallado, amigo.

—Recuerdo aquella vez, bajo el túnel de metro abandonado. ¿Lo recuerdas tú, Phoenix? La antorcha que llevaba se apagó y nos separamos en la oscuridad total. Alguien me atrapó con intención de matarme, y quizá devorarme. Consiguió cortarme en un brazo, aunque solo fue un daño superficial.

—¿Por qué coño recuerdas esto ahora? —pregunto, defraudada.

—Tú no me abandonaste. Disparabas hacia arriba de forma intermitente para emitir un instante de luz y, a la vez, asustar a mi captor. No dejaste de hacerlo hasta dar conmigo. Por poco no te quedaste sin munición.

—Lo recuerdo, pero sigues sin explicarme el por qué de esta anécdota.

Frank da su última calada y lanza la colilla a un lado. Los dos guardias que me escoltaron desde la sala médica hasta la oficina de Merche están aquí de nuevo.

—Ha llegado la hora del juicio, Phoenix —dice uno de ellos, con voz grave.

Abre la celda y ofrezco mis manos para ser esposada. Frank nos acompaña, detrás, caminando hacia mi muerte.

¿Cómo me ejecutarán? ¿Un disparo? ¿Veneno? Solo espero que sea rápido.

Tras unos minutos cruzando incontables pasillos, llegamos a un gran teatro. Simple, como una sala de cine minimalista. Me recuerda al encuentro con los Hermanos del Fuego.

Casi todas las butacas están ocupadas por residentes y, a pesar de que muchos están vacíos, los aspirantes, el pie, rodean los accesos. Todos me siguen con la mirada, atrapados por un silencio sepulcral.

Voy a morir, pronto, frente a esta gente, ¿traicionada por mi mejor amigo? El karma tiene un sentido del humor perturbador. Sobreviví a bombas nucleares, a una secta, a una reina loca y su rey, y a una líder militar, pero no pude con una dictadora anciana.

Me suben al escenario y me giran hacia el público. A mi derecha hay una mesa simple y, en cada rincón, un guardia me vigila.

—¡En pie ante su excelencia! —grita alguien a lo lejos.

Todos, los residentes de sus butacas y algunos aspirantes que estaban sentados en el suelo, se alzan a la vez.

¿Su excelencia?

En lo alto, a la derecha, en un pequeño palco, la presidenta saluda a todos. Héctor está de pie, a su lado.

—Hola, amores míos. —Sonríe orgullosa—. Hoy, aquella que terminó con la vida, no solo de mi compañera y amiga Pilar, sino del resto de los Aguacates, será juzgada y sentenciada. —Ya lo entiendo… Con mi muerte consolidará su estatus, por eso están aquí todos, para contemplar su autoridad. Puedo darme por jodida—. Sentaos. —Todos obedecen, menos algunos aspirantes, que se quedan en pie—. Puedes empezar, Frank.

El traidor de mi amigo sube al escenario, obediente como un perro fiel. ¿Tú también le comes el coño a Merche como Héctor, cabrón?

—Gracias, señora presidenta —agradece Judas.

Lleva un maletín marrón del siglo pasado. Lo deja sobre la madera de la mesa que está a mi lado y lo abre. Saca un mando con un botón diminuto, similar al de la puerta de un garaje. Lo pulsa y, tras nosotros, desciende una pantalla de proyección.

—Asiya Portillo, también conocida por todos como Phoenix. —El idiota de Frank da inicio a su falsa entrevista. Pasea de un lado a otro, frente a mí, presumiendo de su nuevo puesto de *lamecoños* oficial—.

Al regresar de la expedición asesinaste a la anterior presidenta, acusándola de traición, de negociar la ejecución de varios Aguacates con un ejército conocido como la Compañía Pequod. ¿Por qué motivo querría la expresidenta quitarle la vida a sus compañeros? Por venganza, ya que ella era, ni más ni menos, ¡la amante del fallecido chef Óliver Salazar!

El público exclama y, boquiabierto, no da crédito.

—¡¿Me haces esto porque te la follabas, cabrón?! —exclamo y escupo, acertando de plano en el ojo izquierdo de mi antiguo amigo. Casi queda tuerto, como yo. Se limpia con la manga—. ¡Después de todo lo que hice por ti!

—Continúo. Aquí esta la prueba de la supuesta relación que mantenían Pilar y el chef Salazar. Digo prueba por decir algo.

Los residentes ríen.

Maldito hijo de…

Toca otro botón del mando y en la pantalla se proyecta la grabación, en primer plano, de Pilar y Merche charlando en la zona común. La expresidenta habla y sus palabras suenan con eco debido a la amplitud del teatro.

—Tengo un aspirante con privilegios que me follo cuando quiero. Me recuerda a mi anterior amante, aunque con la ventaja de que su mujer no vendrá a buscarme furiosa y con objetos punzantes, gritando "¡Tenemos hijos, zorra, tenemos hijos!".

Frank pausa la reproducción.

—En esta grabación Pilar se refiere a nuestro amigo Héctor —comenta Frank—. ¿Su anterior amante era igual a él? El chef era un viejo escuchimizado con éxito en los negocios —opina—. Héctor, por el contrario, es un tipo corpulento con el cerebro vacío. —Se escuchan carcajadas—. Díganme, ¿en qué se parecen? Además, el chef tenía mujer, pero hijos no, por lo cual podemos llegar a la conclusión de que el amante de Pilar… ¡no era el chef Salazar y Phoenix mintió!

—¡Phoenix será ejecutada como castigo por su crimen! —ordena la presidenta Merche.

El público se pone en pie y aplaude con euforia.

Maldito Frank…

Al final alcanzaste tu sueño y tendrás tu reportaje, a costa de mi sangre.

—¡¡¡Protesto!!! —amenaza mi compañero a Merche, señalándola con su capacidad interpretativa llevada al extremo—. ¡Usted era la amante del chef Óliver Salazar, y puedo demostrarlo!

El público apaga su entusiasmo, expectante, y lanza un grito de sorpresa. ¿Qué acaba de pasar? ¿Acaba de retar a la presidenta frente a todos los habitantes del búnker? ¿Qué tiene en la cabeza?

—¿Qué intentas hacer, Frank, cielo? —pregunta Merche—. ¿Has

perdido la razón?

No parece intimidada, y pide calma a los guardias.

—Continuemos con la grabación, señora presidenta —dice mi amigo.

Pulsa el botón.

—Pilar… No seas tan bruta, cielo —pide Merche en la pantalla.

—Yo soy así, Merche. Me gusta dejarme llevar y disfrutar del sexo. ¿Tú no tuviste ningún amante? Va, dime la verdad. No puedo creer que no tuvieras ninguna aventura en toda tu vida.

—Algo hubo, pero terminó hace tiempo.

—¡Vaya, no lo sabía! ¿Por qué no me hablas de él? Somos amigas, cuéntame algo. ¿Cómo era?

Merche la mira de reojo.

—Paremos un momento —dice Frank. ¿Pero qué hace?—. ¿Han visto la mirada de Merche a Pilar? Si alguien me mirase así, me cagaría de miedo. —Alguien se ríe—. Parece que la mira de reojo, pero, si nos fijamos bien, podremos comprobar que muestra enfado.

Algunas voces cuchichean y murmuran.

Clic y el vídeo continúa.

—No quiero hablar de él, solo era un viejo y lo nuestro terminó, pero era mi viejo y nunca lo olvidaré —explica Merche a través del proyector—. Amaba a mi marido y a mi hija, mi niña de veinticinco años, en serio, pero lo que ese hombre me hacía sentir…

Merche lanza un beso uniendo sus cinco dedos.

—¡Paremos de nuevo! —grita Frank, tocando su mando.

—¿Qué coño haces?—le pregunto y me ignora.

—El amante de Merche encaja mejor con la descripción del chef Salazar —argumenta Frank—. No todo se dice con palabras. Soy periodista y me fijo mucho en los gestos. Miren lo que hace Merche con la mano. Ese gesto —da un beso a sus cinco dedos, imitándolo— significa bueno, pero también significa delicioso. ¿Qué hacen ustedes cuando le explican a alguien que cenaron en un restaurante acojonante? —Miro el monitor, con la imagen congelada de Merche besando sus dedos—. ¿Imaginan que la amante del chef Salazar fuera Merche, vengando su muerte? No se atrevió a matar a sus compañeros con sus propias manos y utilizó a la compañía Pequod. Además, el sistema quedaría bloqueado por los nanochips si lo hacía. Ordenó la muerte de Juanma porque él estaba solo y ya no suponía ninguna amenaza.

Los presentes hablan entre ellos en voz baja. Creo que no tienen clara la verdad.

Se escuchan palmadas cortas llegando del palco. La presidenta Merche aplaude con sarcasmo.

—Bravo, Frank. Deberías escribir un libro, cielo. Tienes una

imaginación espectacular —opina la presidenta—. ¿En serio, de un simple comentario, has llegado a esa conclusión? ¿Y la compañía Pequod? Ese ejército no existe. ¿Crees que si un ejército supiera que estamos aquí, con los almacenes rebosantes de suministros, no nos habría atacado ya?

—Tú eras la amante del chef Salazar y la compañía Pequod existe, es la verdad, ¡y tengo pruebas! —amenaza Frank.

Los espectadores lanzan un grito de asombro.

—Frank, ¿se puede saber qué haces? —pregunto otra vez, y de nuevo, no me contesta.

Ella se pone en pie.

—Muy bien, cariño —aprueba la presidenta—. Demuestra que yo era la amante del señor Óliver Salazar, y si lo consigues, yo misma dimitiré como presidenta y convocaré elecciones. Por el contrario, si no tienes pruebas irrefutables, no solo ejecutaré a Phoenix, a ti también por falsas acusaciones. ¿Qué me dices? Todavía estás a tiempo de recular.

—No recularé —dice Frank, seguro de sí mismo—. Acepto.

—Adelante entonces, muchacho. Hazme reír. Desde que llegaste aquí no fuiste más que el juguete sexual de Pilar y, ahora que ella no está, solo eres un idiota inútil. Tienes los nanochips de los Aguacates de pura casualidad, gracias a Phoenix.

Frank abre su maletín de nuevo y esta vez saca un ordenador portátil.

—Con esto demostraré la inocencia de Phoenix —explica Frank.

—¿Eso? No es más que otro simple ordenador, igual que todos. En la sala de juegos hay treinta —comenta Merche.

Mi amigo me guiña un ojo.

—Si Phoenix dijo la verdad, y alguien desde aquí contactó con la compañía Pequod, debían ser uno de los tres Aguacates restantes. Yo no podía ser; aunque los nanochips corren por mis venas, no fui miembro original del grupo. Quedaban Merche, Pilar o Juanma. Si el motivo del asesinato era real, si el Aguacate era amante del chef Salazar, Juanma quedaba descartado porque, por todos es sabido, él no era homosexual —explica mi compañero y amigo—. Phoenix vio con sus propios ojos a Pilar en la pantalla mientras Martín y Jazz eran asesinados por la general Plissken, líder de la compañía Pequod, a sangre fría, pero una imagen se puede manipular. Vayamos por partes. ¿Cómo contactó con la compañía Pequod? Simple. El ordenador central, como solía explicar Pilar, es el único que está conectado a todo el búnker por vía inalámbrica. Es, por decirlo de otra forma, el corazón que controla este lugar. Con un portátil de la sala de juegos no se podría hacer, ya que no tiene las claves ni los permisos requeridos.

—Los ordenadores de la sala de juegos no tienen conexión inalámbrica con el sistema de gestión del búnker —rectifica Merche—. ¡Sería una locura! Cualquiera con conocimientos informáticos podría manipular los datos del sistema central.

Frank ignora a la presidenta y sigue con su discurso.

—Solo la presidenta tiene acceso al ordenador central, así que Merche no podía entrar en la oficina —comenta Frank.

—Estas arrinconado, cariño —opina Merche—. Ríndete, cielo.

—Verá, señora presidenta. Cuando alguien disfruta con buen sexo, está feliz, y cuando alguien está muy, pero que muy feliz —mi amigo no necesita abuela— habla. Pilar me contó que confiaba ciegamente en usted y le dio su clave de acceso a la oficina del chef Salazar.

El público murmura.

—Eso no demuestra nada —comenta la presidenta—. Sí, yo tenía acceso al ordenador central. Lo admito. ¿Y qué?

—A pesar de tener acceso al ordenador central, se necesitaría una conexión para establecer un contacto. Si este ordenador que tengo aquí fuese el de la oficina central y tuviera una conexión directa por tierra, por ejemplo, con la base de la compañía Pequod, se podría establecer comunicación con el otro punto de acceso. Tras mucho pensar llegué a una conclusión. El chef Salazar instaló la sala de juegos, en principio, como base de operaciones para sus amigos militares; ellos necesitarían contactar con las bases de alrededor en caso de guerra. Este lugar estaba pensado para proteger a la clase alta de una amenaza nuclear, no de un ataque, por eso estaba preparado como base logística. —Frank coloca el ordenador sobre la mesa de madera, lo manipula y envía la imagen del monitor a la pantalla del proyector. Acerca el puntero a un icono—. Como acaba de decir, señora presidenta, necesitaría el ordenador de la oficina central, y casualmente este ordenador —hace doble clic y se abre un programa de videoconferencias con la cara de mi compañero ante la cámara— es el de la oficina central.

El público exclama estupefacto, atónito. Gritan, murmuran, y miran a la presidenta.

Merche tiene los ojos abiertos como platos.

—¡¿Cómo coño has conseguido mi ordenador?! —brama—. ¡¡Te dije que cogieras uno de la sala de juegos!!

—Error, señora presidenta. Me dijo que cogiera el que me diera la gana, y le dio esa orden a Héctor, ¿no es así, amigo? —le pregunta Frank—. Él, por su seguridad, es el único que tiene el código de acceso a la oficina, ya sabe…, por si sufre un infarto, atragantamiento, o necesita que la haga feliz, pero que muy, muy feliz.

—Bueno…, mi presidenta; usted dijo que sus órdenes se debían cumplir de forma literal —se excusa Héctor—. Usted, efectivamente,

me dio la orden de que Frank cogiera el ordenador que le diera la gana.

—¡¿Por qué le diste mi ordenador, inútil?! —regaña la presidenta —. ¡Todos son iguales, ¿no te has dado cuenta?!

—Sí, pero Frank me dijo que necesitaba el suyo porque tiene más *teraflops* y *estostifighters*, y yo no tengo ni idea de informática. Soy monitor de gimnasio, mi presidenta.

—Algo no cuadra —susurra Merche—. Ese no puede ser el ordenador de mi oficina. Hace unos minutos entré, y sigue allí.

—Cambiazo, señora presidenta, por uno de la sala de juegos — explica Frank—. Copié los iconos de su escritorio para hacerla creer que era su ordenador de siempre.

—¡Serás hijo de…! —gruñe Merche.

Mi abogado vuelve al ordenador.

—¿Ven la foto de Pilar, a la derecha, en una extensión de la aplicación de videoconferencias? Se van a llevar una grata sorpresa — explica Frank, tocando el icono con la foto de Pilar y transformando su cara en la de la expresidenta, con voz incluida. Todos los presentes dan un salto, sorprendidos—. Como pueden comprobar, soy exacto a ella. ¿Quieren que se lo demuestre? —Acaricia su cara, entrecierra los ojos y se humedece los labios. La imagen en la pantalla del proyector hace exactamente lo mismo—. Hola, Frank. ¿Sabes qué? Pienso en ti cada noche, desde el más allá.

—¡Joder, es clavadita a ella, incluso su tono de voz! Me he puesto un poco cachondo y todo. ¿Me podrías dejar ese portátil un rato, a solas? —solicita Héctor.

—¡Es la misma imagen que vi en la pantalla del hangar de la compañía Pequod! —exclamo—. Pero eso es imposible, era Pilar la que habló; no pudo ser Merche. En el vídeo dijo…, dijo que se iba a hacer el amor con su aspirante.

Héctor ríe.

—Pilar nunca diría “hacer el amor” o “aspirante”. Esas palabras tan refinadas cuadran más con… ¿Merche? —concluye.

Merche empieza a ponerse nerviosa, y eso no es bueno.

—¡Sigue sin ser una prueba irrefutable, imbécil! —grita Merche—. ¡Es la palabra de Phoenix contra la mía!

—Tiene razón, presidenta. Como usted dijo, Phoenix mintió y la compañía Pequod no existe. ¡Anda! Aquí hay otro icono. Voy a tocarlo para ver qué ocurre. —Frank lo pulsa y se muestra la cara de… ¡¿Verónica?! ¿Frank es ahora mi última víctima y rival? Toca con rapidez, antes de que la presidenta envíe a la guardia, un icono con una flecha dibujada. Empiezan a sonar unos pitidos. ¿Qué coño hace? —. ¿Sabes qué, Merche? —dice mi amigo con repulsa—. Le pregunté a Pilar, mientras nos acostábamos, cómo era posible que los Aguacates

consiguieran una reserva en el restaurante del chef Salazar, uno de los más caros del planeta. ¿Cuál fue la respuesta?

A mí me contó Marc, durante la expedición, que cuando Pilar llamó al restaurante ya tenían una reserva hecha, y gratis.

Merche levanta la mano e indica a sus guardias que atrapen a Frank.

—¡Frank, déjalo, ya! —ordena la presidenta.

—Pilar me contó que el chef Salazar la llamó a ella por sorpresa y le dijo que había una reserva por cortesía de un miembro del foro —revela Frank—. ¡¿Por qué reservaría Pilar en un restaurante que ninguno de sus amigos ni ella se podía permitir?!

Los guardias casi están sobre él.

La aplicación de videoconferencias hace conexión. Un hombre maduro y corpulento, con uniforme militar, ojos oscuros y profundos, pelo largo y peinado hacia atrás, hace acto de presencia.

Los guardias de la presidenta se detienen, incrédulos, al ver al hombre en la pantalla del proyector. El público guarda silencio, alucinado por todo lo que está pasando.

El soldado solo ve a Frank a través de la cámara del portátil, transformado en Verónica, también conocida como la general Harleen Plissken.

—Mi general —saluda el hombre con mucho respeto—. Seguimos esperando sus órdenes. ¿Ha llegado a un acuerdo con la nueva presidenta o la vieja es igual de tocapelotas que la anterior?

—Tranquilo, fiera —dice mi compañero, haciéndose pasar por la asesina de Martín y Jazz—. No falta mucho para llegar a un acuerdo con esta gente. Cuantas menos bajas haya, más soldados se podrán unir a nuestras filas.

El público parece confuso y monta un poco de alboroto. Acaban de descubrir que su amada presidenta, no solo se hizo pasar por Pilar, también robó la identidad de Verónica con la intención de intercambiar a los habitantes con un ejército, como si fueran simples armas de guerra.

—Phoenix dijo la verdad —se escucha decir a alguien entre los presentes.

—A la orden, mi general. —El soldado de la pantalla hace un saludo marcial—. La compañía Pequod espera.

—¿Cómo están nuestros prisioneros, soldado? ¡Espero que no los hayáis matado, son vitales para el intercambio! Querría verlos.

—Claro, los tenemos aquí mismo, mi general. —Se levanta y se aparta de la cámara, pero se escuchan su voz y movimientos—. Supuse que la vieja querría verlos para sellar el trato. ¡Sentaos aquí, escoria! —Primero sienta a Eli frente a la cámara, con el rostro lleno de cortes, extremadamente delgada. Después, a su lado, coloca a Marc,

igual de delgado—. Este desgraciado ya tiene bastante con haber perdido los ojos, por eso solo le dejamos pasar hambre.

—Espero que no hayáis abusado de la prisionera. Ya sabéis lo que opino de ese tipo de actos —amenaza… ¿Frank, o Verónica?

—No, mi general. Conocemos la ley y la cumplimos —jura el soldado—, pero no se libra de las palizas que le dan las otras reclusas.

—Bien, pues dadles de comer y traedlos de vuelta. Hemos llegado a un preacuerdo y ya no son nuestros prisioneros. La vieja se encargará de ellos.

—Como ordene, general Plissken. Sabía que esa anciana caería en pocos días. Nadie puede con usted.

—Ni te lo imaginas, soldado. Cierro. —Frank desconecta la aplicación de videoconferencias y se dirige al público. Lo guardias siguen paralizados y atentos—. Mi compañera Phoenix dijo la verdad. No solo la compañía Pequod existe, también Eli y Marc siguen vivos, por lo tanto, ¡las grabaciones de la cámara demuestran que la amante del fallecido chef Salazar no era Pilar, era Merche! —El público monta un bullicio colosal—. Utilizó este sistema de suplantación facial y captura de movimientos para, como una cobarde, ordenar la captura y posterior asesinato del resto de los Aguacates, vengando así la muerte de su amado Óliver Salazar. La horma de su zapato fue Phoenix, pero le vino de perlas ya que esta, llevada por la ira, asesinó a Pilar y a la actual presidenta solo le quedaba Juanma para coronar su venganza, un obstáculo fácil de superar. —Algunos habitantes de ponen en pie —. Ahora, habitantes del búnker, debéis decidir si queréis seguir sirviendo a una vieja demente o, por el contrario, luchar por vuestro hogar. Phoenix asesinó a Pilar, una persona inocente, por culpa de las mentiras de Merche, ¡y por ello debería ser puesta en libertad de inmediato!

El público grita y monta un escándalo. Hablan los unos con los otros. Algunos abuchean, otros aplauden.

Mi amigo me desata sin consultar con los guardias, que todavía siguen en shock. Me pongo a su lado y lo abrazo con todas las fuerzas que me quedan. Su espalda cruje.

—¿Me creíste, hermano? —le pregunto.

—Desde el principio, Phoenix —responde—. Por desgracia, no podía demostrarlo porque Merche llenó el búnker de micrófonos ocultos, pero te recordé, en el calabozo, la anécdota del metro para que intuyeras que estaba de tu parte. También quería pillarla por las pelotas frente a todos. Cuando me dijiste que Pilar era la amante de Salazar no me cuadró, por las grabaciones y porque a mí me dio la misma descripción, pero yo sabía que decías la verdad y decidí investigar a fondo. —Me mira, sonriente—. ¿Acabas de llamarme hermano?

—Claro… —Cambio de tema, aunque con una opinión sincera—. ¿Alguna vez te planteaste ser abogado? Se te da de coña. Confieso que me has puesto la piel de gallina.

—Pues la verdad es que…

Una carcajada estruendosa y diabólica, salida de la garganta de la presidenta, interrumpe a Frank.

—Bravo, Frank, bravísimo. Ya no puedo negar la irrefutable evidencia. El chef y yo hacíamos *ñiqui ñiqui*, y no me arrepiento —confiesa Merche frente a todos los habitantes del búnker—. Marc mató a mi querido Olivercito, ¡y los demás lo aceptaron! Planeé mi venganza desde hace años. Dañar el servidor fue muy sencillo, solo tuve que cortar el cable del ventilador y esperar a que se sobrecalentara.

—¡Mataste también a Víctor, asesina! —grito.

—No. Víctor murió por accidente. Era un poco espesito. —Merche se dirige a los residentes—. Amigos, podréis tener la vida que queréis, con comida de sobra, ropa de calidad, lujos y abundancia. ¿Qué hicieron los Aguacates por vosotros? Debéis decidir. Si queréis seguir viviendo así, olvidad lo que habéis escuchado y dejadme seguir siendo vuestra presidenta, o mejor dicho, emperatriz. Os prometo una vida de gloria. ¡Verónica está muerta y con la aplicación podremos manipular a la compañía Pequod a nuestro antojo!

Los residentes nos señalan y los guardias de la, ahora emperatriz, retoman su acecho, acercándose a nosotros.

—Sabía que esto podría pasar, así que programé un comando que encontré en el ordenador central para activar en caso de emergencia —explica Frank.

Toca el portátil y la voz robótica de una mujer se escucha por todos los altavoces del búnker.

“La secuencia de bloqueo se ha activado. Repito. La secuencia de bloqueo se ha activado. Esta secuencia no puede ser abortada. Todos los habitantes: Faltan cinco minutos para el bloqueo de la salida. Acudan a la sala común de inmediato”.

Luces rojas parpadean por todas partes y una sirena suena con fuerza.

—Frank, ¿soy yo o acabas de activar el sistema de bloqueo? —pregunto.

—¡Mierda, creía que era un simple simulacro de alarma! Alteraría a los habitantes y nos daría tiempo de escapar —comenta mi amigo—. El icono se llama *A.L.A.R.M*, de alarma.

—¡Idiota! ¡¿Qué has hecho?! —insulta Merche—. ¡Olivercito no se fiaba de los militares! ¡¡Instaló una cabeza nuclear por si le traicionaban, directa hacia la base de la compañía Pequod!! ¡¡Si el búnker no era suyo, no era de nadie!! ¡¡*A.L.A.R.M.* significa Arma

Letal de Autobloqueo y Radio Mortal!!

—¡¿Pero que mierda de nombre es ese?! —opina Frank.

Los residentes corren, gritando despavoridos, en mitad de un caos monumental, golpeándose los unos con los otros. Los aspirantes aprovechan el desastre y, como no tienen nada que perder, asesinan a sus opresores en una orgía masiva de sangre y carne.

Me acerco a mi hermano. Está paralizado, alumbrado por las luces rojas que se encienden y se apagan lanzando un sonido insoportable de alarma.

—¡Frank, reacciona! —lo zarandeo—. ¡Nos quedaremos atrapados! ¡Tienes el ordenador central! ¡Desactiva tu nanochip, cambia la clave de Merche de la puerta principal, y salgamos de aquí cagando leches!

—¿Y toda esta gente? —me pregunta—. ¿Qué será de ellos?

"La secuencia de autodestrucción se ha activado. Esta secuencia no puede ser abortada. Faltan tres minutos para el bloqueo de la salida. Todos los habitantes, acudan a la sala común."

—Hermano…, tres minutos —susurro.

—Vale, vale —admite—. Es verdad.

Toca el ordenador a toda velocidad. No tengo ni idea de lo que hace. La gente sigue matándose en mitad de una carnicería de intestinos y dientes. Uno sube a por nosotros y, gritando como una fiera, lo hago caer de rodillas. Paso la cuerda que ataba mis manos alrededor de su cuello e intento asfixiarlo. Forcejeamos mientras anulo su oxígeno y lucha por respirar.

—¡Frank…, por Dios…, date prisa! —apuro—. ¡Vamos a morir atrapados aquí! ¡¿Te queda mucho?!

Mi presa cae pálida y muerta.

—¡Ya! ¡He cambiado la clave de Merche! —verifica—. ¡Salgamos!

Golpea el teclado para romperlo y evitar que la puta de Merche haga un cambio de última hora. Tira de mi brazo. Me guía fuera del teatro por la parte trasera. Casi todos los habitantes estaban ahí, junto a nosotros, por eso los pasillos están vacíos. Corremos y cruzamos pasadizos mientras la alarma sigue sonando con energía. Nuestras intensas pisadas rebotan como hondas de sonido en el metal.

"La secuencia de autodestrucción se ha activado. Esta secuencia no puede ser abortada. Faltan dos minutos para el bloqueo de la salida. Todos los habitantes, acudan a la sala común."

Casi hemos llegado a la zona común. ¡Estamos cerca de la libertad! Cruzamos la entrada al herbolario, seguimos corriendo recto y… ¿De dónde ha salido toda esta gente? Una decena de parejas con sus hijos, que eran bebés antes de la guerra, y un puñado de adolescentes, esperan frente a la puerta de la zona común. Algunos llevan ropa ordinaria de residente, y otros el uniforme azul con líneas amarillas de aspirante.

—¿Quiénes sois vosotros? —pregunto, confusa.

—Nos negamos a llevar a los niños a una ejecución —explica una madre, con ternura, sujetando la mano de su hijo de unos siete años—. La alarma se activó de repente y aquí estamos, en la zona común.

Estas personas parecen pequeñas flores en un mundo de dementes.

—No dejaremos aquí a esta gente, Frank —le digo—. Abre la puerta. Vendrán con nosotros.

—¿Qué haremos con ellos fuera? No sobrevivirán en el yermo. —"La secuencia de autodestrucción se ha activado. Esta secuencia no puede ser abortada. Faltan un minuto para el bloqueo de la salida. Todos los habitantes, acudan a la sala común.", se escucha—. ¡Vale, vale! Salgamos y ya pensaremos algo.

Frank se acerca al panel de la puerta e introduce el nuevo código asignado a Merche y que él cambió. Los engranajes suenan, como cuando entramos el primer día, y el gran portón se abre despacio. Al fondo se ve la segunda puerta de acceso. Las familias y los adolescentes entran. Frank introduce la clave en el segundo panel y la primera puerta comienza a cerrarse, antes de la apertura de la segunda. A pocos centímetros del cierre de la primera puerta, una mano agarra a un niño y lo zarandea.

—¡¿Has cambiado mi clave, Frank?! —brama Merche, asomando media cara por el hueco que se cierra y escupiendo al hablar, como un animal desesperado—. ¡Nadie saldrá de aquí sin mi permiso!

—¡Deja a mi hijo! —pide la madre del pequeño, desesperada.

¡Mierda! ¡El hueco se estrecha y la emperatriz ha metido el brazo del niño en el búnker! Corro hacia el problema y, con mis dientes, muerdo la carne del brazo de Merche con todas mis fuerzas hasta notar el sabor de su sangre. Aprieto más, desgarrando músculo y separando un trozo de ella. Escupo a mini Merche al suelo.

—¡Te odio, Phoenix! —ruge el noventa y nueve por ciento de Merche.

El niño se libera y el metal de la puerta captura el codo de la actual expresidenta. La puerta sigue cerrándose y comprimiendo el codo entre gritos de horror. Su brazo expulsa una masa de grasa, carne, sangre y hueso. Al cerrarse del todo, medio brazo de Merche cae al suelo y su mano se cierra, despacio.

La segunda puerta se abre hacia el exterior, justo cuando la puerta tras nosotros retumba y se bloquea, para siempre.

—¿Realmente el búnker y sus accesos se han bloqueado? —pregunta un aspirante adolescente.

Sus ojos están parcialmente cerrados, como si tuviera sueño. Su pelo es largo y tapa la mitad de su cara. El acné se ha cebado con él.

—Eso parece. Los que se han quedado dentro no tendrán comida, medicinas o armas —explico—. El único alimento de los habitantes, al

menos durante un tiempo, serán los propios habitantes.

—Phoenix, hay niños —comenta Frank—. Córtate un poco.

—¿Qué ha pasado en el teatro? —pregunta la madre del niño que acabo de rescatar.

—A Merche se le ha ido a olla. Ella activó la alarma y el sistema de bloqueo —miento—. Demencia. Se veía venir.

La segunda puerta se abre del todo. Estamos en la sala por donde entramos Frank y yo el primer día. Salimos en orden y atravesamos el cadáver del chef Óliver Salazar.

—Menuda has liado, amigo —le dice Frank—. Y pensar que todo este caos se formó a raíz de que metiste mano a Eli. ¿No podías estarte quietecito?

Ahora que me lo planteo, Frank tiene razón. Si el chef Salazar no hubiera tenido las manos tan largas, esto no habría pasado.

Pasamos el paso estrecho de la montaña y llegamos al exterior, al yermo. Los habitantes de búnker, ahora todo iguales ante la luz del sol, se tapan los ojos por el brillo.

—Recuerdo este lugar. Por aquí llegamos al búnker hace unos años —comenta un hombre, llevando de la mano a un niño.

Nos giramos por el olor a quemado. Un humo oscuro y colosal, como de un incendio forestal fuera de control, brota del lugar donde antes se situaba el hogar de los Aguacates. Todo tiembla y un supositorio gigante rodeado de fuego brota del suelo. Vuela a toda velocidad por el cielo azul. Cruza nuestras cabezas, rugiendo como un tigre, y alcanza unas montañas lejanas hacia el oeste, mucho, pero mucho más allá del cauce del río Turia. Se pierde en el horizonte.

—¿Me he vuelto loco o eso que vuela es… —susurra el adolescente que antes me hizo una pregunta— un arma nuclear?

—Sí, bueno… —afirma Frank—. Se ha perdido en el horizonte. Seguro que se desvía y cae al mar.

—Frank…, el mar está hacia el este —rectifico. Un destello nace en algún lugar lejano y, poco a poco, un diminuto champiñón crece y aumenta de tamaño. Ninguno pronunciamos una sola palabra, solo contemplamos la seta crecer hasta desvanecerse. —Pues nada, a tomar por culo la compañía Pequod y el resto de los Aguacates —comento, sin dar mucha importancia—. ¿Crees, hermano, que Eli y Marc pudieron salir de allí?

—Yo qué sé, Phoenix —opina—. Han sido unos días de locura máxima. —Carraspea—. Otra vez me llamas hermano. No será que, en el fondo, me estás cogiendo cariño.

—Quizá, pero sigues pareciéndome un idiota, no lo olvides.

—Tranquila, hermana. Tú también. Por cierto —abre su chaqueta —, mira lo que tengo aquí.

Me muestra la vieja cámara.

—¡Vaya! ¿Conseguiste sacarla? Podremos seguir grabando a gente que, en pocos días, morirá.

—¡Es cierto, todos los que aparecen en el documental han muerto o han quedado atrapados en el búnker! Un segundo…, el tipo de la secta esa del fuego, ese no murió.

—También, Eli se lo cargó. Te lo contaré durante el viaje.

El chaval del pelo triste se acerca.

—Muy interesante, de verdad —comenta con sarcasmo—, pero hablo en nombre de mis congéneres cuando os pregunto, ¿qué haremos ahora? Nuestro hogar ha quedado inaccesible.

—No sé. ¿Tú qué opinas, Phoenix? —pregunta Frank—. ¿Los llevamos a los asentamientos del este?

—Si no me equivoco, algunos de vosotros llegasteis desde Instagramia, ¿verdad? —recuerdo y varios levantan la mano—. La reina Candace y su rey murieron, y en ese asentamiento ahora me deben un gran favor. ¿Qué os parece volver allí?

—¿Y eso? —pregunta uno de los hombres que alzó la mano–. ¿Qué paso? ¿Hubo algún ataque?

—Sí, el mío —digo—. Maté a Candace y a su rey con nombre de *Transformer*, heredé el trono y abdiqué. Ahora son libres.

—Bueno, si no hay otra opción… —comenta una madre.

—Frank y yo os acompañaremos. Durante la ruta puede que nos crucemos con una secta de mierda. Debería ser más seguro rodear el ayuntamiento —explico.

—Convertiremos Instagramia en un asentamiento seguro y eficiente para las futuras generaciones —sugiere una señora, agarrando de la mano a una niña con dos largas trenzas.

—¿Qué? ¡No! No quise decir eso —rechazo—. Por muy bien que hagamos las cosas y las buenas intenciones que tengamos, jamás sabremos si alguno de nuestros tataranietos será un capullo y lo mandará todo a la mierda, otra vez. Nuestra situación actual es un claro ejemplo de ello. Ecologistas, veganos, de izquierdas, de derechas, pacifistas, religiosos, socialistas, comunistas, y todo lo que termine en *ista*. Todos ellos intentaron cambiar el mundo y dedicaron su vida a ello, y solo hizo falta un capullo con la cabeza llena de mierda para mandarlo todo al otro barrio.

—Entonces…, ¿qué deberíamos hacer, Phoenix? —pregunta un superviviente joven, pelirrojo y delgado.

—A mí no me preguntéis. Frank y yo entramos en el búnker, ilusionados por asentarnos, y terminamos hundiéndolo bajo tierra. Vayamos todos a Instagramia e intentemos sobrevivir. Enseñad a vuestros hijos a cazar y adaptarse, y cuando sucedan nuevos acontecimientos iremos improvisando sobre la marcha.

Se encogen de hombros.

Pongo rumbo al oeste, acompañada de mi colega y de los supervivientes.

Agradecimientos

Si el libro te ha gustado, por favor, **deja tu valoración en Amazon**. Tu opinión es muy valiosa para ayudar a crecer a un autor independiente. Sígueme en Amazon, Instagram o Twitter buscando @marcmarkusen para más información sobre próximas obras.

Y si te gustan los thrillers de suspense, no dudes en echar un vistazo a mis otras novelas, El Rastro de un Susurro, Alma Desangrada, y El Pecado de los Titanes.

Gracias por leerme.

Acerca del autor

M. MARKUSEN

(Valencia, España, 1983) Es un novelista cuyas intensas y explícitas obras no solo están conceptuadas como pertenecientes al género del thriller, además engloban otros subgéneros como acción, crimen, ciencia ficción y surrealismo dentro de tramas psicológicas con gran suspense, salpicadas en algunos momentos con fragmentos de contenido splatter y contrastadas con un gran viso cómico.

Libros de este autor

EL RASTRO DE UN SUSURRO

NO HAS LEIDO UN THRILLER TAN INTENSO Y FRENÉTICO.

Alan llega tarde para salvar a su chica de las llamas. Desde ese día, noche tras noche, extraños sueños que no le pertenecen le visitan. Intentará averiguar el por qué, pero no será un camino fácil de recorrer. Un thriller que juega al despiste con el lector y sorprenderá a los fans del género hasta el final.

«La desconocida duerme con la muerte y ahora viaja por mis sueños con su pasado.»

CADA CAPÍTULO ES UNA EXPLOSIÓN DE EMOCIONES.

ALMA DESANGRADA

NO HAS CONOCIDO A UNA MUJER TAN SALVAJE COMO AMANDA. UNA TRAMA QUE TE ABSORBERÁ.

Amanda recobra la consciencia sin saber quién es. Emprende un viaje de locura en busca de su identidad. En ese transcurso averigua que su memoria perdida ha sido a causa de una explosión en un centro comercial en el que han muerto su marido e hijo. A partir de entonces la búsqueda de lo perdido la hará descubrir otros secretos junto al lector. Un thriller donde se encontrarán sorpresas y juega al despiste continuamente. A quien le guste la intriga y las emociones aquí encontrará todas.

NO HAS LEÍDO NUNCA UN THRILLER CON UN HUMOR TAN ÁCIDO.